WOODLAND PUBLIC LIBRARY
00278 8935

MARY JO PUTNEY

Una esposa singular

TITANIA

MAR - 2016

Mary Jo Putney

Ha publicado sus obras desde 1987. Graduada en la Universidad de Siracusa, es una estudiosa de la literatura del siglo XVIII. Ha obtenido prestigiosos premios en Estados Unidos, incluidos cuatro Golden Leaf Awards sucesivos a la mejor novela romántica del año. Sus novelas suelen formar parte de las listas de best sellers del New York Times, Wall Street Journal y Publishers Weekly.

Reseñas en prensa

UNA ESPOSA SINGULAR

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/unaesposasingula0000mary

MARY JO
PUTNEY

Una esposa singular

TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

Título original: *Not Quite a Wife*
Editor original: Zebra Books / Kensington Publishing Corp, New York
Traducción: Mireia Terés Loriente

1.ª edición Febrero 2015

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Copyright © 2014 by Mary Jo Putney
All Rights Reserved
© de la traducción 2015 *by* Mireia Terés Loriente
© 2014 *by* Ediciones Urano, S. A.
Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 978-84-92916-85-6
E-ISBN: 978-84-9944-832-9
Depósito legal: B-2.516-2015

Fotocomposición: Ediciones Urano, S. A.
Impreso por Romanyà Valls, S. A. – Verdaguer, 1 – 08786 Capellades (Barcelona)

Impreso en España – *Printed in Spain*

Para PandaMax,
el líder de la manada.
Y para todos los rescatadores altruistas
que ayudan a que los animales en peligro
tengan una vida mejor.

Agradecimientos

A mi amiga, escritora y enfermera de urgencias Laurie Kingery,
¡por seguir compartiendo conmigo una información médica
que no tiene precio!

Y, por supuesto, al Cauldron and the Wenches,
y a mi excelente agente, Robin Rue.

1

James, lord Kirkland, era propietario de una flota naval y de la mitad de una casa de juegos muy en boga y, además, era un espía terriblemente eficaz en la guerra encubierta entre Gran Bretaña y la Francia de Napoleón. No solía permitirse excesos...

Hasta que los negocios lo llevaban a la ciudad portuaria de Bristol, como hoy. Se reunió con el capitán de su embarcación, descifró la carta que este le había entregado y la entregó a un correo para que la llevara a Londres sin dilación. Después, dijo a su ayudante que se marchara, que prefería volver caminando a la hostería.

La soleada y cálida tarde de primavera hacía que aquella opción fuera plausible, aunque ni la lluvia, ni el hielo, ni la nieve lo habrían detenido. Durante aquellos breves instantes, no pensaría en sus negocios, ni en su trabajo encubierto, ni en los posibles desenlaces indeseados de varios planes, ni en las amenazas potencialmente letales para sus agentes. En lugar de eso, recordaría y lloraría por lo que había perdido.

Se había pasado el día haciendo negocios a bordo y las temperaturas se habían ido caldeando. Si hubiera estado solo, se habría quitado la chaqueta y el sombrero, y habría trabajado en mangas de camisa. Bueno, dentro de nada estaría en la hostería.

Ahora se atormentó un poco pensando que ella vivía a unas pocas calles de allí. Saboreó la agridulce sensación de que podría llamar a su puerta en dos o tres minutos.

Incluso puede que abriera ella, porque nunca le habían gustado las formalidades, y volverían a estar cara a cara. ¿Se habría oscurecido su brillante pelo de color cobre? Y sus ojos empañados, ¿serían azules o grises?

Hizo una mueca porque sabía que, cuando lo viera, aquellos ojos grises estarían llenos de rabia y decepción. Y justamente por eso no giraría por la calle que llevaba a su casa. Le había dicho que no quería volver a verlo, y él había jurado que así sería.

A veces, su mente de sofista jugaba con aquella idea. Le había prometido que no volvería a verlo, pero ¿podía mirarla desde algún escondite? Aunque era consciente que mirar jamás sería suficiente...

No siguió por ahí, porque así se volvería loco.

«Maldita sea.»

¡Hoy hacía mucho calor! Se estiró el pañuelo del cuello porque estaba sofocado. Y entonces, mientras se apoyaba en la pared del edificio que tenía al lado, se dio cuenta de que estaba sufriendo un ataque de malaria. Ahora eran muy poco frecuentes, pero a veces, casi siempre en el momento menos oportuno, la fiebre volvía a aparecer.

Tenía que volver a la hostería. Allí tenía corteza de jesuita para bajar la fiebre. No tardaría más de diez minutos. La cabeza le daba vueltas y giró por el callejón que lo llevaría hacia allí.

Se detuvo a medio camino porque no reconocía los edificios que se veían al otro lado. Se había equivocado; debía de haber andado más de lo que creía. Con cierta inestabilidad, dio media vuelta y empezó a desandar el camino.

Mareado, se detuvo para apoyarse en la pared y dio gracias de que el ladrillo de la pared estuviera fresco. La hostería. ¡La hostería! ¿Cómo se llamaba? ¿El Barco? ¿La Ostra? Maldición, ¿cómo se llamaba? Se había hospedado allí muchas veces.

Se empujó contra la pared para enderezarse y volvió a dirigirse hacia la entrada del callejón. Mantuvo una mano pegada a ella para mantener el equilibrio, pero, al poco rato, cayó de rodillas y le costaba respirar. Tenía que ponerse a salvo. Tenía que regresar a la hostería, o a su barco, que todavía estaría en el puerto.

De repente, el callejón se oscureció y vio que se acercaban dos hombres.

—Por favor —dijo, con la respiración entrecortada—. Necesito ayuda...

—Anda, mira esto —dijo una voz con el acento típico del sudoeste de Inglaterra—. Un pichón a punto para que lo desplumen. Y borracho como un lord.

—A lo mejor sí que es un lord —se carcajeó su compañero—. ¡Mira esa ropa! Seguro que va cargado de dinero. Esa chaqueta valdrá una fortuna.

Kirkland maldijo por dentro. Normalmente, podría encargarse de dos gamberros como esos sin despeinarse, pero ahora mismo incluso un gato callejero podía derribarlo.

Aún así, sus buenos reflejos reaccionaron cuando una mano rugosa lo agarró del brazo y lo levantó para que el otro hombre pudiera quitarle la chaqueta. Kirkland se liberó y le dio una patada en la rodilla al asaltante, que retrocedió pasmado.

—¡Cabrón! —maldijo el hombre, furioso—. ¡Lo lamentarás!

Lo atacaron los dos a la vez, soltando las peores palabrotas imaginables. Kirkland consiguió conectar varios golpes, pero enseguida lo redujeron y lo tiraron al suelo. Una bota se dirigía con rabia hacia su cara. Intentó rodar por el suelo para evitarla, pero la pared se lo impidió. La bota le rozó la cabeza y, por suerte, todo se quedó a oscuras.

El horario de la enfermería había terminado y Laurel Herbert estaba disfrutando de la tranquilidad. Esa tarde no había venido mucha gente. Era una suerte, porque Daniel no estaba y ella no era médico, a pesar de que había aprendido mucho después de trabajar tantos años en la enfermería.

Betsy Rivers, su ayudante, había ido a visitar a su abuela enferma, así que tenía la casa para ella sola. ¡Y lo cierto es que se respiraba una deliciosa paz!

Se preparó una taza de té y, mientras dejaba que se reposara, se soltó el moño. Cuando el té estuvo preparado, se lo llevó arriba, a la sala de música, donde la esperaba su piano, un maravilloso Broadwood.

Y también la esperaba su gato, *Sombra*. El animal estaba durmiendo en una silla, levantó la cabeza, parpadeó con aquellos ojos dorados, y

volvió a esconder el hocico debajo de la cola. Era una compañía muy agradable, y a ella le encantaba.

Se sentó en la banqueta y dejó el té a un lado para que se enfriara. ¿Qué tocaría? Estaba aprendiendo una pieza nueva de Mozart, pero como estaba cansada, los dedos decidieron acudir a su sonata favorita de Beethoven. La música era el alimento del alma y, a pesar de que aquella música le traía muchos recuerdos, le encantaba el poder sereno que tenía.

Justo cuando había terminado el movimiento del *adagio*, oyó que estaban llamando a la puerta de la enfermería. Sonrió con tristeza y bebió un gran sorbo de té antes de bajar a abrir. Debería haber sabido que la paz y la tranquilidad no durarían eternamente. La enfermería Herbert nunca rechazaba a nadie y, como vivía en el piso de arriba y esa noche estaba sola, tenía el deber de atender la puerta.

Meramente por un asunto de dignidad, se anudó el pelo. No duraría demasiado, pero, mientras tanto, parecería más madura y responsable.

Abrió la puerta y se encontró con dos estibadores del puerto que acudían a misa al templo de su hermano. Traían a un hombre inconsciente en calzoncillos y con una camisa rota y ensangrentada.

—Lo siento, señorita Herbert —dijo el más alto, Potter—. Hemos encontrado a este hombre apaleado en un callejón y hemos pensado que usted podría atenderlo.

—Por supuesto. Han hecho bien en traerlo.

Retrocedió para que pudieran entrar. El hombre herido tenía la cabeza colgando hacia abajo y el pelo oscuro le tapaba la cara, pero parecía fuerte, y eso siempre ayudaba a la hora de la recuperación.

Mientras lo llevaban hasta la sala de curas más cercana, Larkin dijo:

—El pobre tiene mucha fiebre. No será la viruela, ¿verdad?

—No veo ningún síntoma de viruela —lo tranquilizó Laurel—. La fiebre tiene muchas causas.

La sala de curas tenía una buena luz natural y una mesa amplia y acolchada en el centro. Los armarios empotrados servían para guardar el instrumental, las vendas, las sábanas y demás objetos.

Los estibadores dejaron al hombre en la mesa con una delicadeza sorprendente, y lo colocaron bocabajo. Laurel frunció el ceño mientras analizaba los daños. Estaba lleno de moretones y laceraciones, pero no había ninguna hemorragia grande ni huesos rotos, aparentemente. Además, respiraba de forma normal.

Si no tenía ninguna herida grave en la cabeza... Deslizó la mirada hasta la cara. Tenía unas facciones fuertes, los pómulos angulosos... Contuvo el aliento y, de repente, se vio invadida por una debilidad helada.

—¿Lo conoce, señorita? —preguntó Potter.

Laurel intentó recomponerse y le sorprendió lo calmada que sonó su voz.

—Es... lord Kirkland. Un amigo de la familia. Mi hermano y él fueron juntos al colegio.

Larkin se rascó la cabeza.

—Si es un lord, seguro que habrá alguien buscándolo. ¿Había venido a visitarla?

—No. Tiene una compañía naval, así que debe de estar en Bristol por negocios —dijo, todavía con la misma calma poco natural—. De pequeño, sufría paludismo y, a veces, reaparece. Si es el caso, su buena obra no reviste peligro.

Potter preguntó:

—¿Necesita que la ayudemos, señorita Herbert?

Como suponía que debían de tener ganas de volver a casa y cenar, meneó la cabeza.

—No, examinaré a lord Kirkland para ver si las heridas son graves. Si necesita un médico, avisaré a alguien de Zion House para que vaya a buscarlo. —Sonrió—. Señor Potter. Señor Larkin. Hoy han sido unos buenos samaritanos.

Agradecidos por aquellas palabras, los hombres inclinaron la cabeza y se marcharon. Laurel echó el cerrojo y se apoyó en la puerta, temblorosa. ¿Podría haberse equivocado? Llevaba años viendo destellos de James Kirkland en otros hombres.

No, lo reconocería incluso de noche en una mina de carbón. Irguió la espalda y volvió a la sala de curas para atenderlo. Ahí tendido, parecía

extrañamente vulnerable. Joven. Lejos del chico enigmático y formidable que ella recordaba.

James, lord Kirkland. Rico a más no poder, que una vez fue el mejor amigo de su hermano y el hombre más peligroso que había conocido.

James, el marido al que había abandonado hacía diez largos años.

2

Kirkland luchó contra la agonizante oscuridad, consciente de que era un ataque febril. Siempre que tenía fiebre y soñaba con Laurel, todo era mucho más real. Lo invadieron recuerdos de su mujer con una intensidad hipnótica.

No olvidaría la noche en que se conocieron aunque viviera cien años. El hermano mayor de Laurel, Daniel Herbert, había estudiado en la Academia Westerfield un curso por debajo de él. Daniel no había ido a parar allí por mal comportamiento, porque era un modelo de educación y disciplina.

No obstante, a sus padres les preocupaba que fuera demasiado religioso. Un caballero inglés decente tenía que ser un hombre de fe, pero demasiada fe era... impropio.

Y lo peor era que Daniel se sentía atraído por sectas reformistas como los metodistas, y a sus padres no les parecía que la sociedad necesitara reformarse en ningún aspecto. Habían enviado a su hijo a lady Agnes Westerfield creyendo que la hija de un duque se aseguraría de que sus estudiantes recibieran una buena educación anglicana.

Y, hasta cierto punto, tuvieron razón. Los estudiantes tenían que asistir a servicios religiosos semanales, pero no se los obligaba a seguir ninguna religión en concreto. Lady Agnes Westerfield, que había viajado mucho, creía que la iglesia anglicana no era el único camino hacia el cielo.

Él y Daniel Herbert se hicieron amigos cuando descubrieron su pasión mutua por la ética, la moral y la filosofía hasta unas profundidades que ahuyentaban a los demás estudiantes. Daniel tenía un punto de vista más religioso y espiritual mientras que él se inclinaba más por filó-

sofos como Locke y Voltaire. Las conclusiones de ambos acerca de la justicia y la moral solían ser las mismas, aunque llegaban por caminos distintos.

Aquellas conversaciones tan estimulantes continuaron varios años, porque de la Academia Westerfield pasaron a Oxford. Y cuando él terminó su paso por Balliol College, en Oxford, Daniel lo invitó a la casa de la familia Herbert en Bristol.

Debido a las carreteras enfangadas, llegaron muy tarde a Belmond Manor, cuando ya todos se habían retirado. Daniel lo acompañó hasta una de las habitaciones de invitados y luego se dirigió hacia la suya entre bostezos.

A pesar de que la habitación era muy agradable, a él le costó dormirse. Cuando ya casi estaba cansado de dar vueltas, oyó música. Alguien estaba tocando a Beethoven en el piano justo debajo de su habitación. Le encantaba la música y sabía tocar el piano, pero la persona que lo hacía abajo era extraordinaria.

Entonces le picó la curiosidad, así que se puso las zapatillas y una bata y siguió el sonido de aquella música encantadora. Abajo, abrió la puerta de la sala de música y vio a Laurel Herbert por primera vez.

Estaba sentada al piano y su rostro delicado iluminado por unas cuantas velas. Se parecía mucho a Daniel en la cara y el color del pelo, y era tan preciosa que le dolió el corazón. No tenía uno de esos aspectos llamativos que hacían que todo el mundo se volviera a su paso, pero cuando la vio, no pudo apartar la mirada.

Cuando se abrió la puerta, ella levantó la cabeza. Sus grandes ojos eran de un color gris azulado y la gruesa trenza que le caía sobre un hombro desprendía la lustrosa calidez del bronce.

En cuanto sus ojos se encontraron, una intensa energía se desató entre ellos, como un relámpago silencioso. Cada fibra del cuerpo de Kirkland despertó.

Durante varios segundos, ella permaneció con las manos en las teclas y los ojos muy abiertos. Y entonces, se levantó y rodeó el piano para saludarlo. Aunque él sabía que Laurel todavía no tenía los dieciocho años, desprendía una serenidad extraordinaria a cualquier edad.

—Usted debe de ser lord Kirkland, el amigo de Daniel. —Sonrió y le ofreció la mano. Era alta y elegante como un cervato—. Bienvenido a Belmond Manor, milord.

—Llámeme James.

Cuando la tomó de la mano y la miró a los ojos, se sintió invadido por una gran calidez y paz, sensaciones que alcanzaron puntos de su cuerpo que habían estado dormidos toda su vida. Calidez y transparencia eran la esencia de Laurel Herbert y, mientras le daba la mano, tuvo la absurda certeza de que querría a esa mujer hasta el día que muriera.

Laurel había atendido a pacientes de todas las edades, razas y géneros a lo largo de los años, así que podía atender perfectamente a su marido, del que estaba separada. O eso es lo que se decía a sí misma, a pesar de que le temblaban las manos mientras preparaba una infusión de corteza de jesuita y la dejaba reposar para curarle las heridas.

Si hubiera sido un extraño inconsciente, le habría quitado toda la ropa, pero con James... no podía. Era un hombre terriblemente hermético y ella, menos que nadie, no tenía ningún derecho a invadir esa privacidad. Así que lo examinó extremidad por extremidad, comprobó que todos los huesos estaban intactos y lavó todas las heridas y rasguños antes de continuar.

Una vez conoció tan bien ese cuerpo...

«¡No!»

Cortó esos pensamientos y se concentró en la herida superficial de la cabeza, la principal responsable de las manchas de sangre de la ropa. Estaba más delgado de lo que recordaba; era todo músculos y huesos. Seguro que había estado trabajando muy duro. A pesar de su hermetismo, se lo comían los nervios. Como una vela que arde por los dos extremos...

Volvió a cortar esos pensamientos. Puede que estuviera lleno de moretones, pero, aparte de la fiebre, su estado era bueno. Sin embargo, cuando se despertara tendría un buen dolor de cabeza.

Cuando terminó de limpiar y curar las heridas, la corteza de jesuita ya estaba lista. Sirvió un poco de aquel líquido amargo en una taza y le echó una buena cucharada de miel.

Cuando ella le colocó unas almohadas debajo de la espalda para incorporarlo, él se resistió un poco, pero Laurel pudo darle la bebida con una cuchara. Aunque él hizo una mueca ante aquel sabor, seguro que reconoció que era una medicina necesaria, porque no se apartó. Y en cuanto vio que tragaba bien, le acercó la taza a la boca para que bebiera directamente.

Cuando la taza estuvo vacía, la dejó a un lado. Tenía que encender las lámparas, porque estaba anocheciendo. Al levantarse, él le agarró la mano y le dio un beso que pareció que le escaldaba los dedos. Ella apartó la mano, pero no pudo bloquear la oleada de recuerdos de la noche en que se conocieron.

Daniel hablaba de Kirkland a menudo, de modo que ella dedujo que el amigo de su hermano debía ser un joven interesante y muy inteligente. Sin embargo, nunca se hubiera imaginado aquella fascinante y oscura intensidad cuando abrió la puerta de la sala de música.

Levantó la mirada y quedó prendada por aquellos ojos de color azul intenso que parecían ver a través de ella. Y si se levantó para saludarlo, no fue por buenos modales, sino porque necesitaba estar más cerca de él.

Se saludaron y se presentaron. Cuando ella le dio permiso para que la llamara Laurel, él hizo una reverencia y le besó los nudillos, un gesto curiosamente formal teniendo en cuenta las circunstancias.

Se le aceleró el pulso. Kirkland la fascinaba, y parecía que ella le provocaba lo mismo a él, aunque no entendía muy bien por qué. Ella era una chica normal sin experiencias ni talentos extraordinarios. Sin embargo, cuando él la miraba, se sentía única y preciosa.

Cuando se lo pidió, siguió tocando el piano mientras él se sentaba en la banqueta junto a ella y pasaba las páginas de la partitura. A pesar de que no se tocaron, lo tenía tan cerca que sentía el calor de su cuerpo por todo el costado derecho. Cuando le pidió que cantara, ella lo convenció para que la acompañara y sus voces sonaron al unísono como si lo hubieran hecho toda la vida.

Ninguno de los dos quería irse a dormir, así que ella sugirió que bajaran a la cocina para una cena de medianoche. Cocinó unos huevos

revueltos con hierbas aromáticas y queso mientras él preparaba té y tostaba el pan. Laurel tenía unos conocimientos básicos de cocina porque su madre creía que una mujer debía conocer cómo funcionaban todos los aspectos de una casa, pero la impresionó que lord Kirkland se moviera con cierta soltura en esos quehaceres.

En un gesto osado, ella sacó una botella del mejor vino blanco de su padre para acompañar la comida y la conversación se alargó toda la noche. Kirkland la animó a hablar de sí misma y su interés era embriagador.

A su vez, él le explicó historias divertidas sobre las peleas de sus padres. Su padre, británico y aristocrático, se había casado con la decidida hija de un comerciante escocés por su dinero, y el día que intercambiaron los votos matrimoniales fue la última vez que estuvieron de acuerdo en algo. La preferencia de Kirkland por su familia escocesa, más natural y sencilla, provocó que su padre lo enviara a la Academia Westerfield cuando se separaron.

A pesar de que las anécdotas eran divertidas, Laurel vislumbró el dolor y la soledad que había sentido de pequeño. Más adelante descubrió que Kirkland había revelado más información sobre sí mismo en una noche de lo que le había explicado a Daniel a lo largo de varios años de amistad.

Su encuentro terminó cuando la cocinera entró bostezando en la cocina para empezar a amasar el pan. Se rió y los mandó a sus habitaciones hasta que el resto de la familia se despertara. Laurel salió de la cocina a regañadientes, porque temía que la magia de aquella noche desaparecería por la mañana.

Pero no fue así. En lugar de acompañarla hasta su habitación, Kirkland y ella volvieron a la sala de música, donde los primeros rayos de sol entraban por la ventana. La agarró de los hombros y, con mucha convicción, dijo:

—Laurel, creo que deberíamos casarnos. ¿Quieres que hable con tu padre esta mañana?

Ella se quedó boquiabierta. A pesar de que las horas que habían pasado juntos habían sido muy intensas, la idea del matrimonio la sor-

prendió. ¿Aquel hombre, aquel joven lord tan brillante, quería casarse con ella? Entre tartamudeos, respondió:

—Me... Me parece que la respuesta correcta sería: «¡Señor, esto es muy repentino!»

—Sí, ya lo sé —respondió él, muy despacio, mirándola a los ojos—. Pero nunca he estado más seguro de algo en toda mi vida.

Ella respiró temblorosa. Quería aceptar, pero era consciente de que aquella conversación se había convertido en una locura.

—¿Por qué yo? Seguro que has conocido a muchas otras mujeres más ricas, más guapas, más inteligentes.

—Puede que sí, pero, en cuanto te he visto, he sabido que eras la que estaba buscando —respondió él, con mucha sinceridad—. Podemos tomarnos el tiempo que quieras para conocernos mejor, pero, por favor, no digas que no. Te necesito.

El poder de su certeza la arrastró como una tormenta de verano y su alma reflejó la misma certeza. A pesar de que nunca había creído en el amor a primera vista, ahora veía que era posible. Todavía había muchas cosas que no sabían el uno del otro, pero, a un nivel de verdad muy profunda, Laurel sabía que estaban destinados a estar juntos.

Debía de estar loca, pero puso a prueba su convicción, se puso de puntillas y le dio un tímido beso. Tenía los labios cálidos y firmes. Embriagadores. Él contuvo el aliento, la rodeó por la cintura y le devolvió el beso con ternura y un ansia tan profunda que ella la sintió en los huesos.

Desde el momento en que se habían conocido, había sabido que era un hombre apasionado. Y ahora estaba descubriendo que ella era una mujer apasionada. La habían besado varias veces y siempre le había parecido algo poco interesante.

Sin embargo, con James Kirkland, su cuerpo y su alma ardían en llamas. Se pegó a él y abrió la boca para explorar sin reparos. No le extrañaba que los hombres y las mujeres hicieran auténticas locuras por amor, descubrió medio mareada. Quería hundirse en él, fundirse con él, quería que él se hundiera en ella...

Kirkland puso fin al beso con la respiración entrecortada, la agarró por los brazos y retrocedió ligeramente.

—Espero que esto signifique que, al menos, estás dispuesta a considerar mi proposición.

Cualquier duda se desvaneció y Laurel le sonrió, porque era más feliz que nunca.

—Creo que tienes razón. Deberíamos casarnos, porque no me puedo imaginar sentir esto por cualquier otro hombre.

Kirkland brilló de felicidad y volvió a besarla. La sensación de que estaban haciendo lo correcto era irresistible y ella se entregó sin pensárselo dos veces. Estaban destinados a estar juntos, estaba segura...

Cuando Laurel volvió a la realidad, vio que había retrocedido unos pasos. Estaba temblando y tenía los dedos pegados a los labios, como si todavía pudiera sentir esos besos.

Si pudiera odiar a Kirkland... Pero no podía. Era incapaz de odiar. En cambio, tenía un agujero agonizante en el corazón porque el abismo entre ellos era demasiado grande para unirlo de nuevo.

Sus padres se quedaron muy sorprendidos cuando ella y Kirkland decidieron casarse basándose en una conversación que se había alargado toda la noche, pero también estaban eufóricos ante la idea de que su hija hubiera encandilado a tan buen partido. A pesar de que los Herbert eran miembros respetados de la alta burguesía, su familia no poseía títulos, ni grandes fortunas, ni tenía contactos políticos. Pero ahora su hija sería condesa.

Invitaron a Kirkland a quedarse en su casa durante el mes que faltaba para el decimoctavo cumpleaños de Laurel. Durante ese tiempo, los dos podrían seguir conociéndose. Llegada esa fecha, si todavía querían casarse, podrían hacerlo en la iglesia parroquial.

A pesar de que era lógico tomarse más tiempo, nada de lo que sucedió en las siguientes semanas hizo que el compromiso pareciera un error. Cada día quería más a James. Reían, hablaban y tocaban el piano juntos.

Él encargó libros para que ella los leyera y la escuchaba con atención mientras los comentaban. Una de las cosas que más le gustaban

era cómo respetaba su inteligencia y la animaba a formarse sus propias opiniones.

Lo observó detenidamente por si encontraba alguna señal de que se hubiera arrepentido del compromiso, pero no encontró ninguna. Siempre que la veía se le iluminaba la cara, y se dio cuenta de que su sola presencia lo hacía más feliz de lo que había sido jamás. Ya había dejado de intentar entender por qué. Estaba agradecida de que estuvieran tan a gusto juntos.

Lo curioso es que el único que tenía serias dudas era Daniel, que era quien mejor conocía a Kirkland. Cuando su hermano le comentó que James era un tipo complicado y rebuscado, ella se rió. Por supuesto, su marido y ella no siempre estarían de acuerdo en todo. Les pasaba a todas las parejas, pero el amor que sentían era demasiado fuerte y verdadero para ignorarlo.

Echando la mirada atrás, hacia aquel tiempo de absoluta certeza y felicidad, sabía que la fuerza y la autenticidad de su amor era verdad. El error más trágico había sido ser demasiado joven e inocente para saber que el amor no siempre es suficiente.

3

Los recuerdos de Laurel terminaron cuando Kirkland se movió, agitado, con la cara cubierta de sudor. Ella frunció el ceño y le sirvió otra taza de infusión. Necesitaba el remedio y el líquido. Había tratado a suficientes pacientes con fiebre para saber que el proceso podía ser muy impredecible; podía alternar escalofríos con fiebre y, en el peor de los casos, con delirios. Esperaba estar administrándole el remedio lo suficientemente pronto para evitar que la enfermedad empeorara.

Lo incorporó con la ayuda de las almohadas y, muy despacio, lo obligó a beberse la infusión. Tenía el pelo negro empapado de sudor y necesitaba que se lo cortaran. Siempre lo había llevado un poco más largo de lo que mandaban los cánones estéticos. A pesar de que vio algunas arrugas alrededor de los ojos, la sorprendió lo poco que había cambiado.

Qué tenía ahora, ¿treinta y dos años? Un hombre en la flor de la vida. Cuando se conocieron tenía veintiuno. Era muy joven. Acababa de salir de Oxford y no hacía ni un año que había tomado posesión de toda su herencia.

A ojos de Laurel, era un hombre de mundo maduro, pero, en retrospectiva, se daba cuenta de que apenas eran dos críos. ¡Si al menos hubieran tenido la sensatez de esperar! Pero con la pasión corriendo por las venas, esperar era intolerable y no había nada que les impidiera casarse.

—¡Desgraciado, no te saldrás con la tuya! —exclamó Kirkland, con la voz rota. Dibujó un arco con el brazo, golpeó a Laurel en la mejilla y estuvo a punto de tirarla al suelo.

Empezó a moverse como si estuviera peleando por su vida. Laurel tenía miedo de que acabara cayendo de la mesa de curas, así que lo sujetó por el hombro.

—¡James, deja de pelear! —le dijo—. Ya estás a salvo. Estoy contigo y estás a salvo.

Él dejó de moverse y levantó la cabeza para mirarla con unos ojos desubicados.

—¿Laurel? ¿De verdad que eres tú?

Ella lo acarició, le echó el pelo hacia atrás y, con ternura, dijo:

—Sí, James. Te ha dado un ataque de fiebre, pero aquí estás a salvo. Te pondrás bien.

—¡Oh, Dios, Laurel! —La agarró por la cintura, la subió a la mesa a su lado y la abrazó con fuerza—. He tenido el sueño más terrible del mundo. Creí que te perdía para siempre. Miraba por todos lados y no te encontraba. —La agarró con más fuerza y susurró—: No estabas y tenía miedo. Mucho miedo...

Ella contuvo el aliento porque la sorprendió estar pegada a su cuerpo prácticamente desnudo. Sabía que debería soltarse, pero el hecho de que aquello pareciera tan correcto la paralizó.

Y lo más sorprendente era comprobar la emoción y la necesidad que se reflejaban en la voz de James. Cuando lo abandonó, pareció que le daba igual, como si le aliviara saber que ya no tendría que dedicarle tiempo y atención. No había demostrado ningún dolor.

Mientras intentaba controlar los temblores, Laurel dijo:

—No me he ido a ninguna parte; estoy aquí. Tienes que descansar y seguir bebiendo la infusión de corteza de jesuita. Por la mañana estarás bien.

—Ahora que he vuelto a encontrarte, no pienso dejarte nunca.

Rodó y se colocó encima de ella. La besó con pura pasión, como si quisiera besarle el alma.

Toda precaución desapareció al instante y ella le devolvió el beso; se alimentó de su boca como si estuviera moribunda y su pasión fuera el néctar de la vida. Después de todos aquellos años de lágrimas de soledad y tristeza y de sueños frustrados, ella estaba tan impaciente como él.

James la acarició y le rozó la deliciosa piel mientras sus besos ardían en la noche. Cuando le sostuvo los pechos en las manos, Laurel notó cómo la entrepierna clamaba su atención. Y en cuanto él le subió la

falda y le acarició el muslo, se volvió loca y todo su cuerpo estuvo preparado. Separó las piernas y gritó cuando por fin le rozó la cumbre húmeda, desesperada por alcanzar el alivio que le ofrecía.

Apenas se dio cuenta de que él se quitó los calzoncillos, pues estaba preparada, y más que eso, cuando él la penetró en un gesto íntimo.

—Laurel, mi amor —jadeó—. Te he echado tanto de menos...

Ella necesitaba aquel encuentro sexual tanto como él. A lo largo de aquellos años solitarios, había soñado muchas veces con los breves y felices meses de su matrimonio. A pesar de que las diferencias, al final, habían resultado ser irreconciliables, en la cama jamás habían tenido ningún conflicto.

—Oh, Dios... —gruñó James, y se vació dentro de ella, sacudiéndose de tal manera que perdió la noción del tiempo y el espacio. Sólo respiraba la pasión que los unía. Laurel había estado vacía durante mucho tiempo, y ahora él la había llenado.

Gritó y se pegó a él, relajó el cuerpo cuando la tensión fue aflojando, y se quedó con una sensación de paz y plenitud. Él también se relajó y murmuró palabras ininteligibles que ella sabía que contenían amor.

Laurel quería que aquella profunda y traicionera sensación de estar en lo correcto durara para siempre, pero sabía que sólo era una ilusión. Puesto que estaban casados, a ojos de la sociedad no habían pecado, pero ella sabía que estaba mal. Había abandonado a su marido por un buen motivo, pero, esta noche, había sido débil y había sucumbido al vínculo físico que todavía los unía. ¿En qué diantre estaba pensando?

De hecho, no había pensado. Sólo había reaccionado a su contacto y a sus necesidades urgentes. Empezó a deslizarse de debajo de su peso.

A pesar de que todavía estaba delirando, James se movió para dejarla salir de debajo de él, pero la agarró de la mano para que no se alejara. En lugar de soltarse, Laurel respiró hondo para recuperar la compostura. Luego, lo observó a través de los ojos de la experiencia.

Aunque James todavía tenía fiebre y no sabía dónde estaba, se había calmado y se había dormido. Durante el tiempo que estuvieron juntos, tuvo dos ataques de fiebre. La segunda vez, hicieron el amor justo antes de que la fiebre le subiera demasiado. Sí, tenía fiebre, pero se había mos-

trado consciente y apasionado. Después, se había quedado profundamente dormido y, por la mañana, se despertó sin fiebre. Cuando le dio un beso de buenos días, le dijo que ella era la mejor medicina del mundo.

Laurel sospechaba que la corteza de jesuita era más fiable, pero, por lo visto, su presencia era buena para él. Su intuición de enfermera le dijo que había muchas posibilidades de que, otra vez, James durmiera toda la noche y se despertara sin fiebre.

No podía deshacer lo que acababa de pasar. De hecho, tampoco deseaba que no hubiera pasado. Pero sí que podía no compartirlo. Cuando tenía fiebre, James soñaba cosas muy extrañas. Si se comportaba con calma y mantenía las distancias, él creería que su encuentro sexual sólo había sido un sueño.

Tenía que lavarse, y a él también, y ponerle una camisa de dormir para que no quedara ni rastro de su encuentro. Cuando se despertara, ella avisaría a sus criados para que vinieran a buscarlo y sería como si aquella locura pasajera nunca hubiera sucedido. James regresaría a su mundo complicado y ella seguiría con su trabajo, lo que daba sentido a su vida.

Y volvería a enterrar su corazón una vez más.

«Laurel.»

Gradualmente, Kirkland salió de la oscuridad y regresó a la conciencia, nadando en un mar de bienestar. Había soñado con su mujer, algo que era habitual, pero casi siempre ella desaparecía cuando la abrazaba y lo dejaba frustrado. Esta vez, en cambio, había tenido uno de los pocos sueños de satisfacción y con un nivel de realismo pasmoso.

No obstante, no podía negar la realidad. Le dolía el cuerpo entero y, sobre todo, la cabeza. ¿Qué había pasado? ¿Y dónde estaba?

Aquel lugar no le sonaba, eso seguro, pero estaba bastante cómodo, tendido en una cama firme pero acolchada y con sábanas y colcha limpias. De repente, lo recordó todo. Había sufrido un ataque de fiebre mientras caminaba por Bristol y su estado de debilidad le había impedido defenderse de dos asaltantes.

Reconoció el aroma a lavanda, seguramente de las sábanas. Y seguro que por eso los recuerdos de Laurel habían sido tan reales. A menudo solía llamarla lady lavanda, porque solía perfumarse con ese aroma.

A regañadientes, abrió los ojos y vio un techo liso y de color claro. Incluso aquel gesto era costoso.

—Veo que ya te has despertado.

Aquella delicada voz femenina llegó de su derecha y lo dejó helado.

Volvió la cabeza tan deprisa que se mareó. Laurel estaba sentada en una silla junto a la cama, zurciendo. Verla hizo que recordara apasionadamente las sensuales imágenes del sueño. Su sabor, su olor, la sedosa calidez de su piel, la bienvenida que le había dado su cuerpo...

Apretó la mandíbula y borró esas imágenes de la cabeza, pero no podía borrar la realidad de su presencia. Incluso después de diez años, le resultaba dolorosamente familiar. Llevaba el precioso pelo de color bronce recogido a la espalda y era tan preciosa que le dolía el corazón.

Pero ya no era la chica con la que se había casado. Su actitud abierta hacia él y hacia el mundo había desaparecido y, en su lugar, había adoptado una posición de distancia fría. Seguro que su gloriosa calidez no había desaparecido del todo, pero ya no era para él. En ese momento, su corazón murió un poco.

No obstante, seguía siendo su mujer. Y todavía la quería.

—Lo siento, Laurel —dijo, en un susurro ronco—. No querías volver a verme y aquí estoy.

Ella dejó la ropa que estaba zurciendo en una cesta que había en el suelo.

—No es culpa tuya, James. Te ha dado un ataque de fiebre y dos ladrones te han atacado cerca de aquí. Dos hombres de nuestra parroquia te han encontrado y te han traído a la enfermería.

Mientras intentaba pensar qué decir a la esposa que hacía diez años que no veía, notó un golpe en la cadera izquierda. Volvió la cabeza con cuidado y se encontró con los ojos dorados de un enorme gato, que estaba acurrucado a su lado. Le había dado un golpe con la cola.

Parpadeó.

—¿Es aquel cachorro gris que me hiciste rescatar del lago hace tantos años?

—Sí, es *Sombra*. Ahora ya ha crecido. Se pasea a sus anchas por la enfermería.

Kirkland le rascó el cuello y el animal lo recompensó con un suave ronroneo.

—Sí que ha crecido, sí.

—Le gusta comer, pero es un buen gato. Los pacientes que vienen con cierta regularidad lo buscan. —Le colocó una mano helada en la frente—. Ya no tienes fiebre, pero seguro que tienes sed. Toma. Te irá bien para la garganta.

Sirvió algo de una jarra de cerámica en una taza, colocó una mano debajo de las almohadas y le levantó la cabeza lo suficiente como para que pudiera beber. Tenerla tan cerca era sofocante.

No siguió por ahí y se bebió el caldo de pollo, que estaba caliente y muy bueno. Odiaba esos momentos de debilidad, pero siempre le sucedía lo mismo después de un brote de fiebre. Le ayudaba a mantener los pies en la tierra.

Se terminó el caldo y se dejó caer en las almohadas otra vez. Su cuerpo necesitaba descansar un poco más, pero no quería cerrar los ojos y perderse la milagrosa visión de su mujer.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Llegaste ayer por la noche. Conseguí que te bebieras varias tazas de infusión de corteza de jesuita y, por lo visto, ha servido para bajar la fiebre. ¿Quieres más caldo? —Cuando él meneó la cabeza, ella dejó la taza en el mostrador—. Imagino que tus criados estarán desesperados. Dime en qué hostería te hospedas y haré que alguien los avise.

—En La Ostra. —Se le cerraron los ojos y tuvo que hacer un esfuerzo para abrirlos—. ¿Daniel vendrá después o no quiere hablar conmigo?

—Estará fuera unos días. Está de gira quirúrgica por Gales.

Kirkland arrugó el ceño.

—¿De gira quirúrgica?

—Varias veces al año, visita zonas donde no hay médico ni cirujano y atiende a las personas que lo necesitan —explicó ella.

—Daniel el santo —murmuró Kirkland, que no pudo evitar una nota de sequedad en la voz—. Siempre le interesó la medicina y supe que sería médico, pero ¿cómo llegó a serlo después de estudiar autores clásicos y teología en Oxford?

Laurel lo miró con cierta frialdad.

—Siempre quiso estudiar medicina, pero a mis padres les parecía un oficio demasiado vulgar. Dijeron que si a pesar de heredar todas las propiedades de la familia insistía en estudiar una carrera, debería entrar en la iglesia y no le pareció mal. No decidió estudiar medicina hasta que te abandoné y mis padres no me dejaron volver a casa. Dijeron que tenía dos opciones: volver contigo o morirme de hambre.

Kirkland hizo una mueca.

—No lo sabía. Deberías haberles explicado que todo fue culpa mía.

—Ya lo hice —replicó ella, todavía más distante—. Pero eras un conde y, por lo tanto, mi deber era aceptar cualquier pequeña excentricidad que pudieras tener. Fui una descarada y una vergüenza para la familia por haberte abandonado.

A Kirkland todavía le dolió más la cabeza.

—¿Y por eso Daniel y tú os fuisteis a vivir juntos?

Ella asintió.

—Estaba muy furioso con nuestros padres. Y como insististe en ofrecerme una pensión de separación muy generosa, pudimos vivir tranquilamente mientras Daniel se sacaba el título de médico. —Con la mano, hizo un gesto que englobaba todo lo que los rodeaba—. Cuando terminó los estudios, compramos esta casa y montamos la enfermería. Más adelante, compramos la casa que está justo detrás y la convertimos en un refugio para mujeres y niños que huían de hombres peligrosos y violentos. Zion House. —Entrecerró los ojos—. Pero seguro que un espía tan bueno como tú ya sabía todo esto.

—Sabía dónde vivías, pero nada más —respondió él. Como también quería oír las malas noticias, preguntó—: ¿Y Daniel sigue odiándome?

Ella dudó un poco más de la cuenta.

—No es capaz de odiar a nadie. Pero, como es una persona leal a su hermana pequeña, te sigue considerando responsable de... de...

Volvió a dudar.

—¿De arruinarte la vida? Está en todo su derecho.

De no haber sido por él, Laurel se habría casado con un hombre normal y, a estas alturas, ya tendría un hogar y una familia. Sin embargo, ahora flotaba en el limbo, porque no era una mujer soltera, pero tampoco una esposa con todas las de la ley, dormía sola y no tenía hijos. Bueno, suponía que dormía sola. Aunque no podía soportar la idea de que estuviera con otro hombre, tampoco podía culparla si había encontrado a alguien que la calentara por las noches.

—No me arruinaste la vida —dijo ella, muy tranquila—. Sólo me pusiste en un nuevo camino, y no tiene por qué ser peor. El trabajo que hago aquí es importante, James. Si fuera simplemente una esposa, mi vida sería más sencilla y superficial.

Le sorprendió que creyera que la vida con él habría sido superficial, pero, al menos, había cerrado el capítulo de su matrimonio fallido sin amargura. Siempre había tenido el don de saber apreciar el presente sin perder el tiempo anhelando lo que no tenía.

Sin embargo, y aunque no lo odiara, había un muro invisible que la rodeaba y que dejaba claro que debería mantener las distancias. Y no le costaría demasiado, porque no tenía las fuerzas necesarias para levantarse y cruzar la sala.

A pesar de que su cuerpo pedía más descanso, no quería que la conversación terminara.

—¿Todavía tocas el piano?

—Por supuesto. —Sonrió con un punto de sorna—. Hasta los reformistas más estrictos como yo necesitamos nuestros pequeños placeres. El piano Broadwood que me diste está en la sala de música, arriba. Nos costó mucho subirlo.

James le miró la mano izquierda y se preguntó qué habría hecho del anillo de casada.

—El Broadwood es un instrumento precioso, pero me sorprende que te quedaras con algo que te había regalado yo.

—Tiene un tono tan bonito que no habría podido separarme de él. —Ladeó la cabeza—. ¿Tú sigues tocando? ¿O no tienes tiempo?

—Toco de vez en cuando. —Cuando Laurel lo dejó, tocar el piano era su mayor placer, puesto que podía hacerlo solo y siempre conseguía relajarse. Había mejorado mucho con el paso de los años, pero nunca sería tan bueno como ella, que tenía un talento descomunal—. Siento no poderte oír tocar el piano. Me gustaría poder volver a hacerlo.

—Tengo una pequeña arpa en la enfermería —dijo ella, algo dubitativa—. Si quieres, puedo tocarla.

—No sabía que tocabas el arpa. Me encantaría oírte.

Ella dejó la labor a un lado y se levantó.

—Ahora mismo vuelvo. A no ser que quieras algo más.

Sólo a ella.

—La música es más que suficiente. Es el alimento del alma, ya lo sabes.

Ella asintió y salió de la sala. Por suerte, regresó antes de que James se hubiera vuelto a dormir. El arpa que llevaba en las manos era del tamaño adecuado para poder transportarla y se la colocó en el regazo cuando se sentó. Él observó el instrumento mientras Laurel lo afinaba.

—Nunca había visto un arpa como esa.

—Pertenecía a una señora mayor irlandesa que vivía aquí en Bristol. Solía ir a visitarla cada semana. Le llevaba una cesta de comida y la señora Donovan me explicaba historias maravillosas. Como tenía los dedos demasiado rígidos para tocar el arpa, me enseñó para que se la tocara yo. —Recorrió las cuerdas con suavidad con los dedos para afinarla. Aquel pequeño instrumento tenía un sonido sorprendentemente profundo y rico—. Me pidió que la tocara mientras estaba moribunda y luego me la dejó en herencia. Era su posesión más querida.

Kirkland se había casado con una santa. No era de extrañar que el matrimonio hubiera durado tan poco cuando ella había descubierto la clase de pecador que era.

No obstante, ahora podía disfrutar del inesperado regalo de poder pasar un tiempo con ella. Puede que no se repitiera, así que pensaba

disfrutar de cada instante para poder renovar los recuerdos de cara al futuro. Y el recuerdo más dulce sería ese sueño tan íntimo que nunca había pasado...

Laurel empezó a tocar una evocadora melodía irlandesa y cantó con su delicioso contralto.

«El juglar se ha ido a la guerra, lo encontraréis en los rangos de la muerte; se ha ceñido la espada de su padre, y se ha colgado el arpa a la espalda...»

James cerró los ojos y dejó que la música flotara por sus venas. En las notas líquidas reconoció la dulce calidez que, cuando se conocieron, era la esencia de Laurel. Le alegraba saber que debajo de la fría y controlada superficie aquella calidez sobrevivía. Y, aunque fuera por un instante, él tenía el privilegio de disfrutarla una vez más.

4

Durante un rato, Laurel se perdió en la música. Era la segunda gran pasión que su marido y ella compartían, y tocar para él difuminaba ligeramente la confusión provocada por su breve pero intenso encuentro sexual. ¡Gracias a Dios, James parecía no recordar lo que habían hecho!

Levantó la mirada y vio que se había dormido y que respiraba de forma lenta y tranquila. Su imagen le recordaba la efigie de un caballero de las Cruzadas que había en la iglesia del pueblo de los Herbert. Tenía las facciones marcadas de un guerrero, austero y obsesionado.

Dejó las manos sobre las cuerdas del arpa mientras lo observaba y se guardaba cada detalle en la memoria. Aquel encuentro había sido una casualidad y no volvería a repetirse.

No obstante, y a pesar del salvaje y sorprendente encuentro sexual, Laurel se alegraba de verlo. Su separación había supuesto una herida abierta durante años, pero ahora se había quedado en paz. La atracción mutua que sentían seguramente no desaparecería nunca, pero ambos habían seguido caminos muy distintos. Ella había aprendido que el amor no bastaba y, por lo visto, James también.

Ya era de día y, dentro de poco, la enfermería se llenaría de personal y de pacientes. Tenía que enviar una nota a la hostería La Ostra para avisar a los criados de Kirkland. Estarían preocupados. En cuanto recibieran el mensaje, aparecerían sin demora, se lo llevarían y le buscarían los mejores cuidados.

Dejó el arpa y se levantó, pero, antes de salir, le acarició el pelo negro. James seguía siendo el mismo hombre de siempre, aunque un poco más. Y ella seguía siendo la misma mujer de siempre, aunque un poco

más. Nunca dejaría de quererlo, pero eso no significaba que necesitara verlo o estar con él.

«Vete con Dios, James. Pero vete.»

Kirkland estaba soñando con Laurel y, de repente, una voz con acento de las afueras de Londres lo despertó.

—Señor, ¿está despierto o prefiere que lo saquemos como si fuera un saco de patatas?

La voz pertenecía a Rhodes, que era su ayuda de cámara aunque, por su enorme inteligencia, también se encargaba de tareas mucho más importantes. Hoy, la preocupación por el estado de salud del conde hacía que se comportara como una gallina clueca.

Kirkland abrió los ojos a regañadientes y se encontró a Rhodes con el ceño fruncido. El sol iluminaba la sala de curas de la enfermería y el silencio de primera hora había sido sustituido por los ruidos típicos de una gran ciudad y la actividad propia de la enfermería.

—No vas a sacarme como si fuera un saco de patatas —respondió él con rotundidad.

Intentó sentarse, pero se mareó tanto que casi se volvió a desmayar. Rhodes lo sujetó hasta que se recuperó.

—La señora nos ha dicho que le robaron y luego sufrió un ataque de fiebre.

—Primero fue la fiebre, y después me robaron. —Kirkland consiguió incorporarse y dejó las piernas colgando. Sólo llevaba un camisón. Intentó no pensar en las manos de Laurel mientras lo habían desnudado para ponérselo—. La señorita Herbert tenía corteza de jesuita. Me ha salvado de sufrir un ataque más fuerte.

—Es toda una señora —dijo Rhodes, con tono de admiración—. El carruaje está en la puerta. Si lo visto, ¿cree que podrá caminar hasta allí?

Kirkland se lo pensó. La fiebre siempre lo dejaba tan débil que casi no podía ni moverse, pero, puesto que habían cortado el brote al principio, estaba mejor que en otras ocasiones.

—Necesitaré ayuda, pero lo haré.

—Entonces, señor, levántese y lo vestiré.

Kirkland respiró hondo y descendió hasta el suelo, balanceándose. Se apoyó en la cama con una mano para mantener el equilibrio. Rhodes había estado a su lado durante otros brotes de fiebre y, por lo tanto, le había traído ropa ancha y zapatillas. Intentar calzar unas botas a alguien con tan poca fuerza era un ejercicio inútil.

Cuando estuvo adecentado, volvió a sentarse en el borde de la mesa. Estaba agotado, como si hubiera corrido diez kilómetros.

—Di a la señorita Herbert que venga cuando pueda, por favor. Quiero darle las gracias por haberme atendido.

Rhodes asintió y no sospechó nada. Había entrado a formar parte del servicio de Kirkland después de que el matrimonio se separara, así que no conocía a Laurel. Como la luna de miel había sido tan larga, poca gente sabía que habían estado casados.

—He pensado que quizá querría agradecérselo de una forma más práctica —le dijo, sacando un pequeño monedero lleno de dinero.

Lo dejó junto a él y fue a buscar a Laurel.

Kirkland irguió la espalda e intentó no aparentar estar tan cansado como estaba. Por lo visto, un hombre nunca cejaba en su empeño por impresionar a una mujer atractiva. Se frotó la mandíbula y notó la barba incipiente. Impresionar a Laurel ya era imposible.

Mientras esperaba, pensó en la conversación que habían tenido. Laurel no parecía enfadada ni resentida por su presencia. ¿Habría alguna posibilidad de que reconsiderara una reconciliación? A lo mejor podían reconstruir lo que se había roto.

Cuando la puerta se abrió y ella entró, Kirkland comprendió que se estaba engañando a sí mismo. Llevaba el pelo recogido en un moño y un vestido gris claro que recordaba el hábito de las monjas. Puso gesto profesional, con lo que él comprendió que sólo había sido un caso más de los que le había tocado atender.

Intentó hablar en tono igualmente profesional y dijo:

—Gracias por cuidarme. Bristol tiene suerte de teneros a Daniel y a ti, y la enfermería. —Levantó el monedero que Rhodes le había dejado y se lo dio—. Para ayudar a los demás.

Ella aceptó el dinero con un gesto de agradecimiento.

—Ya mantienes la enfermería con la pensión que me asignaste cuando nos separamos, pero le daremos un buen uso a esto.

—No lo dudo. —Kirkland dudó un segundo, porque quería decir algo más significativo—. Aunque ha sido un accidente, no me arrepiento de haber terminado aquí. Me ha gustado ver que estás bien y que haces un trabajo tan importante.

Ella suavizó el gesto.

—Yo también me he alegrado de verte. Me había quedado con una sensación de que nuestra relación había sido... incompleta. Ahora tengo la sensación de que la hemos terminado bien.

Fue un matrimonio, no una relación. Por suerte, a Kirkland se le daba muy bien disimular el dolor.

—¿Le dirás a tu hermano que he estado aquí?

Ella se encogió de hombros.

—No, excepto si alguien del personal le explica que mientras estaba fuera atendimos a un conde y él me pregunta.

—Así no se enfadará. —Sabía que había llegado el momento de marcharse, así que se levantó y deseó no tambalearse—. Si alguna vez necesitas mi ayuda, no dudes en pedirla.

—No creo que vaya a ser necesario —respondió ella, con frialdad.

Kirkland sospechaba que la auténtica respuesta habría sido: «Te pediré ayuda cuando vea carámbanos en el infierno», pero era una señora para decir eso. Como tenía miedo de caerse si hacía una reverencia, se limitó a inclinar la cabeza.

—Adiós, Laurel. Y gracias.

La miró una última vez y se guardó en la memoria su elegancia y su inmensa inteligencia. Su mujer había sido una chica encantadora. Ahora era una mujer fuerte y de belleza tranquila, que ya no era suya.

Ni volvería a serlo.

Cuando James se marchó, Laurel se dejó caer en la silla que había junto a la mesa de curas y entrelazó los temblorosos dedos de las manos

en el regazo. Gracias a Dios que se había ido y ella había conseguido mantener la compostura. Era sorprendente lo mucho que todavía le afectaba verlo.

Aunque a él no le sucediera lo mismo. James se había alegrado de verla, pero se había marchado sin mirar atrás.

Ahora sólo tenía que rezar para que ese hombre no volviera a aparecer por la enfermería nunca más.

5

El despacho de Laurel estaba en la planta baja, en la zona trasera de Herbert House, y daba al jardín que compartían la enfermería y Zion House. Era por la tarde, con lo cual ya casi no había pacientes y podía concentrarse en hacer la lista del material que necesitaban. Estaba frunciendo el ceño bajo la luz de la lámpara cuando, de repente, una voz conocida dijo:

—Trabajas hasta tarde.

Se dio la vuelta en la silla y vio la silueta alta y delgada de su hermano en la puerta del despacho. Estaba cansado del viaje, pero la sonrisa que le dedicó fue muy cálida.

—¡Daniel!

Se levantó para abrazarlo. Cuando él la abrazó, ella cerró los ojos y se relajó por primera desde que Kirkland se había marchado, hacía dos semanas. Era su querido y buen hermano mayor, que siempre la había cuidado, incluso cuando sus padres la habían repudiado. Entre sus brazos se sentía segura y querida.

Retrocedió a regañadientes y dijo:

—No te esperaba hasta la semana que viene.

—Al llevarme a Colin Holt conmigo para que atendiera a algunos de los pacientes, he terminado antes de lo previsto. Y tenía muchas ganas de volver a casa. —La miró fijamente—. Ese abrazo ha sido excepcionalmente sentido. ¿Ha habido algún problema?

Ella dudó un instante. Si quería explicar a su hermano la visita sorpresa de Kirkland, ahora era el momento. Y, como se quedó callada, el momento pasó. Daniel parecía muy cansado y no había ningún motivo por el cual debiera saberlo.

—Nada fuera de lo normal. Una de las maestras se ha puesto enferma y la he estado sustituyendo, aparte de mi trabajo, claro. ¡Esos renacuajos tienen mucha energía!

—No me extraña que estés cansada. —Daniel la rodeó por los hombros y se la llevó hacia fuera—. Pero los adoras. Acompáñame mientras me preparo algo de comer.

Ella sonrió.

—O sea, que quieres que te prepare mis huevos especiales.

—Me conoces demasiado bien, hermanita —replicó él, en tono burlón. Se agachó para rascar la cabeza de *Sombra*, que había estado haciendo compañía a Laurel en el despacho y ahora, sin duda, la seguiría hasta la cocina—. Pero es bien cierto que nada me repone tanto las fuerzas como tu comida, así que me aprovecharé de tu reconocida generosidad.

Laurel se rió y bajó las escaleras con él. Era el mejor hermano del mundo. Tenían la piel del mismo color, las mismas facciones y los mismos huesos alargados, de modo que alguien que los viera juntos entendería sin dudarlo que eran hermanos. Sin embargo, él era mucho más extrovertido que ella; podía hablar de cualquier cosa con cualquiera.

Cuando entraron en la cocina, Laurel dijo:

—Explícame cosas del viaje. ¿Cómo va la construcción de la nueva capilla de Aberwilly?

—Muy bien. El terrateniente les ha dado permiso para utilizar una antigua casa a las afueras del pueblo, y la congregación ya la ha restaurado y ya ha creado una escuela. Oficié la primera unión matrimonial en la capilla, puesto que el párroco del pueblo no ve con buenos ojos a los metodistas y no oficiará ceremonias para ellos.

—Me alegro de que te quedaras el tiempo necesario en Oxford para que te ordenaran. ¿Cuántos huevos te apetecen?

—Cuatro. Y pon un par más para ti. Parece que te hayas olvidado de comer.

Ella frunció el ceño.

—Pues creo que me he olvidado. Estaba preparando el presupuesto del año que viene y he perdido la noción del tiempo.

Daniel desenvolvió una cuña de queso y la cortó a lonchas gruesas. Le ofreció una a *Sombra*.

—Mejor tú que yo.

—Por eso yo me encargo de llevar las cuentas. Menos mal que los números se me dan bien, porque de cirugía no tengo ni idea.

Fue hasta la despensa y sacó huevos, patatas, cebollas y beicon.

—Puede que no seas cirujana, pero eres la mejor enfermera que tenemos. —Daniel encontró un pan y un cuchillo y empezó a cortarlo en rebanadas—. Voy a tostar un poco de pan. ¿Qué te apetece, cerveza o té?

—Té. —Laurel cortó el beicon y empezó a freírlo—. Dijiste que llevarte a Colin a la gira serviría para poner a prueba sus habilidades y su temperamento. Supongo que ha estado a la altura, ¿no?

—Por supuesto. —Daniel llenó la tetera de agua y la puso al fuego—. Aprende muy deprisa, se adapta a cualquier situación y está dispuesto a hacer lo que sea necesario en lugar de aferrarse a su dignidad como médico. He pensado que podría ofrecerle un puesto permanente, pero primero quería hablar contigo. ¿Qué te parece?

Laurel vertió los huevos batidos encima de los ingredientes fritos y removió un poco antes de bajar el fuego y dejar que se cocieran. Hacía varios meses que Colin Holt era el ayudante de Daniel. Era un joven muy agradable y, si su hermano le había dado el visto bueno, debía de ser un excelente médico.

—Me gusta, parece muy capaz, y si tener otro médico en la enfermería significa que no tendrás que trabajar tantas horas, entonces voto a favor.

—No me importaría trabajar menos horas —admitió Daniel.

Los huevos ya habían cuajado, así que Laurel apartó la sartén del fuego y dividió la comida en dos porciones. La gigantesca la dejó en el plato de Daniel, junto con dos rebanadas de pan que había cortado y untado con mantequilla. Después, se sirvió su plato, se sentó frente a su hermano y empezó a comer. Tenía más hambre de lo que creía.

Comieron en silencio. Cuando terminaron, Daniel suspiró de satisfacción.

—Estaban buenísimos. Ya me he recuperado. —Sirvió otras dos tazas de té y untó una rebanada de pan con miel. —Supongo que podremos pagar a Colin un sueldo decente, ¿no?

Laurel se quedó pensando mientras daba un trozo de huevo al gato.

—Sí, aunque quizá tengas que buscarte unos cuantos pacientes que puedan pagarte bien.

Él se encogió de hombros.

—Los ricos necesitan atención médica igual que los pobres.

—Si no estás demasiado ocupado, quizás incluso tengas tiempo de pensar en buscarte una novia —dijo ella, medio en broma—. Quizá la cirugía sea un oficio de poco renombre, pero también estás ordenado y eres el heredero de Belmond Manor. Eso te convierte en un buen partido.

—Supongo que algún día cumpliré con mi deber y me casaré para tener un heredero —respondió él, sin demasiado entusiasmo—. Pero no tengo prisa. No he conocido a nadie por quien haya valido la pena poner patas arriba mi vida y la tuya.

Ella frunció el ceño.

—¿Has evitado cortejar a alguien por mi culpa, Daniel?

—No. —Se colocó a *Sombra* en el regazo y empezó a rascarle detrás de las orejas. El gato se acomodó encantado—. Rose era la única chica a la que imaginaba como esposa. Cuando murió…

Se encogió de hombros.

Laurel se mordió el labio. La risueña y encantadora Rose Hiller había sido una excelente vecina y amiga de ambos. Rose y Daniel pasaron de la amistad al amor sin demasiadas estridencias. A pesar de que no estaban formalmente comprometidos, ambas familias aprobaban su relación y quedaba implícito que, cuando Daniel terminara los estudios, se casarían. Rose fue dama de honor en la boda de Laurel.

Pero poco después de que su matrimonio hiciera aguas, Rose murió de una repentina fiebre. Se marchó antes de que Daniel pudiera regresar de Oxford. Se quedó destrozado.

Laurel sospechaba que la muerte de Rose era el motivo principal por el cual, después de la ordenación, Daniel decidió decantarse por la medicina, su sueño de niño, en lugar de ingresar en la iglesia. Aunque

seguro que también ayudó la necesidad de proteger a su hermana después de que abandonara a Kirkland. Era un chico protector por naturaleza y, puesto que no había podido proteger a Rose, se convirtió en el protector de todas las mujeres.

Ahora, cuando había vuelto a pronunciar el nombre de Rose por primera vez en años, Laurel se dio cuenta de lo mucho que le seguía afectando su muerte. Daniel tenía un corazón generoso y cariñoso. Entonces lanzó una silenciosa súplica al Señor para que algún día encontrara a otra mujer a la que poder amar y que lo amara como él se merecía.

Pero no dijo nada. En lugar de eso, se levantó y empezó a recoger la mesa. ¿Quién era ella para dar consejos sobre el amor?

Por suerte, al día siguiente la profesora de la escuela ya estaba recuperada, así que por fin pudo ir directamente al despacho para terminar el presupuesto. Tenía que realizar algunos ajustes para poder asumir un salario decente para Colin Holt.

Ya estaba terminando cuando alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo, sin levantar la mirada.

Imaginó que sería Betsy Rivers, su ayudante, que la ayudaba casi todas las mañanas, pero oyó una emocionada voz masculina.

—¿Señorita Herbert?

Colin Holt. Laurel se levantó para saludarlo con una sonrisa. Era uno o dos años mayor que ella, pero su rostro aniñado y su entusiasmo le restaban edad.

—Parece muy contento. ¿Ha hablado con mi hermano esta mañana?

—¡Pues sí! —respondió Colin, con una sonrisa—. He estado rezando para que me ofreciera un puesto en la enfermería, y mis plegarias han tenido respuesta.

Ella le ofreció la mano.

—¡Enhorabuena! Será una bendición para nosotros.

Él tomó la mano de Laurel entre las suyas y se puso serio.

—Usted y su hermano son unos ejemplos maravillosos de la caridad cristiana. Adoro el trabajo que hago aquí y la gente con la que trabajo.

—Me alegro mucho. —Trató de liberar la mano—. Si me disculpa, estoy intentando encontrar el dinero suficiente para pagarle un suelo, y estoy segura de que coincidirá conmigo en que es un objetivo maravilloso.

Sin embargo, Colin no la soltó e intensificó la voz.

—Señorita Herbert. Laurel. Ahora que tengo un trabajo estable y un futuro, quisiera... quisiera que me diera permiso para cortejarla.

Ella se quedó boquiabierta. Después de su separación, había cultivado, a propósito, un aire de frialdad que, hasta ahora, había resultado muy eficaz. Todos la consideraban una solterona por naturaleza, de modo que nunca había tenido que aprender a rechazar atenciones no deseadas.

Al ver su sorpresa, Colin añadió:

—Seguro que es consciente de cuánto la admiro. Es la personificación de la elegancia y la bondad femenina. Y ahora que estoy en situación de buscar esposa, estoy ansioso por conocerla un poco mejor.

Laurel soltó la mano. Se recordó que Colin no conocía su situación, así que respiró hondo y respondió con mucha calma.

—Le debo una disculpa, doctor Holt. A pesar de que utilizo el nombre de señorita Herbert, no soy... libre para contraer matrimonio. Lamento mucho haberle dado, sin querer, una idea equivocada.

Ahora el sorprendido fue Colin.

—Lo siento mucho —tartamudeó—. No tenía ni idea.

—No es algo que suela comentar. —Para suavizar el asunto, Laurel añadió—: A lo mejor, si las circunstancias fueran distintas, descubriríamos que encajamos muy bien, pero eso no sucederá.

Y no era verdad. Aunque estuviera soltera, nunca se interesaría por Colin. Quizá sí que lo hubiera hecho a los dieciocho años, pero Kirkland había conseguido que los hombres sin complicaciones no la atrajeran.

—Lamento mucho haberla molestado —dijo él, incómodo.

—No tiene que disculparse. —Laurel se mordió el labio—. Espero que esto no cambie su decisión de unirse de forma permanente al equipo de la enfermería.

Él parpadeó.

—No... No voy a cambiar de idea. No encontraré otro sitio que se adapte tanto a mis ideales.

—Me alegro de oírlo —respondió ella, de corazón—. A Daniel le apenaría mucho perderlo. —Después de una pequeña duda, añadió—: Si realmente está buscando una esposa, ¿se ha fijado en la señorita Elizabeth Ware, que trabaja de voluntaria en Zion House varias veces a la semana? Siempre lo mira y, cuando usted se vuelve hacia ella, se sonroja.

—¿La chica rubia tan bonita? —Se le iluminó la mirada—. No me había dado cuenta de que se había fijado en mí. Parece muy recatada y fina.

—Sí, esa es Elizabeth. Es tímida, pero muy inteligente y amable. Cuida de los niños más pequeños y ellos la adoran. Es hija de un procurador.

En otras palabras, sería la pareja perfecta para un joven médico.

—Mañana tengo que ir a Zion House a visitar a unos pacientes. A lo mejor... A lo mejor tengo la posibilidad de hablar con ella.

Con la felicidad reflejada en el rostro, Colin se marchó.

Antes de eso, Laurel hablaría con Anne Wilson, la eficaz supervisora de Zion House. Le encantaba hacer de alcahueta y se aseguraría de hacer las presentaciones oficiales entre Colin y Elizabeth. El joven doctor era un evangélico devoto, igual que Elizabeth. Seguro que sería más feliz con una chica joven e inocente que con ella.

Cuando terminó el presupuesto, comprobó la fecha en su agenda... y se quedó de piedra. Habían pasado dos semanas desde la visita inesperada de Kirkland y se dio cuenta de que su reloj interno se había parado. Sus ciclos menstruales solían ser más exactos que la mayoría de relojes. Desde que había dejado de ser una niña para convertirse en mujer, sus periodos siempre empezaban un lunes a media tarde, cada tres semanas.

Al llevar una vida célibe, jamás se había preocupado demasiado por ese asunto, hasta ahora, cuando la regularidad había desaparecido. Atónita, se colocó una mano encima del vientre y la otra en el pecho. A pesar de que James y ella habían mantenido una relación apasionada, jamás se había quedado en estado. De hecho, se había empezado a pre-

guntar si sería estéril. Pero entonces su matrimonio se rompió y aquel asunto quedó aparcado. ¿Era posible que estuviera embarazada como consecuencia de un encuentro corto y apasionado?

«Sí.»

En cuanto formuló la pregunta, su cuerpo le respondió. A lo largo de aquellos años en la enfermería había aprendido mucho sobre el embarazo, incluso que había mujeres que lo sabían de inmediato. Ahora que ya no estaba intentando mantener la mente ocupada, descubrió que su cuerpo era ligeramente distinto.

Santo Dios, ¿qué había hecho?

6

Se sacudió con sorpresa, se levantó y entró en la sala contigua, donde su ayudante estaba trabajando. Hizo un esfuerzo por mantener la voz firme y dijo:

—Después de todo el trabajo que me ha llevado terminar el presupuesto, necesito un poco de aire fresco.

Betsy Rivers, que había llegado a Zion House como la hija mayor de una mujer maltratada por su marido y que ahora suponía una ayuda de incalculable valor, asintió.

—Hace un día demasiado bonito para desperdiciarlo delante de una mesa. Trabaja demasiadas horas. ¿Quiere que compruebe los armarios de la despensa para ver qué necesitamos?

—Sí, por favor.

Con la esperanza de que sus ojos no reflejaran lo horrorizada que estaba, bajó las escaleras, recogió el chal y el sombrero y salió a la calle.

Y ahora, ¿qué? Estaba tan confundida que no se dio cuenta de que sus pasos agigantados la habían llevado casi hasta el otro extremo de Bristol hasta que vio la New Room, la capilla de John Wesley. Aquel edificio modesto era la cuna del movimiento religioso de los metodistas.

A pesar de que ni Laurel ni su hermano habían hecho oficial su adhesión a la iglesia metodista, Zion House se había creado junto con una capilla local, así que quizás era inevitable que acabara en New Room, donde siempre había encontrado paz y claridad.

Por dentro, el espacio era sencillo, siguiendo los ideales metodistas, pero estaba lleno del poder de la fe y las oraciones. Cansada, se sentó en uno de los bancos de madera y agachó la cabeza para rezar y suplicar ayuda.

Lentamente, la serenidad de la capilla aflojó los nudos de sus nervios. Puede que su vida hubiera cambiado para siempre, pero era imposible arrepentirse de estar embarazada cuando siempre había deseado tener hijos.

Lo más difícil sería explicarlo a los que la rodeaban, puesto que un embarazo no se podía ocultar. No podía permitir que el mundo creyera que se había quedado embarazada fuera del matrimonio cuando todos la tenían por un modelo de virtud femenina.

Seguro que Daniel se quedaría muy sorprendido y decepcionado. A pesar de ser un hombre conciliador, se enfadaría mucho con ella, y mucho más con Kirkland.

Aunque la cuestión principal era saber cómo reaccionaría su marido. En circunstancias normales, James estaría encantado de tener un hijo. Una hija no le interesaría tanto como un hijo, de modo que era menos probable que quisiera quitársela.

Y aunque le diera un hijo y heredero, seguro que Kirkland permitiría que el niño viviera con su madre hasta que tuviera que enviarlo al colegio, ¿no? Laurel tenía que creer que su marido sería razonable, porque no tenía fuerzas para contemplar otra alternativa.

Cuando se aclaró las ideas, se colocó el chal en los hombros y salió de New Room. El sol ya había empezado a descender hacia el horizonte. La paz interior no era fácil de conseguir.

Mientras caminaba por las calles, donde todavía había movimiento, pensó cómo proceder a partir de ese momento. La primera persona a quien tenía que informar era a Daniel. Cuando se recuperara de la sorpresa y la decepción, Laurel creía que se alegraría por ella. Seguro que le encantaría la idea de tener un sobrino o una sobrina. Era maravilloso con los niños.

Y con sus amigos y vecinos bastaría una simple explicación razonablemente sincera. Explicaría que su marido y ella, que llevaban varios años separados, habían intentado darse una segunda oportunidad, pero que no había funcionado y habían decidido volver a separarse. En realidad, era cierto.

Como todavía no estaba lista para regresar a casa, decidió caminar por el puerto, que siempre conseguía fascinarla. La variedad de barcos,

marineros e idiomas la ayudaban a poner sus propios problemas en perspectiva.

Se detuvo en el muelle para inhalar los aromas fruto de la mezcla del mar y la tierra, y para observar el bosque de mástiles. Durante todos esos años, alguna vez había visto que la bandera de la flota de Kirkland ondeaba en algún mástil. Y se preguntó, por primera vez, con qué frecuencia vendría su marido a Bristol para hablar con alguno de sus capitanes.

¿Pensaba en ella cuando visitaba la ciudad? Seguro que sí. Al fin y al cabo era un espía. Le había seguido el rastro desde la separación. Laurel todavía no había tomado una decisión sobre cómo le sentaba aquella información.

Ya había dado media vuelta para regresar a casa cuando un carruaje sencillo se detuvo delante de ella en el muelle. Bajaron dos hombres y se volvieron para sacar a la fuerza a una chica joven negra. La chica se estaba resistiendo con todas sus fuerzas.

—¡No, no!

El más fornido de los dos hombres le dio una bofetada tan fuerte que casi la tiró al suelo.

—Cállate, desgraciada. Estás a punto de embarcarte en un precioso viaje con el señor Hardwick.

Si hasta ese momento Laurel se había sentido horrorizada, ahora estaba furiosa. Se dirigió hacia el carruaje.

—¡Suelte a esa chica ahora mismo!

El otro hombre, el tal Hardwick, iba vestido con ropa cara y la miró con un arrogante aire autoritario. Gruñó:

—Esto no es asunto suyo, señora. Violet es de mi propiedad y puedo hacer con ella lo que me dé la real gana.

—¡No, no puede! —replicó Laurel—. ¡Suéltela!

Como los hombres estaban concentrados en Laurel, la chica consiguió liberarse. Corrió hacia ella con los ojos negros llenos de terror.

—¡Por favor, señora, ayúdeme!

Violet tenía un ligero acento musical y la impresionante belleza exótica que había visto en otras personas mulatas. Debía de tener unos

veinte años y el sencillo vestido gris se le había roto durante la pelea por escapar.

Laurel la tomó de la mano.

—Estás a salvo, querida —le dijo, para tranquilizarla—. Estos hombres no tienen ningún derecho a llevarte con ellos en contra de tu voluntad.

Con los ojos fríos como el hielo, Hardwick vociferó:

—¡Es mía y tengo los papeles que lo demuestran! Si no quiere que le hagamos daño, le sugiero que se aparte.

Laurel se colocó entre Violet y sus perseguidores y, con su tono más autoritario, dijo:

—En Gran Bretaña no hay esclavos. Lo decidió lord Mansfield, del Tribunal Real, en 1772. *Somersett contra Steward.*

Hardwick arqueó las cejas.

—Vaya, vaya con la señorita listilla —se burló—. Pero nosotros somos dos y la ley de la fuerza es más antigua.

—Eso no es una ley. Son amenazas —replicó Laurel. Bajó la voz y se dirigió a Violet—. Será mejor que nos marchemos.

Antes de que pudieran moverse, el hombre fornido se abalanzó sobre Violet. La chica se apartó y estiró una pierna para ponerle la zancadilla. El hombre cayó al suelo, pero enseguida se levantó profiriendo insultos. Detrás de él, Hardwick sacó una pistola pequeña.

Laurel no pudo evitar una punzada de miedo, pero mantuvo la voz tranquila.

—Las pistolas no son muy exactas y un disparo no nos detendrá a las dos.

—Pero a una sí —gruñó Hardwick mientras cargaba el arma.

—Eh, vosotros, ¡dejad en paz a la señorita Herbert! —exclamó una voz desde detrás de ellas.

Laurel miró por encima del hombro y vio que un grupo de trabajadores del puerto se habían percatado del altercado. Reconoció al que había hablado. Era un estibador que se llamaba Jeb Brown. Había llevado a su mujer a la enfermería cuando se había puesto muy enferma con fiebre.

Otro estibador dio un paso adelante. Un día, en una pelea de taberna, le habían roto la nariz y Daniel se la había arreglado. Si no recordaba mal, se llamaba Brian.

—Exacto. Márchense ahora mismo. Aquí no hay esclavos.

Los hombres murmuraron al unísono. A muchos los habían curado en la enfermería e incluso algunos acudían al templo de Daniel. Estaban de su lado y en contra de los extraños.

Hardwick parecía al borde de un ataque, pero no era estúpido. A regañadientes, descargó la pistola y se la guardó en una funda que llevaba debajo del abrigo.

—Por hoy, habéis ganado —les espetó—. Pero vosotras dos, zorras, será mejor que vayáis con cuidado a partir de ahora.

Se alejó hacia un bote amarrado en el muelle, con su matón pisándole los talones.

Violet estaba temblando de miedo y se arrodilló frente a Laurel.

—¡Que Dios la bendiga, señorita Herbert! —exclamó, entre lágrimas—. ¡Creí que estaba perdida!

Laurel la tomó de las manos y la ayudó a levantarse.

—Ahora ya estás a salvo, Violet. ¿Tienes adónde ir?

—No, pero ya encontraré algo. Mientras pueda quedarme aquí, trabajaré de lo que sea.

—Mi hermano y yo tenemos una enfermería y Zion House, un refugio para mujeres y niños que necesitan ayuda. De momento, puedes quedarte allí. Pero primero tenemos que dar las gracias a estos hombres por salvarnos. —Se volvió y sonrió a los trabajadores del muelle que la habían defendido—. ¡Muchas gracias a todos por su buena obra! Señor Brown, ¿su mujer se encuentra bien?

—Sí, señorita Herbert, muy bien. Estamos esperando un hijo. —Miró hacia el bote de Hardwick—. Las acompañaremos hasta su casa para asegurarnos de que llegan a salvo.

—Son muy amables. —Violet se secó las lágrimas y sonrió a sus salvadores—. Dios los bendecirá por lo que han hecho.

Encantados, los hombres sonrieron. Casi todos volvieron al trabajo, pero Jeb y Brian caminaron detrás de Laurel y de Violet.

Laurel se volvió hacia la chica y le dijo:

—Me llamo Laurel Herbert. Háblame de ti.

—Me llamo Violet Smith. Mi propietario en Jamaica creía que los esclavos sólo merecían el más sencillo de los apellidos. —Miró a Laurel, todavía temerosa—. ¿Es cierta esa ley que ha mencionado? ¿Soy libre?

—Sí, Gran Bretaña no tiene tradición de esclavos. La asunción general es que cuando un esclavo llega aquí, es libre.

Puesto que Bristol había sido uno de los principales puertos en el comercio de esclavos, Laurel había podido aprender muchas cosas sobre ese asunto.

La sonrisa que Violet dibujó fue radiante.

—¡Aleluya!

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Ese hombre era tu propietario?

Violet escupió en el suelo.

—Como he dicho, nací en Jamaica. En mi cara puede ver que soy hija de un hombre blanco. Su mujer lo obligó a vender a mi madre al propietario de otra plantación antes de que yo naciera.

Laurel se había dado cuenta de lo bien que hablaba esa chica, y le comentó:

—Parece que te has criado con algunos privilegios.

Violet asintió.

—Me prepararon para ser la doncella de la señora Bertram, la esposa del nuevo amo. Siempre me trató muy bien y, cuando vino a Inglaterra de visita, me trajo con ella. Sólo llevo aquí una semana. De jovencita, su marido me odiaba porque siempre me había negado a acostarme con él y mi señora no le permitía que me forzara. Hardwick me vio, dijo que quería comprarme para que le complaciera y el señor Bertram me vendió encantado.

Laurel hizo una mueca.

—¡Me alegro mucho de haberme cruzado en tu camino! Puesto que tienes formación de doncella, no deberías tener problemas para encontrar un trabajo. Pero lejos de Bristol, donde no corras el riesgo de volver a encontrarte con Hardwick.

—Violet asintió con fuerza.

—¡Por favor! Cualquier sitio donde pueda trabajar y estar a salvo.

Laurel supuso que, cuando la emoción de saberse libre pasara, la chica estaría agotada, así que dijo:

—No será fácil dejar atrás tu vida anterior.

La chica suspiró.

—Mi madre murió no hace mucho y mis amigas están todas en Jamaica. La señora Bertram fue muy buena conmigo, pero no puedo volver con ella ni volver a Jamaica, porque regresaría a una vida de esclavitud. Construiré una nueva vida aquí.

—Todo te irá bien, Violet. Lo sé.

Mientras se acercaban a Herbert House, pensó en lo rápido que aquellos hombres le habían ofrecido ayuda cuando la había necesitado. ¿La seguirían mirando igual si supieran que era una condesa? Si lo supieran, ¿se sorprenderían o se sentirían engañados? Ninguna de las dos opciones la entusiasmaba.

Cuando entró en Zion House y presentó a Violet a Anne Wilson, la supervisora, dibujó una sonrisa forzada. Había sido una bendición que ella estuviera en el sitio indicado para ayudar a la chica, pero, además, el incidente había hecho que se olvidara de sus problemas durante un rato.

7

Con un suspiro de alivio, Laurel entró en la calma de Herbert House. Esa noche, Daniel estaba oficiando un servicio y Betsy Rivers solía cenar en el jardín de Zion House. Todo el personal de Herbert House vivía allí y cada día venía a la enfermería para prepararse para algún trabajo doméstico y así poder encontrar un trabajo remunerado en algún otro sitio.

Como consecuencia, el servicio en Herbert House era bastante errático, dependiendo del nivel de los aprendices, pero, por las noches, Laurel podía disfrutar de su privacidad. Esta noche, la cena la estaba esperando en la cocina y la cocinera actual era bastante decente. El paseo le había abierto el apetito y, después de una comida copiosa, se llevó el té a la sala de música. Tocar el piano la relajaba tanto como rezar en el templo New Room.

Eligió la música más poderosa y emocional que conocía: Bach, Händel y Beethoven, mezclada con himnos y baladas folclóricas sobre historias de amor trágicas.

Justo había terminado una impresionante interpretación del himno de Martín Lutero «Castillo fuerte es nuestro Dios» cuando su hermano, en tono burlón, dijo:

—A juzgar por lo que estás tocando esta noche, ha debido de ser un día muy complicado.

No estaba preparada para hablar de su probable embarazo, pero la historia de Violet bastaba para justificar la elección de la música.

—Estaba paseando por el puerto cuando me he encontrado con un hombre terrible llamado Hardwick. Un esbirro y él estaban intentando llevarse a una esclava que acababa de comprar a su barco. Le dije que

no podía hacerlo, los estibadores del puerto me han ayudado y ahora la chica está a salvo en Zion House.

Su hermano la miró fijamente, completamente atónito.

—Santo Dios, Laurel, ¿es que te has vuelto loca? ¡Te podrían haber matado!

—Alguien tenía que hacer algo —replicó ella—. Si no me hubiera interpuesto, se la hubieran llevado al barco para condenarla a una vida de esclavitud.

—Tienes muchos ángeles guardianes que te vigilan —dijo Daniel mientras meneaba la cabeza.

—En este caso, los estibadores fueron de más ayuda —respondió ella, quitándole hierro al asunto.

A su hermano no le hizo gracia.

—Enfrentarte a un comerciante de esclavos sería peligroso en cualquier circunstancia. El hecho de que se trate del capitán Hardwick es aún peor. Su fama de bruto le precede y, seguramente, y a pesar de que sea ilegal, se dedique a comerciar con esclavos.

Laurel frunció el ceño.

—No me extraña que pareciera tan terrible. Rezaré para que la flota real lo atrape en el acto y ponga fin a sus fechorías.

—El océano es muy grande y los sinvergüenzas tienen barcos muy rápidos —dijo su hermano, muy serio—. Me temo que el comercio ilegal no terminará a corto plazo.

—No podemos acabar con todos los problemas del mundo —dijo ella, con calma—. Pero hoy, una chica joven ha esquivado la esclavitud. Violet tiene formación de doncella, así que creo que le irá bien.

Daniel la miró algo pensativo.

—A lo mejor puede formar a las chicas de Zion House que quieran aprender a ser doncellas. ¿Crees que a la señorita Smith le interesaría?

—Seguro. Está muy agradecida de que la haya salvado.

—¡Y con motivo! —Daniel le sonrió abiertamente—. Ya sé que tienes el título de santa, pero, por favor, no te metas con comerciantes de esclavos a menos que haya estibadores cerca.

La calidez de su expresión hizo añicos su decisión de ocultarle durante unos días más su estado de buena esperanza.

—Daniel... Estoy embarazada —le espetó.

Su hermano se la quedó mirando como si le hubiera dado un golpe con un palo.

—¿Que estás qué?

Laurel vio que su hermano tenía dificultades para entender cómo su virtuosa hermana había podido quedarse embarazada, así que dijo:

—Lo siento, debería haber empezado por el principio. Una noche, mientras tú estabas en Gales, el señor Potter y el señor Larkin, de la congregación, trajeron a un hombre al que le habían dado una paliza, le habían robado y dejado inconsciente tirado en un callejón. Era Kirkland.

Su hermano endureció la expresión.

—¡Kirkland! ¿Y por qué diantres lo trajeron aquí?

—Lo encontraron cerca y no llevaba nada para que pudieran identificarlo, así que, como es natural, pensaron en la enfermería.

Daniel, que nunca dejaría de ser médico, preguntó:

—¿Y las heridas eran graves?

—No tenía huesos rotos, pero muchas laceraciones y moretones. También le había dado un brote de fiebre, y por eso creo que a sus atacantes les pareció muy vulnerable.

—Así que lo trajeron aquí, le curaste las heridas y se aprovechó de ti —dedujo Daniel, muy serio—. ¿O hubo tanta seducción como fuerza?

—¡Nada de eso! —Laurel se detuvo para ordenarse las ideas, porque no sabía si Daniel podría entenderlo. Había querido a Rose Hiller, pero no creía que hubieran experimentado la pasión alocada y desgarradora que James y ella había compartido—. La fiebre lo hizo delirar. Conseguí que se bebiera una taza de corteza de jesuita y eso le bajó la fiebre antes de que el brote empeorara, pero mientras estaba febril...

Volvió a dudar.

—Por lo visto, estaba soñando conmigo y tenía alucinaciones. Cuando intenté tranquilizarlo... una cosa llevó a la otra.

Daniel, que parecía dolido, dijo:

—No necesito saber los detalles. Y después de esta breve reconciliación de los cuerpos, que no de las almas, ¿se dio media vuelta y se marchó? ¿O lo echaste en cuanto pudo caminar?

—Ninguna de las dos cosas —dijo ella—. Cuando le bajó la fiebre y recuperó la conciencia, no recordaba lo que había pasado. —Hizo una mueca con la boca—. Cuando se despertó, yo adopté una actitud remilgada y virtuosa, con lo cual, si James recordaba algo, seguramente creyó que era fruto de una alucinación. Me dijo en qué hostería se hospedaba, hice avisar a sus criados para que vinieran a buscarlo y nos despedimos con cordialidad.

Daniel entrecerró los ojos.

—¿Por qué no me habías dicho que había estado aquí?

—No me pareció importante. —Laurel hizo una pausa—. Y no quería que te enfadaras. Sé lo que sientes hacia él.

Su hermano no comentó aquella última frase y le preguntó:

—¿Estás segura de que estás embarazada? Es muy pronto.

—Sí, pero estoy segura. Me siento… distinta. —Suspiró—. Mientras estuvimos casados deseé con todas mis fuerzas quedarme en estado. Había empezado a pensar que a lo mejor no podía concebir. Jamás se me hubiera ocurrido que un encuentro tan breve pudiera culminar en un embarazo.

—Con uno basta —comentó él, en tono mordaz—. ¿Qué quieres hacer? No puedes negar a tu marido el derecho de saber que va a tener descendencia, pero si decides mantener a Kirkland lejos de tu vida, puedes retirarte a algún sitio lejano antes de que se te empiece a notar la barriga, tener al bebé y dejarlo a su cuidado con la inestimable ayuda de una nodriza.

Ella lo miró fijamente.

—¿En serio crees que renunciaría a mi propio hijo?

—No, pero es la única forma de preservar tu independencia y la vida que llevas aquí. Si es un niño, Kirkland ya tendrá a su heredero y no tendrás que volver a verlo nunca. —Daniel meneó la cabeza—. Es una decisión difícil, Laurel. No te imagino renunciando por completo a tu hijo, pero, si te lo quedas, eso significa que no podrás evitarlo a él.

Aunque no le gustara, su hermano tenía razón. Apretó la mandíbula.

—No pienso renunciar a mi hijo para simplificarme la vida. Diré a la gente que estoy casada, aunque hace tiempo que no convivo con mi marido, y que intentamos darnos una segunda oportunidad. Si es una niña, no tendrá por qué verme. Y, aunque sea un niño, Kirkland no tiene que involucrarse mientras sea un bebé. Cuando empiece el colegio ya será distinto, claro.

—A lo mejor resulta que Kirkland está más interesado por su descendencia de lo que tú esperas —la avisó Daniel—. Pero no es necesario informarlo enseguida. El primer trimestre puede ser delicado. A lo mejor lo pierdes.

Laurel se colocó una mano encima del vientre y deseó que su hermano no fuera médico ni tan brutalmente sincero. Por su trabajo en la enfermería, sabía que muchos embarazos no superaban los primeros meses, pero no quería pensarlo.

—Escribiré a Kirkland para informarlo y para pedirle que se mantenga al margen. Lo mantendré informado de todo lo que tenga que saber. —Tragó saliva—. No será una carta fácil.

Daniel frunció el ceño.

—¿Quieres que vaya a Londres y se lo diga personalmente?

Ella parpadeó.

—¿Lo harías? ¡Pero si tú odias a Kirkland!

—Pero te quiero —respondió él, con calma—. Y no sólo quiero facilitarte todo este proceso, también me apetece comprobar en qué clase de hombre se ha convertido.

—¿Para que puedas protegerme? No será necesario. Siempre ha sido un caballero. A menudo me he preguntado si alguna vez se arrepintió de haberse casado con una chica de campo sin experiencia. —Dibujó una sonrisa quebradiza—. Cuando me marché, nunca intentó convencerme para que no lo hiciera.

Daniel volvió a fruncir el ceño.

—Laurel, ¿por qué abandonaste a Kirkland? Estabas tan afligida que nunca me atreví a preguntar, pero ya es hora de que me lo expliques. Puesto que vas a tener un hijo suyo, tendrás que mantener algún

tipo de contacto con él. Papá y mamá creían que te había sido infiel, pero Kirkland es un moralista muy estricto. Me cuesta imaginarlo cometiendo adulterio en cualquier circunstancia, y mucho menos después de tan poco tiempo de casado, pero...

Dejó la frase en el aire.

Ella bajó la mirada y vio que tenía las manos en el regazo, entrelazadas, y los nudillos estaban blancos.

—Pero ¿qué? Presiento que tienes una teoría.

—Tu silencio horrorizado sugería que quizás había habido algún problema en la intimidad. —Daniel dudó y escogió las palabras con mucho cuidado—. A lo mejor después de seis meses de... relaciones conyugales, quizá reveló algún gusto infame que te alejó para siempre.

Hacía años, seguramente no habría entendido qué estaba dejando implícito, pero después de haber trabajado en la enfermería y en Zion House, casi se había vuelto tan imperturbable como su hermano.

—No hubo nada de eso —dijo ella, con la voz inexpresiva. Nunca habían tenido problemas en la cama. Pero como casi no se atrevía a verbalizar aquellas palabras, susurró—: Lo abandoné porque... porque vi cómo mataba a un hombre.

Daniel contuvo el aliento.

—¿En qué circunstancias? Imagino que no lo mató porque sí.

—Acabábamos de regresar de la luna de miel y nos estábamos instalando en su casa de Londres —explicó ella, muy afectada—. Se había quedado hasta tarde con la correspondencia. Ya era casi media noche, así que bajé para ver cuánto tardaría.

Bajó la mirada hasta sus manos y recordó su deseo pícaro de atraerlo hasta la cama. Era la primera noche, desde que se habían casado, que no se habían ido a dormir a la misma hora, y lo echaba de menos.

—Abrí la puerta del despacho y vi a un hombre que se dirigía hacia él por la espalda. Era un hombre fuerte y musculoso, vestido con harapos, y daba mucho miedo. No lo había visto nunca y dije algo como: «¡James, cuidado!»

Cerró los ojos con fuerza, como si así pudiera eliminar de su memoria lo que sucedió después.

—James se levantó, dio media vuelta y, sin decir nada, lo agarró y... le rompió el cuello. Oí cómo crujían los huesos. —Se estremeció mientras recordaba el peso muerto del cadáver que cayó en la alfombra asiática—. Todo pasó en cuestión de segundos.

El rostro de Daniel reflejaba la conmoción de Laurel.

—¿Su vida corría peligro?

—A mí no me lo pareció. El hombre no había dicho nada y no vi ninguna arma. —Tragó saliva de forma convulsiva—. Pero, por muy horrible que fuera presenciar un asesinato, lo peor fue ver la expresión de James. Me miró y era... un extraño. Un monstruo. No vi remordimiento ni conmoción. Parecía... el demonio. Había estado compartiendo mi cama con un asesino desalmado. —Su cama y su cuerpo. Aquella idea la puso enferma—. Mi marido era un hombre que yo no conocía ni quería conocer.

—Entiendo por qué lo abandonaste y por qué no quisiste explicárselo a nadie. —Daniel se levantó muy serio—. Iré a Londres por la mañana. Tengo que ver su expresión cuando le diga que estás embarazada. Y si me despierta alguna duda, no dejaré que se te acerque nunca más.

8

La guerra con Francia terminaría algún día, pero esa fecha todavía no estaba cerca. Kirkland estaba concentrado en los últimos informes que había recibido de sus agentes e intentando encontrar la fuente de cierta inquietud que sentía respecto a la Flota Real. La sesión de trabajo se vio interrumpida cuando el mayordomo, Soames, entró en el despacho, seguramente para recordarle que tenía que comer. Sin embargo, cuando levantó la cabeza vio que, detrás del mayordomo, entraba la cara seria de Daniel Herbert.

Soames se disculpó y dijo:

—El caballero ha insistido en verlo, milord.

La primera reacción de Kirkland fue de alegría. Sus amigos habían sido su familia de pequeño, y Daniel y él habían sido muy buenos amigos. Perderlo a él al mismo tiempo que había perdido a Laurel multiplicó por dos el dolor de la pérdida.

No obstante, Daniel parecía dispuesto a matarlo, así que el miedo enseguida sustituyó a la alegría.

—No pasa nada. El señor Herbert y yo somos amigos del colegio.

El mayordomo asintió y se marchó. En cuanto la puerta se cerró, Kirkland preguntó:

—¿Le ha pasado algo a Laurel?

Daniel arqueó las cejas.

—¿Te importa?

—Por supuesto que me importa —le espetó Kirkland mientras se decía que, para ser un hombre de Dios, Daniel podía mostrarse bastante desdeñoso—. ¿Está enferma o herida?

«Dios mío, ¡que no me diga que está muerta!»

—En cierto modo, sí. —Kirkland entrecerró los ojos—. Me ha explicado que te llevaron a la enfermería herido y febril, y que ahora está embarazada.

La sorpresa fue todavía mayor que la visita de Daniel. Kirkland tenía la sensación de que un carruaje lo había empotrado contra la pared.

—Si me preguntas quién es el padre, yo mismo te romperé todos los huesos del cuerpo —añadió Daniel, mordaz—. Me ha dicho que no la forzaste, pero a lo mejor lo ha dicho para que no te haga daño.

—No seas estúpido —respondió Kirkland, que salió de su atontamiento—. Mientras estuve en la enfermería, tuve un sueño muy realista que, por lo visto, no fue un sueño.

Cerró los ojos para hacerse a la idea. Laurel estaba embarazada. Habían engendrado un hijo juntos. Eso lo cambiaba... todo.

Notó cómo la calidez y la sorpresa lo invadían.

—Cuando desperté, tu hermana hizo un magnífico trabajo para convencerme de que sólo se había dedicado a cambiarme los vendajes y a prepararme infusiones de corteza de jesuita. Ni se me pasó por la cabeza que hubiera habido algo más entre nosotros.

—Pues, por lo visto, sí que lo hubo. Me ha dicho que te informe de que se encuentra bien y que ya te notificará cuando el bebé haya nacido. Desea criarlo sola, pero entiende que, si es un niño, cuando sea más mayor vas a querer mandarlo a la escuela con otros niños de su posición social.

—Qué generosa. —Todavía un poco confundido, Kirkland se dirigió hacia la puerta—. Diré a Soames que te traiga la cena y que te prepare una habitación. Si quieres, quédate unos días y disfruta de Londres.

Daniel lo agarró del brazo.

—¿Adónde vas?

Kirkland se soltó.

—¿Adónde demonios crees que voy? Con mi mujer.

—Laurel no quiere verte —le espetó Daniel—. Me lo ha dejado muy claro. No hay ninguna necesidad de que vayas hasta Bristol.

Kirkland tuvo que hacer un gran esfuerzo por contenerse.

—¿Crees que puedes detenerme? Es más, ¿crees que tienes derecho a intentarlo?

Daniel lo miró fijamente.

—Soy su hermano y no quiero que le hagan daño.

Kirkland le devolvió la mirada.

—Yo soy su marido y nunca le he levantado la mano.

Daniel redujo la voz hasta un susurro amenazador.

—Quizá no, pero cuando os separasteis Laurel se quedó destrozada.

Kirkland hizo una mueca.

—Si lo recuerdas, fue ella quien me abandonó. ¿Y crees que fue la única que se quedó destrozada?

Daniel lo observó detenidamente.

—Nunca estuve seguro. Hasta ahora.

—Entonces, apártate de mi camino.

Kirkland salió del despacho con grandes zancadas y cerró la puerta de golpe. Laurel era su mujer y ya era hora de que se sentaran a hablar.

Después de un día muy ajetreado en Zion House y en la enfermería, ocuparse de la contabilidad resultó ser un ejercicio relajante para Laurel. Necesitaba concentrarse para sumar las columnas de cifras. ¿Por qué el sistema monetario británico tenía que ser tan absurdo? Sería mucho más fácil si diez peniques sumaran un chelín, y diez chelines sumaran una libra. Además, aquel trabajo la mantenía tan ocupada que no pensaba en cómo habría reaccionado Kirkland ante las noticias que le había llevado su hermano. Imaginaba que no habrían llegado a las manos, pero los hombres podían ser muy extraños.

Había calculado cuánto podía tardar Daniel en llegar a Londres, ver a Kirkland y volver. Mañana por la mañana parecía lo más pronto que podría volver.

Oyó que unos pasos masculinos se acercaban a su despacho. Con la esperanza de que su hermano hubiera superado sus expectativas, dejó la estilográfica y se dio la vuelta para saludarlo.

«¡Kirkland!»

Se quedó de piedra. Con la piel oscura, la espalda ancha y muy presente, se había recuperado de las heridas y de la fiebre y estaba tan irresistible como cuando lo vio por primera vez.

No, más. A pesar de que, cuando se conocieron, le había parecido un hombre, apenas tenía veintiún años. Había vivido lo suficiente para hacerla soñar, pero seguía siendo muy joven, igual que ella.

Ahora que ya no tenía veintiún años ni estaba enfermo, Laurel se dio cuenta de cómo los años lo habían hecho madurar y endurecerse. Siempre había desprendido cierto aire de fuerza contenida, pero ahora era auténticamente formidable. Su hermano siempre había tenido dudas acerca de su matrimonio porque Kirkland era un hombre complicado y, con los años, todavía se había vuelto más complicado.

Además, también era mucho más sofisticado que ella. Ya era así cuando se casaron y seguía siendo así ahora, aunque quizás incluso más exagerado. Laurel no podía ni imaginarse las cosas que James habría visto, pensado y hecho.

No obstante, la mirada de Kirkland era directa e intensa, y el espíritu de ella seguía respondiendo a él porque, en algún nivel de gran profundidad, todavía estaban conectados. El hielo que tenía en las venas se convirtió en lava líquida. Debería haberse imaginado que vendría. Incluso puede que alguna parte secreta de su ser deseara que lo hiciera.

Él debió de leerle la mente, porque se detuvo en seco en la puerta.

—No he venido a matarte, Laurel —dijo él, en tono afable.

Ella se levantó porque, sentada, lo veía demasiado alto. No sería fácil decirle que se marchara, pero tenía que hacerlo. Su marido ya le había cambiado la vida de forma inesperada y dolorosa. Ahora tenía que asegurarse de que no volviera a hacerlo.

Cuando Kirkland había despertado en la enfermería, después del brote de fiebre, la imagen que vio de Laurel había sido casi una alucinación. No había sido real. Ahora la miró con todos los sentidos alerta. Era tan seductora como la había conocido, con una silueta elegante y la

mirada directa. No obstante, sus ojos grises azulados cambiantes se mostraban cautos y había levantado un muro de introversión a su alrededor que era más que obvio. Y eso haría que fuera un poco más complicado que entendiera lo que había venido a proponerle.

Después de la sorpresa inicial, los ojos de Laurel se volvieron fríos como el hielo.

—Qué placer más inesperado, Kirkland. Has venido muy deprisa.

—¿No me esperabas?

—Hasta ahora, has respetado todos mis deseos. Daniel te ha dicho que no quería verte. ¿O le has roto el cuello antes de que pudiera decirlo?

—No —respondió él, con frialdad—. Lo he dejado como amo y señor de Kirkland House y le he dicho que disfrute de Londres unos días.

—¿Y ha aceptado tu generoso ofrecimiento?

—No lo sé. Me marché antes de que pudiera responder.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Has venido a decirme que te vas a llevar a mi hijo? Puede que la ley te dé la razón, pero no me esperaba esto de ti.

—No es tu hijo, Laurel —respondió él, con amabilidad—. Es nuestro hijo. Y por eso estoy aquí. Tenemos que hablar.

—¿Y si te dijera que el hijo no es tuyo? —preguntó ella, de repente.

Todas las fibras del cuerpo de Kirkland se tensaron, pero, al final, consiguió responder de forma inexpresiva:

—Legalmente, eres mi esposa y, por el bien del niño, lo aceptaría como mío. Tampoco quisiera que tuvieras que cargar con el estigma de criar a un hijo ilegítimo.

—¿Aunque eso significara que el heredero al título de Kirkland fuera el hijo de otro hombre?

Kirkland torció el gesto.

—Cuando analizo mis relaciones con mi padre, veo que no me importaría romper el árbol genealógico. ¿Estás embarazada de otro hombre?

—No —respondió ella directamente—. ¿Has engendrado algún bastardo en todo este tiempo?

—Que yo sepa, no. —Torció el gesto—. No vas a conseguir que me vaya hasta que hayamos hablado, Laurel.

—Bueno, valía la pena intentarlo —respondió ella—. Será mejor que vayamos a la sala de música. Allí estaremos más tranquilos.

—Como tú quieras.

Retrocedió para que ella pudiera salir del despacho. Y así lo hizo, con la cabeza alta y dejando un rastro de lavanda a su paso.

Kirkland tensó los brazos de forma involuntaria y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no alargar las manos y abrazarla. Cuando lo había atendido en la enfermería, hacía tres semanas, se había preguntado si verla le había afectado tanto porque estaba en una situación de debilidad y vulnerabilidad, pero ahora que ya estaba completamente recuperado, volver a verla había hecho que el control que tanto le había costado dominar se tambaleara.

Cuando Laurel accedió a la antesala, donde había una pequeña mesa y una gran librería, una joven entró por la otra puerta. Llevaba un fajo de papeles en la mano.

—¿Puedo entrar y comentar estas facturas con usted? —Pero al ver a Kirkland, se detuvo en seco—. ¿O está ocupada?

—Ya nos ocuparemos de las facturas mañana, Betsy.

Sin presentar a Kirkland, pasó junto a la chica, que los miró con curiosidad.

Un estrecho tramo de escaleras en la parte trasera de la casa subía hasta la sala de música. Los elegantes muebles y el precioso piano no habrían desentonado en la casa de un noble. Aunque no debería de sorprenderle, porque él los había comprado para su mujer poco después de la boda como un regalo en honor a su talento musical.

Cuando ella se marchó, había empaquetado minuciosamente el instrumento y lo había enviado a casa de sus padres, junto con todo lo demás que le había dado. En aquella época, había medio enloquecido y encargarse de las posesiones de su mujer, que lo había abandonado, era una forma bastante retorcida de mantener el contacto con ella.

—Siéntate, por favor —dijo Laurel—. ¿Te apetece que pida un refrigerio?

—Prefiero que no nos interrumpan. —Kirkland sonrió sin ganas—. Y será mejor que me quede de pie. Puede que acabe paseando de un lado a otro.

—Pasea cuanto quieras. —Ella también prefirió quedarse de pie, así que se acercó a un sillón orejero que estaba junto a la ventana. Su gato estaba tendido encima del respaldo; le acarició el pelo gris—. A pesar de que la ley concede al padre todo el control sobre sus hijos, no hay ninguna necesidad de que te preocupes por un bebé. Yo me ocuparé de los primeros años.

—Resulta que me interesa bastante mi descendencia —replicó él, con sequedad—. No tengo ninguna intención de abandonaros ni a ti ni al bebé durante los próximos ocho o diez años.

—¡No me quitarás a mi bebé! —Le ardían los ojos—. Si lo intentas, desapareceré y me marcharé a algún lugar donde no me encuentres jamás.

—No infravalores mi capacidad para encontrarte. —La miró a los ojos, porque necesitaba impresionarla con su sinceridad—. No te quitaré al bebé y tampoco quiero empezar una guerra como mis padres. Quiero que seamos marido y mujer.

9

¿Lo dices de broma? —Laurel lo miró fijamente, atónita—. No podemos recuperar lo que teníamos. Es imposible.

Vio un brillo indescifrable en los ojos de Kirkland.

—No, no podemos, pero ¿no te parecen suficiente diez años de distanciamiento? «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.» Juramos nuestros votos delante de Dios y del hombre, Laurel. Nos debemos, a nosotros y a nuestro hijo, intentar reconstruir nuestro matrimonio y llegar a un acuerdo beneficioso para todos.

Con la garganta seca, Laurel dijo:

—El bebé ha sido un accidente.

—¿Ah, sí? Quizás ha sido el destino. —Kirkland la observó con la mirada apasionada, algo tan peligroso como un puñal afilado—. Cuando desperté después de la fiebre, creí que había tenido un sueño erótico contigo. Obviamente, lo estaba recordando, no soñando, pero no estoy seguro de lo exactos que son mis recuerdos. No te forcé, ¿verdad? No creo que pudiera hacerlo ni siquiera bajo la influencia de la fiebre.

—No me forzaste. Pero tuviste una pesadilla donde te estabas defendiendo a golpes y resulta que yo estaba en medio.

Kirkland se quedó horrorizado.

—¿Te pegué?

—Sólo me rozaste. —Si no hubiera estado alucinando, la noche habría acabado de forma muy distinta—. Cuando intenté tranquilizarte, me reconociste como tu esposa y me besaste. De haber querido, habría podido apartarme. —Bajó la voz y admitió—: Pero durante unos instantes de locura no quise hacerlo.

—Todavía estamos casados —le recordó él—. La pasión nos unió, así que no es una sorpresa que esa pasión siga viva.

A pesar de que no movió ni un solo músculo, la tensión sensual en la sala aumentó y, de repente, Laurel fue muy consciente de que lo tenía muy cerca, y estaba incómoda.

Ella torció los labios.

—No intentaré negarlo, pero la pasión no basta.

—Nos casamos demasiado jóvenes, Laurel, y nuestro matrimonio fracasó en gran parte por eso. —Había cierta tristeza en su mirada—. Ahora somos mayores y más sabios. Seguro que podemos encontrar la manera de estar casados de forma agradable sin tener que compartir cama.

Con precaución, Laurel preguntó:

—¿Puedes aclarármelo?

—Algunas parejas de la alta sociedad siguen siendo amigos leales y afectuosos a pesar de que ya no viven juntas. —Sonrió con ironía—. Seguramente, si no dormimos juntos nos será más fácil ser amigos.

—La juventud no fue nuestro único problema, milord —respondió ella, con una precisión letal—. ¿A cuántos hombres has matado desde entonces?

Él se quedó perplejo.

—A muy pocos, y a ninguno que no tuviera que matar —respondió él con la misma precisión—. Si fuera soldado en lugar de un trabajador del sucio negocio de la inteligencia, ¿tendríamos esta conversación?

Era una pregunta coherente, así que ella pensó antes de responder.

—Me incomodaría saber que eras un soldado con las manos manchadas de sangre —dijo, despacio—. Pero, al menos, lo entendería. Matar a ese hombre delante de mí fue algo muy distinto.

Cerró los ojos y deseó poder eliminar aquella imagen de su memoria.

—Cuando levantaste la cabeza y me viste, tu expresión fue monstruosa. Demoníaca. Me asqueó pensar que eras mi marido. ¿Cómo puedo permitir que un asesino se acerque a mi hijo?

Él hizo una mueca y sus ojos azules reflejaron dolor, no monstruosidad.

—Había circunstancias atenuantes.

—¿Qué atenuante puede haber ante un asesinato? —Se le hizo un nudo en el estómago cuando recordó cómo se marchó de casa de su marido y cómo él no había dicho nada para detenerla—. Si había algún motivo, ¿por qué no me lo explicaste entonces?

—Me quedé tan horrorizado como tú, porque no pretendía matar a ese hombre. —Su rostro estaba completamente inexpresivo—. A pesar de que creas que soy un asesino consumado, nunca había matado a nadie.

—¿Y por qué lo hiciste? Tu vida no parecía correr peligro. —Se dio cuenta, con una intensidad brutal, que quería creer que no era tan despiadado como había parecido—. ¿Llevaba algún arma que yo no vi?

—Se llamaba Harry Moran y era un conocido matón y asesino a sueldo. Y sí, llevaba un puñal muy afilado. Pero no lo maté por eso. —Kirkland empezó a pasear—. ¿Recuerdas aquella época, mayo de 1803? La paz de Amiens había finalizado y volvíamos a estar en guerra con Francia.

—Claro que lo recuerdo. Volvimos de la larga luna de miel porque creías que pronto volvería a empezar la guerra.

Intentó no pensar en los días felices de su luna de miel. Había empezado en una preciosa casa a orillas del Severn, después continuó en la finca escocesa frente al mar donde nació la madre de Kirkland. Habían disfrutado de la paz, la risa, la soledad y una felicidad mayor de lo que ella jamás hubiera podido imaginar.

Cuando se acercó el invierno, Kirkland se la llevó de viaje en uno de sus barcos. Navegaron hasta las aguas turquesas del Caribe, un lugar tan mágico que parecía mentira. Habían hecho el amor y habían dormido mecidos por el mar.

—Me dolió mucho tener que volver a Londres —dijo ella—, pero tenías que atender tus responsabilidades y había llegado el momento de construir nuestra nueva vida juntos. No se puede estar de luna de miel eternamente.

—Lo entendí enseguida. —Tragó saliva—. Esa noche, cuando Moran entró en la casa, acababa de leer en un informe que mi amigo Wyndham había desaparecido en París y que, presumiblemente, había muerto cuando había estallado la guerra. ¡Y había sido por mi culpa!

Atónita, ella dijo:

—¡Eso son bobadas! Tu amigo ya era mayorcito. Otros ingleses con más de dos dedos de frente se habían marchado de París. ¿Qué podrías haber hecho? ¿Ir allí y sacarlo a rastras?

—Eso es exactamente lo que podría y debería haber hecho —respondió él, sin ninguna emoción—. Le había escrito para advertirlo de que la paz no duraría mucho más, pero era un tipo despreocupado que nunca se había encontrado con un problema del que no hubiera podido salir negociando. Hasta ese momento.

—Entonces, como estabas furioso, reaccionaste de forma más violenta de lo habitual. —Laurel frunció el ceño mientras intentaba entenderlo—. ¿Cómo es posible matar a un hombre accidentalmente con las manos?

—Estoy seguro de que Daniel te ha hablado del Kalarippayattu, la técnica de lucha hindú que nos enseñó Ashton, ¿verdad? —Cuando Laurel asintió, él continuó—: Puede ser letal. En el colegio, sólo nos entrenábamos y teníamos mucho cuidado de no hacer daño a nadie. Si alguien perdía el control, enseguida lo apartaban de los entrenamientos. Pero, cuando vi a Moran y lo reconocí, liberé toda la rabia y la culpa por haber perdido a Wyndham. Me abalancé sobre él y, antes de ser consciente de mis actos, estaba muerto.

Ella observó su expresión sombría mientras revivía aquella horrible noche desde otro punto de vista.

—Quizá no eres el monstruo que creí que eras aquel día, pero tampoco eres el hombre del que creí que me había enamorado. No sabía que eras capaz de actos tan oscuros.

—Quizá por eso me atrajiste tanto —respondió él, muy despacio—. Tú eras todo luz. Eras todo lo bueno, auténtico y precioso.

—No soy una santa —dijo ella, algo incómoda—. Nos casamos cegados por el deseo. Habría sido mejor si no nos hubiéramos conocido.

—Quizá, pero nos casamos. Hicimos una promesa, Laurel. Debemos a nuestro hijo la oportunidad de ser una familia. —La miró fijamente y suavizó el tono—. No quiero pasarme el resto de mi vida alejado de ti.

Ella suspiró.

—¿Qué fórmula sugieres para nuestro matrimonio? Puede que sea mayor y más sabia, pero también tengo unas costumbres más arraigadas. A los dieciocho años, nada parecía imposible. Ahora lo veo de otra forma. Me gusta mi vida, me gusta el trabajo que hago, y es valioso. A los dieciocho años, era muy maleable y no dudé en abandonar a mi familia y a mis amigos. Ahora tengo mucho más que perder.

—El trabajo que haces es importante en todas partes —replicó él—. Si pasas una parte de tu tiempo en Londres conmigo, podrías abrir más clínicas y más Zion Houses. El dinero hace que todo sea más fácil. Puedes tener dos casas e ir de una a la otra libremente, como te apetezca. Y así nuestro hijo podrá crecer con sus dos padres y no en una situación de separación permanente.

Laurel se mordió el labio.

—Si estuviéramos sólo nosotros, valdría la pena intentarlo, pero ¿cómo voy a criar a mi hijo cerca de alguien que puede matar a otra persona de forma accidental?

Kirkland se quedó pálido.

—No ha vuelto a pasar. Ni pasará.

Ella respiró hondo e intentó relajar el nudo de dolor del pecho.

—¿Estás seguro? Interiorizaste esas técnicas de lucha exóticas hasta que se convirtieron en tus propios reflejos porque, si no, no habrías matado a Moran.

—A lo mejor es que soy la maligna excepción que confirma la regla, porque los estudiantes de la Academia Westerfield siguen aprendiendo Kalarippayattu y nunca he oído que nadie más haya hecho algo parecido. Sin embargo, creo que fue una situación excepcional que no volverá a repetirse. Y menos con un niño en casa. —Dibujó una mueca divertida—. Tu propio hermano, un hombre ordenado sacerdote, un médico y cirujano, era un excelente luchador de Kalarippayattu. ¿Acaso ha matado a alguien de forma accidental alguna vez?

Le sorprendió pensar que Daniel era capaz de matar a alguien de la forma en que había hecho Kirkland. Y entonces recordó que un día le dijo, de pasada, que dos ladrones lo habían asaltado por la calle. Le

había quitado hierro al asunto y le explicó que enseguida se habían marchado, pero ahora Laurel se preguntaba si había usado alguno de los recursos que había mencionado Kirkland.

A pesar de todo, no estaban hablando de Daniel.

—No, pero ahora da igual. Cuando nos casamos, tenía plena confianza en ti, en todos los aspectos. Y esa confianza se rompió la noche que cometiste un asesinato. No me imagino ser la esposa de un hombre en quien no confío y no sé cómo, si es que es posible, se puede recuperar esa confianza.

—Yo tampoco lo sé —respondió él, con firmeza—. Pero lo que sí sé es que si seguimos viviendo separados no habrá ninguna posibilidad de recuperar esa confianza. A lo mejor la confianza se puede basar en el día a día normal de una vida conjunta, aunque sólo sea a tiempo parcial.

Laurel caminó hasta el piano y tocó una serie de notas suaves mientras intentaba entender qué le daba tanto miedo de su propuesta. Las mujeres habían abandonado a sus familias para irse con sus maridos desde tiempos inmemorables. Y ella había hecho lo mismo, y encantada, con su marido cuando se casaron y podía volver a hacerlo, y más si sólo tenía que ser a tiempo parcial. Además, él tenía razón. Ella podía hacer mucho bien con su dinero.

Los motivos que la llevaban a no aceptar enseguida eran más profundos. No era sólo por desconfianza; le gustaba la mujer que había llegado a ser. Era muy fácil imaginar que se perdía en el poder y la intensidad de Kirkland.

—A lo mejor era más valiente a los dieciocho que ahora. O quizás estaba tan enamorada que no pensaba con claridad, y ahora sí.

—Seguro que pensar con tanta claridad es perjudicial para el matrimonio —respondió él, en tono de broma—. Sólo te pido que recuerdes que al intentar construir un puente entre nosotros sólo te estás comprometiendo a pasar determinado tiempo conmigo. Si no sale bien, puedes volver a Bristol cuando quieras. Pero realmente creo que deberíamos intentarlo antes de que nazca el bebé para que, cuando llegue, podamos volver a ser una pareja. Una pareja amistosa. Cortés. Marido y mujer. Creo que sería lo mejor para los tres.

Laurel observó aquel rostro tan apuesto. ¿Todavía quedaba algún rastro del joven apasionado que la había querido tanto? Durante el breve encuentro que había provocado la situación actual había creído que sí, pero a lo mejor sólo había sido pasión sin amor. A lo mejor sólo le estaba proponiendo que se reconciliaran porque era lo correcto.

Y tenía razón, por mucho que quisiera negarlo; intentar reconciliarse era lo correcto. Había mencionado los votos sagrados que habían prometido, y eso era imposible de ignorar. Siempre había sido una mujer de palabra, pero en el matrimonio, el voto más importante de todos, había fracasado. Se había comprometido con él para bien o para mal. Esos votos y el hijo que esperaban los obligaban a, como mínimo, intentar reconstruir su matrimonio, aunque sólo fuera una sombra de lo que fue en su día.

—Tienes razón. Si queremos tener alguna esperanza, tenemos que pasar un tiempo juntos —dijo, al final, muy despacio—. Y estoy de acuerdo en que la intimidad nubla la mente.

—¿Tienes alguna propuesta?

—Podemos vivir juntos... ¿un mes? No como marido y mujer, sino como amigos. Así podremos volver a conocernos. A lo mejor de ahí nace la confianza.

—Pongamos tres meses —sugirió él—. Es el tiempo suficiente para decidir si podemos vivir bajo el mismo techo de forma amigable.

—Un mes —dijo ella, con firmeza—. Si sale bien, podemos alargarlo. Si vemos que nos sacamos de quicio mutuamente, cuanto antes termine, mejor.

Laurel daba por sentado que tenía una amante, como muchos de los hombres de su situación social. ¿Debería pedirle que renunciara a ella?

No, mejor no sacar el tema. Si James tenía otra mujer a la que acudir todo sería más fácil para ella. Además, era demasiado cobarde para preguntar por las posibles otras mujeres en su vida.

—De acuerdo, un mes. Trato hecho. —Kirkland le ofreció la mano y una sonrisa irresistible—. Me alegro mucho, lady Lavanda. Te he echado de menos.

El uso de aquel apodo fue un doloroso recordatorio de lo que habían perdido, pero consiguió sonreír.

—Yo también te he echado de menos.

Y entonces cometió el error de aceptar la mano que le ofrecía y la oleada de conexión emocional y física fue peor que cualquier apodo.

Sin embargo, se mantuvo imperturbable. Al fin y al cabo, ahora era mayor y más sabia.

10

Kirkland habría podido sostener la mano de Laurel toda la noche. A pesar de la cautela y la distancia entre ellos, tocarla era un placer.

Cuando ella apartó la mano, se sintió vacío. Quería abrazarla, pero si quería albergar alguna esperanza, tenía que controlar su impaciencia y dejarle espacio para que fuera a su propio ritmo.

Laurel se colocó al otro lado del piano.

—Supongo que, en tu profesión, sueles mentir a menudo. A mí no me mientas nunca.

—No te mentiré. Nunca lo he hecho. Espero que tú tampoco me mientas.

—¿Las mentiras por omisión cuentan? —preguntó ella.

Él sonrió.

—Si te refieres a tu actitud remilgada y decente cuando me desperté en la enfermería, no. Eso no cuenta. Querías deshacerte de mí, así que era mejor no revelar que había pasado algo entre los dos. Si no te hubieras quedado embarazada, habría funcionado.

Ella tragó saliva.

—No debería habértelo dicho tan pronto. Muchos embarazos no pasan de los primeros meses.

—Eso supondría una gran tristeza —dijo él, con calma—. Pero, aunque lo pierdas, la vida nos ha reunido para que volvamos a intentarlo. Nunca había pensado que sería posible. Ahora parece necesario.

—Intentarlo es lo correcto —asintió ella—. Pero eso no significa que no esté muy nerviosa.

Él se rió, y ella también. Seguro que reírse juntos era un buen presagio. Laurel preguntó:

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Tenemos que informar a Daniel cuando vuelva de Londres. Imagino que la idea no le hará mucha ilusión.

Y eso era quedarse corto, pero Daniel era un tipo racional y quería que su hermana fuera feliz.

—El cambio le vendrá bien —dijo ella, pensativa—. Los dos nos hemos acomodado. Si no estoy aquí siempre para encargarme de la casa, a lo mejor se da cuenta de que ya va siendo hora de buscarse una esposa.

No era extraño que dos hermanos vivieran juntos, y Daniel y Laurel siempre se habían llevado muy bien. Pero ella era la mujer de Kirkland y seguro que si Daniel se planteaba buscarse una esposa, muchas lo considerarían como un muy buen partido.

—Supongo que, con tu presencia, Daniel ha podido relajarse y trabajar muchas horas. ¿Cuánto tiempo crees que tardarás en dejar todo organizado y atado aquí para poder ir a Londres?

—No mucho. Betsy Rivers, mi ayudante, es muy capaz y puede encargarse de las facturas, las compras y todo lo demás. Anne Wilson es la supervisora de Zion House y se apañará perfectamente sin mí. —Laurel sonrió con melancolía—. Aunque nos extrañaremos mucho. Nos hemos hecho muy amigas.

—Invítala a que vaya a visitarte a Londres. Puedo enviar un carruaje a recogerla. Quiero que, a partir de ahora, todo sean sumas en tu vida, no restas. —Pensó en lo que deberían hacer a continuación—. Para apoyar el hecho de que dejas Bristol para marcharte a Londres con tu marido, al que hacía tiempo que no veías, ¿quieres presentarme a algunos de tus amigos de aquí? Seguramente, también debería ir a ver a tus padres y repetirles que la culpa siempre ha sido mía.

—No soy tan compasiva como debiera por cómo me trataron cuando te abandoné, pero supongo que sería lo mejor para hacer las paces. —Laurel hizo una mueca—. ¿Te importa si, aquí en la enfermería, te presento como el señor Kirkland? Todo será más sencillo si no saben que soy condesa.

Puede que su cabeza creyera que debían reconciliarse, pero el corazón seguía teniendo sus dudas. Él no comentó esa realidad y dijo:

—Qué suerte ser uno de los pocos condes cuyo título coincide con el apellido familiar.

Laurel agarró a *Sombra*, se sentó en una silla y se lo colocó en el regazo. Un carabina peludo.

—Supongo que estos días estás básicamente en Londres.

Él se sentó en un sofá a su derecha, donde no podía tocarla, para evitar tentaciones.

—Exigencias de mi trabajo.

—Y supongo que estarás dispuesto a dejar de lado tu actividad asesina —añadió Laurel, muy seca.

Kirkland suspiró, porque sabía que aquello era un punto muy negativo en su contra.

—No puedo, milady. Casi todo lo que hago es mundano, pero algunos asuntos son de vital importancia.

—¿Qué tipo de asuntos? —Hizo un gesto con la mano—. Tu mundo es muy distinto al mío. ¿Qué has hecho que se pueda considerar de vital importancia?

Kirkland se quedó pensativo un instante.

—Se ha mantenido en secreto por motivos obvios, pero hace un mes mi gente intervino una conspiración para asesinar al príncipe regente y sus hermanos, y secuestrar a la princesa Carlota. En un momento dado de la operación, maté a un secuestrador que estaba a punto de disparar a una mujer que había arriesgado su vida para proteger a la princesa. Puede que me arrepienta de cómo maté a Moran, pero con este desgraciado en particular no tuve ningún remordimiento.

Laurel abrió mucho los ojos.

—Vaya. Ese trabajo sí que es de vital importancia, y supongo que lo haces mucho mejor que la mayoría. ¿Te obliga a estar en Londres casi todo el tiempo? ¿Y la casa de Escocia? ¿Vas a menudo? Es tan bonita.

—Sí que voy, aunque sólo de vez en cuando. —Aquella finca le traía demasiados recuerdos de la alegría que había compartido allí con ella. Le resultaba más fácil quedarse en su casa de Edimburgo—. También he comprado una pequeña finca a las afueras de Londres para poder escaparme cuando necesito tranquilidad. Creo que te gustará.

—Seguro que sí. Lo que no me gustarán tanto son las reuniones sociales. —Torció la boca—. Nunca seré una gran anfitriona a la altura de tu apellido.

—No necesito ninguna anfitriona y tú no tienes que ir a ninguna reunión social que no te apetezca. Sólo quiero tener una relación civilizada con mi mujer. —Como quería tranquilizarla, añadió—: Y tampoco tendrás que enfrentarte a Londres tú sola. Te presentaré a algunas mujeres que pueden acabar siendo tus amigas. Mujeres que se preocupan más por los menos favorecidos que por la moda. No estarás sola.

Ella sonrió a la fuerza.

—Vaya, la pueblerina va a la ciudad. Intentaré no dejarte en evidencia.

—No lo harás.

Laurel nunca se había dado cuenta de lo especial que era para él, cómo su calidez y serenidad hacían que su presencia fuera un bálsamo para él. Y ahora por fin volvería a tenerla cerca, aunque no fuera de forma permanente ni su esposa con todas las letras.

Ahora que ya había cumplido su misión, Kirkland suprimió un bostezo porque, de repente, notó que estaba agotado.

—Lo siento. Ha sido un viaje largo desde Londres. Me iré a la hostería El Avestruz. Seguro que me buscan una habitación.

Laurel miró por la ventana y vio que se había hecho de noche.

—Es muy tarde. Puesto que hemos acordado convivir bajo el mismo techo, al menos durante un tiempo, podríamos empezar ahora mismo. Puedes quedarte en la habitación de invitados y dejar el carruaje en nuestro establo.

Contento de que se lo hubiera ofrecido, respondió:

—Te lo agradezco.

—Cuando acabes en los establos, ven a la cocina y te enseñaré tu habitación.

Asintió y bajó las escaleras para hablar con Rhodes, el único criado que se había traído. Saber que estaría bajo el mismo techo que su mujer era maravilloso y aterrador al mismo tiempo.

«Dios mío, no permitas que vuelva a echarlo todo por la borda.»

Tenía muchísima suerte de que Laurel le hubiera dado una segunda oportunidad, aunque fuera limitada y con condiciones. A lo mejor nunca volverían a tener lo mismo que antes, pero no significaba que no pudiera albergar esperanzas de que mantuvieran una relación que mitigara parte de la soledad.

Cuando Kirkland entró en la cocina, Laurel levantó la cabeza.

—¿Tienes hambre, después del largo viaje desde Londres?

Él sonrió de modo que sólo se le iluminaron los ojos. Una sonrisa endemoniadamente atractiva.

—Sí, pero no espero que cocines para mí. No deberías hacer el trabajo de una ayudante de cocina.

—Otro hecho que demuestra las vidas tan distintas que llevamos. —Sirvió dos cuencos de sopa de patatas y queso y los dejó en la mesa—. Como el servicio de la casa cambia constantemente puesto que los habitantes de Zion House practican aquí sus habilidades, suelo ejercer funciones demasiado vulgares para una condesa.

Kirkland se sentó en la silla Windsor al otro lado de la mesa.

—Puesto que eres una condesa, por definición esas funciones no pueden ser vulgares.

—Una respuesta muy elocuente. —Laurel dejó un plato de jamón, queso y pan en rebanadas en el centro de la mesa, sirvió dos vasos de sidra de West Country y se sentó frente a él. Se había olvidado de comer y no se había dado cuenta del hambre que tenía—. Puede que, oficialmente, sea una condesa, pero soy una mujer trabajadora y mis manos agrietadas lo demuestran.

Levantó la mano derecha para dar fe de lo que decía, aunque fue un error. Kirkland la tomó entre las suyas.

—Son unas manos preciosas. Fuertes y capaces.

Se la acarició desde la muñeca hasta los dedos. Notarlo en la piel la hizo estremecerse. ¡No podía perder la compostura tan pronto!

Soltó la mano.

—Creo que deberíamos evitar cualquier contacto innecesario.

Él respiró hondo y bajó las manos.

—Es... muy sensato.

Laurel tomó una cucharada de sopa y casi se escaldó la lengua.

—Ha salido buena. Tenía un trozo de queso que estaba buenísimo.

Él saboreó la sopa con dedicación.

—Tus habilidades culinarias han aumentado. Si no te gusta ser condesa, siempre puedes ser cocinera.

Ella sonrió, pero meneó la cabeza.

—A pesar de que cocinar me relaja, me alegro de no tener que hacerlo cada día. Entonces, sería un trabajo.

—Sucede lo mismo con muchas cosas. —Kirkland tomó más sopa—. El hecho de que estés dispuesta a hacer lo que sea necesario es parte de tu... nobleza, a falta de una palabra mejor. —La miró a los ojos—. Como yo trabajo mucho en la sombra, tu claridad es como un faro en la noche.

Laurel se dijo que estaba loca por aceptar convivir bajo el mismo techo que él cuando, con unas solas palabras, podía conseguir que se estremeciera. Se dijo que era mejor que se acostumbrara para que así su presencia no la perturbara tanto. Y añadió:

—Eres poético y yo soy práctica. Cómete la sopa antes de que se enfríe, James.

Él sonrió y la obedeció:

—Sí, milady.

Ella se untó una rebanada de pan con mantequilla.

—¿Volverás a Londres por la mañana?

—No hay ninguna crisis en este momento, así que puedo quedarme unos días y conocer a tus amigos y colegas del trabajo. —Levantó una loncha de jamón y la dejó en su plato—. ¿Quieres que vayamos a ver a tus padres mañana por la mañana?

Laurel notó un nudo en el estómago.

—Supongo que sí.

—¿Preferirías no hacerlo?

Kirkland la estaba observando detenidamente.

A Laurel la sorprendió lo mucho que la alteraba la idea de volver a ver a sus padres. Intentando mantener un tono de voz neutro, dijo:

—Es muy triste admitir que, desde que me echaron de casa, no los he extrañado. Nunca se interesaron demasiado por mí, aparte de inculcarme buenos modales y esperar que me casara con un buen partido. Tener que volver a verlos me recuerda que no soy demasiado buena cristiana.

—Es difícil perdonar —dijo él, muy despacio.

—Siempre me repito que no son malos. Sólo... muy estrechos de mente. Casarme contigo es lo único que me han aplaudido. Querían tener otro hijo, y llegué yo. Fue una gran decepción. Sospecho que el hecho de que te abandonara fue el mayor desastre de su vida. Y que luego viniera a Bristol a trabajar con los pobres... —Meneó la cabeza—. ¡Una desgracia!

Kirkland frunció el ceño.

—¿Sería mejor que esperáramos a que Daniel regresara para que nos acompañara?

Ella dudó un segundo, pero enseguida meneó la cabeza.

—Su presencia sólo complicaría más las cosas. Daniel siempre ha sido su ojito derecho y su mayor motivo de orgullo. Su relación se ha visto perjudicada a lo largo de estos años porque no aprueban que se dedique a esto, o que no me repudiara, pero se siguen viendo con cierta regularidad.

—Es duro admitir que uno no se lleva bien con los miembros de su familia. —Kirkland cortó el jamón en trozos iguales—. Pero la verdad es la verdad.

Laurel se sintió algo más aliviada al saber que James aceptaba sus pensamientos poco filiales de buen grado. Se permitió albergar alguna esperanza y dijo:

—Ahora que ya he aceptado que no puedo ser la hija que ellos quieren, y que ellos no pueden ser los padres que yo quiero, al menos trataremos de llevarnos bien. No habrá un momento mejor para intentar retomar el contacto.

Kirkland levantó el vaso a modo de brindis.

—Entonces, mañana intentaremos llevarnos todos bien.

Ella levantó el vaso y rezó en silencio para que el día siguiente transcurriera sin sobresaltos.

«Cásate deprisa, arrepiéntete cuando quieras.»

Cuánta razón. Una lástima que no hubiera hecho caso del refrán a los dieciocho. Ninguna chica creía esas cosas a esa edad. Rodó hacia el otro lado y se colocó la almohada en una posición más cómoda. Relajarse sabiendo que estaba durmiendo en la misma casa era difícil.

Había pasado de ser la señorita Herbert a ser lady Kirkland, y luego había vuelto a ser la señorita Herbert. Ahora, al menos en Bristol, sería la señora Kirkland. En Londres, en cambio, seguiría siendo lady Kirkland, y era una identidad que nunca había llegado a asumir.

Se recordó que ahora era una mujer con mucha más experiencia que cuando se casó. A pesar de su hermetismo natural, podía mantener una conversación con cualquiera. Incluso con los amigos de Kirkland, que seguramente la odiarían por arruinarle la vida para siempre.

¿Y las mujeres que le había dicho que le presentaría como posibles amigas? ¿Serían sus antiguas amantes? O todavía peor, ¿las amantes actuales?

Era inútil pensar en eso. Tendrían una relación civilizada. Era el objetivo. Ella sería una mujer civilizada.

Se recordó que sólo tenía que pasar un mes en Londres. Después, podía volver a casa. En el futuro, visitaría a su marido en la ciudad una o dos veces al año, pero el centro de su vida seguiría estando en Bristol.

Se colocó bocarriba cuando se le ocurrió otra cosa. Necesitaría renovar su vestuario. Kirkland era un hombre muy generoso y querría comprarle decenas de vestidos. Ella, en cambio, odiaba quedarse quieta mientras las costureras tomaban medidas y colocaban agujas.

Gruñó, cambió de postura y volvió a aporrear la almohada. Podía hacerlo.

Tenía que hacerlo.

11

Laurel se había considerado afortunada de sufrir unas pequeñas náuseas por las mañanas, pero hoy había sido horrible. Después de vomitar en el lavamanos, se lavó la cara con una toalla húmeda y se preguntó si las molestias se debían tanto al embarazo como a la idea de que hoy iba a ver a sus padres. Esperaba que sí, porque eso significaba que mañana todo volvería a la normalidad.

Cuando se recuperó, bebió un poco de agua. Tenía que informar a la cocinera de que su marido estaba allí y que querría desayunar. Pero antes tenía que vestirse. ¿Qué se suponía que tenía que ponerse una señora ante una complicada visita a unos padres que hacía años que no veía en compañía de un elegante y recientemente recuperado marido? Algo recatado, pero no pasado de moda.

Laurel escogió un vestido de día sencillo y de cuello alto que solía ponerse los domingos para ir a misa. A pesar de que no cumplía con los requisitos estéticos del momento, le quedaba muy bien y el tejido de color azul celeste resaltaba el azul de sus ojos y le hacía brillar la piel. Se recogió el pelo en un moño en la nuca y siguió el delicioso olor de pan recién hecho en la cocina.

Cuando se acercó a la estancia, oyó que la cocinera, la señora Wicker, una viuda muy alegre, reía de forma escandalosa. Sorprendida, Laurel entró y vio que Kirkland se le había adelantado. Iba vestido de forma impecable, muy a la moda, y estaba muy guapo y, sin embargo, parecía sentirse muy cómodo en aquella sencilla y tosca mesa de madera.

Estaba plenamente concentrado en la cocinera, bajita y rellenita. Era parte de su encanto. Cuando ella estaba con él, tenía la sensación

de ser la persona más importante de su mundo. Lo que significaba que no debía tomarse tan en serio aquella intensa mirada. Sabía escuchar, y seguro que le iba de maravilla para hacer bien su trabajo.

Cuando la cocinera la vio, sonrió.

—Hombre, señorita Laurel. O mejor dicho, señora Kirkland. ¡Menudo secreto que se guardaba! —Golpeó animada el brazo de Kirkland, y le dejó una mancha de harina en el elegante traje azul marino—. Si yo tuviera un marido como este, ¡no lo dejaría salir de la cama!

Laurel miró a Kirkland, cuyos ojos reflejaban una diversión contenida. Se dijo que no iba a avergonzarse y respondió:

—Por lo que tengo entendido, es lo que hizo usted con sus maridos, y ya corren rumores de que el panadero de la otra calle está a punto de convertirse en su cuarto marido.

—¡Usted se entera de todo, señorita! Bueno, señora. ¿Quién sabe? Puede que me case con él, o puede que no. —La señora Wicker sirvió una taza de té y la dejó en la mesa—. Necesitará un buen desayuno antes de ir a ver a sus padres. ¿Huevos? ¿Judías? ¿Jamón?

A Laurel se le revolvió el estómago. Tragó saliva.

—Un té y unas tostadas, por favor.

Kirkland vio que estaba nerviosa, pero no dijo nada. Mantuvo entretenida a la señora Wicker con sus comentarios mientras se zampaba un desayuno contundente.

Si sus padres estuvieran vivos, ¿se pondría nervioso antes de ir a verlos? Aunque así fuera, intentaría aparentar una cortesía controlada e impenetrable. Y seguro que ella estaba tratando de hacer lo mismo.

Después de desayunar, Laurel se puso el sombrero y salió hacia el elegante carruaje que él había alquilado para el viaje. Cuando le dio la mano para ayudarla a subir, le dijo:

—Tienes las manos heladas, incluso con los guantes. Si no quieres, no tenemos por qué ir.

Por un momento, Laurel se sintió muy tentada.

«¡No seas cobarde, Laurel!»

Si iba a empezar una nueva vida, tendría que ser más valiente. Subió al asiento y soltó la mano de Kirkland.

—No quiero verlos, pero... tengo que hacer un esfuerzo por llevarnos bien. Al fin y al cabo, se supone que tenemos que honrar a nuestros padres.

—No todos los padres merecen que los honren —respondió él, muy seco, mientras subía al carruaje y tomaba las riendas—. Aún así, si queremos convencerlos de que realmente nos hemos reconciliado, cuando lleguemos tenemos que aparentar estar relajados.

Ella lo comprendió enseguida.

—¿Quieres decir que no me aparte de forma brusca cada vez que te acerques?

—Exacto. —La miró de reojo mientras ponía en marcha el carruaje—. ¿Crees que podrás soportar mis gentilezas de caballero?

—Intentaré no estremecerme. —Cosa que le costaría bastante. Cuando el carruaje empezó a moverse, añadió—: Creo que es demasiado pronto para decirles lo del bebé.

—Seguro que les haría mucha ilusión.

Laurel no quería decírselo cara a cara. Sería mejor comunicárselo por carta, donde no tendría que soportar las críticas y consejos de su madre.

—Sí, pero sería una complicación añadida. No es que sean malos, pero... son simples. Entienden mejor las cosas sencillas.

Kirkland esquivó sin grandes problemas un carro cargado de barriles que se había parado en mitad de la calle. Puesto que Herbert House estaba cerca del puerto, había mucho tráfico y el hecho de tener que maniobrar entre carruajes y carros interrumpió la conversación. A Laurel le pareció de maravilla.

Él también parecía muy cómodo con el silencio. Los dos caballos castaños que tiraban del carruaje tenían mucho carácter, pero Kirkland era un conductor consumado que hacía que controlar a esos animales pareciera sencillo. Cuando salieron de la ciudad, ella se relajó y empezó a disfrutar del día soleado. Apenas salía de la ciudad y añoraba las colinas redondeadas y el aire fresco.

A medio camino de Belmond, se le ocurrió una pregunta.

—Puesto que su desaparición alteró el curso de nuestras vidas, ¿alguna vez llegaste a saber qué le pasó a tu amigo Wyndham? ¿O su muerte fue uno de los misterios por resolver de la guerra?

Kirkland la miró y dibujó una extraordinaria y extrovertida sonrisa.

—Aunque parezca mentira, Wyndham sobrevivió. Justo al final de la tregua, ofendió a un militar francés y lo encerraron en una celda de asilamiento. Durante años, mis agentes en Francia buscaron alguna prueba de qué había sido de él. A principios de este año, uno de mis mejores agentes siguió una pista y, con una mezcla de suerte y talento, lo rescató y lo devolvió sano y salvo a Inglaterra.

—¡Santo Dios! —exclamó Laurel, sorprendida—. ¿Y no se había vuelto loco después de diez años aislado?

Kirkland borró la sonrisa.

—En sus propias palabras, Wyndham estaba «a un paso de convertirse en un animal» cuando salió de Francia. Pero se está recuperando. Siempre fue un hombre risueño y ahora tiene motivos de sobra para ser feliz.

—Me alegro —dijo ella, de corazón—. Imagino que pocas historias así acaban tan bien.

Kirkland suspiró.

—Hacemos lo que podemos. Nunca es suficiente.

¿Cómo era posible que ella se hubiera olvidado de su exagerado sentido de la responsabilidad?

—Ahora entiendo por qué nunca fuiste particularmente devoto. Cuando un hombre se cree Dios, no tiene ningún motivo para ir a misa los domingos.

—¿Perdona? —replicó él, realmente sorprendido.

—No puedes salvar a todo el mundo, James. Nadie puede —dijo ella, muy seca, mientras pensaba en las muchas personas que había atendido en la enfermería y en Zion House—. Créeme, lo sé.

Kirkland no dijo nada mientras paraba el carruaje para que unas vacas cruzaran tranquilamente el camino.

—Ya sé que no puedo salvar a todo el mundo. Pero me siento obligado a intentarlo.

—Debemos intentarlo, pero los humanos somos imperfectos —dijo ella—. ¿Te torturas por no ser perfecto por la famosa culpa presbiteriana de tus antepasados escoceses?

—En parte, seguro. —Habló en un tono más grave—. Pero... es más una cuestión de enmendar mis errores y las facetas más oscuras de mi trabajo.

—Sólo podemos comprometernos a hacerlo lo mejor posible —respondió ella, muy despacio—. Si la preocupación es el interés por los problemas que todavía no se han planteado, la culpa es el dolor invertido en lo que no podemos cambiar.

—Recuérdamelo de vez en cuando. Necesito oírlo. —La miró con intensidad—. No has perdido la capacidad de ensartar mis debilidades y pretensiones.

Ella se rió.

—Alguien tiene que hacerlo.

Y enseguida apartó la mirada, porque la ponía nerviosa lo cómodos que estaban.

A Kirkland no le sorprendió en lo más mínimo que Belmond Manor no hubiera cambiado nada. Mientras el viejo mayordomo, tan sorprendido como feliz, los acompañaba hasta donde estaban los padres de Laurel, le susurró en el oído:

—¿Quieres que los aterrorice por ti?

Ella suavizó los rasgos, que estaban tensos.

—Muy tentador, pero será mejor que no. —Se agarró de su brazo—. Esto va a ser muy... extraño.

—Ya me lo imagino. —Le acarició la mano, que estaba encima de su antebrazo—. Pero no tenemos que quedarnos mucho rato. Una breve visita oficial para anunciar nuestra reconciliación y nos vamos.

Ella dibujó una sonrisa tensa, pero mantuvo la compostura cuando el mayordomo abrió la puerta del salón de día y anunció:

—Lord y lady Kirkland.

Su aparición provocó una sorpresa más que evidente en el matrimonio que estaba sentado a ambos lados de la chimenea. A él le sorprendió lo envejecidos que estaban. No sólo eran los años y el pelo canoso, sino también los rostros llenos de arrugas de desaprobación.

George Herbert se levantó y exclamó:

—¡Kirkland!

Mientras tanto, su mujer contuvo la respiración y se colocó un puño en la boca, incrédula.

—Señor Herbert. Señora Herbert.

Kirkland realizó una educada reverencia. La sorpresa de sus suegros enseguida se vio sustituida por el placer, aunque sólo cuando lo miraban a él. Apenas se fijaron en la hija que hacía tanto tiempo que no veían y que estaba al lado de su marido, muy rígida.

Él le colocó la mano al final de la espalda en un gesto deliberado de intimidad y posesión. El pequeño respingo de Laurel pasó inadvertido a sus padres. Con la voz suave, les dijo:

—Laurel y yo nos hemos reconciliado y, por supuesto, queríamos informarles de esta feliz noticia lo antes posible.

—¡Vaya, vaya, qué buenas nuevas! —exclamó Herbert—. Es muy amable por su parte aceptarla después de cómo se comportó.

—No, todo lo contrario. Ella ha sido muy buena al perdonar todos mis fallos —respondió Kirkland con la voz tensa—. Yo soy el único culpable de nuestra separación.

—¡Bobadas! —exclamó Herbert, sonriendo—. El deber de una esposa es obedecer a su marido y cubrir sus necesidades, no abandonarlo por cualquier capricho banal.

Cuando Laurel tensó el gesto, Kirkland respondió con firmeza.

—La decisión de Laurel de abandonarme no fue caprichosa. Estaba plenamente justificada.

Elizabeth Herbert miró a su hija con el ceño fruncido. Había sido una mujer muy guapa y sus hijos habían heredado esa belleza, pero su rostro reflejaba amargura.

—¡Una mujer nunca debe juzgar a su marido! Intenté educarte mejor, Laurel. ¡Doy gracias de que por fin hayas entrado en razón y de que Kirkland esté dispuesto a disculpar tu horrible comportamiento!

James empezó a enfurecerse. Hacía diez años, estaba tan enamorado de Laurel que no se había parado a pensar en sus padres más allá de que eran miembros respetables de la alta sociedad y que estaban encan-

tados de dar el visto bueno a la boda de su hija. Ahora se daba cuenta de que, mientras su futuro yerno tuviera título y fortuna, habrían entregado a Laurel a cualquier vividor con sífilis.

—Como he dicho, a quien tenían que perdonar era a mí, el comportamiento de Laurel nunca fue reprochable. —Se recordó que estaban allí para informarles de su reconciliación y continuó—: Espero que muy pronto recuperemos el contacto. ¿Podemos sentarnos?

—¡Por supuesto, por supuesto! ¿Dónde están mis modales? —La señora Herbert se levantó y tiró de la cuerda para llamar al mayordomo—. Pediré un poco de té. —Mientras volvía a sentarse, siseó a Laurel—. ¿Cómo te atreves a presentarte aquí con tu marido y un vestido tan feo?

Aunque se suponía que era un comentario privado, Kirkland respondió mientras agarraba a Laurel de la mano y la sentaba en el sofá a su lado.

—La culpa es mía, señora Herbert. Le pedí a Laurel que se pusiera este vestido porque el color le sienta especialmente bien.

La señora Herbert se mordió el labio, porque no quería insultar a su yerno, pero estaba teniendo problemas para controlar su lengua viperina.

Mientras intentaba controlar la rabia, Kirkland comentó:

—Lógicamente, cuando vayamos a Londres, Laurel podrá acudir a las mejores modistas, aunque espero que se compre algún vestido de este color azul celeste.

El rostro de su suegra reflejó la envidia que le despertaba saber que su hija tendría acceso a la última moda, y la rabia de que no supiera apreciar sus oportunidades. Con la voz cortante, dijo:

—Tendrás que buscarte una buena doncella, querida, porque nunca has demostrado ningún talento ni gusto al vestir.

Desde que habían llegado, Laurel no había abierto la boca, pero ahora levantó la cabeza y habló con voz clara:

—Ya tengo una doncella. Violet era una esclava de las Antillas hasta que la rescaté de manos de su propietario.

La señora Herbert se quedó atónita. El señor Herbert, que se estaba empezando a poner nervioso al ver por dónde iba la conversación, dijo:

—Imagino que vivirás en Londres, ¿no? Ahí está la Casa de los Lores y todo.

Laurel agarró fuerte la mano de Kirkland, pero habló con un tono dulce:

—Dividiré mi tiempo entre Londres y Bristol puesto que mi trabajo está aquí.

Sus padres se quedaron horrorizados.

—¡Tu sitio está al lado de tu marido! —exclamó su madre—. ¡No querrás seguir mezclándote con ladrones apestosos y mujeres de mala fama!

—Todos son hijos de Dios, Madre —dijo Laurel, piadosamente—. Sólo cumplo con mi obligación como cristiana.

—Bah, ¡fuiste tú quien llenó la mente de tu hermano con todas esas cosas! —le espetó su padre—. Si no lo hubieras arrastrado hasta tu nivel estaría viviendo como un caballero. ¡Kirkland, tienes que aprender a controlar a tu mujer!

James empezaba a entender por qué Laurel no había extrañado a sus padres en esos diez años. La miró con una encantadora calidez.

—¿Por qué iba a querer eliminar esas características que la hacen tan especial? ¿Tan digna de mi amor?

Habría sido imposible saber hacia dónde habría derivado la conversación si en aquel preciso instante no se hubieran abierto las puertas del salón y hubieran entrado dos lacayos con bandejas de plata. El mayordomo había deducido que tener a un conde en casa implicaba sacar los mejores refrigerios. A partir de ahí, la conversación giró alrededor del té, las galletas y el tiempo.

Todo muy, muy civilizado.

12

Laurel estaba muy alterada cuando Kirkland la ayudó a subir al carruaje para regresar a Bristol. Si le decía algo, seguro que acabaría dándole un cachete.

Él, perspicaz como siempre, no dijo nada mientras ponía el carruaje en marcha. Cuando llegaron a la curva que conducía hacia la carretera principal, habló en un tono desenfadado.

—Mi padre solía pegarme. Sí, muchos padres pegan a sus hijos, pero a mi padre le gustaba especialmente.

Laurel se olvidó de sus problemas y miró el perfil tranquilo de James.

—Nunca me lo dijiste.

—¿Qué joven quiere parecer una víctima desconsolada a los ojos de la chica que quiere? —Sus manos fuertes frenaron ligeramente a los caballos, porque se acercaban a una zona de rodadas profundas—. Y tampoco es agradable hablar de lo mucho que te han despreciado aquellos que más deberían haberte querido.

Ella tragó saliva, porque lo entendía perfectamente.

—No es agradable y es… casi imposible. Para ser sincera, nunca me sentí… despreciada. Sólo, que no era importante para ellos. Era obediente y me portaba bien, y nunca me metía en líos. Así, era invisible, y estaba a salvo.

—¿Más a salvo que cuando llamabas la atención crítica de tus padres?

Ella apartó la mirada y se concentró en los cantos rodados que marcaban el borde de la carretera.

—Antes no eran tan críticos. Creo que se sienten decepcionados con sus hijos.

—Entonces, son estúpidos. —Alcanzaron un tramo de carretera recto, y Kirkland dejó que los caballos corrieran un poco más—. Siempre me he preguntado cómo una pareja tan tradicional ha podido engendrar dos hijos tan interesantes y poco habituales.

Aquel comentario la sorprendió. Daniel era interesante y poco habitual, pero ella nunca se había visto así.

—El padre de mi madre era muy excéntrico. Mis padres se sentían avergonzados, y sospecho que por eso siempre han sido tan remilgados.

Y críticos con los demás.

—Nunca me hablaste del abuelo excéntrico.

—En casa, nunca hablábamos de él, porque era una vergüenza para la familia. —Laurel frunció el ceño—. Ni siquiera sé qué hizo para avergonzarlos tanto. Sólo lo vi una o dos veces de pequeña, pero recuerdo que era muy alegre. Ojalá hubiera podido conocerlo mejor.

—Imagino que tus padres no veían con buenos ojos esa alegría.

Ella hizo una mueca.

—Te quedas corto. Las risas están muy mal vistas. Las señoritas no se ríen.

—Puede que tener un abuelo excéntrico en la familia os ayudara a Daniel y a ti a ser independientes y originales, pero es muy difícil ser cálido en una casa fría. —Le lanzó una mirada penetrante—. ¿De dónde sale tu calidez, Laurel? Está claro que de tus padres, no.

Ella se aferró al extremo del carruaje. James era especialmente bueno identificando los aspectos de su infancia de los que ella no quería hablar. No obstante, aquella pregunta le recordó lo bueno que había conocido junto con lo malo.

—Tuvimos la niñera más maravillosa del mundo —respondió—. Nan era una chica del pueblo que había estudiado en un colegio privado y que quería ser maestra, así que practicaba con nosotros. Se interesaba por todo, y nosotros también. Cuando fuimos mayores, se marchó de Belmond Manor, se casó con un pastor no conformista y fundó una escuela infantil.

—Unos niños afortunados. Parece que te transmitió unas buenas bases. ¿Hubo otras influencias cálidas y subversivas?

—¿Te he hablado alguna vez de los Mercer? El vicario del pueblo y su mujer cuando yo era pequeña. Prácticamente, vivía en su casa. Eran amables y tolerantes y, como tenían cinco hijos, siempre tenía las puertas abiertas, porque les ayudaba con los pequeños. Para ellos, era su hija mayor. —Sonrió con nostalgia—. También me dejaban libros.

—Ya no están en Belmond, ¿verdad? El vicario que nos casó se llamaba Browne, si no recuerdo mal.

—Cuando yo tenía quince años, el señor Mercer heredó una pequeña y preciosa finca en Yorkshire y se marcharon. —Suspiró—. Los extrañé mucho.

—De modo que cuando aparecí yo, a tus diecisiete años, estabas sola.

Se concentró en la conducción, porque estaban bordeando un río.

Sola y lista para enamorarse. Sin embargo, se habría enamorado de él aunque se hubieran conocido en otro momento y lugar. Era el hombre más fascinante que había conocido en la vida. Todavía lo era.

—Cuando cumplí los diecisiete, mis padres hablaron muy por encima de enviarme a Londres durante una temporada con algunos de mis familiares más adinerados, pero al final no concretaron nada. Esas cosas son muy caras y mi madre estaba convencida de que no triunfaría, así que dijo que era tirar el dinero.

—Habrías causado conmoción —dijo él, sinceramente—. Y habría sido mucho mejor para los dos que estuvieras en Londres cuando fui a Belmond Manor.

Aquellas palabras fueron como si le cortaran entre las costillas con un estilete frío y delicado, pero sabía que eran ciertas. «Cásate deprisa, arrepiéntete cuando quieras.»

Con un tono de voz igualmente neutro, Laurel dijo:

—No sé si nuestro encuentro demuestra que Dios tiene sentido del humor o que somos la cruz con la que debe cargar el otro durante el resto de nuestras vidas.

Kirkland, en lugar de enfadarse, se rió.

—Es un punto de vista interesante sobre nuestro matrimonio, milady. Espero que seamos la cruz del otro, pero seguro que la podemos cargar de forma amistosa. Ahora que somos mayores y más listos.

Y ahora que tendrían un hijo al que querer juntos. Acto seguido ella respondió de forma abrupta:

—Gracias por defenderme delante de mis padres. Estaban encantados de verte, y habría sido mucho más fácil que ignoraras sus comentarios.

—Eres mi esposa. Mi trabajo es defenderte, incluso de tus padres, si es necesario. —La miró—. ¿Daniel no te defendió?

—Mis padres nunca me criticaban delante de él. Además, cuando cumplió los diez años se pasaba casi todo el día en el colegio.

—Tu pérdida fue mi ganancia. Fue un muy buen amigo.

—Y entonces es cuando empecé a pasar cada vez más tiempo en casa de los Mercer. —Suspiró—. Veía muy poco a mis padres. ¿Por qué me sigue preocupando lo que puedan pensar?

No esperaba ninguna respuesta, pero Kirkland respondió pensativo:

—Quizás es la forma que tiene la naturaleza de evitar que los hijos maten a los padres cuando es evidente que la relación entre ellos es imposible.

Ella parpadeó.

—Si no te conociera tan bien, juraría que lo dices en broma.

—Si hubiera sido más mayor y más fuerte, no sé qué habría pasado con mis padres. Cuando mi madre murió, dije a mi padre que quería irme a vivir con mis abuelos escoceses. Me dio la peor paliza de mi vida.

Frenó a los caballos mientras pasaban por una pequeña aldea e intentaba sortear a las gallinas que correteaban por allí a sus anchas.

—Y quisiste matarlo.

—De hecho, lo intenté. Tenías razón acerca de mis tendencias asesinas. Pero el abrecartas de su mesa pesaba mucho y no le hice demasiado daño. No fue uno de mis mejores momentos.

Ahora, el que parecía muy alterado era él.

Ella le rozó la mano izquierda con la derecha mientras sujetaba las riendas.

—¿Por llegar a aquel punto de ira o por no haber conseguido hacerle daño?

—No lo sé. Por suerte, mi ataque de ira fue lo que acabó de convencerlo para enviarme a la Academia Westerfield. Lo consideró un castigo, porque así no podía estar con mi familia escocesa. Y yo lo consideré un regalo porque así no tenía que estar con él. —La miró con los ojos llenos de humor—. Los caminos del Señor son realmente misteriosos.

—Parece que lady Agnes Westerfield es lo mejor que ha pasado en la vida de sus alumnos. Espero tener la ocasión de conocerla algún día.

—La tendrás. Viaja a Londres desde Kent con cierta regularidad. —Estaban llegando a las afueras de Bristol y cada vez había más tráfico, de modo que Kirkland redujo la velocidad del carruaje—. ¿En serio tienes una doncella que rescataste de la esclavitud?

Laurel se relajó ante aquella pregunta.

—Violet es una doncella que, en Jamaica, era esclava, y evité que un asqueroso tipo llamado capitán Hardwick la subiera a su barco. Dijo que la había comprado, yo le cité un antecedente legal y, con la ayuda de los estibadores, logré ponerla a salvo. Ahora vive en Zion House.

Kirkland frunció el ceño.

—He oído hablar de ese capitán Hardwick. Es una buena pieza y, seguramente, se dedica al comercio ilegal de esclavos. Imagino que no te paraste a pensar en el riesgo que corrías, ¿verdad?

—No. No hubo tiempo. —Laurel arqueó las cejas—. No tienes que sermonearme por mi imprudencia. Ya lo hizo Daniel.

—Es una historia escalofriante que podría haber acabado muy mal, pero no fue así. Bien hecho, milady. —Inclinó la cabeza para mostrarle su respeto—. ¿Te la llevarás a Londres contigo?

—Todavía no se lo he pedido. En realidad, ni siquiera había pensado en eso hasta que mi madre me ha dicho que tendría que contratar a una doncella. A lo mejor Violet no quiere ir a Londres.

—Supongo que estará encantada de acompañarte.

Había muchos carruajes, así que ya no hablaron más hasta que llegaron a Herbert House. Kirkland bajó del carruaje y se dio la vuelta para ayudar a Laurel. Le agarró la mano durante unos instantes más de lo necesario, incluso cuando ya estaban en el suelo, y la miró fijamente.

Laurel era muy consciente de su fuerza y cercanía y, por un segundo, creyó que quería besarla. Soltó la mano.

Él no reaccionó ante aquel gesto tan feo y sólo dijo:

—¿Te ofenderías si te digo que pareces cansada y que necesitas descansar?

Ah, entonces no estaba interesado en besarla, sólo se preocupaba por su salud.

—Tienes razón, ha sido un trayecto agotador. Me voy a descansar.

Él asintió con aprobación.

—Tengo que devolver el carruaje. ¿Cuándo estarás lista para viajar a Londres?

Ella se lo pensó y se dio cuenta de que, cuanto antes, mejor.

—Puedo tenerlo todo preparado mañana por la mañana. Voy a hablar con Violet.

—Si rechaza tu ofrecimiento, encontraremos una buena doncella en Londres.

—Sí, pero Violet es muy buena y es una persona conocida.

Y prefería llegar a Londres con, al menos, una cara conocida. Alguien que estuviera de su parte.

¿Por qué había pensado eso? Kirkland no era su enemigo.

Aunque tampoco podía decir que estuviera de su lado, comprendió mientras él se inclinaba con elegancia y volvía a subir al carruaje.

Cuando por fin se marchó, Laurel se dio cuenta de que no sólo estaba cansada, sino también hambrienta, así que se fue directamente a la cocina y dejó que la señora Wicker le preparara una sopa y un poco de pan y queso. Aquello le dio las fuerzas suficientes para subir a su habitación. Dejó el bolso en una silla, se sacó los zapatos y se tendió en la cama para echar una siesta. Estar embarazada era muy duro.

Sombra realizó su magia felina habitual de fingir que se echaba la siesta con ella. Laurel se durmió con el peludo animal acurrucado contra ella y se preguntó si había valido la pena ir a ver a sus padres. Imaginaba que sí, pero, en el futuro, no quería volver a verlos sin la presencia de James a su lado.

Kirkland se tomó su tiempo para devolver el carruaje a la cuadra donde lo había alquilado, y luego regresó a pie hasta la casa de Laurel. La visita a los señores Herbert había sido muy desagradable. No le había gustado ver cómo se habían portado con ella, pero ahora entendía mejor por qué se había resistido tanto a tomar la decisión de dar una segunda oportunidad a su matrimonio. Con sus padres como ejemplo, era sorprendente que hubiera aceptado casarse la primera vez.

Pero en aquel entonces, cegados por las pasiones juveniles, dejaron en un segundo plano la experiencia y el sentido común. Ahora los dos habían cambiado mucho, pero, a pesar de todo, él todavía la quería con todas sus fuerzas.

El desafío era convencerla de que sintiera lo mismo por él.

13

Laurel durmió dos horas, pero se levantó muy renovada. Era hora de buscar a Violet, así que se dirigió hacia los jardines de Zion House. La encontró en una esquina del salón exhibiendo un recogido de pelo muy elaborado y formal en la cabeza de una de sus cuatro estudiantes.

Cuando Violet vio que Laurel se acercaba, dijo:

—Practicad por parejas. ¡Fingid que vais a conocer a la reina!

Y luego se volvió hacia ella, con la expresión expectante. Llevaba un vestido de elegante sencillez de color crema, que le iba muy bien con la piel y el pelo oscuros. Se lo había comprado en una tienda de trapos viejos, y lo que había hecho Violet con él daba fe de su habilidad como doncella.

Entonces le preguntó:

—¿Cómo van tus estudiantes?

—Muy bien. Todas tienen muchas ganas de mejorar. —Las miró con orgullo. Todas llevaban una réplica casi exacta del modelo de su profesora—. Nos ha ido muy bien que comprara todos esos vestidos en la tienda de harapos. Así pueden practicar vistiéndose unas a otras.

—¡Y también pueden practicar la costura! —Laurel observó la expresión de Violet. La chica se había adaptado enseguida a Zion House y todos la apreciaban mucho. También se le daba muy bien preparar a futuras doncellas, pero tenía unas arrugas de preocupación alrededor de los ojos—. Supongo que toda la casa sabe ya lo de la llegada de mi marido, ¿verdad?

—Sí, señorita Laurel. Bueno, señora Kirkland. —Violet sonrió—. La curiosidad nos mata.

—Claro —respondió Laurel, que no dio más explicaciones—. Mañana por la mañana me marcho para pasar un mes en Londres con Kirkland. ¿Te apetecería venir y ser mi doncella?

La chica abrió aquellos ojos oscuros.

—¡Sí, señorita! Señora. Me encantaría marcharme de Bristol y trabajar para usted.

Laurel ladeó la cabeza.

—¿No te gusta Bristol?

Violet se mordió el labio.

—No es eso, pero es que ya han sido varias las ocasiones en que, cuando he salido, me he sentido vigilada. Estoy segura.

—Eres muy bonita y exótica. Seguro que los hombres siempre te miran.

Violet meneó la cabeza.

—Por desgracia, sí, pero esto es distinto. Ayer, cuando salía del mercado, vi que un hombre empezaba a seguirme. Volví al mercado y me perdí entre el gentío y salí por otro sitio. Iba vestido de marinero y tenía una enorme cicatriz curvada en la mejilla izquierda. —Se estremeció—. Creo que el capitán Hardwick ha contratado a varios hombres para que me sigan y poder devolverme a la esclavitud.

Después de haber visto a Hardwick y la crueldad de sus ojos, Laurel sabía que era perfectamente capaz de hacer eso para recuperar a la chica que le habían quitado.

—¡Deberías habérmelo dicho! ¿Puedes tenerlo todo listo para marcharnos mañana por la mañana?

—Si marchándome ahora mismo estuviera más segura, lo haría ya —replicó Violet—. Iré a hacer su equipaje. ¿Necesita que le cosa alguna prenda? ¿O que le arregle algún vestido? Puedo hacerlo esta noche.

Laurel hizo una mueca.

—No te preocupes por eso. Creo que mi marido me enviará a una modista de Londres para que me haga un vestuario nuevo.

Violet se rió.

—Por la cara que pone al decirlo, creo que me lo pasaré mejor yo que usted.

—Seguro. Confío en que me ayudarás a escoger lo que me siente mejor y no lo que esté de moda.

—Vestirla será muy fácil, señora. Con su altura, su figura y su tono de piel, será mi orgullo.

—Ojalá tengas razón —dijo Laurel, con serias dudas.

La duda principal era si sería el orgullo de su marido. Intentó convencerse de que sería más fácil la visita a la modista que a sus padres y se fue a buscar a Anne Wilson, la supervisora de Zion House.

Cuando encontró a su amiga en el armario de la ropa de cama, Anne ni siquiera se esperó a que Laurel la saludara. Se volvió con una sonrisa y dijo:

—¡Bueno, amiga mía! Entonces, ¿ahora te irás con tu apuesto marido?

—¿Es que todo el mundo está al tanto de mi vida? —preguntó Laurel, exasperada.

—Seguramente. —Anne, rellenita, amable y capaz, se había refugiado en Zion House después de abandonar a su marido borracho que le dio una paliza casi mortal. De hecho, se alegró sin ningún pudor cuando llegaron noticias de que el hombre se había caído por un puente y se había ahogado al regresar a casa de la taberna poco después de que la maltratara. Ahora gestionaba Zion House con fuerza y compasión, y ayudaba a mujeres e hijos a reconstruir sus nuevas vidas.

—Me marcho por la mañana, pero volveré —dijo Laurel—. Bristol siempre será mi casa.

Anne meneó la cabeza, no demasiado segura.

—Espera y verás, cielo. Has sido el alma de Zion House, pero creo que ha llegado el momento de demostrar que podemos sobrevivir sin ti. Ya es hora de que te dediques a tu propia vida. —Sonrió con malicia—. La señora Wicker se quedó muy impresionada por tu marido y, en cuestión de hombres, tiene buen ojo.

—Te creo —respondió Laurel, muy seria—. Ha conocido a bastantes y tiene la lengua muy larga.

—Una lengua larga y la mejor mano para la repostería de todo Bristol. A lo mejor querrías pedirle que se convirtiera en la cocinera perma-

nente de Herbert House y que se dedicara a formar en las artes culinarias. Eso te quitaría un buen peso de la espalda.

Aquella idea no necesitaba mucha reflexión.

—Es una idea excelente. Le preguntaré si le gustaría hacerlo.

—Fue ella quien me lo comentó —respondió Anne, con una sonrisa.

Laurel se rió y abrazó a su amiga.

—Os extrañaré mucho a todos, pero sobre todo a ti.

Anne la abrazó fuerte y, cuando se separaron, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Aunque ya no siga siendo tu casa, tienes que venir a visitarnos de vez en cuando.

Laurel, que recordó la propuesta de Kirkland, dijo:

—Podrías venir a visitarme a Londres. ¿Te gustaría?

—¡Londres! —suspiró Anne, con los ojos redondos—. ¡Sería maravilloso! Siempre he querido ver la ciudad. Pero ahora te acompaño fuera. Seguro que tienes muchas cosas que hacer.

Cuando las dos llegaron al rellano que había al pie de las escaleras, una niña pequeña con el pelo rojizo apareció de detrás de una puerta y corrió hacia ella y se aferró a sus rodillas.

—¡No se vaya, señorita Laurel!

Vaya, la noticia había corrido como la pólvora. Entonces levantó a la niña en brazos.

—No me voy para siempre, Missy. Dentro de un mes volveré y habrás crecido dos o tres centímetros, seguro.

Missy se aferró al cuello de Laurel.

—¡No se vayaaa!

Laurel tuvo que reconocer que la niña era una experta manipuladora.

—Lo siento, tesoro, pero tengo que irme. Hice una promesa.

—Rómpala —le espetó Missy, muy seria.

Laurel recordó los votos matrimoniales que había roto e hizo una mueca.

—Las promesas no se rompen, Missy.

—¡Prométame que volverá! —La niña ya casi tenía cinco años, pero después del hambre y los maltratos que había sufrido hasta que su madre y ella abandonaron al padre borracho, aparentaba tres.

—Lo prometo —dijo Laurel, que creyó que sería una promesa fácil de mantener.

Entonces apareció Eileen Bailey, la madre de Missy. Su pelo rojizo era más oscuro que el de su hija y en la mandíbula tenía una cicatriz para recordar al marido del que había huido, pero ahora tenía una sonrisa cálida y sincera.

—La extrañaremos, pero le deseo que sea feliz en su nueva vida.

—Gracias. —A regañadientes, devolvió el cálido y activo peso de Missy a su madre. ¿Ella también tendría una niña? Deseaba que fuera niño, para que Kirkland tuviera su heredero, pero abrazar y criar a una niña sería muy bonito.

Anne dijo:

—Creo que deberíamos organizar una pequeña fiesta de despedida. Hay muchas personas que quieren despedirse de ti.

—¡No me voy para siempre! —volvió a protestar Laurel.

—A lo mejor no, pero las cosas cambiarán. Seguro —dijo Anne.

Laurel sabía que su amiga tenía razón.

—Entonces, haremos una fiesta, aunque sencilla. Te dejo al mando, ¡pero quiero muchos pasteles!

Missy gritó de felicidad y Laurel le lanzó un beso y se marchó. Como Daniel todavía no había vuelto, hizo una parada en la enfermería antes de cenar. Sabía que no era indispensable, pero le estaba costando dejar su puesto allí y en Zion House en otras manos.

Se volvió a recordar que regresaría dentro de un mes y cruzó el jardín hasta Herbert House. La sorprendió ver a su hermano en su pequeño despacho junto a las salas de curas.

—¡Daniel! —Entró en el despacho—. ¿Ya has vuelto?

Él levantó la mirada de su mesa, con una expresión fría y dura como el granito.

—Hace media hora, y enseguida he sido informado de que mañana te vas a Londres y de que Kirkland está durmiendo bajo mi techo.

De repente, Laurel se notó muy agotada y cerró el despacho de un portazo.

—Te recuerdo que es mi techo. Yo compré las dos casas. De hecho, como un marido controla las propiedades de su mujer supongo que todo esto es de Kirkland. Todo lo que hemos construido aquí se ha pagado con su dinero.

Daniel se levantó con la mirada enfurecida.

—¡Pues trasladaré la enfermería a otro sitio! Zion House es cosa tuya. Podrás ampliarla con Herbert House.

Laurel contuvo la respiración, porque se entristecía al ver que se estaba abriendo una grieta entre ellos.

—¡Daniel no nos peleemos por esto! Siempre hemos podido solucionar las cosas hablando. Kirkland era amigo tuyo. ¿Por qué te comportas como si tuviera que acabar en la hoguera del infierno por intentar reconciliarme con mi marido?

Daniel la miró fijamente y ella vio lo cansado que estaba por el viaje. Suavizó el tono y dijo:

—Vamos a sentarnos y a hablar como dos hermanos que siempre se han adorado. Por favor.

Daniel expulsó el aire de golpe y se sentó en la silla.

—Tienes razón. Lo siento, Laurel. Tienes el derecho y quizá la obligación de reconciliarte con tu marido, pero no puedes evitar que me preocupe por si te vuelve a destrozar la vida.

Abrió el último cajón de la derecha de la mesa, sacó una botella de brandi y un vaso pequeño, se sirvió un poco y se bebió la mitad de un trago.

Después de tragar, relajó la expresión.

—Por eso nunca he oficializado mi conversión al metodismo. No estoy preparado para abandonar todos mis pecados.

—Uno o dos vasos de brandi al mes no son pecado. —Laurel dejó en el suelo la pila de papeles que había sobre la otra silla y se sentó—. Y no te olvides del baile. ¿Recuerdas lo mucho que nos gustaba bailar juntos cuando éramos pequeños? Ninguno de los dos quería dejarlo, a pesar de que en la actualidad no tenemos demasiadas ocasiones para hacerlo.

Daniel se quedó muy callado y, quizás un poco tarde, Laurel recordó que Rose Hiller había sido su pareja de baile preferida. A los dos les encantaba bailar y hacían una pareja maravillosa. Se movían como si fueran dos personas con un mismo pensamiento. Nunca había visto a su hermano más feliz que cuando bailaba con Rose.

Seguro que él estaba pensando lo mismo, porque levantó el vaso hacia ella y dijo:

—Por muchos días de baile en el futuro.

Se terminó el brandi y dejó el vaso.

—¿Qué tal si, para empezar, me explicas cómo han ido las cosas con Kirkland?

—No ha sido tan dramático como te imaginas. —Se quedó un segundo pensativa para poder resumir una relación complicada en pocas palabras—. Los dos estamos de acuerdo en que nos casamos demasiado jóvenes y que ahora somos demasiado distintos para volver a ser un matrimonio convencional, pero me ha convencido de que, por el bien del bebé, deberíamos tener una relación cordial.

—¿Cómo de cordial? ¿O no es asunto mío? —preguntó Daniel, con sequedad.

—Lo suficiente para que mi hijo y yo podamos movernos libremente entre el mundo de Kirkland y mi vida en Bristol —dijo, ignorando las implicaciones de las palabras de su hermano—. Para empezar, iré a Londres un mes. Tiempo suficiente para conocer a varios de sus amigos y empezar a establecer mi espacio en su mundo. Y luego regresaré a mi vida real, aquí. Supongo que le haré una o dos visitas al año. Seguramente, él también vendrá a Bristol alguna vez, aunque supongo que serán visitas breves, puesto que aquí no hay demasiada diversión.

—Me cuesta imaginarlo llevando una vida ociosa —dijo Daniel—. Igual que me cuesta imaginarte como una dama de Londres.

—Ahí llevas razón —dijo Laurel—. Pero quiero saber cómo encajar en su mundo lo suficiente para que sus amistades no lo compadezcan por su terrible unión matrimonial.

Él se rió.

—Cualquiera que piense eso es imbécil.

—Si sus amigos nunca llegaron a conocerme, ¿qué quieres que piensen? Intentaré ser una condesa modesta y aplicada. —Sonrió—. Creo que, durante unas semanas, podré hacerlo. Y luego volveré a Bristol y podré volver a ser yo misma. Mi vida no será tan distinta, excepto por el bebé.

—Creo que infravaloras lo mucho que cambiará —replicó su hermano, arisco—. Pero si estás segura de que quieres hacerlo, no puedo detenerte.

—No estoy segura de querer hacerlo —dijo ella, con serias dudas—. Pero he rezado mucho y realmente creo que intentar reconciliarnos es lo correcto.

—Entonces, no hay nada más que decir. —Le dedicó su sonrisa más cálida y encantadora—. Sabes que te deseo lo mejor. Y si lo mejor es Kirkland... pues bueno, me alegraré por los dos.

Laurel notó que una tensión en su interior se soltaba. Daniel y ella habían estado tan unidos durante años, compartiendo objetivos y trabajando juntos, que el hecho de que su hermano no aprobara su decisión le había dolido.

—Lo hemos afrontado de manera muy adulta. Creo que podemos ser amigos y padres de nuestro hijo.

—Eso espero. —Daniel arrugó las cejas—. Me ha llegado el rumor de que esta mañana Kirkland y tú habéis ido de visita a Belmond. ¿Cómo ha ido?

La tensión regresó.

—Nuestros padres han recibido a Kirkland con los brazos abiertos y, a mí, me han condenado; Kirkland ha insistido en que todo había sido culpa suya y me ha defendido, hemos tomado el té y hemos vuelto a casa.

Daniel frunció el ceño.

—¿Cómo te han condenado?

Ella suspiró.

—Soy una esposa insumisa, te he corrompido y te he apartado de la vida acomodada que deberías llevar y no tengo ni idea de vestirme. Más o menos lo que me esperaba.

Daniel murmuró una palabra muy poco propia de un cura.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por eso, pero agradezco a Kirkland que te haya defendido. Estoy seguro de que cuando salgan del estado de choque serán más amables.

—Esperemos —añadió Laurel, muy seca.

—No son los padres más fáciles del mundo —admitió—. Pero me alegro de que hayas ido a verlos. No es agradable mantener relaciones tensas con la familia.

—Y eso incluye a los maridos. Espero que, dentro de muy poco, pueda mantener una buena relación con todo el mundo. —Laurel volvía a estar cansada, y se levantó—. Anne Wilson quiere celebrar una especie de fiesta de despedida esta noche en Zion House. ¿Vendrás? Creo que a nuestra pequeña comunidad le extrañará ver que no estamos unidos.

—Si no lo impide ninguna emergencia médica, allí estaré —prometió—. ¿Kirkland irá?

—No estoy segura. Todavía no lo sabe, pero volverá enseguida. Ha expresado su deseo de conocer a mis amigos y compañeros de trabajo.

Daniel asintió.

—Podemos practicar ser cívicos mutuamente.

—El civismo es nuestro objetivo.

Laurel se marchó con la esperanza de que su hermano y su marido pudieran volver a ser amigos. La amistad era algo demasiado bonito para perderlo.

14

Kirkland estaba tocando el piano bajito y preguntándose si aparecería Laurel para poder cenar juntos cuando, de repente, ella apareció en la puerta de la sala de música, sonrojada y con el pelo alborotado. Estaba tan preciosa que tuvo que hacer un esfuerzo para no ir hasta allí y abrazarla.

Se levantó y mantuvo el piano entre ellos, por seguridad.

—Parece que has estado muy ocupada. Si tienes demasiadas cosas que hacer, podríamos retrasarlo otro día más.

Le gustaba utilizar el «nosotros» para referirse a ellos como pareja.

Ella meneó la cabeza.

—No sería correcto; todos se están despidiendo. Y, hablando de eso, esta noche hay una fiesta de despedida informal en Zion House. ¿Te apetece venir?

—Por supuesto. —Sonrió un poco—. Tus amigos tienen que comprobar con sus propios ojos que no tengo cuernos, pezuñas y una cola afilada. Por cierto, he oído que Daniel ya ha vuelto.

—Acabo de hablar con él, y también opta por el civismo. Si no hay ninguna emergencia, estará en la fiesta. —Sonrió con tristeza—. Todavía tiene serias dudas sobre mi cordura, pero nos desea lo mejor.

—Me alegro. —Algo incómodo, puesto que no estaba acostumbrado a demostrar sus emociones, añadió—: Espero que algún día podamos volver a ser amigos.

—Yo también lo espero. —Laurel se colocó un mechón de color bronce detrás de la oreja. Aquella oreja tan elegante y deliciosa...—. Violet se muere de ganas por ver si puede convertirme en una mujer elegante en Londres.

Él asintió.

—Tienes serenidad, que es mejor que la elegancia, pero te irá bien tener a una cara conocida cerca.

—Yo pensé lo mismo. —Se puso seria—. Cree que el capitán Hardwick ha contratado a hombres para que la sigan con el fin de secuestrarla.

Kirkland frunció el ceño.

—Hardwick es capaz de eso. Violet estará más segura en Londres.

—Las dos podemos descubrir la ciudad juntas —comentó Laurel—. ¿Bajamos a cenar, milord? Será una cena ligera, porque después tenemos la fiesta. La señora Wicker no me ha dejado entrar en la cocina, así que seguro que está haciendo algo especial.

—Ya tengo ganas de que empiece la fiesta.

Le ofreció el brazo. Después de un instante de duda, ella aceptó y curvó los dedos ligeramente encima de la manga de la chaqueta. Kirkland apenas podía notarla, pero aquel pequeño contacto ya bastaba para hacerlo feliz. Iban progresando; lo tocaba incluso cuando no había nadie delante.

¿Dónde estarían después de un mes bajo el mismo techo?

Después de cenar, Kirkland esperó a Laurel mientras ella se cambiaba y se peinaba. Al final, apareció vestida con el mismo vestido azul celeste que se había puesto para ir a ver a sus padres, pero alguien, seguramente su nueva doncella, Violet, le había modificado el escote de forma descarada. Demasiado para Laurel, que se había colocado un decoroso pañuelo en el escote. Estaba preciosa, incluso tan tapada.

Y llevaba el anillo de casada. Se quedó mirando el aro dorado.

—Veo que has encontrado el anillo —dijo, con un nudo en la garganta.

—No lo había perdido —respondió ella.

Él le agarró la mano izquierda y le besó el anillo, y luego se preguntó si había delatado demasiado sus intenciones. Si Laurel supiera lo que realmente sentía por ella, huiría.

—Me alegro de volver a verte.

—Esta noche no llevo guantes para que todos vean el anillo y vean que sí que estamos casados —le explicó mientras lo acompañaba hasta el jardín cerrado que unía las dos casas.

Todavía era de día, de modo que Kirkland pudo mirar a su alrededor mientras avanzaban por un amplio y sinuoso camino de piedra hasta la otra casa. Aparte de flores y arbustos, había huertos con vegetales, hierbas aromáticas y árboles frutales pegados al muro de piedra.

—Este jardín es precioso y muy práctico. ¿Es obra tuya?

—Es el proyecto personal de Anne Wilson, la supervisora de Zion House. Hace que los residentes trabajen aquí. A las mujeres maltratadas las relaja mucho trabajar con plantas y flores. —Laurel señaló los huertos—. Además, poder producir tu propia comida también es muy agradecido.

Se detuvieron junto a un precioso banco de madera situado debajo de un árbol cubierto de enredaderas.

—Veo que también ofrece rincones donde relajarse y disfrutar del silencio. ¿Otra ventaja para aquellos que necesitan un santuario?

Laurel asintió.

—Violet se sienta aquí unos minutos cada día. Dice que le gusta la libertad de estar sentada sin tener que preocuparse por si la castigan por no estar haciendo algo.

Kirkland acarició con la yema de los dedos la delicada madera tallada del respaldo y los brazos del banco.

—¿Están hechos en Bristol? Nunca había visto nada igual.

—Uno de los pocos habitantes masculinos de Zion House se encargó de tallarlos. Es un marinero que aprendió a tallar para entretenerse en los viajes largos —explicó ella—. Hace unas cosas preciosas.

—¿Cómo acabó viviendo aquí? Creía que en Zion House sólo vivían mujeres y niños.

—Estaba en la marina y, en una batalla naval contra los franceses, perdió una pierna. Aquí viven seis hombres, casi todos antiguos soldados o marineros, y todos discapacitados de una forma u otra. Viven en las casas que hemos acondicionado en las antiguas cocheras, junto a ese muro.

—¿Separados de las mujeres porque los hombres no son de fiar? —preguntó Kirkland, muy serio.

—Digamos que es más sensato evitar la tentación por ambas partes —respondió ella—. Además, es muy útil tener residentes masculinos. A pesar de sus discapacidades, se encargan de casi todo el trabajo pesado, y también sirven de guardianes.

—¿Guardianes? —repitió Kirkland, aunque luego adivinó la respuesta—. ¿Para proteger a las mujeres de sus maridos maltratadores?

—Exacto. Una vez casi presenciamos un asesinato, hasta que uno de nuestros antiguos soldados puso paz. Le falta un brazo, pero todavía sabe ser un soldado. —Laurel frunció el ceño—. La mayoría de las mujeres que salen de aquí son capaces de encontrar buenos trabajos en el servicio de alguna casa, pero es más complicado encontrar trabajo para los hombres.

—El trabajo es la calve, ¿no? —dijo él, pensativo—. Parece que Zion House necesita abrir su propio negocio para ofrecer trabajos a sus residentes. Podríais empezar por una carpintería.

—Ya lo había pensado, pero no tengo ni idea de cómo poner en marcha un negocio y no he tenido tiempo de aprenderlo. —Levantó la cara y miró a través de las pestañas—. También necesitaríamos una inversión inicial.

—Y ya estás aprovechando al máximo cada penique de tu asignación, ¿verdad? —comentó él, en tono jocoso—. Puedo darte más dinero y conozco a un hombre en Birmingham que ha puesto en marcha varios pequeños negocios. Creo que podríamos convencerlo para que viniera a Bristol a hacer lo mismo.

—¡Sería maravilloso!

A Laurel le brillaron los ojos.

—Mientras estés en Londres, quizá tengas tiempo de buscar e investigar qué negocio sería el más adecuado y con más futuro en Bristol —le sugirió—. Después, redacta una propuesta y podemos ponernos en marcha.

—Lo haré. —Laurel dudó un instante—. ¿Qué pasa si la reconciliación no sale bien?

Kirkland detestaba que aquella idea se le pasara por la cabeza.

—Te seguiré facilitando el dinero y la ayuda que necesites —le prometió—. Me gusta utilizar mi dinero para buenos fines, Laurel. Lo que pasa es que no dispongo de tiempo suficiente para buscarlos. Eso lo dejo en tus manos.

Mientras se acercaban a la casa refugio, Kirkland oyó música.

—¿Un baile? ¿Habrá suficientes hombres?

—No, ¡pero no impedirá que bailemos todos! Ya ni recuerdo la última vez que bailé —dijo, melancólica.

—Será un placer ser tu pareja —dijo él—. Eso nos ayudará a convencer a tus amigos de que somos felices.

—Y de que no tienes cuernos y pezuñas —añadió ella, en broma, mientras se aferraba a su brazo como una esposa posesiva.

Kirkland abrió la puerta y las voces y la música los envolvieron cuando entraron en el pequeño vestíbulo. A la izquierda, alguien había eliminado las separaciones entre las distintas salas de recepción y había conseguido un salón de baile de tamaño decente. Al fondo, había un viejo piano con una pianista vieja pero experta. Un hombre mayor con una pata de palo estaba sentado a su lado en la banqueta y tocaba el violín. Habían colocado las sillas contra la pared y casi todas estaban ocupadas por mujeres mayores y algún hombre, y en la parte central estaban las mujeres y los niños.

—¿Toda esta gente vive aquí? —preguntó él, sorprendido.

Laurel miró a su alrededor.

—Muchos, pero no todos. Algunos habían vivido aquí y ahora tienen trabajo y casa, pero han venido a la fiesta. También hay voluntarios que nos ayudan de forma regular. Elizabeth Ware, esa chica rubia tan guapa que está con el doctor Holt, es una de ellos. —Movió la cabeza hacia la izquierda—. Y Violet está allí.

Kirkland siguió la mirada de su mujer hasta que vio a una chica mulata muy atractiva que se vestía con el decoro de un señora en lugar de exhibir sus encantos exóticos. Seguro que enseguida comprendió que era mejor no llamar la atención de los hombres. Una lástima que no lo hubiera conseguido.

Alguien exclamó:

—¡Ahí están!

La música y las conversaciones se interrumpieron y todos se volvieron hacia ellos, incluidos la pianista y el violinista. Kirkland se había enfrentado a espías, traidores y al Príncipe regente en un mal día, pero jamás se había sentido objeto de tal escrutinio. O juicio. Había niños de todos los tamaños, mujeres de todas las edades, y varios hombres con aspecto de haber vivido de todo. Aunque no vio a Daniel, de momento.

Laurel se aferró a su brazo. Alzó la voz y dijo:

—Buenas noches, amigos. Permitidme que os presente a mi marido, James Kirkland.

Kirkland les dedicó su mejor sonrisa.

—Es un placer conocer a los amigos que se han convertido en la segunda familia de mi mujer.

Cuando todos respiraron tranquilos y empezaron a moverse otra vez libremente por el salón, se les acercó una mujer con un agradable aire autoritario.

—Bienvenido a Zion House, señor Kirkland. Soy Anne Wilson, la supervisora del centro.

Él se inclinó con educación.

—Y una de las mejores amigas de Laurel. Hemos comentado la posibilidad de que venga a vernos a Londres. Espero que acepte. Será muy bienvenida.

A Anne le brillaron los ojos y Kirkland estaba convencido de que acababa de conseguir una aliada.

—Espero poder ir —respondió ella—. Permítame que le enseñe el refugio mientras Laurel saluda a todo el mundo.

Miró a su mujer y vio que una señora mayor con las facciones muy desfiguradas y los ojos pacíficos la estaba abrazando. Decidió dejar que se dedicara a sus amigos y siguió a Anne Wilson. Cuando llegaron al vestíbulo, Anne dijo:

—Si no quiere, no le enseño el centro, pero he pensado que le gustaría alejarse de tanta atención un segundo.

—Y, de paso, tiene la oportunidad de valorar si soy lo bastante bueno para Laurel —replicó él, riéndose—. La respuesta es que no lo soy.

—No se trata de ser bastante bueno —dijo Anne—. Sino más bien de cómo encajan dos personas. No es lo que me esperaba como marido de Laurel.

—Por eso nos separamos —dijo él, arrepentido—. Pero ahora somos mayores y más sabios. Al menos, eso esperamos. Y sí que me gustaría ver el centro. Zion House es muy importante para mi mujer y me gustaría conocerlo mejor.

Ella asintió, encantada.

—Hace bien. Si le pidiera que escogiera entre usted y su trabajo... quizá no le gustaría la respuesta.

Kirkland sospechaba que le estaba dando un buen consejo.

—Lo tendré en cuenta. ¿Cuántas personas viven aquí?

—Normalmente, entre treinta y cincuenta, pero, cuando hace mucho frío, algunas más. No nos gusta rechazar a nadie.

Kirkland silbó.

—Es una casa grande, pero, aún así, ¿cómo se apañan?

—Como podemos. El objetivo es mantenerlas a salvo y ayudarles a desarrollar ciertas habilidades con las que se puedan ganar un sueldo para mantenerse ellas y sus hijos. —Lo llevó por un pasillo corto—. Tenemos una guardería y una enfermería donde trabajan las residentes.

—Laurel me ha dicho que usted ha sido la encargada de diseñar el jardín.

—Sí, a la gente le gusta mucho trabajar con la tierra, y va muy bien poder cultivar nuestros propios alimentos. —Subió por una estrecha escalera de servicio—. Las plantas de arriba, en general, son dormitorios, aunque algunas habitaciones se utilizan para dar clases durante el día.

—¿Qué tipo de clases?

—¡De todo! —se rió ella—. Lectura y escritura para los analfabetos. Costura, cocina, limpieza, lavado de ropa. A veces, también música y dibujo. Casi todo el mundo puede enseñar algo y los demás mejoran al adquirir conocimientos. Laurel creó estos programas. En el fondo, es

una maestra, a pesar de que se pasa todo el día ocupándose de la gestión de la enfermería y de Zion House.

—¿Se hundirán sin ella? —preguntó él.

—Espero que no —respondió Anne, muy seria—. Laurel ha preparado a varias personas con las habilidades necesarias, pero siempre será el alma de este sitio. Nadie podrá sustituirla. Creo que nos apañaremos bien, pero nos costará acostumbrarnos a su ausencia.

Kirkland se dijo que ojalá la supervisora creyera que no habría ningún problema. Puede que ellos necesitaran a Laurel, pero él también.

—Volverá pronto —dijo—. Al menos, ese es el plan.

Anne frunció el ceño.

—Ojalá estuviera segura de que realmente volverá dentro de un mes.

Kirkland se dijo que ojalá él estuviera seguro de que no volvería.

15

Cuando regresaron al salón, Kirkland tenía todavía más respeto por Laurel y por lo que había creado allí. Cuando Anne se alejó, se detuvo en el marco de la puerta con la mirada fija en su esposa. Ella desprendía la misma calidez que lo había hechizado la primera vez que la había visto.

Alguna vez había temido haber destruido aquella característica, puesto que casi no la había visto desde que se habían reencontrado. No obstante, esa noche, la amabilidad y la aceptación que constituían la esencia de Laurel brillaban con una fuerza que atraía a todo el mundo. Tenía un don para la amistad, y nacía del hecho de que se preocupaba por todo el mundo que se cruzaba en su camino.

Frunció el ceño. A pesar de que sabía que Laurel necesitaba una dosis regular de paz y soledad, ahora también entendía que necesitaba estar con gente que la quería y a la que ella quería. Tendría que esforzarse para ayudarla a encontrar amistades en Londres para equilibrar los fuertes lazos que había establecido aquí.

Laurel tenía a un niño pequeño en los brazos y se reía con el grupo que la rodeaba, y era claro y notorio que realmente era el alma de aquella comunidad que había creado. Entonces apretó los dientes y se negó a sentirse culpable por llevársela. Él la había conocido primero.

La puerta doble que comunicaba con el comedor se abrió y apareció Betsy Rivers, la ayudante de Laurel.

—Señor y señora Kirkland, ha llegado la hora de cortar el pastel. —Sonrió—. ¡Nadie puede comer hasta que hayamos cumplido con las formalidades, así que cuanto antes mejor!

—Santo Dios, no podemos retrasar más la hora de la cena.

Con una sonrisa, Laurel devolvió el niño a su madre y se colocó junto a Kirkland. Entraron en el comedor juntos y el resto de los invitados los siguieron.

Las tres mesas largas del comedor estaban colocadas en forma de u y decoradas con jarrones de flores del jardín. La mantelería blanca apenas se veía porque la superficie estaba abarrotada de bandejas de comida. Los platos que se habían preparado a toda prisa no eran elaborados como los de Londres ni estaban hecho con ingredientes caros, pero Kirkland estaba convencido de que el pastel de patata, los huevos rellenos y las demás propuestas estarían deliciosos. Estaba claro que todo lo habían preparado con amor, un ingrediente que el dinero no podía comprar.

El centro de la mesa principal era una preciosa tarta nupcial con la señora Wicker y un hombre robusto y con aspecto de buena persona detrás. Desde la base hasta la mitad, la tarta estaba decorada con una cobertura de azúcar muy cara, y en el resto de la tarta había dibujos ondeantes elaborados con la misma cobertura.

—¡Una tarta preciosa! —exclamó Laurel.

—Muy bonita —añadió Kirkland mientras observada la delicada decoración—. Me sorprende que haya podido preparar una tarta nupcial tan espléndida en tan poco tiempo.

—Es obra de mi Harold —respondió, orgullosa, la señora Wicker. Le dio un golpe en el brazo y luego ofreció un cuchillo de grandes dimensiones a Laurel—. Yo me he encargado de los sabrosos entremeses, pero nadie prepara una tarta como Harold. Ha unido cuatro tartas más pequeñas y se ha inventado su propia decoración especial. ¡No hay un repostero mejor en todo Bristol!

Mientras los invitados se arremolinaban alrededor de las mesas, Laurel cortó la tarta y reveló el interior oscuro y lleno de frutas. Una tarta de frutas para la fertilidad. A juzgar por el aroma, Kirkland adivinó que también llevaba brandi.

Laurel colocó una pequeña cuña de tarta en un plato y se lo ofreció. Sus ojos eran del mismo color azul celeste que el vestido.

—¿Quieres hacer los honores, querido?

Él aceptó el plato con una sonrisa y se comió un trozo mientras todo el mundo esperaba el veredicto. Estaba más que dispuesto a alabar la tarta aunque supiera a serrín, pero no necesitó mentir. El delicado y especiado sabor le estalló en la boca con deliciosas capas de sabor. Abrió los ojos.

—¡Nunca he probado nada mejor! Toma, milady.

Ofreció a Laurel el resto de la tarta, como un buen marido. Ella la probó y exclamó:

—¡Es mejor que nuestra tarta nupcial original! Muchas gracias a los dos.

Mientras todos aplaudían, Kirkland murmuró:

—Quizá después podríamos proponer a Harold si le gustaría ampliar la pastelería asociándose con Zion House.

Con los ojos brillantes, Laurel dijo:

—Yo también lo había pensado.

A Kirkland le encantaba que sus mentes pensaran igual.

Cuando la señora Wicker empezó a cortar el resto de la tarta, él y Laurel se sirvieron una pequeña muestra de todos los platos y un vaso de limonada y cenaron otra vez. Después de todo, había tenido razón: puede que la comida estuviera hecha con ingredientes sencillos, pero estaba deliciosa.

No tuvieron ocasión de hablar en privado mientras comían, puesto que la afluencia de personas que se acercaban para despedirse de Laurel era continua. Todos eran educados con él, aunque se mostraban cautelosos, y tenían sus motivos. Por eso apenas no dijo nada y se contentó con observar a Laurel.

Cuando terminaron de comer, Kirkland recogió los dos platos y dijo:

—Voy a abrir la puerta del jardín para que entre un poco de aire fresco.

Laurel le sonrió.

—Si hay baile, nos vendrá bien.

Ya se había hecho de noche, pero la luna llena teñía de plata el jardín. Una noche preciosa para una fiesta preciosa. En el poco tiempo que

había pasado allí, se había sentido muy orgulloso de la comunidad que Laurel y Daniel habían creado. Él demostraba sus talentos en el lado oscuro. Su mujer y su hermano ofrecían luz y esperanza a los más necesitados.

Cuando regresó al salón, una pequeña pelirroja lo localizó. La niña levantó la barbilla, se dirigió hacia él con agresividad y se detuvo justo delante suyo.

—¿Se lleva a la señorita Laurel?

Él plantó una rodilla en el suelo para colocarse a su altura.

—Sí, estamos casados. Es normal que un matrimonio viva bajo el mismo techo.

—¿Le pegará?

Kirkland parpadeó.

—¡Por Dios, no! Eso no se hace.

Ella parecía todavía más violentada.

—Los hombres siempre pegan a las mujeres.

Kirkland comprendió que aquella debía de haber sido la realidad en su casa, y se le rompió el corazón al pensar en esa niña y su madre.

—Y siempre está mal. Se supone que los hombres tienen que querer y proteger a las mujeres y a los niños.

Todavía incrédula, añadió:

—La señorita Laurel tiene que estar aquí con nosotros.

—Y por eso volverá —dijo él, muy serio—. Una gran parte de su corazón está aquí.

—Y entonces, ¿por qué se marcha?

—Porque tengo la esperanza de que una pequeña parte de su corazón esté conmigo.

Oyó una voz masculina conocida a sus espaldas:

—Intentar razonar con Missy es inútil. Tiene un punto de vista y no va a cambiarlo.

Daniel. Kirkland, que se sintió en desventaja, se levantó y miró con cautela a su cuñado, que parecía cansado e iba despeinado, con manchas de sangre en la camisa. Seguro que venía directamente de la enfermería.

—Ya me había dado cuenta.

Missy cambió de foco de atención y se aferró a las rodillas de Daniel.

—¡Doctor Daniel!

Daniel sonrió, se agachó y le acarició el pelo rojizo. Al igual que su hermana, Daniel desprendía una calidez natural y un don para tratar con la gente. Cuando lo miró a él, la calidez desapareció pero, al menos, no se mostró abiertamente hostil.

Entonces creyó que le correspondía dar el primer paso y dijo:

—Anne Wilson me ha enseñado Zion House. No me había dado cuenta de los muchos servicios que ofrecéis.

—Todo es mérito de Laurel. Yo me encargo del cuerpo y el alma de las personas. Ella les ayuda a conseguir una vida mejor.

—Doctor Daniel, ¡no deje que la señorita Laurel se vaya! —interrumpió Missy.

—No me corresponde decirle que no se vaya con su marido. —Daniel se liberó de los brazos de la pequeña—. ¿No tendrías que estar en la cama, Missy?

—No —respondió ella, con firmeza.

Entonces, una amiga de su tamaño la llamó desde el otro lado del salón. Missy gritó y salió corriendo a gran velocidad.

Kirkland meneó la cabeza, maravillado.

—¡Cuánta energía!

—Cuando Missy llegó, tenía tanto miedo que no decía nada. Su madre también estaba muy asustada, y venía con un brazo roto. —Daniel hizo un gesto con la cabeza hacia la mujer castaña que había cogido a la niña de la mano—. Laurel fue quien les quitó el miedo para que pudieran volver a disfrutar de la vida. No hay nadie como ella.

—Imagino que el mensaje implícito es que los santos no deberían casarse con pecadores —dijo Kirkland, muy seco—. Al final, el santo acaba empañado y no mejora al pecador.

—Cierto. —Daniel lo miró fijamente—. Pero... Entiendo vuestros motivos para intentar recuperar lo que había entre vosotros.

—Recuperar aquel optimismo juvenil es imposible —dijo Kirkland, que estaba mirando a Laurel al otro lado del salón—. Pero eso no significa que no debamos intentar construir algo de valor ahora.

Te sugiero que no sólo lo intentéis, sino que lo consigáis —comentó Daniel, muy mordaz.

Kirkland arqueó las cejas.

—¿O si no? No creo que pudieras romperme el cuello, Daniel. Como pecador, he tenido muchas más ocasiones para practicar el Kalarippayattu.

—Te sorprendería saber las habilidades que necesito en mi trabajo —respondió Daniel—. No obstante, romperte el cuello sería indigno. Sería mejor invocar las llamas de la ira celestial para que te atacaran.

Por un momento, hasta se lo creyó. Pero entonces vio el brillo de humor en los ojos de su cuñado. Daniel siempre había tenido un sentido del humor muy retorcido. La broma recurrente entre ellos era que él era un pecador para contrarrestar la santidad de Daniel.

En Oxford, James había probado los placeres varios al abasto de un joven de buena cuna, aunque como no le gustaba perder el control siempre se mantuvo alejado de cualquier exceso. No obstante, y en comparación con Daniel, sí que había sido un pecador. Sin dar muestras públicas de rectitud, su amigo se había alejado del alcohol, de las mujeres y del juego que eran la norma. Seguramente, seguía actuando igual.

—Laurel ha dicho que habría un baile —dijo Kirkland—. ¿Es el único vicio que te permites?

—Eso, y una copa de brandi de vez en cuando. Parece que el baile va a empezar.

Daniel se despidió con la cabeza y se dirigió hacia los músicos. La pianista y el violinista sonrieron entusiasmados mientras hablaba con ellos, y comenzaron a tocar una melodía campestre.

Varias mujeres fueron sonriendo hasta una cesta de mimbre que había junto al piano. Dentro, había unas cintas oscuras para ponérselas en el cuello y fingir que eran los hombres de las parejas de baile. La encantadora Violet escogió uno en un intento inútil por aparentar ser menos femenina.

Aquello no se parecía nada al club Almack's de Londres. Con una sonrisa, buscó a Laurel, que estaba sonrojada, sonriente e irresistible.

Había llegado la hora de reclamar a su mujer.

16

En las otras ocasiones en que se había organizado un baile en Zion House, Laurel siempre había estado demasiado ocupada o creía que no podía ser tan frívola. Esta vez, empezó a seguir el ritmo con la punta del pie cuando los bailarines formaron dos hileras. El joven doctor Holt también había venido y estaba bailando con Elizabeth Ware, la preciosa y rubia voluntaria. A juzgar por cómo se miraban, seguro que pronto tendrían algo más que celebrar. Pero ¿dónde estaba...?

Dio un salto cuando Kirkland se le acercó por un lado y se inclinó.

—¿Bailas conmigo, milady?

Ah, ahí estaba. Se dio cuenta de que, en cierto modo, nunca había querido bailar con otro hombre estando casada. Pero ahora su marido estaba aquí y ella se sentía dispuesta a disfrutar de lo que se había negado durante tanto tiempo.

—Será un placer, señor.

Kirkland la tomó de la mano y la llevó hasta la hilera de bailarines. Como invitados de honor, los obligaron a colocarse a la cabeza. Daniel estaba en el otro extremo bailando con Anne Wilson, y parecía muy relajado. Había suficientes bailarines para organizar dos hileras de seis parejas, aunque casi tuvieron que traer a rastras a una chica joven para igualar las parejas.

Cuando todos estuvieron preparados, un señor mayor con un solo brazo se unió al grupo de músicos y empezó a guiarlos. Era un baile campestre muy básico, y muy divertido, porque los participantes se lo pasaron muy bien.

Mientras Kirkland y Laurel entrelazaban sus brazos y daban vueltas, ella recordó por qué bailar era tan popular en todas partes: era lo

más cerca que un hombre y una mujer podían estar en público. Ella rió encantada al notar cómo su fuerte brazo la agarraba y al devolverle la sonrisa burlona mientras lo miraba. Pero también disfrutó al bailar con Lolly, una chica de dieciséis años rellenita que llevaba la cinta oscura que indicaba que, en el baile, era un chico. Después de Lolly vino Colin Holt, que ahora la trataba como a una amiga en lugar de como a una mujer a la que deseaba. ¿Por qué se había negado aquel placer durante tantos años?

El funcionamiento del baile hizo que Kirkland y Laurel se encontraran a menudo. A ella le encantaba cómo él se había sumado a la felicidad del momento, sonriendo y charlando con los demás bailarines. Cuando el baile terminó, él se inclinó.

—Gracias —dijo, con una sonrisa indefinible que la hizo estremecerse hasta la médula—. Me gustaría bailar contigo toda la noche, milady, pero sería un maleducado. ¿Uno más antes de que termine la fiesta?

Ella también quería bailar con él toda la noche, pero el objetivo de la celebración era que conociera a sus amigos y que ella pudiera despedirse.

—Uno más. Hasta después, milord.

Laurel se dirigió hacia las sillas para invitar a uno de los soldados retirados a que bailara con ella, mientras Kirkland pedía a una de las voluntarias más mayores que lo acompañara.

Por primera vez, a ella le apetecía participar de la vida social de Londres para poder tener más ocasiones de bailar. No se perdió ni uno, e incluso bailó con Violet, que fingía ser el caballero. Rieron durante todo el baile campestre, a pesar de que esta le recriminó:

—Le he arreglado el vestido para que pueda lucir su figura, ¡y usted se pone un pañuelo!

Laurel puso los ojos en blanco.

—Si voy a convertirme en un espectáculo ambulante, mejor delante de extraños que delante de mis amigos.

—La modista de Londres y yo nos confabularemos para sacar lo mejor de usted —le advirtió Violet antes de alejarse dando vueltas.

Laurel sospechaba que la amenaza iba en serio. La doncella y ella tendrían que llegar a un acuerdo sobre un escote que fuera demasiado remilgado para Violet y demasiado atrevido para Laurel. A menudo, la vida se basaba en el arte de saber ceder.

Después del quinto baile, otro *reel*, casi todas las madres y los niños se habían acostado. La infatigable Missy había arrastrado a su paciente madre hasta el jardín para admirar la luna, y la tarta se había acabado.

Laurel miró a los pocos bailarines que quedaban y dijo:

—¿El último?

Daniel que estaba cansado pero parecía feliz, dijo:

—Laurel, Kirkland, el *minuet* se os daba muy bien. ¿Nos podríais hacer una demostración?

—¡Uy, no! —exclamó Laurel—. Hace años que no bailo uno. Además, no tenemos la música indicada.

—Yo puedo tocar un *minuet* de memoria —dijo, encantada, la señorita Burton, la pianista. Antes de que una enfermedad la dejara en la miseria, había sido institutriz y profesora de música, y su repertorio parecía infinito.

—¡Oh, por favor, bailen! —suplicó Lolly—. Siempre he querido ver un *minuet*.

Mientras más voces se unían a animarlos, Kirkland alargó la mano con chispas en la mirada.

—¿Te atreves? Espero que nos salga mínimamente bien.

Ella dudó un poco más. A diferencia de los bailes tradicionales, el *minuet* era una prueba de habilidad y elegancia, y se juzgaba a las parejas por lo bien que lo hacían. No lo había bailado desde que lo había abandonado.

Y, a juzgar por cómo la miraba él, sabía que también se acordaba. Todos se pegaron a la pared del salón para dejarles espacio. Kirkland dijo:

—¿A la de tres? Una, dos, tres...

Cuando dio la señal, avanzaron el uno junto al otro, con la mano izquierda de Laurel en la derecha de Kirkland y el brazo libre extendido con elegancia mientras se deslizaban por la pista, mirándose a los ojos.

El *minuet* era un baile más íntimo que los tradicionales porque las parejas tenían que centrarse únicamente en su acompañante.

Los pies de Laurel recordaban perfectamente los pasos y el ritmo de la música la arrastró. Kirkland era un bailarín excelente y ella tuvo la ocasión de centrarse en él y sentirse muy atraída físicamente. Cuando llegaron al otro extremo del salón, tuvo la sensación de que se movían como si fueran una sola persona. Había sentido lo mismo la primera vez que bailaron.

A pesar de que se equivocó en algunos pasos, daba igual. Kirkland lo compensó y siguieron bailando. Su intensa presencia y la fuerza y precisión de sus movimientos llamó la atención de todas las mujeres del salón.

Entonces la soltó, ella dio una vuelta en diagonal, y luego volvieron a unirse y a girar con las manos unidas. Tuvo la vertiginosa idea de que el *minuet* reflejaba cómo iban dando vueltas alrededor de la reconciliación. Con cautela. Observantes. Deseosos.

La música terminó cuando estaban cerca de las puertas abiertas del jardín y, como estaba muy acalorada, agradeció la suave brisa. Kirkland realizó una reverencia tan elegante como si estuviera frente a la reina. Ella se la devolvió y deseó poder llevar un vestido con la falda más grande y abullonada, como antes.

Cuando se levantó, alguien gritó:

—¡Déle un beso, señorita Laurel!

Otra voz siguió:

—¡Sí, bese a su marido!

Laurel se quedó inmóvil y miró a Kirkland. Él parecía indeciso, pero, al final, aceptó a regañadientes.

—Es como si estuviéramos debajo del muérdago, milady.

Inclinó la cabeza y le rozó los labios.

Igual que debajo del muérdago..., pero ella se derritió en sus brazos las Navidades que se conocieron y se colocaron debajo del muérdago. Y ahora, efectivamente, todo era igual. Su boca era cálida, firme y reclamaba su parcela de intimidad. Reconocería sus besos en cualquier parte, incluso en la noche más oscura.

Kirkland la agarró por la cintura y la acercó hasta que los pechos de Laurel quedaron pegados a él. Sin pensar, ella se inclinó y cerró los ojos cuando las dos puntas de las lenguas se encontraron. Era un beso perfecto. El corazón de él se aceleró y ella esperó ansiosa el siguiente paso de baile.

¿Por qué se había estado resistiendo a él? Sí, era capaz de actos muy oscuros, pero seguro que nunca deliberados. Era su marido, el padre del bebé que llevaba dentro y el deseo entre ellos era obvio, ardiente y dulce. James, su marido, su castigo...

Los aplausos y los comentarios alegres y estridentes la devolvieron a la realidad. Los habitantes de Zion House no eran un ejemplo de discreción. Ella se sonrojó y se alejó de él.

—No me había dado cuenta... de lo peligroso que podía llegar a ser el muérdago —susurró él, bajo los aplausos. Tenía una mirada despiadada. ¿Vulnerable?

—Es venenoso —consiguió decir ella. Cerró los ojos un instante y se concentró en recordar que era la señorita Laurel que todos conocían.

¿Qué pasaría cuando Kirkland y ella estuvieran solos bajo el mismo techo? Después del baile y de ese beso, ¿intentaría seducirla? Y, si lo hacía, ¿cómo respondería ella?

Iba a despedirse por última vez cuando oyeron el grito horrorizado de una mujer. Un segundo después, oyeron el chillido de terror de una niña. Incluso mientras Laurel contenía la respiración, Kirkland ya estaba en movimiento y había salido por las puertas del jardín a una velocidad increíble.

Con el corazón acelerado, Laurel se arremangó el vestido y lo siguió, aunque estuvo a punto de tropezar en las escaleras. La fría y brillante luz de la luna iluminaba un cuadro aterrador mientras Eileen Bailey intentaba soltarse del gigantesco hombre que la había agarrado. Le dio varias patadas en las espinillas.

—¡No! ¡No! Desgraciado. ¡No volveré contigo nunca, Bailey!

Él se rió.

—¡Cállate, zorra! ¡Eres mi mujer y vas a venir conmigo!

Un hombre más pequeño intentaba inmovilizar a la diminuta y furiosa Missy. Bailey se volvió hacia su compañero y le dijo:

—¡No dejes que se te escape, Sal! ¡Por ella puedo conseguir cincuenta libras!

Kirkland se abalanzó sobre el segundo. Con un brazo, le arrebató a Missy y luego, con la rodilla, le golpeó en la entrepierna y le dio un golpe en la nuca, interrumpiendo los gritos de dolor.

Cuando vio a Laurel, le entregó a la niña y, muy serio, dijo:

—¡Cógela!

Y luego se dirigió a Bailey.

Casi ahogada por la fuerza del abrazo de Missy, Laurel le acarició la espalda y le susurró palabras cariñosas para tranquilizarla mientras los demás iban saliendo al jardín de Zion House. Laurel olía la peste a ginebra barata de Bailey incluso a cinco metros. Los borrachos eran imprevisibles y, por ello, peligrosos, pero seguro que Kirkland se encargaría de él.

Bailey abrió los ojos asustado cuando vio a tanta gente. Retrocedió y sacó un reluciente puñal y lo pegó al cuello de su mujer.

—¡Todos atrás o la mato!

Eileen emitió un sonido ahogado y dejó de moverse. Sus ojos reflejaban el miedo que sentía. Él se detuvo y, con la voz calmada, dijo:

—No es una buena idea. Suelta a tu mujer y podemos hablar como hombres sensatos.

—¡No! ¡La puta y la niña son mías! He tardado meses en encontrarlas y ahora no voy a marcharme sin ellas.

La punta del puñal se había clavado en el cuello de Eileen y Kirkland vio un hilo de sangre.

Estaban en un punto muerto. Laurel casi podía oír cómo maquinaba el cerebro de Kirkland mientras estudiaba cómo liberar a Eileen de los brazos de su marido.

Y su horror se convirtió en ira fría. Los hombres podían llegar a ser criaturas muy simples, así que quizá podría aprovecharlo. Anne Wilson estaba de pie, inmóvil junto a ella, así que le dio a la niña. La pequeña se había tranquilizado, pero seguía temblando y llorando mientras observaba, desesperada, la situación de su madre.

—Señor Bailey. —Con la voz cálida y sensual, Laurel dio un paso adelante y se desató el pañuelo que le cubría el escote. Siempre se había avergonzado de su esbelta figura y ya de muy jovencita comprendió que, si quería que los hombres la miraran a la cara en lugar de a los pechos, tenía que ocultar sus curvas. Ahora, los cambios que Violet había hecho en el vestido de tono azul celeste dejaban al descubierto una buena porción de curvas—. No permito ningún tipo de violencia en Zion House —ronroneó mientras andaba balanceando las caderas, como había visto que hacían las prostitutas del puerto—. Por favor, deje el arma y hablaremos.

La mirada caprichosa del hombre se deslizó hacia ella y se quedó atónito, alucinando mientras ella se quitaba el pañuelo de seda y dejaba al descubierto el nuevo y generoso escote. Laurel inspiró y dejó que la muselina cayera flotando al suelo.

Y, ciertamente, el señor Bailey era una criatura simple. Se quedó mirándole los pechos mientras ella se acercaba, tragando saliva. Cuando casi estuvo a su lado, la mano del puñal tembló y se separó del cuello de su mujer.

Laurel contaba con que Kirkland aprovecharía la distracción. Por un momento, temió no haberlo conseguido porque la mirada de su marido también estaba fija en ella.

Aunque sólo por un instante. Enseguida reaccionó, agarró la muñeca de Bailey para quitarle el puñal y, con la otra mano, liberó a Eileen.

El puñal dibujó un arco hacia abajo, y cortó a Eileen y a Kirkland antes de que ella pudiera alejarse y se cubriera el cuello con la mano. Muy concentrado, Kirkland se enzarzó en una violenta pelea con Bailey por apoderarse del puñal.

Ni siquiera la intensa luz de la luna bastaba para saber qué estaba pasando, pero la lucha terminó enseguida cuando Bailey retrocedió, aferrado al puñal que le atravesaba el cuello. Salpicaba mucha sangre, y manchó a Laurel. Ella retrocedió y la ira que sentía se convirtió en horror ante aquella violencia mortal. Kirkland le ordenó:

—Quédate aquí mientras voy a ver si hay alguien más ahí fuera.

Y desapareció entre las sombras.

Daniel corrió hacia Laurel mientras el apaleado Sal se levantaba y maldecía:

—¡La niña es de Bailey! —gritó, indignado—. Yo sólo le estaba ayudando a recuperar lo que es suyo.

—Explícaselo al juez —gruñó este mientras giró el cuello de Sal con un golpe seco que pretendía frenar el flujo de sangre hasta la cabeza.

Cuando Sal cayó inconsciente al suelo, Daniel se acercó a Eileen Bailey y la agarró por un brazo.

—Deja que te mire ese corte. —Hizo una primera observación a tientas—. Muchas sangre, pero es poco profundo. Laurel, dame tu pañuelo.

Ella se lo entregó atónita, consciente de que su hermano había inmovilizado a Sal con la misma habilidad despiadada que Kirkland. Ahora, en cambio, volvía a ser esa persona amable y civilizada. Daniel partió el pañuelo por la mitad y utilizó un extremo para presionar la herida y detener la hemorragia. La otra mitad sirvió para realizar un vendaje suave.

—¡Missy! —exclamó Eileen mientras miraba a su alrededor—. ¿Está bien?

—Sí. —Anne se la acercó para que las dos pudieran verse—. Está muy alterada, pero está bien.

Eileen alargó la mano hacia su hija, pero Anne la detuvo.

—Tienes el vestido ensangrentado. A lo mejor la asusta.

Eileen tragó saliva y asintió.

—Entonces, déjala en el suelo. Caminaremos juntas hasta la enfermería.

Anne obedeció y Missy corrió para aferrarse a las piernas de su madre.

—Mamá —lloriqueó—. ¡Mamá!

—No... No pasa nada, cariño —respondió su madre, acariciándole los rizos rojizos—. Ahora ya estamos a salvo. —Miró el cadáver de su marido—. Para siempre.

Daniel se levantó.

—Ya no volverá a molestarte, Eileen.

Entonces, apareció Kirkland.

—Había una escalera apoyada en el muro de la calle y una cuerda que bajaba hasta el jardín. Por lo visto, estaban estos dos solos.

—Tienes sangre en la mano —dijo Daniel—. Ven a la enfermería a que te eche un vistazo.

Kirkland se miró la mano izquierda, que estaba cubierta de sangre.

—No es nada, sólo un corte en el talón.

Se envolvió la mano con el pañuelo sin demasiada pericia.

—Ven igualmente.

Daniel frunció el ceño cuando miró el cadáver de Bailey. Ned, uno de los marineros discapacitados de Zion House y que todavía recordaba cómo hacer buenos nudos, estaba atando a Sal. Un antiguo soldado salió con una vieja manta para tapar el cadáver.

Laurel sabía que tendría que acompañar a Eileen, pero cada vez tenía más náuseas. Se escondió entre las sombras del jardín y se apoyó en una pared para no perder el equilibrio.

La señora Wicker dijo:

—Los demás, entrad a ayudarme a limpiar. Si alguien tiene el estómago revuelto o está nervioso, todavía quedan pastelitos de jengibre.

Con Harold a su lado, empezó a entrar con los demás.

Colin Holt dijo a Elizabeth, que estaba acurrucada a su lado:

—Te acompañaré a casa y, cuando vuelva, avisaré al juez para informarlo de lo sucedido.

Ned, el marinero, dijo:

—Yo vigilaré a este hasta que vengan el juez y sus hombres.

Dio una patada en las costillas al hombre, que estaba atado en el suelo.

Una vez solucionado, todos se marcharon. Elizabeth Ware se agarró al brazo de Colin Holt y entraron en Zion House con los demás.

Cuando el jardín se quedó vacío, Laurel cedió ante la presión de las náuseas, se arrodilló en la tierra húmeda y empezó a vomitar. Estaba temblando y sacando el último trozo de tarta cuando alguien se arrodilló a su lado.

Kirkland. Lo reconoció incluso vomitando y con los ojos cerrados. Notó cómo le ponía una prenda caliente encima de los hombros. Su chaqueta, su aroma. Temblorosa, Laurel se envolvió con la prenda.

—¿Puedes volver a casa a pie? —le preguntó él—. Puedo llevarte en brazos.

Estaría acurrucada contra él. En una situación cálida e íntima... Le vino otra arcada, pero el estómago ya estaba vacío. Él la agarró por el hombro, pero ella apartó el brazo. Se limpió la boca con la mano y se levantó, con muchos esfuerzos y apoyándose en la pared.

—¿Quieres un poco de agua para limpiarte la boca?

Había una nota de preocupación en su voz.

Agua. Era lo que más le apetecía en ese momento.

—Sí, por favor.

Mientras él entraba en Zion House, ella se dirigió hacia la enfermería, envuelta en la chaqueta. No podía pensar más allá del horror de Bailey y su muerte. ¿Qué sería lo siguiente?

James Kirkland. Marido. Amante. Castigo.

Asesino.

17

Kirkland atrapó a Laurel a medio camino de Herbert House. Ella aceptó el vaso de agua de buen grado y se limpió la boca varias veces antes de beber un trago. Cuando se lo devolvió, el vaso ya casi vacío, le dijo:

—Gracias. Ahora ya podemos ocuparnos de tu mano.

Él le habría ofrecido el brazo para lo que quedaba de camino, pero la expresión tirante de su rostro dejaba claro que estaba muy tensa. Maldijo en silencio y temió que los pasos de acercamiento que habían dado durante el baile no hubieran servido de nada. Había albergado alguna esperanza de que, cuando estuvieran solos, podrían volver a besarse, o quizás incluso algo más. Ahora parecía que Laurel iba a partirse por la mitad si la tocaba.

—Vamos a una sala de curas para que te pueda ver mejor la mano —dijo ella.

—No es grave. Todavía puedo mover los dedos.

Cuando los movió para enseñárselo, sintió una intensa punzada de dolor. El pañuelo ya no podía empapar más sangre.

—Como ha dicho Daniel, «ven igualmente». Tenemos que curártela.

Él quería preguntarle cómo estaba, pero no sabía si su preocupación sería bien recibida. Al final, dijo:

—Distraer a Bailey de esa forma ha sido astuto y muy valiente. Eileen te debe la vida.

—No es la primera vez que un marido maltratador viene a buscar a su mujer —respondió ella, con la voz afectada—. Aunque nunca con tanta violencia. A lo mejor los antiguos soldados de la casa pueden organizar un servicio de vigilancia más formal.

—Aparte de la vigilancia, se puede reforzar la seguridad en ambas casas —dijo él—. Barrotes en las ventanas de la planta principal. Pinchos encima de los muros del jardín. Conozco a un experto en estos asuntos. Le diré que venga, que eche un vistazo a las casas y que proponga qué se tendría que cambiar para que los habitantes de aquí estén más seguros. —Cuando vio que ella fruncía el ceño, añadió—: Yo cubriré todos los gastos.

Ella lo miró con recelo.

—¿Tanto te preocupa Zion House?

—Pues claro, y no sólo porque sea importante para ti. —Volvió a flexionar los dedos de la mano izquierda. Le seguía doliendo—. Detesto a los maltratadores. Eileen Bailey es una mujer valiente y con recursos por haber huido, con su hija, de un hombre tan bruto. Imagino que por Zion House han pasado muchas como ella.

—Sí y, en nombre de todas ellas, te doy las gracias.

Habían llegado a Herbert House, así que Laurel abrió la puerta y lo acompañó hasta una de las salas de curas. La tranquilizadora voz de Daniel se oía desde la otra sala.

Mientras Laurel iba encendiendo las lámparas, Kirkland miró a su alrededor. ¿Era allí donde lo había curado y donde habían tenido su encuentro sexual? No estaba seguro. Aquel día tenía la mente muy borrosa.

—Siéntate, por favor.

Laurel lo acompañó hasta una silla junto a las lámparas para ver mejor y acercó una bandeja con un cuenco, gasas limpias y varios utensilios médicos. Kirkland se fijó en que Laurel no lo miraba. Mantuvo la cabeza baja mientras observaba el corte largo y superficial que le atravesaba el talón de la mano. A pesar de que tenía los dedos congelados, trabajó con mucha precisión.

Todavía llevaba la chaqueta alrededor de los hombros, pero como estaba sentada delante de él, obtuvo una visión privilegiada del espléndido escote. Laurel siempre había tenido un cuerpo muy bonito. Aunque no fue lo que lo enamoró, había sido un valor añadido. Puesto que no era el mejor momento para quedarse boquiabierto, apartó la mirada.

Laurel mojó una gasa en un líquido incoloro y empezó a limpiarle la herida. Él apartó la mano, porque aquello escocía mucho. Cuando reconoció el olor característico, no dio crédito y preguntó:

—¿Limpiáis las heridas con ginebra?

—Una vez, Daniel tuvo que atender a un grupo de marineros después de una pelea con puñales en una fábrica de ginebra del puerto. —Volvió a empapar la gasa en el líquido y eliminó los últimos restos de sangre seca—. Días más tarde, cuando fue a ver cómo estaban, comprobó que ninguna herida se había inflamado. La ginebra es barata, así que la utilizamos de forma habitual.

Seguía sin mirarlo. Cuando Kirkland adivinó qué le pasaba, dijo:

—Siento mucho haber vuelto a matar a un hombre en tu presencia.

—Estoy muy agradecida de que hayas salvado a Eileen y a Missy —respondió ella, que seguía concentrada en la herida—. Pero... No dejo de preguntarme si era necesario matar a Bailey.

«No me mientas nunca.» Se lo había prometido, y eso significaba que tendría que explicarle toda la verdad, y no la verdad a medias eliminando las partes más crueles.

—A lo mejor no era necesario —dijo él, en voz baja—. Pero, dadas las circunstancias, parecía lo correcto.

Por fin, Laurel lo miró con aquellos ojos grises pálidos.

—¿Podrías haber salvado a Eileen sin que nadie muriera?

—Cuando te enfrentas a un animal borracho con un puñal hay poco tiempo para estudiar las posibilidades —respondió él, muy seco—. A lo mejor el puñal no tendría que haber acabado en su cuello, pero era un tipo corpulento, peligroso, borracho hasta las cejas y furioso. Lo mejor para todos era asegurarnos de que no volviera a hacer daño a nadie más.

La miró a los ojos, porque quería que lo entendiera.

—Aunque hubiera sobrevivido, ¿qué? ¿Ahorcado? ¿Lo transportan a Botany Bay, donde quizás habría podido maltratar a más mujeres y niños? ¿Y si hubiera conseguido escapar? Era de los que habría vuelto a por su mujer y su hija, y la próxima vez ellas quizás habrían estado solas.

—Y, por lo tanto, has decidido eliminar la amenaza de forma permanente —dijo Laurel en un tono absolutamente frío.

—Decir que he decidido hace que parezca deliberado. Sabía que era un borracho dispuesto a matar y que suponía un peligro para los inocentes. —Suspiró—. Laurel, matar a otra persona es muy difícil, pero... soy pragmático.

—Y despiadado —añadió ella, furiosa.

Él apretó los labios.

—¿Has oído el comentario de Bailey acerca de que le darían cincuenta libras por su hija? Seguramente, planeaba venderla a uno de esos burdeles especializados en niñas. Missy es una niña preciosa y, con el pelo tan rojo, tiene un aspecto poco habitual. Le habrían dado mucho dinero.

Laurel contuvo la respiración y abrió los ojos.

—¿Quería decir eso? ¡Qué horrible!

—Pero sigues consternada porque haya matado a ese monstruo.

Ella tragó saliva.

—Me temo que sí. Y no es que hayas hecho mal. El problema soy yo. Tanta violencia me revuelve el estómago.

—Ya lo he visto —murmuró mientras intentaba parecer irónico y divertido—. ¿Has cambiado de idea acerca de venir a Londres conmigo?

Laurel dudó y él notó cómo un escalofrío le recorría el cuerpo. Era curioso que ella creyera que no le tenía miedo a nada.

—Los motivos para intentar reconciliarnos no han cambiado —respondió, muy seria—. Tenemos que intentar reconstruir este matrimonio. Nos lo debemos a nosotros y a nuestro hijo. —Dibujó una débil sonrisa de desprecio hacia sí misma—. Aunque puede que mi tristeza sea fruto del embarazo. Las mujeres en mi estado se comportan de forma muy extraña.

Kirkland sintió un alivio tan grande que estuvo a punto de estallar.

—Entonces, seguiremos con lo que teníamos planeado, y espero no volver a hacer nada que te revuelva el estómago.

—¡Yo también lo espero! —Le aplicó un vendaje suave en la mano y se levantó—. Me voy a la cama antes de quedarme dormida aquí.

Kirkland involuntariamente desvió la mirada hasta la mesa de curas, que había cumplido las funciones de magnífica cama durante su primera

visita a la enfermería. Cuando apartó la mirada, vio que Laurel tenía las cejas arqueadas en una expresión de diversión irónica, aunque sólo dijo:

—¿Podemos marcharnos una hora más tarde de lo que habíamos dicho?

—Por supuesto. —Él se levantó—. A mí también me vendrá bien dormir una hora más.

Le abrió la puerta, entró *Sombra* y empezó a juguetear alrededor de los tobillos de Laurel. Ella lo levantó en brazos y le rascó la barbilla, con lo que el gato ronroneó encantado.

—Voy a echarte de menos, *Sombra*.

—¿No te lo llevas contigo? —preguntó Kirkland.

—Lo había pensado, pero ya es mayor y es un viaje muy largo para estar sólo un mes. —Ahora le rascó las orejas—. Lo dejaré a cargo de la señora Wicker, que lo adora. Cuando vuelva, pesará el doble.

Mientras acompañaba a su mujer por las escaleras, Kirkland se preguntó cuántos gatos serían necesarios para conseguir que se quedara en Londres.

Cuando la dejó en la puerta de su habitación, ella se preguntó si intentaría darle un beso de buenas noches. No sabía si podría soportar que la tocara, pero, por suerte, su marido inclinó la cabeza, le dio las buenas noches y se marchó hacia su habitación.

Laurel entró en la habitación con *Sombra* colgado del hombro. Se llevó una buena sorpresa cuando vio a Violet sentada en una esquina, bajo una lámpara, cosiéndole varias medias.

—Me parece que esas medias ya ni se pueden arreglar —dijo Laurel, mientras dejaba a *Sombra* en la cama—. Deberías estar dormida. Mañana nos espera una jornada muy larga.

—Quería asegurarme de que se encuentra bien —dijo Violet, mientras dejaba la labor en una cesta que tenía junto a la silla—. ¿Le apetece un poco de caldo para calmarle el estómago?

En otras palabras, Violet había visto vomitar a su nueva señora, pero era demasiado discreta para dar detalles.

—Pues, ahora que lo dices, me muero de hambre —respondió Laurel mientras se sentaba—. ¿Has dicho caldo?

Violet se acercó hasta una bandeja que había dejado encima del cambiador, descorchó una jarra y sirvió un poco de caldo en una taza.

—Caldo de pollo y pan tostado. Una comida delicada después de una noche complicada —dijo y dejó la bandeja junto a Laurel.

Esta se aferró a la taza caliente e inhaló el delicioso olor del caldo. Estaba en el punto perfecto para beberlo. Cuando el líquido caliente le resbaló por la garganta, suspiró aliviada.

—Se te da muy, pero que muy bien cuidar de la gente, Violet. —Masticó un trozo pequeño de pan tostado—. ¿Hemos hablado ya de tu sueldo? Cualquier cifra que te haya dicho, la doblo.

Violet se rió, pero estaba encantada.

—Estoy en deuda con usted y jamás podré pagárselo con dinero, pero no rechazaré un sueldo. Una mujer sin familia ni dinero no es nada.

Laurel bebió otro sorbo de caldo. La señora Wicker cocinaba de maravilla incluso las cosas más sencillas.

—¿Qué te gustaría que te pasara en el futuro, Violet? ¿Alguna vez lo has pensado?

La chica se sentó junto a la cesta de las labores y frunció el ceño.

—Hace mucho tiempo ni siquiera me atrevía a soñar. Pero ahora... quiero vivir y morir libre. Quizás algún día me gustaría tener una pequeña tienda de ropa para las mujeres que no tengan tanto dinero. Les arreglaría vestidos para que se vieran guapas y fueran felices. Y, quizá con el tiempo, encuentre a un hombre que sea amable conmigo y me mire como el señor Kirkland la mira a usted.

Laurel frunció el ceño.

—¿Cómo me mira Kirkland?

—Como si usted fuera su única esperanza de ir al cielo —respondió Violet.

—No... No me había dado cuenta. —Algo incómoda, Laurel se terminó el caldo y se levantó—. ¿Me ayudas a quitarme el vestido? Quiero quemarlo.

Violet se quedó atónita.

—¡Puedo eliminar las manchas de sangre! La tela es preciosa y ese color le queda de maravilla.

Laurel se miró. Azul celeste y manchas de sangre. Aparte de un escote tan generoso que incluso podía distraer a un borracho asesino.

—No podría volver a ponérmelo sin recordar lo que ha pasado esta noche. Pero tienes razón; quemarlo sería un pecado. Puedes quedártelo y hacer con él lo que quieras. Pero... Si te haces un vestido, no te lo pongas cuando estés conmigo, por favor.

—Es muy generosa, señora. —Violet se colocó detrás de Laurel y empezó a desabrochárselo—. Este color no me quedaría bien, pero será perfecto para otra persona.

Mientras ella no tuviera que volver a verlo nunca más.

18

A pesar de que Laurel y Kirkland habían decidido irse muy temprano, vinieron muchos amigos a despedirse. Obviamente, también estaba Daniel. Abrazó a su hermana y le susurró:

—Puedes volver a casa cuando quieras, hermanita. Y, si me necesitas, mándame una carta y estaré en Londres al día siguiente.

—Gracias —susurró ella, antes de soltarlo—. Me da mucha pena marcharme de la que ha sido mi casa durante tantos años.

—Te espera otra casa —dijo Kirkland cuando se unió a ellos—. Y, con el tiempo, puede que te guste tanto como esta.

—¡En Londres, no! —respondió ella—. Esta es mi casa y siempre lo será.

—Cuídala, Kirkland.

Daniel le ofreció la mano, aunque el tono de su voz delataba que aquellas palabras escondían algo más que una despedida cordial.

—Lo haré. —asintió y le dio la mano mirándolo a los ojos.

Como a Laurel no le gustó cómo se estaban mirando, dijo:

—Tenemos que marcharnos.

Kirkland asintió.

—Voy a hablar con los conductores.

Había dos carruajes, y ninguno llevaba el escudo de armas de Kirkland. En uno irían él y Laurel, y en el otro, Rhodes, su hombre de confianza, Violet y el equipaje. Y no es que Laurel llevara muchas cosas. En Londres, sólo necesitaría la ropa, y gran parte la compraría en la gran ciudad.

Anne Wilson, Betsy Rivers y Eileen Bailey también habían ido a despedirlos. Cuando Laurel abrazó a Eileen, le dijo:

—¿Cómo estás después de una noche tan terrible?

Eileen sonrió y tenía un aspecto mucho más relajado de lo que ella había visto jamás.

—Me siento... muy libre, señorita Laurel. Que Dios me perdone, pero no lamento que Bailey haya muerto.

—Creo que, en tus circunstancias, Dios es muy tolerante —dijo Laurel, mientras pensaba que, efectivamente, la violencia de Kirkland había sido muy beneficiosa para Eileen—. Dale un beso a Missy de mi parte.

Después de las despedidas, se volvió y la sorprendió ver a Violet escondida detrás del primer carruaje, pálida y con los puños apretados. Kirkland también lo vio y se acercó a ella antes.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Violet tragó saliva.

—Un hombre me ha estado vigilando. Creo que trabaja para el capitán Hardwick. Es un marinero con una cicatriz en la cara. Lo he visto al otro lado de la calle.

Laurel se asomó, pero no vio a nadie. Kirkland entrecerró los ojos.

—Me alegro de que se vaya de Bristol, señorita Smith. Hablaremos más tranquilamente en Londres. A pesar de que a ese hombre le costará seguirle el rastro hasta la ciudad, le sugiero que no salga de la casa sola.

—Gracias, señor. —Violet relajó las manos—. Y... He decidido que ya no seré la señorita Smith nunca más. Me pusieron ese apellido porque era vulgar, sin valor. Nunca fue mi apellido y no volveré a usarlo.

—¿Y has decidido qué apellido quieres? —preguntó Laurel.

—¿Le importaría si me llamara Herbert? —preguntó la chica, con timidez—. Si no le parece bien, buscaré otro, pero es que le debo tanto. Es una forma de honrarla.

—Es una de las cosas más bonitas que me han dicho —respondió Laurel, con una sonrisa—. ¡Encantada de conocerte, Violet Herbert!

—¡Muchas gracias, señora! —Violet le dedicó una sonrisa radiante—. La esclava Violet Smith ya no existe.

—En Londres deberías estar más segura, pero la primera protectora de una mujer es ella misma —dijo Kirkland—. Conozco a una mujer que suele ir a sitios peligrosos y ha aprendido a luchar y a defenderse.

Dice que las mujeres suelen ser presas fáciles porque no saben defenderse. Puedo pedirle que te enseñe algunos trucos.

—Me encantaría. —Violet realizó una reverencia—. ¡Y ahora vámonos a Londres!

Mientras Laurel se dirigía hacia el carruaje, pensó que decía mucho de Kirkland que llevara una vida donde incluso las mujeres sabían cómo matar.

Todavía afectada por la imagen de aquel hombre con la cicatriz en la cara, Violet caminó deprisa hasta el carruaje en el que ella, el ayudante de Kirkland y el equipaje viajarían hasta Londres. Cuanto antes se alejara de Bristol, mejor.

Un chico salió del carruaje y le abrió la puerta. Era joven, de pelo castaño y de aspecto enjuto y fuerte. Le dedicó una maravillosa sonrisa.

—Soy Rhodes y seremos compañeros de viaje hasta Londres. —Entonces, la miró a los ojos con una expresión que Violet conocía de sobras. Rhodes tragó saliva—. ¿Usted es la señorita Smith?

Ella adoptó su expresión más severa.

—La señorita Herbert. He decidido cambiarme el apellido.

Rechazó la mano que Rhodes le ofrecía, subió al carruaje sin ayuda y se sentó lo más lejos posible de él.

Él se sentó a su lado y cerró la puerta. Mientras se acomodaba, manteniendo las distancias, dijo:

—Siento mucho haberme quedado mirándola boquiabierto, pero, sinceramente, no puede culpar a un chico por quedarse embobado ante la chica más guapa de Bristol.

—A menudo, la mirada suele ir acompañada de caricias —respondió ella, con una mueca—. Ahora soy libre y ningún hombre volverá a ponerme un dedo encima si yo no quiero.

Él se la quedó mirando, sorprendido.

—Eso no le sucederá nunca, y menos en casa de lord Kirkland. Él mismo daría una paliza a cualquiera que molestara a una mujer. Cuando se enfada, da un poco de miedo. En cualquier caso, yo no lo haría nun-

ca. Mi madre me enseñó a ser amable con las chicas porque son el sexo débil, aunque mi hermana no podría definirse como débil.

Le ofreció una sonrisa.

Violet empezó a relajarse.

—Lamento mucho haberlo malinterpretado. Pero es que... me han ofendido... a menudo. Y con cosas peores.

—Con su aspecto, entiendo por qué, pero hay cosas que están mal y punto —respondió él, con firmeza—. Pero... Ha dicho que ahora es libre. ¿Antes no lo era?

—Nací y me crié como esclava en Jamaica —dijo ella, en un tono desafiante—. La señorita Laurel me liberó a pesar de que la acción le supuso un gran peligro.

—¿En serio? —preguntó él, fascinado—. Parece una señora muy dulce y tranquila.

—Y lo es. Pero una leona también tiene una piel muy suave. —Recordando las palabras de Rhodes, añadió—: ¿Ha dicho lord Kirkland? ¿Acaso pertenece a la nobleza?

Rhodes asintió.

—Es un conde. Como a su mujer le daba un poco de vergüenza que sus amigos supieran que es una condesa, le pidió a su marido que no utilizara el título. Pero, puesto que usted nos acompañará a Londres, debe saberlo.

Violet tragó saliva. Era fácil imaginar que Kirkland era un noble. A pesar de su amabilidad y su actitud impecable, irradiaba autoridad.

—No sabía si su casa sería muy grande.

—No tiene de qué preocuparse —la tranquilizó él—. La señora Stratton, el ama de llaves, se asegura de que todo esté en orden, pero es muy amable y simpática. Usted, como doncella de lady Kirkland, ocupará el mismo nivel que ella.

—¿A los demás criados no les importará que sea...? —dijo, señalando su piel mulata.

El ayudante meneó la cabeza.

—En Kirkland House, no. El personal es muy variopinto. Lord Kirkland cree en las segundas oportunidades.

—¿Y eso le incluye a usted? —preguntó Violet, intrigada.

—Sí. —Rhodes dudó, como si no estuviera seguro de hasta dónde explicar—. Cuando mi padre murió, las cosas no fueron fáciles para mi madre, mi hermana ni para mí. Un día, la cocinera de Kirkland House me pilló robando comida y me llevó ante el conde, que me explicó que, si decidía dedicarme al crimen, podía acabar en Botany Bay. —El chico sonrió al recordar la escena—. Me asustó mucho.

—¿Cuántos años tenía?

—Doce. Los suficientes para meterme en un buen lío si robaba. Le dije que estaría encantado de dedicarme a algo decente si alguien me ofreciera un trabajo decente, así que lo hizo. Empecé como chico de los recados, pero aspiraba a convertirme en ayuda de cámara, así que el conde hizo que su ayudante, ya mayor, me preparara.

—Parece que es un buen señor.

—No lo encontrará mejor —aseguró Rhodes—. Es un hogar feliz y Londres es una ciudad magnífica. Le encantará vivir allí.

Ojalá tuviera razón.

—Muchas gracias por la información, señor Rhodes.

—Me llamo Jasper, pero normalmente prefiero Rhodes. —Sonrió con timidez y Violet se dio cuenta de que era más joven de lo que ella creía—. En mis tardes libres, puedo llevarla a visitar algunos de los lugares más emblemáticos de la ciudad.

Ella sonrió y pensó que quizá sí que le gustara Londres.

Moody maldijo cuando vio que los carruajes se alejaban de Herbert House. Si un desgraciado con cicatrices en la cara preguntaba dónde iban aquellos carruajes, no obtendría muchas respuestas, pero había conseguido acercarse lo suficiente para oír una o dos cosas.

Herbert House no estaba lejos de la casa de Hardwick. El capitán lo había hecho esperar allí media mañana, el animal, a pesar de que era su segundo al mando. Cuando al final entró en el despacho de Hardwick, el capitán lo miró con impaciencia.

—¿Qué estás haciendo aquí, Moody? ¿Vienes a informarme de que mi Violet sigue encerrada en Herbert House?

Moody sintió una satisfacción muy grande al saber que su respuesta le bajaría un poco los humos.

—Su esclava acaba de marcharse en un carruaje. Me ha parecido oír que se iba como doncella de alguna dama.

Hardwick se levantó y empezó a maldecir.

—¿Y por qué demonios no la has seguido?

—¿Sin caballo o carruaje? No soy ningún poni —respondió Moody—. Pero me acerqué lo suficiente para oír un nombre. Kirkland.

Hardwick retrocedió.

—¿Lord Kirkland?

Moody se encogió de hombros.

—Sólo oí Kirkland. Un tipo moreno con un aspecto impecable.

—Lord Kirkland, ¡Maldita sea! —Hardwick se dejó caer en la silla, furioso—. Bueno, al menos ahora ya sé dónde encontrar a mi Violet.

19

Cuando el carruaje de Violet y Rhodes se marchó, Kirkland se volvió hacia Laurel y le ofreció el brazo.

—¿Nos vamos, milady?

A juzgar por su expresión, Laurel comprendió que era una prueba para ver si tenía valor para tocarle el brazo cubierto de ropa. Y sí que lo tenía; la intensa sacudida de la noche anterior había quedado atrás y aquel tipo de contactos formales formaban parte de su intento de reconciliación. Aceptó el brazo.

—Sí.

Mientras él la escoltaba hasta el carruaje, Laurel dijo:

—Esa mujer que sabe pelear, ¿podría enseñarme? O incluso también podría venir a Zion House a dar clases.

Kirkland arqueó las cejas.

—Estoy seguro de que estará encantada. ¿Tú también quieres aprender?

—Dudo que algún día pueda plantar cara con una actitud decente —admitió ella—. Pero lo de anoche me recordó lo vulnerables que somos las mujeres. Al menos, debería intentar aprender a defenderme.

Kirkland la ayudó a subir al carruaje. Antes había dejado la bolsa de las labores dentro, pero ahora la apartó, se sentó y dejó sitio para su marido. Él se sentó a su lado, el carruaje se puso en marcha y allí empezó la nueva vida de Laurel.

Mientras avanzaban por las calles de Bristol, ella dijo:

—¿La mujer que da clases de lucha es una de tus agentes?

—Sí, Hazel es una londinense que creció en uno de los barrios más peligrosos de la ciudad. Tuvo que aprender a luchar para sobre-

vivir y tenía la inteligencia y la disciplina para convertirse en una persona mejor. Le gusta ayudar a los demás y dejar huella en las vidas de aquellos a quienes ayuda. —Sonrió—. Como tú, aunque de otra forma.

Laurel se preguntó si la tal Hazel sería una de sus amantes, pero enseguida se obligó a olvidarse de eso. Lo que Kirkland hubiera hecho durante los años que habían estado separados no era asunto suyo.

Puesto que era un viaje largo, recogió la bolsa de las labores y sacó un ganchillo y un ovillo de color crema. Cuando empezó a tejer en cuadrado, él le preguntó:

—¿Qué clase de labor es esa? El punto se hace con dos agujas, ¿no?

Laurel levantó la aguja que tenía un gancho en un extremo.

—Una mujer belga que estuvo un tiempo en Zion House nos enseñó a hacerlo. Dijo que se llamaba «encaje de monja» o «croché en el aire». Anne Wilson empezó a llamarlo «ganchillo», y ahora todas lo llamamos así. —Sacó un cuadrado terminado de unos diez centímetros por cada lado y se lo dejó ver—. Es muy fácil hacerlo en un carruaje en marcha y así el viaje no resultará tan aburrido.

Él rozó la tela entre dos dedos.

—Es muy suave. ¿Qué harás con esto?

—Una mantita para algún bebé de Zion House. Cuando llegan, los pequeños no tienen casi nada. —Apretó el ovillo—. Me gusta la suavidad de la lana natural. Como las ovejas tienen colores distintos, la lana sin teñir ofrece unos resultados sutiles y muy bonitos.

—¿Harás una para nuestro hijo? —preguntó él.

Le rozó los dedos cuando le devolvió la muestra de lana. Ella se estremeció. Entonces guardó el cuadrado y así tuvo la excusa perfecta para no tener que mirar a su marido.

—Sin duda, el hijo de un conde debe tener lo mejor.

—¿Qué hay mejor que una manta hecha con amor?

Ella tragó saliva y, sin ningún motivo, notó que estaba a punto de llorar.

—A lo mejor le hago una. Necesitaré algo con qué entretenerme en Londres.

—Puedes estar lo ocupada o lo tranquila que tú quieras, Laurel. Como ya te he dicho, creo que te gustará conocer a algunas de las esposas de mis amigos.

Kirkland abrió una maleta de piel que estaba escondida en un bolsillo de la puerta. En el interior, había un pequeño escritorio para colocar encima de las piernas y, a juzgar por el aspecto de las esquinas de latón y la superficie tapizada de piel, no era nuevo.

—¿Puedes trabajar en un carruaje en marcha? —preguntó ella.

—Los papeles suelen perseguirme allá donde voy, así que es mejor aprovechar el tiempo de los viajes para adelantar trabajo. Además, la carretera de Bristol es una de las mejores del país. —Levantó la tapa inclinada del escritorio y sacó varios documentos—. Sólo leo y escribo notas a lápiz. He descubierto que la pluma y la tinta pueden ser un desastre.

—Motivo de más para ir casi siempre de negro, como tú —comentó ella.

Él se rió y volvió a concentrarse en los papeles.

—¿Negocios o espionaje?

—Negocios. —Kirkland rozó los documentos que tenía encima de todo—. Todos los negocios que crearon mis familiares ingleses me dan mucho trabajo. Aparte de la naviera, poseo y gestiono varias propiedades, desde casas a fábricas. Mucha gente depende de eso para ganarse la vida. Tengo buenos administradores, pero debo controlarlo todo.

A Laurel siempre le había gustado que fuera un hombre responsable. Cuando volvió a centrarse en el ganchillo, se dio cuenta de que también era una de las cualidades que compartían. Los dos cuidaban de las personas, aunque de formas distintas. Si se concentraba en las características positivas de Kirkland, puede que las peligrosas no la molestaran tanto.

Hacía un día seco, el carruaje era robusto y la carretera estaba en buen estado, así que viajaron bastante cómodos. Para Laurel, aquella compañía tan tranquila resultaba extrañamente familiar, como las noches que habían pasado sentados junto al fuego, cada uno concentrado en sus proyectos, pero muy felices de estar cerca del otro.

Después de dos cambios de caballos y una comida, Laurel empezó a tener sueño. Escondió un bostezo con la mano y, a modo de disculpa, dijo:

—Lo siento. Estos días he estado echando varias siestas. Dicen que es a consecuencia del embarazo.

Kirkland cerró el escritorio y lo dejó en el suelo, y luego se inclinó para levantar el asiento que tenían delante. Debajo, había un arcón lleno de mantas dobladas y almohadas.

—Deja que te ponga cómoda.

Como no quería que la arropara, se echó hacia delante y sacó una almohada y una manta.

—Me haré mi propio nido, gracias.

El asiento estaba bien acolchado y, con la almohada en el ángulo entre el respaldo y la pared del carruaje, y tapada con la manta, la sorprendió lo cómoda que se sentía, a pesar del traqueteo del carruaje. Se estiró y se olvidó de su perturbador marido un rato.

A pesar de que la boda estaba prevista para pocas semanas después de haberse conocido, cada semana era como un año. Una delicada caricia o una sonrisa de James le encendía la llama de la pasión. Laurel no sabía que la pasión podía ser tan intensa y urgente. Les habían insistido en que no se acariciaran delante de los demás, pero, en privado, era imposible detenerse, aunque siempre frenaban justo antes del clímax.

Ahora, por fin, había llegado su noche de bodas. Los Herbert hubieran preferido una gran boda con medio condado invitado para que vieran que su hija había atrapado a un conde, pero Laurel y James se decantaron por otra cosa. Fue una ceremonia sencilla y preciosa, con Daniel como padrino.

Después del desayuno, el feliz matrimonio partió, entre buenos deseos, hacia un destino que sólo conocía James. A Laurel le fascinó la idea de que su refugio para la luna de miel estuviera a poco más de una hora, puesto que su marido había alquilado una preciosa casa a orillas del río Severn. Rodeada por jardines y un

parque, River House les ofrecía la intimidad y la paz necesarias para los primeros días de casados.

Ella se quedó un tanto desconcertada ante el hecho de que su marido tuviera tanto dinero que alquilara una casa con la facilidad con la que cualquier ser humano alquila una habitación en una hostería. Sin embargo, él nunca permitió que ella se sintiera menos que él. Siempre la hacía sentirse... adorada.

En River House, tomaron una cena ligera antes de retirarse a las habitaciones contiguas para prepararse para la noche de bodas. La habitación de Laurel estaba llena de flores. Se sentó frente al tocador y empezó a peinarse, creando un manto de bronce que le caía por encima de los hombros. Mientras miraba su reflejo en el espejo, estaba casi guapa, porque irradiaba amor. Estaba completamente segura de su matrimonio y del hombre con el que pasaría el resto de su vida.

Se levantó y caminó impaciente hasta la ventana. Aquella época del año, los días eran muy largos y en esos instantes empezaba a atardecer y los últimos rayos de sol se reflejaban en las aguas del río Severn, que avanazaba hacia el mar. Ella ardía tanto como ese sol, esperando impaciente el momento de compartir lecho con James para ser, realmente, marido y mujer por los tiempos de los tiempos, amén.

Cuando oyó que la puerta se abría, se dio la vuelta. Su madre le había encargado el camisón, y las mangas largas y el cuello cerrado pretendían ofrecer una imagen de decoro. Laurel no había querido discutir, pero insistió en seleccionar ella la tela de linón blanca y sabía que, a contraluz, la luz del sol que se reflejaba en el río revelaría todos los detalles de su cuerpo de forma poco decorosa.

James cerró la puerta y se quedó de piedra. La estaba devorando con la mirada. Llevaba una bata larga, y la tela de color azul oscuro destacaba sus hombros anchos.

—Eres tan preciosa —susurró—. Tan preciosa que rozas la perfección, y parece imposible.

Ella se rió y se acercó a él. Sabía que su aspecto no era especial, pero cuando él la miraba de esa forma se sentía preciosa. Los intensos ojos azules de James reflejaban no sólo la fuerza y la amabilidad que ella adoraba, sino también una vulnerabilidad que Laurel no había visto hasta ahora. La necesitaba tanto como ella a él.

—Esta noche no tiene que ser perfecta. Que estemos juntos es suficiente. —Se siguió acercando a James—. Tú sí que eres precioso, milord. Si Miguel Ángel estuviera aquí, te pediría que fueras su modelo.

James sonrió.

—Si Miguel Ángel estuviera aquí, le pediría que nos dejara a solas.

Se encontraron en el centro de la habitación, cerca de la cama con dosel.

Laurel era alta, pero él lo era más. La tomó de las manos y se inclinó para besarla mientras sólo se tocaban sus dedos y sus labios. Ah, la boca cálida y sensual de James... Ella cerró los ojos y saboreó el delicioso néctar de sus labios. Las delicadas caricias de su lengua.

Ella se acercó hasta que notó el fuerte y poderoso cuerpo de James. Después de varias semanas de espera, sólo los separaban unas capas de tela, y ambos cuerpos estaban ardiendo.

—Llevo días esperando esto —murmuró ella—. He soñado contigo cada noche.

Él se separó y la miró con el rostro tenso. Extrañada, ella ladeó la cabeza e intentó descifrar aquella expresión.

—¿No se supone que la que tiene que estar nerviosa es la novia virgen?

Él le tomó la cara entre las manos.

—Quiero que esto sea perfecto —dijo él, con un tono intenso—. Tan perfecto y tan maravilloso que no quieras dejarme nunca.

—Pues claro que no te dejaré. Eres mi gran y único amor. Esta mañana he aceptado un voto sagrado por el cual reniego de todos los demás. —Le dio un suave beso en la mejilla izquierda—. No

me imagino queriendo a otro hombre que no seas tú.— Le dio otro beso en la otra mejilla—. La perfección es un concepto frío y abstracto. ¿Quién quiere la perfección cuando tenemos la calidez del amor y la pasión?

Le dio un beso en la boca, separó los labios y jugueteó con la lengua. En un impulso, le soltó el cinturón de la bata y la prenda de ropa cayó al suelo.

Cualquier preocupación que James hubiera podido tener desapareció. Agarró el decoroso cuello del camisón con las dos manos y rompió la tela hasta las rodillas. Entonces, la abrazó y, por fin, estuvieron piel con piel.

Ella volvió a besarlo y le clavó las uñas en la espalda mientras se derretía en sus brazos, desesperada por ser una con él…

Laurel jadeó y se despertó. Desorientada, levantó la cabeza. ¿Dónde…? ¿Cuándo…?

Se había dormido apoyada en el hombro de James. Él la había rodeado con el brazo y su rostro estaba a escasos centímetros. El instintivo placer por tenerlo tan cerca enseguida se convirtió en sorpresa. ¿La había colocado él así mientras dormía? No, no había sido él, sino ella. Tendía a acercarse a él incluso en sueños.

Ahora estaba junto a él, sus muslos se rozaban y el aire estaba cargado de tensión sexual. Laurel se notaba el pecho tan tenso que apenas podía respirar.

En el rostro de James vio el mismo deseo que la consumía a ella. Él levantó la mano y le rozó la cara con las yemas de los dedos, cálidos y algo temblorosos.

—Laurel —susurró—. Mi dama lavanda.

Unas manos preciosas, hábiles para escribir, tocar el piano o volverla loca.

O para sujetar un puñal y cortar el cuello a un hombre.

Laurel se apartó con violencia hasta que tocó la pared del carruaje con la espalda, aturdida por la agonizante colisión de pasado y presente. Durante años, había olvidado aquellos recuerdos de felicidad y certeza

de los primeros meses de matrimonio. Y ahora, aquellos recuerdos eran casi insoportables.

Y no sólo para ella. Kirkland no había movido ni un músculo y, a pesar de todo, ella sabía que era como si le hubiera dado una bofetada. Para intentar reparar el daño que le había hecho, dijo:

—Lo siento, he tardado un poco en recordar dónde estaba cuando me he despertado. No suelo dormir tan profundamente en los carruajes. Me he debido de mover mientras dormía. Te pido disculpas por haber interrumpido tu sesión de trabajo.

—No me has interrumpido. Yo también he dormido un poco. —James la miró con una tranquilidad desquiciante—. No deberías fingir que no ha pasado nada. Me has mirado como si... Como si tuviera cuernos, pezuñas y cola.

Ella inspiró para tranquilizarse.

—Lo siento. Es que estaba soñando con... nuestra noche de bodas. Y me he despertado y... he recordado todo lo que había pasado.

—No hace ni veinticuatro horas que me viste matar a un hombre —respondió él, con frialdad—. No estaba seguro de que acabaras viniendo a Londres conmigo.

Ella se colocó una mano en el vientre, donde una pequeña chispa de posibilidad estaba jugando con su vida.

—Los motivos para reconstruir nuestro matrimonio no han cambiado. Ni siquiera puedo condenarte por matar a ese hombre horrible y peligroso. —El hombre cuya sangre le había manchado el vestido—. Pero... la cabeza va por un lado, y las emociones van por otro.

Él asintió muy serio.

—La cabeza y el corazón tienen sus propias verdades, y a menudo suelen ser contrarias. Como nosotros.

—Como nosotros. —Ella dibujó una sonrisa forzada—. Nos seguimos atrayendo como polos opuestos de un imán.

—Los hombres y las mujeres ya son suficientemente opuestos sin la necesidad de imanes —replicó él.

—Ambos géneros tienen alguna cosa en común —señaló ella—. El deseo por un hogar, comodidad, y... afecto.

—La comodidad estaría bien. Cualquier otra cosa sería un añadido muy bien recibido.

Recogió el escritorio del suelo para seguir trabajando, una señal clara de que daba por zanjada la conversación.

Laurel reprimió un suspiro y miró el paisaje por la ventana. No estaba segura de que pudieran llegar a estar cómodos, pero, santo Dios, ¡quería más! Y aquella idea los colocaba en un terreno muy peligroso.

20

Cuando Kirkland se había enterado del embarazo de Laurel, había viajado de Londres a Bristol a una velocidad increíble, pero el viaje de vuelta se alargó lo normal, dos días, algo que ella agradeció. Aunque agradeció todavía más que, cuando llegaron a una hostería para pasar la noche, él pidiera habitaciones separadas.

Ya no hubo más dramas. Después de quedarse dormida en su hombro y despertarse asustada, James se había trasladado al asiento de enfrente, con lo que eliminaba el riesgo de que ella volviera a dormirse y acabara acurrucada contra él. Laurel se durmió varias veces y, mientras estaba despierta, tejió suficientes cuadrados de ganchillo como para dos mantas de bebé antes de quedarse sin lana. Cuando hablaban, mantenía una actitud muy civilizada.

Teniendo en cuenta las reducidas dimensiones del carruaje, fue un alivio llegar a Londres. Al menos, en algunos aspectos. Cuando dejaron atrás los bosques y se adentraron en las bulliciosas calles, ella empezó a tensarse. Bristol no era una ciudad pequeña, pero Londres era descomunal. Notaba el peso de todas las vidas y todas las dificultades que la rodeaban.

—Ahora que llegamos a casa frunces el ceño —comentó Kirkland.

—Había olvidado el ruido, el olor y el bullicio de la ciudad. —Miró por la ventana del carruaje—. Sólo he estado en Londres una vez, y no tuve tiempo de acostumbrarme.

Y teniendo en cuenta que aquella primera y única vez fueron los pocos días que vivió allí con Kirkland antes de que su matrimonio se rompiera, no tenía demasiados buenos recuerdos de Londres.

—La ciudad cada día recibe a más habitantes nuevos, pero Samuel Johnson dijo que un hombre que está cansado de Londres, está cansado

de la vida —comentó Kirkland—. Cuando estés instalada, ¿qué te gustaría hacer aparte de las cosas más cotidianas?

Ella arqueó las cejas.

—¿Aparte de las visitas compulsivas a las modistas?

Él sonrió.

—Sí, aparte de eso. Aunque, si prefieres, las modistas pueden venir a casa. Es una de las ventajas de ser condesa.

—No estaría mal —respondió ella—, pero lo que realmente quiero es música. Ópera, conciertos de cámara, veladas musicales. Quiero escuchar a los mejores músicos de Inglaterra.

—No encontrarás a ningún pianista mejor que tú, pero en Londres puedes tener todo tipo de música, además de arte, literatura y grupos de lectura. Regalos para la mente y los sentidos.

Hasta ahora, había visto aquella visita como una obligación, pero, por primera vez, estaba emocionada. No había hecho vacaciones desde... ¡Santo cielo, desde su luna de miel!

A pesar de que le encantaba su trabajo y estaba muy orgullosa de lo que su hermano y ella habían logrado, a lo mejor estaba preparada para probar las delicias de una gran ciudad.

—¡Quiero hacer todo eso! Y también... —Se mordió el labio—. Es algo bastante infantil, pero siempre he querido ir al Anfiteatro de Astley para ver a los jinetes acrobáticos.

—Me encanta ir al Anfiteatro y agradeceré cualquier excusa para volver —respondió él, enseguida—. ¿Qué más?

Por la ventana, Laurel observó las preciosas calles del barrio de Mayfair. Si iba a pasar parte de su tiempo en Londres, necesitaría algo más que una casa bonita.

—Quiero hacer amigos, porque sin amigos Londres sería un sitio muy triste. ¿Crees que me podría llevar bien con algunas de las mujeres de tus amigos?

—Organizaré una cena dentro de unos días para que puedas juzgarlo por ti misma —replicó él—. En cuanto tengas uno o dos vestidos.

—¿Para ganar confianza? Tienes razón. Para conocer a personas que seguramente tiendan a reprocharme cosas, necesitaré una buena

coraza —dijo, muy seca—. Por mucho que digas a tus amigos que la culpa de nuestra separación no fue mía, mostrarán su lealtad hacia ti y, lógicamente, sospecharán de mí por haberte complicado la vida.

Él arrugó las cejas.

—Puede que tengas razón, pero son personas imparciales. Cuando te conozcan, cualquier duda que puedan tener desaparecerá. ¿Quién podría odiarte?

Ella meneó la cabeza.

—Que creas que soy especial es una de tus características más atractivas, pero no todo el mundo estará de acuerdo contigo.

—Lo descubriremos muy pronto, pero, sinceramente, no creo que debas preocuparte. —Miró por la ventana—. Ya casi hemos llegado. Ahora entraremos en Berkeley Square.

Cuando miró por la ventana, Laurel no esperaba ver un parque ovalado en el centro de una plaza rectangular.

—No es la casa que tenías antes.

—Era una casa muy húmeda y no me traía buenos recuerdos, así que la vendí —explicó él—. Esta es más grande y más cómoda, y la plaza es un lugar muy agradable para pasear.

—Parece una zona muy exclusiva —dijo ella, con recelo.

—Este lado de la plaza lo es. Una de las propietarias de Almack's, lady Jersey, vive aquí. Al otro lado hay tiendas muy bonitas, incluyendo la famosa confitería Gunter. —Sonrió—. A una distancia corta de casa.

—Que Dios me ayude —murmuró ella—. No tendré que ir a Almack's, ¿verdad? Aunque dudo que me dejaran entrar, ¡seguro que no me consideran suficientemente elegante!

—A mí me consideran muy elegante —respondió él, sin alterarse—. Y, como mi esposa, serías más que bien recibida. Pero eso no significa que tengas que ir a las reuniones.

Notó un tirón interno y se colocó una mano encima del vientre.

—Me interesa más encontrar una buena comadrona. A lo mejor alguna de las mujeres de tus amigos puede recomendarme alguna.

—La mujer de mi amigo el mayor Randall es una excelente comadrona. Si están en Londres, la conocerás en la cena.

¿Uno de sus amigos de la nobleza se había casado con una comadrona? Aquello era suficientemente extraordinario para recordarlo, pero, antes de que pudiera hacer más preguntas, el carruaje se detuvo frente a una de las casas. Cuando el guardia abrió la puerta y bajó los escalones, Kirkland salió y se volvió para ofrecer el brazo a Laurel.

—Bienvenida a tu hogar de Londres, lady Kirkland.

Una nueva casa, un nuevo inicio. Puesto que sólo había estado en Londres un mes, habría podido soportar regresar a la casa donde su matrimonio se había desmoronado. Aunque se alegraba de no tener que hacerlo. A pesar de que se sentía cansada y poco condesa, aceptó la mano de su marido y bajó del carruaje. Cuando entraron en la casa, el segundo carruaje, donde viajaban Violet, Rhodes y el equipaje, se detuvo detrás del primero.

Kirkland golpeó la puerta con el picaporte con forma de cabeza de dragón, pero enseguida sacó una llave y abrió él mismo. Ante la sorpresa de Laurel, explicó:

—Suelo entrar y salir a horas intempestivas, y prefiero no despertar a nadie.

—Qué considerado —comentó ella—. Así, además, guardas discreción respecto a tus asuntos.

—Sí —respondió él, que abrió la puerta y la invitó a pasar.

Antes de que la cerrara, apareció un mayordomo con poco pelo.

—¡Milord! —Realizó una delicada reverencia—. No sabíamos cuándo regresaría.

—Ni yo, hasta que salí de Bristol. Soames, te presento a lady Kirkland. Laurel, Soames es mi extraordinario y eficiente mayordomo.

Soames era un hombre de formación militar y muy digno, pero abrió tanto los ojos antes de inclinarse que parecía que se le iban a salir de las órbitas.

—¿Quiere que reúna a todo el personal para que conozcan a la condesa?

Kirkland miró a Laurel y meneó la cabeza.

—Mi esposa está cansada. La acompañaré a sus aposentos para que pueda descansar. Prepáranos una cena ligera para después, por favor.

Conocerá a la señora Stratton y al resto del personal mañana por la mañana. Y hablando de personal, Rhodes y la doncella de mi esposa, la señorita Violet Herbert, han llegado detrás de nosotros con el equipaje.

—Muy bien, milord.

Mientras Laurel se dirigía hacia las escaleras del brazo de Kirkland, no pudo evitar decir:

—En Kirkland House, uno nunca se aburre, ¿verdad, Soames?

A él le brillaron los ojos.

—No, milady. Y tampoco me gustaría.

21

Kirkland nunca había creído que Laurel y él se reconciliarían algún día, pero, aún así, cuando compró la casa de Berkeley Square lo hizo pensando en ella. Y en especial cuando vio la habitación destinada a la señora de la casa, que daba a los preciosos jardines que había detrás de la casa. Imaginársela en la ventana, mirando las flores y los árboles del jardín, pensativa, había sido un placer agridulce.

Y ahora estaba allí. Todavía no se lo creía.

Ella lo miró con una sonrisa.

—Es una casa preciosa. Mucho más bonita que la otra.

—Eres libre para realizar los cambios que quieras. La pintura, los papeles de las paredes, los muebles.

Ella miró las paredes y las molduras, pintadas en tonos rosa y verde pastel.

—No será necesario. Casi parece que hayas decorado las habitaciones siguiendo mis gustos. —Lo miró—. ¿Lo hiciste?

Una vez más, era necesario contestar con sinceridad.

—Sí —admitió él—. Estas habitaciones eran de un color muy apagado y tenía que hacer algo, así que escogí colores y muebles que imaginé que te gustarían, aunque no esperaba que los vieras algún día.

—La vida es un misterio. —Se volvió hacia la ventana—. ¿Tus aposentos son adyacentes?

Él asintió.

—La distribución es muy parecida. Hay puertas que conectan las dos estancias en los dormitorios y los salones. —Al cabo de un instante, añadió—: Si quieres, puedo pedir que pongan cerraduras en tu lado.

Ella arqueó sus expresivas cejas.

—¿Es necesario?

Él observó su elegante cuerpo, el equilibrio perfecto entre la delgadez y las curvas femeninas.

—Espero que no —dijo, con sinceridad—. Pero no puedo prometerte nada, porque sigues siendo la mujer más atractiva que he conocido en mi vida.

Ella apartó la mirada.

—¿Hay sala de música?

—En la parte delantera de la casa. Sígueme.

A Laurel se le iluminó el rostro cuando Kirkland abrió la puerta de la sala de música.

—¡Este piano se parece mucho a mi Broadwood!

—Tu piano sonaba mejor que cualquier otro que haya oído jamás, así que pedí a Broadwood que hiciera otro igual.

Con rostro de plena felicidad, Laurel se sentó en la banqueta y acarició las teclas con los dedos, entonando una serie de notas claras y alegres.

—Hace días que no toco. —Levantó la cara hacia él, con la expresión relajada—. Desde que te presentaste en mi puerta. No tocar me pone de mal humor.

—Entonces, toca para mí. Nos pondrá de mejor humor a los dos.

Laurel no necesitaba que la convenciera. Se colocó frente al instrumento e inició el movimiento *rondeau allegro* de la Sonata de Mozart en si bemol mayor, e inundó la sala de delicadas y alegres notas. Un buen presagio para su humor, pensó Kirkland. Se sentó en el sofá, cerró los ojos y dejó que todas las tensiones se disolvieran bajo el precioso sonido de la música.

Cuando su mujer terminó el movimiento, James abrió los ojos y aplaudió.

—Tocas incluso mejor que antes, Laurel. Y no sólo a nivel técnico, sino también emotivo.

Ella extendió los dedos de la mano izquierda y tocó unas notas graves y sombrías.

—Lo mejor para expandir el abanico de emociones es trabajar con gente necesitada.

—Eso forma parte de ser mayor y más sabia, creo. ¿Me harías el honor de tocar otra más, milady?

Ella lo observó muy pensativa.

—Has dicho que todavía tocabas. —Se levantó y lo invitó a sentarse en la banqueta—. Tu turno, maestro.

—No estoy a tu altura —respondió él, incómodo. Nunca tocaba para nadie, sólo para él.

—Esto no es ningún concurso. —Los ojos le brillaron con cierto humor—. Como tu antigua maestra, quiero saber si has estado practicando.

A él le pareció justo. Su amor por la música formaba parte de lo que lo había unido a Laurel, a quien la música le corría por las venas. De pequeño, cuando no había nadie en casa, se solía sentar en el piano de los Kirkland, que nadie utilizaba, y tocaba.

Cuando había revelado su pasión por la música a Laurel, ella se había ofrecido a darle clases. Aprovechó encantado la ocasión de aprender. Era una profesora magnífica y paciente, y aquellas clases formaban parte de los maravillosos recuerdos de su luna de miel.

Mientras intercambiaban los sitios, pensó qué podía tocar. Mozart no, porque Laurel lo hacía de fábula. Escogería a uno de sus preferidos. Ah, Carl Philipp Emanuel Bach. El *andante* de la Sonata en sol mayor. Se la sabía y solía tocarla muy bien. Normalmente.

Colocó las manos encima del teclado unos segundos y se concentró. Como pianista, nunca estaría a la altura de Laurel, pero no quería hacer el ridículo. Cuando empezó a hilvanar unas complicadas cascadas de notas, Laurel se incorporó y lo escuchó con todo el cuerpo.

Kirkland no tocaba para los demás porque, durante años, la música había supuesto la auténtica escapatoria para las emociones que reprimía a diario. Pero ¿quién tenía más derecho a oír esas emociones que su mujer? Rabia, desesperación, melancolía, esperanza... Todo fluía de su mente hasta las manos y se convertía en música.

Cuando terminó la pieza, el silencio se alargó tanto que casi tuvo miedo de mirar a Laurel, hasta que ella dijo:

—Ha sido extraordinario. Has mejorado mucho, milord.

A él lo complació sobremanera aquel elogio. Se volvió para poder mirarla y dijo:

—Como ves, he seguido practicando. Y también he continuado con mi afición a crear arreglos nuevos. Me encanta reducir conciertos para múltiples instrumentos a sonatas para mí solo.

—Casi lo había olvidado, pero tus primeros arreglos fueron para crear piezas a cuatro manos para que pudiéramos tocar juntos. —Se levantó del sofá—. ¿Quieres que lo intentemos?

Kirkland había realizado esos primeros arreglos porque suponían un reto y porque le gustaba la idea de compartir teclado con Laurel. Tocar juntos había sido muy divertido y, normalmente, acababa con otro tipo de cercanía. Rechazar aquel ofrecimiento habría sido lo más sensato, pero hasta la sensatez tenía un límite.

—Me encantaría.

Entonces se deslizó hacia la izquierda para dejarle sitio en la banqueta. La tenía tan cerca que podía notar la calidez de su cuerpo. Se obligó a mirar el teclado y a no recordar cómo solían terminar las sesiones de música a cuatro manos en el pasado.

Laurel empezó a tocar una sonata de Beethoven que les gustaba a los dos, que era el motivo principal por el cual él había creado los arreglos para cuatro manos. El hecho de que ella se hubiera mostrado tan complacida con el resultado final lo había satisfecho más que cualquier otro logro de su vida.

Mientras deslizaba los delicados dedos por las teclas, Laurel le lanzó una mirada de complicidad. Kirkland descubrió que todavía era capaz de prever sus cambios de tempo, de modo que su música complementaba la suya. Era un placer casi igual a besar.

Casi.

Cuando terminaron, ella dijo:

—Ha sido maravilloso. Debiste de saber que la música sería la mejor forma de hacer que me sintiera en casa en Londres.

—No lo pensé de forma consciente, pero sabía que para ti era tan esencial como el aire que respiras —admitió Kirkland.

—Y para ti también. —Depositó los dedos en las teclas sin tocar y exhaló—. Quieres que, por el bien de nuestro hijo, seamos algo más que amigos, ¿verdad?

—Sí —respondió él, igual de directo que ella—. ¿Cómo no iba a quererlo? No podemos recuperar el pasado, pero mi mayor esperanza es poder encontrar la manera de volver a estar realmente casados. Eres la única esposa que siempre he querido, Laurel.

Ella levantó la cabeza y él observó su perfecto perfil.

—Has hecho que no quiera a ningún otro marido, James, pero no creo que pueda ser lo que quieres. Lo que mereces. Mi cabeza entiende tus actos, pero mis emociones... Mi sentido del bien y del mal no tolera la violencia. Incluso cuando está justificada.

—Eres como eres, milady, y yo soy como soy —dijo él con mucha pena—. El tiempo que pasemos juntos quizá nos vuelva a acercar. Aunque no cuento con ello.

—A lo mejor cuando el embarazo no me afecte tanto a las emociones seré menos complicada —suspiró ella.

—Tampoco cuento con ello —replicó él, muy seco—. El sentido del bien y del mal es una parte esencial del carácter de cada uno. Aunque estoy agradecido de que estés aquí. Si esto es lo más cerca que podemos estar, es mucho mejor que nada.

—James...

Laurel estiró el brazo para acariciarle la mano.

Él la apartó.

—No es sensato, Laurel. Después de esa música no sé si estoy a salvo.

Ella también retiró la mano.

—Lo siento. No quiero complicar todavía más las cosas.

—Ya lo sé. —Kirkland se levantó y pensó en lo irónico que era que pudieran entenderse tan bien y, al mismo tiempo, que sus naturalezas más esenciales los mantuvieran separados—. Dejaré que sigas tocando. Tengo que atender unos asuntos en mi despacho. ¿Nos vemos a la hora de la cena, milady?

Ella se levantó y realizó una delicada reverencia.

—Nos vemos en la cena, milord.

Cuando se incorporó, tenía una gran tristeza en la mirada.

Él también se inclinó y se marchó. De momento, era muy difícil aferrarse a la débil esperanza de que Laurel volviera a ser su mujer en todos los sentidos.

¿Era posible sobrevivir sin esperanza?

Para calmar los nervios, Laurel tocó una sonata de Mozart entera cuando Kirkland se marchó. Le gustaba que pudieran compartir la música y hablaran con sinceridad.

Lo más difícil era el abismo que se interponía entre ellos. Ser civilizados, mayores y más sabios hacía que pudieran comunicarse, aunque todavía no podían construir un puente para salvar ese abismo.

Cuando se apagaron las últimas notas de la sonata, se dio cuenta de que estaba agotada. Regresó a su suntuosa habitación. Durante el tiempo que había estado en la sala de música alguien le había llenado la habitación de jarrones de flores para dar la bienvenida a la condesa. El personal de Kirkland era muy eficiente.

La puerta abierta del vestidor delataba que Violet le estaba deshaciendo el equipaje. Laurel preguntó:

—¿Tienes una habitación cómoda?

La chica levantó la mirada.

—Sí, milady. Tengo una habitación para mí sola en el altillo y una habitación junto a este vestidor para cuando necesite tenerme más cerca. El ama de llaves y el resto del personal me han recibido muy bien, porque soy su doncella.

Violet colocó varias prendas dobladas en el armario.

Laurel se sentó en una silla y se quitó los zapatos.

—Mi vestuario es bastante patético, ¿verdad?

—Su ropa es la adecuada para una mujer que dirige una enfermería y una casa de acogida en una ciudad provincial —respondió Violet, con mucho tacto—. Pero el mundo espera algo más de una condesa.

Laurel arrugó la nariz.

—No quiero parecer un trágico error de juventud de Kirkland, de modo que la ropa es mi prioridad. Me ha dicho que puedo hacer llamar a una modista o acudir a una tienda exclusiva. ¿Es preferible un método al otro? Tú eres la experta.

Violet pensó unos segundos mientras continuaba deshaciendo el equipaje.

—Debería ir a la tienda. Tiene que acostumbrarse a Londres, y si va a una tienda donde tengan vestidos parcialmente cosidos, podrá salir a la calle con uno nuevo. Además, en la tienda habrá más tejidos y guarniciones donde escoger.

—Entonces, iremos a una tienda. Vendrás conmigo, claro. Tienes más estilo tú en el dedo meñique que yo en todo mi cuerpo.

Laurel ni siquiera se tomó la molestia de quitarse el vestido arrugado para meterse en la cama, y se tapó con la manta que estaba doblaba a los pies del colchón.

—Será un placer acompañarla, pero lord Kirkland debería venir.

Laurel soltó el aire, encantada, cuando se relajó. Dos días en un carruaje, por cómodo que fuera, habían conseguido que apreciara tener un buen colchón.

—¿Para qué necesitamos a James? Seguro que tiene cosas mejores que hacer.

—Yo entiendo de estilo, pero siempre he vivido alejada de los núcleos de la moda. —Violet se rió—. Viendo la elegancia con la que viste, seguro que el señor entiende de moda.

Laurel cubrió un bostezo con la mano.

—¿Y quiero ir a la moda?

Daba por sentado que Laurel diría que sí, pero la chica la sorprendió.

—A lo mejor no, pero tiene que entenderla lo suficiente para saber qué le gusta y qué quiere evitar.

Tenía sentido.

—Entonces, descubriremos Londres y la moda juntos. Pero ahora necesito descansar. Despiértame a tiempo para cambiarme antes de cenar, por favor.

—Por supuesto. —Violet dudó un instante—. Disculpe la impertinencia, pero ¿está en estado?

Laurel asintió.

—Sí, ¡y es agotador!

—¡Enhorabuena! Eso afectará a su vestuario.

—Sí. Otra cosa que dejo en tus capaces manos.

Laurel se tapó hasta la cabeza con la manta. La cama era muy cómoda y lo suficientemente grande para dos personas y que todavía sobrara espacio. Era una lástima desperdiciarla con una mujer que seguramente había nacido para ser una solterona y no se había dado cuenta a tiempo para poder evitar arruinar la vida de un hombre.

22

Cuando Laurel bajó a cenar con Kirkland, la tensión que James había demostrado en la sala de música había desaparecido y, en su lugar, volvía a estar controlado, como siempre. Apuesto, enigmático y ocultando misterios bajo su cuidada imagen. Ese control hacía que fuera más fácil estar con él, pero ella echaba de menos la relajada intimidad que habían compartido con la música.

Cuando le apartó la silla para que se sentara, comentó:

—Este comedor es mucho más agradable que el comedor formal. Allí se podría organizar un partido de críquet.

—Supongo que tienes razón. —Kirkland se sentó frente a ella y entraron dos lacayos con bandejas llenas de comida y bebida—. Este es el comedor del desayuno. El comedor formal sólo se utiliza en caso de compañía, y, según quién sea el invitado, también come aquí.

Cuando uno de los lacayos le colocó delante una sopa que olía de maravilla, ella preguntó:

—¿Y tú sueles cenar aquí en tu espléndida soledad?

Él se encogió de hombros.

—Si no voy a ningún acto social, suelo cenar en el despacho.

En otras palabras, que trabajaba demasiado. Laurel probó la sopa, que estaba hecha a base de caldo de pollo, hierbas aromáticas, arroz y trozos de pollo. Se preguntó si el cocinero de Kirkland House había recibido instrucciones de cocinar para una mujer embarazada. Saboreó otra cucharada.

—Violet me ha informado de que deberías acompañarme a la modista, puesto que tú sabes de moda y ella sólo sabe de estilo.

Él sonrió.

—Seguro que Violet aprenderá enseguida lo que está de moda, pero te acompañaré encantado. Supongo que Violet también vendrá, ¿no? —Cuando Laurel asintió, continuó—: Entonces, me llevaré a Rhodes. Mientras el capitán Hardwick siga suponiendo una amenaza para ella, no debería salir de casa sin protección. Rhodes es un hombre muy capacitado para luchar. Se asegurará de que no le pase nada.

Laurel se terminó la sopa.

—¿Es algo más que un ayudante de cámara habitual?

Después de unos segundos de duda, Kirkland respondió:

—Me ayuda en varias facetas de mi trabajo. Gracias a su pasado, tiene algunas habilidades muy buenas.

Laurel se preguntó de qué habilidades estaría hablando. Seguramente, a varios tipos de espionaje. Esperaba que también fuera un excelente guardaespaldas.

—Supongo que conocerás a la mejor modista de Londres y que lady Kirkland debería acudir a ella, ¿no?

—Lo mejor siempre es debatible —respondió él—. Si quieres probar alguna modista en concreto, la elección es tuya, pero, si no tienes ninguna preferencia, las esposas de algunos de mis amigos son clientas de Madame Hélier, y siempre las veo muy elegantes. Me han dicho que ayuda a sus clientas a conseguir el aspecto que quieren en lugar de imponer sus ideas.

Laurel probó el lenguado pochado y le encantó.

—Entonces, iremos a Madame Hélier. ¿Tengo que concertar una cita?

—Es recomendable. Haré que le envíen una nota. Supongo que mañana querrás conocer a todo el personal, así que, ¿te parece pasado mañana?

Laurel suspiró.

—Así tendré tiempo de prepararme mentalmente para la tortura.

Kirkland se rió.

—¿Te sentirás mejor si te recuerdo que tu madre se morirá de envidia cuando tengas un vestuario nuevo?

—Es una idea rastrera pero muy gratificante. —Probó la coliflor con salsa de queso. Estaba deliciosa, con un punto de nuez moscada—. Si soy la señora temporal de la casa, tendré que conocer al cocinero y, seguramente, pedirle algunas recetas para llevármelas a Bristol.

Si a Kirkland no le gustó que comentara que no se quedaría para siempre, no lo demostró.

—Puede que la señora Simond no esté dispuesta a compartirlas contigo, aunque mostrar una admiración sincera es la forma más rápida de ganarte su corazón.

—¡Mi admiración es absolutamente sincera! —Se terminó el pescado—. ¿Tienes cocinera? Creía que en Mayfair sólo se aceptaban los cocineros temperamentales, y preferiblemente franceses.

—La señora Simond es inglesa, pero estuvo casada con un cocinero francés. Vivían y trabajaban en París hasta que a él lo acusaron de no sé qué delito político y lo ejecutaron.

Laurel frunció el ceño.

—¡Pobre señora Simond! Por no mencionar que también se perdió un excelente cocinero. ¿La encontraste a través de alguna agencia?

—Uno de mis agentes la ayudó a huir a Inglaterra con sus dos hijos —explicó—. Llegó sin dinero ni referencias, pero el agente sabía que yo estaba buscando una cocinera.

—Ayudar a la señora Simond fue muy amable por tu parte. —El rosbif cortado en lonchas muy finas estaba tan delicioso como todo lo demás—. Y saliste ganando, seguro.

—Pocas veces un impulso generoso se ha visto tan bien recompensado. Suele recibir ofertas de gente que viene a comer a casa, pero de momento se ha mantenido leal a mí. —Le brillaron los ojos—. Aunque suelo asegurarme subiéndole el suelo.

—Se merece cada penique que le pagas. Tus cenas deben ser fiestas muy populares.

Los postres constaban de tartas, frutos secos y fruta, pero Laurel sólo consiguió comerse una tartaleta. Una deliciosa y exquisita tarta individual de almendra al aroma de cardamomo.

Saciada, dijo:

—Vuelvo a estar cansada. Voy a escribir una carta a Daniel para decirle que he llegado bien y me acostaré. Mañana quiero estar preparada para conocer al personal de la casa. Seguro que mi presencia no les hace ninguna gracia.

—Hasta que te conozcan. —Kirkland se levantó con ella—. Que duermas bien, querida.

Laurel pensó que ojalá pudiera dormir, pero con su marido al otro lado de la puerta seguramente se pasaría la noche en vela.

Por la mañana, cuando Kirkland presentó la condesa al personal de la casa, descubrió que Laurel había tenido razón al decir que no les haría gracia conocerla. Él estaba tan feliz de tenerla otra vez en su vida que no se había dado cuenta de cuánta gente tenía tendencia a protegerlo. El partidismo quedó muy claro en cuanto le presentó a la señora Stratton, el ama de llaves.

Normalmente, la señora Stratton era brusca pero amable, con una sonrisa fácil. Aunque esa mañana no sonrió. Cuando saludó a lady Kirkland, tenía una expresión de piedra.

—Buenos días, lady Kirkland. ¿Quiere que reúna a todo el personal para que pueda conocerlos o prefiere ir habitación por habitación y saludarlos en sus puestos de trabajo? —Le enseñó un pequeño bloc de notas—. Anotaré los cambios que desee hacer.

Laurel sonrió y le ofreció la mano. Incluso con su sencillo vestido de día, desprendía una serena pero inequívoca autoridad.

—Buenos días, señora Stratton. Por supuesto que quiero conocer al servicio, pero puedo hacerlo mientras me enseña la casa. Y no hay necesidad de tomar notas. Puesto que dividiré mi tiempo entre Londres y Bristol, pretendo dejar la gestión de Kirkland House en sus experimentadas manos.

El ama de llaves suavizó ligeramente la expresión. Cuando ya habían recorrido la mitad de la casa, volvía a ser la mujer amable de siempre. Kirkland disfrutaba viendo cómo el encanto de su mujer desarmaba al servicio. Se dio cuenta de que no tenía motivos para preocuparse

de cómo encajaría Laurel en una casa grande de Londres. Llevaba años dirigiendo una casa más grande y más complicada, y era una experta a la hora de valorar a las personas y los problemas. No sólo sabía qué tenía que preguntar en cada momento, sino que además, en algunos sitios, hizo sugerencias con tanta gracia que la señora Stratton estuvo de acuerdo sin darse cuenta de que la nueva señora de la casa estaba proponiendo cambios.

Cuando terminaron la visita de Kirkland House, Laurel se había ganado el respeto y la tentativa aceptación de toda la casa. Lógicamente, la señora Simond supuso el mayor desafío. Tenía la sensación de que debía su vida y la de sus dos hijos a Kirkland, y estaría encantada de atacar con un cuchillo a cualquiera que supusiera una amenaza para él.

Cuando Kirkland y Laurel entraron en la cocina, la cocinera levantó la cara con una mueca en la boca que no encajaba con la expresión risueña que siempre demostraba. Después de que él le presentara a Laurel, la cocinera inclinó la cabeza con brusquedad. Su «Milady» sonó como una maldición.

Sin inmutarse, Laurel dijo:

—¡Señora Simond, su cocina es excelente! Todo, desde la sopa de anoche hasta los huevos de esta mañana, ha sido impresionante. Kirkland me ha dicho que sus invitados a menudo suelen tentarla con ofertas, pero espero que esté a gusto en esta casa. Mi marido se merece lo mejor.

Con una pequeña sonrisa, la señora Simond dijo:

—Milord ha sido muy bueno conmigo. Le seré leal toda la vida.

La implicación estaba clara: ella le había fallado en el terreno de la lealtad.

Mientras ignoraba la indirecta con serenidad, Laurel dijo:

—Kirkland me ha dicho que suele dejar la confección de los menús en sus expertas manos. Y puesto que hasta ahora ha funcionado de maravilla, no tengo ninguna intención de interferir, pero me gustaría que me enseñara la cocina. —Sonrió a la chica que se encargaba de fregar los platos—. Y me gustaría conocer a sus ayudantes. Para confeccionar un plato se necesitan muchas manos.

La señora Simond presentó a las tres chicas que trabajaban con ella y luego acompañó a Laurel y a Kirkland hasta las despensas y a la bodega. Una vez más, las preguntas de Laurel demostraban su conocimiento y su agradecimiento por el trabajo que se realizaba en aquellas salas.

La visita ya casi había terminado cuando la señora Simond abrió la puerta de la trascocina y una criatura blanca y negra salió corriendo y pasó junto a Laurel y la cocinera agitando las patas con nerviosismo. Era un gato muy grande y corpulento. Rebotó contra las paredes y, cuando descubrió que todas las puertas estaban cerradas, decidió refugiarse debajo de una silla de madera, en el rincón.

—¿Y quién es este?

Laurel se dirigió hacia el escondite del animal.

—El gato de la cocina —respondió la señora Simond, mirando de reojo a Kirkland, como si quisiera disculparse—. Es medio salvaje y las personas le dan miedo, pero mata a todos los bichos.

—Toda cocina necesita, al menos, un gato. ¿Cómo se llama? —Laurel se arrodilló, con la falda del vestido arrugada a su alrededor, y alargó una mano mientras canturreaba—. Qué guapo eres. ¿Te das cuenta de la suerte que has tenido de que la señora Simond te haya adoptado?

—Lo llamo *Tejón*, porque es blanco y negro. —La señora Simond miró con cariño al animal—. Y porque le gusta esconderse debajo de las cosas. Es un gato tímido, tan tímido como grande. No deja que nadie lo toque. Apareció en el jardín de la cocina muerto de hambre. Empecé a darle comida y, cuando llegó el frío, decidió entrar.

—Estoy segura de que, antes de encontrarla a usted, no tuvo una vida fácil. —Laurel frotó las yemas de los dedos y el gato se acercó un poco. Era básicamente negro, con las patas y el hocico blancos, y unos enormes y apesadumbrados ojos verdes—. ¿Me dejas que te acaricie, *Tejón*?

Algo tímido, aunque atraído por la suave voz de Laurel, asomó la cabeza por debajo de la silla y se colocó encima de su mano. Tenía una cabeza muy grande y le faltaba un trozo de la oreja izquierda. Cuando ella empezó a rascarle el cuello, el animal cerró los ojos y ronroneó suavemente.

—¡A mí nunca me ha hecho eso! —exclamó la señora Simond, indignada.

—Ahora que sabe que está a salvo, tiene ganas de que lo acaricien, pero como es tan tímido estaba esperando que usted hiciera el primer movimiento —explicó Laurel—. ¿Puedo cogerte en brazos, *Tejón*?

Con cuidado, Laurel deslizó las manos por debajo del gato. Como el animal no mostró resistencia, ella lo levantó en brazos. *Tejón* apoyó la barbilla en su hombro y ronroneó.

A ella se le iluminó el rostro encima del pelaje negro del gato.

—¡Es un gato precioso, señora Simond!

Se movió para que el animal y la cocinera estuvieran cerca.

La señora Simond acarició la cabeza peluda del gato y el animal ronroneó con más ganas. Mientras Kirkland observaba aquella demostración de amor, pensó en lo mucho que *Tejón* y él tenían en común. Los dos sólo querían estar entre los brazos de Laurel.

—Ha sabido elegir a su acompañante felino, señora Simond. —Laurel dejó a *Tejón* en el suelo—. ¿Puedo venir a visitarlo si prometo no interferir en su trabajo?Añoro a mi gato *Sombra*, pero es demasiado mayor para viajar.

Con una mirada llena de esperanza, *Tejón* se apoyó en el tobillo de la señora Simond. La cocinera lo cogió y el gato se relajó en sus brazos, como había hecho con Laurel. Con el gesto amoroso, la señora Simond respondió:

—Claro que puede venir a visitarlo, milady.

Laurel y Kirkland salieron de la cocina y se dirigieron hacia la primera planta. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos de la cocina, Kirkland dijo:

—Siempre es aconsejable ganarse a la cocinera, pero es la primera vez que veo que alguien recurre a un gato para hacerlo.

Laurel se rió.

—Las cocineras, los gatos y las cocinas siempre van de la mano. *Tejón* sabe que ha encontrado un buen sitio, y se muere de ganas de demostrar lo agradecido que está.

—Tenías razón en que tendrías que ganarte al personal de la casa y

a mis amigos, pero lo has hecho de maravilla —replicó Kirkland, muy serio—. Parecía como... si realmente pudieras ser feliz aquí.

Y entonces se enfadó consigo mismo por presionarla.

Laurel borró la sonrisa de su rostro.

—Tienes una casa preciosa y muy buena gente a tu servicio, pero podría decir lo mismo de cualquier hotel mínimamente decente.

Él le abrió una puerta.

—Pero la mayoría de los hoteles no tienen un piano tan bueno como este.

Ella se relajó.

—Ahí llevas razón.

No obstante, Kirkland necesitaría algo más que un gato y un piano para conseguir que se quedara. Ojalá supiera qué.

23

Kirkland tenía cinco despachos distintos, sin contar los que estaban en las distintas propiedades que poseía en Escocia. Estaba la oficina gubernamental en un pequeño edificio sin ningún distintivo oficial con dos celdas en el sótano. Después, el despacho en el almacén de la naviera Kirkland, en los astilleros de Londres. Compartía despacho con su amigo Damian Mackenzie en el club de juego que tenían a medias, a pesar de que allí no solía ir a trabajar demasiado, excepto cuando Mac estuvo oficialmente muerto durante un tiempo.

También estaba el despacho en la planta baja de Kirkland House, donde trabajaba gran parte de su tiempo. Y, por último, en una esquina de su habitación había una mesa que utilizaba cuando quería trabajar hasta caer rendido directamente en la cama. Fue el que eligió después de que Laurel se marchara, porque allí podía quitarse la chaqueta, la corbata y las botas, y relajarse.

Hoy estaba demasiado nervioso para dormir, así que intentó estudiar varios informes llegados desde Francia mientras, en silencio, saboreaba el hecho de que su mujer estuviera al otro lado de la puerta. Puesto que las imágenes de ella durmiendo en sus brazos, o en sus brazos sin dormir, hacían estragos en su concentración, decidió redactar varias cartas y, después, disfrutar del resultado de asar fruta al fuego.

Había escrito unas diez cartas y la fruta ya casi estaba en su punto cuando alguien llamó desde la habitación de Laurel. Sorprendido, dio permiso, y ella entró en su habitación con timidez. Llevaba una bata oscura y sencilla y el pelo de color bronce recogido en una trenza y encima del hombro. Kirkland contuvo el aliento y se dijo que tenía la be-

lleza exuberante y profundamente femenina de una diosa, y que él sólo quería adorarla.

Después de un instante de delirios y especulaciones, aceptó que la actitud de Laurel no era ni siquiera remotamente seductora. Cuando vio que tras ella aparecía el silencioso y sigiloso gato *Tejón*, se levantó y preguntó:

—¿*Tejón* y tú no podéis dormir?

Ella sonrió y se echó la trenza hacia atrás.

—Yo no, pero *Tejón* sí. Estaba roncando sobre mi hombro. Me lo he llevado a la habitación para que me hiciera compañía. Espero que la señora Simond no se enfade conmigo por la veleidad del gato.

—Ya sabemos que los gatos tienen fama de dormir en camas distintas —comentó Kirkland.

—Sí, es algo muy masculino —murmuró ella—. En realidad, he venido porque estaba despierta y empezaba a tener hambre. Iba a bajar a la cocina cuando me ha llegado un olor delicioso de tu habitación.

—Tostar comida al fuego es una vieja costumbre del colegio. —Señaló hacia la chimenea, donde había varias manzanas y pequeñas ollas planas colgando de varios hilos frente al fuego—. Esta noche hace bastante frío, así que he decidido tostarme una pequeña cena. Las manzanas son mi capricho habitual. Hoy le he añadido varias ollas de queso derretido.

Laurel se rió, se acercó a la chimenea y se arrodilló para ver lo que Kirkland estaba tostando.

—¿Y a lady Agnes Westerfield nunca le molestó que sus estudiantes llenaran las repisas de clavos?

—Sabía que los chicos siempre tenemos hambre, así que nos dejaba muchas manzanas y mucho queso para que nos alimentáramos entre la cena y el desayuno. —Sonrió con melancolía—. Los años que pasé en la Academia Westerfield me encantaron y algunos de mis mejores recuerdos son sentado al fuego tostando manzanas y haciendo amigos.

—Daniel me explicó que os quedabais debatiendo de teología y filosofía hasta altas horas de la madrugada. —Laurel se levantó y se acu-

rrucó en el sillón que había frente al fuego—. Nunca me habló de tostar fruta al fuego.

—Como era una actividad poco digna, quedó como una especie de secreto entre los estudiantes. —Kirkland giró otro sillón hacia el fuego y lo colocó a cierta distancia de Laurel, para evitar las tentaciones de tocarla—. Pero no soy el único que sigue haciéndolo de adulto. Las manzanas todavía no están hechas, pero te puedo ofrecer cheddar tostado con pan marinero y un poco de vino blanco para acompañar.

—¿Qué es el pan marinero?

—Una galleta sencilla y seca que aguanta mucho tiempo. —Junto a la chimenea había una cesta cuadrada con cubiertos, vino, queso y una caja de latón con el pan. Cortó un trozo y se lo dio—. Se llama así por los marineros. No tiene demasiado sabor, pero es muy habitual en alta mar, porque no se estropea. Con queso, mejora mucho.

Laurel observó el cuadrado de pan.

—Queso con pan marinero, por favor. Y creo que *Tejón* también querrá un poco de queso.

El gato se había subido a su regazo y estaba mirando fijamente el queso mientras movía la cola.

Él cortó varias lonchas de queso y las dejó frente al fuego para el gato. Luego, vertió queso derretido encima del pan y le entregó un plato pequeño a Laurel.

—No está a la altura de la señora Simond, pero tiene su encanto.

—Un cheddar excelente —dijo ella, después de probar un bocado—. El vino blanco le iría de maravilla.

Entonces sirvió dos copas de vino blanco, y luego se sentó para disfrutar él también del pan con queso caliente. Le encantaba la familiaridad de compartir fuego y comida con Laurel. Aquellos pequeños momentos le hacían albergar esperanzas para su futuro.

Ella comió varios trozos más de pan con queso, bebió un poco de vino y, en voz baja, dijo:

—Tus criados tienen motivos prácticos para aceptarme, pero me preocupa la cena con tus amigos. ¿Cuándo habías pensado invitarlos para que me conozcan y cuántos serán?

—Dentro de dos o tres días. El tiempo suficiente para que compres la ropa adecuada. —Después, contó mentalmente—. Y serán cinco parejas, si están todas en la ciudad.

—Supongo que la lista de invitados incluye sólo a personas que tendrán una visión comprensiva de mi comportamiento poco propio de una esposa, ¿verdad? —preguntó, con cautela.

—Los hombres son todos amigos míos desde los tiempos en la Academia Westerfield, lo que demuestra que nunca fueron particularmente convencionales —dijo, para tranquilizarla—. Y ninguno de ellos se ha casado con el tipo de mujer que suele condenar a los demás de forma gratuita.

Laurel bebió un sorbo de vino.

—¿Y todos saben que te casaste y que tu mujer te abandonó? Si es así, seguro que han tenido tiempo de sobras para forjarse una muy mala opinión sobre mí. Y con motivo, puesto que fui yo quien te abandonó.

—Ashton lo sabe, porque es la clase de hombre con quien puedes hablar cuando tu vida se viene abajo. —Y Kirkland se había venido abajo cuando le había explicado a su amigo lo que había pasado. Ashton disponía de la compasión y la capacidad de aceptar cualquier cosa, y eso facilitaba que sus amigos le explicaran sus penas—. Mackenzie y Carmichael también lo saben, porque hace años que son estrechos colaboradores míos.

—¿Y los demás no saben que estás casado?

Laurel empezó a desmigar el pan marinero, nerviosa.

—No estoy seguro de si Randall lo sabe, porque se ha pasado mucho tiempo esquivando balas francesas en los sitios más incómodos. Y Wyndham no lo sabe, porque estaba encerrado en Francia. Su mujer, Cassie, sí que sabe lo del matrimonio, aunque no conoce los detalles. —Kirkland observó el rostro de Laurel. Parecía menos relajada que antes—. Pero, en cuanto te conozcan, se olvidarán de lo que hayan podido saber antes.

—Sobrevaloras mi encanto —dijo Laurel, muy tensa—. Seguramente, tus amigos se mostrarán más abiertos que sus mujeres. Las fémi-

nas, entre las que me incluyo, solemos ser muy parciales en lo que respecta a nuestros amigos.

Kirkland tuvo que reconocer, a regañadientes, que quizá tuviera razón. Las mujeres de sus amigos siempre habían defendido a capa y espada a aquellas personas que apreciaban, y entre esas personas estaba él. Al ser mujeres leales y cariñosas, a lo mejor les costaba entender por qué Laurel se había saltado los votos matrimoniales.

Seguro que, cuando la conocieran, todo cambiaba, porque ni siquiera sus mejores amigos lo hubieran descrito nunca como el marido ejemplar. Sin embargo, a corto plazo, a ella le costaría un poco.

—Te prometo que ninguna intentará arrancarte los ojos.

Laurel acarició a *Tejón*, que había vuelto a subir hasta su regazo. Las llamas del fuego se reflejaban en el anillo de casada.

—Al menos, tengo mi gato de ataque para protegerme.

A Kirkland le pareció que tenían que cambiar de tema de conversación, así que dijo:

—Las manzanas ya están listas. Normalmente, les echo azúcar y canela por encima, pero con el queso derretido también están buenas.

—Azúcar y canela, por favor.

Kirkland clavó el tenedor en una manzana caliente y jugosa, con la piel crujiente, y la dejó en un cuenco, espolvoreó azúcar y canela por encima y se la ofreció a Laurel.

—Mmmmm —dijo ella, después del primer mordisco—. No me extraña que a los chicos de la Academia les gusten tanto las manzanas tostadas. Con nata montada por encima estarían todavía más buenas.

—Sólo había nata algunas veces. —Sonrió encantado—. Manjares para los dioses.

Él se comió una manzana entera y aquellos sabores le devolvieron a sus tiempos en el colegio. Se estaba planteando servir más vino cuando Laurel dijo:

—Cuando he entrado, estabas en el despacho. ¿Alguna vez dejas de trabajar?

Él suspiró.

—No lo suficiente. Sin embargo, estoy intentando reducir el ritmo. Quiero tener tiempo para mi hijo. Hace tiempo que estoy preparando a varios gestores para las propiedades y los negocios y, puesto que la guerra contra los franceses va bien, el gobierno ya no me llama tan a menudo como antes.

—Supongo que no has tenido vacaciones desde nuestra luna de miel, ¿verdad?

Kirkland se dio cuenta de que tenía razón.

—Cuando te fuiste, las frivolidades ya no me apetecían —dijo, con sequedad—. Tú también te dedicaste en cuerpo y alma al trabajo.

—Cierto —admitió ella—. No sé cómo voy a ser una dama de vida ociosa este mes. —Dejó a *Tejón* en el suelo y se levantó mientras escondía un bostezo con la mano—. Aunque puedo pasarme el día durmiendo. La gestación consume una cantidad de energía increíble.

Kirkland se levantó.

—Estoy seguro de que lo estás haciendo tan bien como todo lo demás.

Laurel dudó un instante antes de decir:

—Eso espero. —Se acercó a él y le dio un delicado beso en la mejilla—. Buenas noches, James.

Casi de forma inconsciente, él la tomó por la cintura, la atrajo y el delicioso cuerpo de Laurel se amoldó al suyo. Con el camisón y la bata, era pura suavidad y ternura, con un delicioso aroma a lavanda. Cálida, tan cálida...

Durante unos segundos, ella se reclinó en él y suspiró de placer. Él la rodeó con los brazos.

De repente, la ternura de Kirkland se transformó en una pasión intensa y desatada. Inclinó la cabeza para besarla y deslizó la mano para cubrirle un pecho.

Ella se tensó, se apartó y dijo:

—No he venido por esto, Kirkland.

Él tragó saliva y no intentó agarrarla otra vez.

—Ya lo sé, pero igual que una deliciosa manzana tostada cubierta de nata, eres irresistible.

La risa de Laurel iluminó aquel instante.

—Una manzana normal y corriente, no uno de los deliciosos postres de la señora Simond. —Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta que conectaba las dos habitaciones—. Creo que ahora sí que me dormiré. Mañana será un día largo y agotador.

Tejón iba detrás de ella. Kirkland miró al gato.

—Quien te ha dado el queso he sido yo, felino desagradecido.

El gato dio media vuelta y lo miró, y luego corrió hacia él. Laurel sonrió.

—Amor culinario. Dejaré que cargues con el peso de los celos de la señora Simond cuando descubra dónde ha dormido el animal.

—Mi cocina mantiene el más que considerable apetito de esta bestia, así que lo menos que me merezco es algún beneficio.

Kirkland levantó al gato en brazos y le empezó a rascar el cuello peludo. *Tejón* le masajeó el pecho.

Cuando Laurel se marchó a su habitación, él lo dejó en el colchón y se desnudó. Ojalá fuera una buena señal haber conseguido que el gato se quedara a dormir con él.

Ahora sólo tenía que conseguir que también lo hiciera su esposa.

24

El exclusivo salón de Madame Hélier estaba discretamente ubicado detrás de Oxford Street, únicamente señalizado con una placa donde se leía HÉLIER'S en la puerta y que daba acceso al establecimiento. Mientras Laurel subía la escalera interior, sonrió ante la decisión de la propietaria de ubicar la tienda en un nivel superior a la calle. No sería bonito que el populacho mirara por las ventanas.

Cuando su marido la hizo entrar en el salón sereno y con mucho gusto, ella vio que el hecho de estar en una primera planta permitía la entrada de mucha luz natural por los ventanales. Seguro que aquella luz ayudaba a la hora de elegir colores.

Y había colores por todas partes. Los colores neutros y delicados de alfombras y muebles hacían destacar las telas que estaban expuestas en dos paredes. En voz baja, Violet dijo:

—¿Ha visto de qué forma tan delicada han decidido exponer las telas? Cualquier mujer que entre aquí verá, al menos, un color que le quede de maravilla.

—Tienes razón. Como esta seda marrón rojiza, que te quedaría de maravilla.

Laurel acarició la tela con los dedos para apreciar el suntuoso peso y la textura.

—Marrón Devonshire. —Violet miró la tela con ganas, pero dio media vuelta y se concentró en otras muestras—. Pero hoy hemos venido por usted, milady. Esta seda azul es preciosa. O este verde neblinoso. El brocado dorado.

Empezó a señalar distintas muestras de ricos materiales.

El sentido del color de Violet era impecable; hasta ella se daba

cuenta. Entonces se fijó en una cajonera enorme que había a un lado del salón. Tenía muchos cajones pequeños, cada uno marcado con una muestra de lo que había dentro. Botones de madera, o conchas marinas relucientes, o exquisitas piezas de porcelana Wedgwood. Metros y metros de cinta, encaje y otros adornos. Por primera vez en su vida, entendía perfectamente el placer puramente estético de la belleza.

Mientras Laurel y Violet disfrutaban entre colores y texturas, Kirkland y madame Hélier se saludaron de forma amistosa. Laurel intentó buscar señales de que Kirkland hubiera pagado fortunas por los vestidos de sus amantes en Hélier, pero no vio nada. A lo mejor las amantes frecuentaban distintos establecimientos.

Y cuando él le presentó a su mujer, la modista dijo:

—Lady Kirkland, bienvenida a mi modesto espacio.

Madame Hélier era una mujer menuda de mediana edad con un pequeño acento francés, y llevaba un elegante vestido gris perla que dejaba a la vista su talento. Mientras la observaba, lo hacía con la mirada perspicaz pero respetuosa.

Kirkland dijo:

—Mi mujer necesita un vestuario completo para estar preparada para cualquier ocasión, y lo necesitamos con una urgencia extraordinaria.

Mientras madame Hélier se reía, Laurel dijo con firmeza:

—No pienso llevar una vida social demasiado activa, así que sólo necesitaré un vestido de día y quizás otro de paseo, aparte de otro más formal para las cenas con los amigos.

—Necesitará más —replicó Kirkland, que la miró fijamente—. Tenemos pensado ir a la ópera y al teatro. Y al Anfiteatro de Astley, claro.

—¿Y no puedo ponerme siempre el mismo vestido? —preguntó ella, aunque ya sabía la respuesta.

—Si lady Kirkland sólo tuviera un vestido de noche, sería muy comentado —dijo él, muy serio—. Londres me consideraría un marido negligente y tacaño.

Ella arrugó la nariz.

—No sería justo, pero es que tantos vestidos parecen un derroche.

—Empezaremos por un vestido de día, uno de paseo y uno de noche. Más adelante, podemos ir añadiendo más —dijo madame Hélier, con mucho tacto—. Lady Kirkland, ¿cuál es su estilo personal? ¿Cómo quiere presentarse ante la sociedad?

Laurel jamás había pensado en la ropa en esos términos. No tenía un estilo personal definido; sólo tenía ropa cómoda y práctica para no tener que pensar demasiado en eso.

—Mi estilo personal es cómodo. Violet, ¿cómo quiero presentarme ante la sociedad?

—Simplicidad clásica —respondió la doncella sin pensárselo dos veces—. Un estilo intemporal, favorecedor y elegante.

—Un estilo parecido al de madame Hélier —añadió Kirkland—. Pero con más color.

La mujer francesa arqueó las cejas.

—Vaya, nunca me habían puesto como modelo para mis clientas. —Se acarició el vestido gris—. Igual que el mobiliario del salón, deseo permanecer en un segundo plano.

—Pero usted tiene una elegancia muy discreta —dijo Laurel, mientras admiraba el corte del vestido de madame Hélier. Le quedaba como un guante y la tela flotaba alrededor de su delicada silueta—. Me gustaría ofrecer un aspecto similar. —Miró a su marido—. Pero con más color.

Kirkland le sonrió.

—También necesitará un traje para montar. Zapatos, capa y apuntalamientos. Violet, tienes un talento natural para peinar a lady Kirkland. ¿Te gustaría recibir clases de un maestro en peluquería?

—¡Sí, por supuesto! —contestó y abrió los ojos emocionada.

Laurel se dijo que prepararse para ser una condesa como Dios manda puede que fuera tedioso para ella, pero a Violet le estaba encantando. Además, la chica también saldría ganando, puesto que era tradición que una dama regalara los vestidos que ya no quería a su doncella, para que ésta los revendiera. Teniendo en cuenta que Kirkland estaba insistiendo en que su mujer comprara lo mejor de lo mejor, Violet acabaría sacando tanto dinero de los vestidos que su señora le diera que tendría suficiente para montar su negocio de ropa.

—Lord Kirkland, tenemos que tomar las medidas a lady Kirkland, y a lo mejor le probamos un vestido nuevo —dijo madame Hélier—. ¿Quiere esperar en el salón de caballeros o prefiere marcharse?

—Me he traído trabajo, así que esperaré. —Se había traído el despacho portátil, así que se lo llevó mientras una ayudante de madame Hélier lo acompañaba hasta un salón contiguo. Cuando Laurel lo perdió de vista le estaban preguntando si quería té, jerez o cualquier otra bebida.

—Al menos, mi marido no se aburrirá —comentó Laurel a Violet, cuando entraron en el probador en la parte trasera de la tienda.

—Si necesita entretenimiento, he traído un libro de poesía, milady. Lord Byron —dijo Violet.

Sin embargo, su mirada se deslizaba maravillada por todas aquellas telas. Allí dentro había más que en el salón.

—Ahora vamos a quitarle el vestido para tomarle las medidas, lady Kirkland. —Madame Hélier señaló un pequeño estrado—. Suba aquí, por favor.

Laurel entregó el chal a una ayudante y subió, pero dijo:

—Estoy en estado, así que los vestidos nuevos deben poder adaptarse a las circunstancias.

—¡Enhorabuena a usted y al conde! —La alegría de la modista por ellos parecía auténtica—. Me aseguraré de que los vestidos nuevos le queden de maravilla desde ahora hasta el momento del parto.

Laurel tuvo que reconocer que era difícil no disfrutar de aquel proceso cuando todos a su alrededor eran tan amables y se mostraban tan entusiasmados. Violet ni siquiera llegó a abrir el libro de poesía. Estaba demasiado ocupada recorriendo hasta el último centímetro de la tienda.

Cuando le quitaron el sencillo vestido que llevaba, bajó la voz y dijo a la modista:

—La seda de color marrón Devonshire del salón... ¿Está de acuerdo conmigo en que sería maravillosa para mi doncella?

—Por supuesto. Haría destacar los tonos dorados de su piel.

—Añada a mi pedido tela suficiente para hacer un vestido. Estoy segura de que Violet confeccionará una prenda maravillosa.

La chica se merecía algo nuevo, no un vestido de segunda mano.

Madame Hélier asintió.

—Cuente con ello. —Observó el corsé de Laurel y lo tocó con gesto pensativo—. Una de mis ayudantes es una excelente corsetera, de modo que tenemos varios corsés de distintas tallas y formas. Un buen vestido necesita una buena base. Me gustaría que se probara uno de los corsés de Betty.

—Siempre que sean cómodos —respondió Laurel, cautelosa.

—Lo son. Cuando tengamos sus medidas, Betty puede hacérselos a medida, pero de momento los que tenemos en la tienda le irán de maravilla.

Laurel suspiró y dejó que Betty le quitara el corsé viejo y roto y le pusiera uno nuevo que le quedaba bastante bien y no era incómodo. Decidió que, si la convencían de que saldría ganando, podía acostumbrarse a él.

Madame asintió encantada cuando Betty le ató los cordones del corsé.

—Va a tener que escoger telas y, si quiere tener más dónde elegir, al otro lado de la calle hay una tienda de telas, pero, por ahora, tengo un vestido de día que le quedará fenomenal.

Hizo un gesto a una de las ayudantes, que entró en una sala contigua y regresó con un vestido de color naranja oscuro.

—En la tienda, tengo varios vestidos parcialmente cosidos que se pueden arreglar de forma rápida si una señora necesita un vestido con urgencia.

Presa de la curiosidad, Laurel preguntó:

—¿Todas las modistas de Londres tienen tantas telas, adornos y corsetería propia?

—No, Madame Hélier es única. Decidí que mis clientas saldrían ganando si les ofrecía el máximo número posible de servicios en un mismo establecimiento —explicó la mujer francesa—. También ofrezco rapidez sin sacrificar la calidad. —Sujetó el vestido—. Este color se llama «capucine» y le quedará espectacular. Levante los brazos para que la ayude a ponérselo.

Laurel levantó los brazos y madame Hélier le puso el vestido por la

cabeza. Cuando hubo atado las cintas de la espalda, clavó algunas agujas para marcar los arreglos.

—Necesitará pocos retoques. Dése la vuelta y mírese en el espejo.

Laurel se volvió y se quedó boquiabierta. Jamás se había puesto nada parecido a aquel tono naranja oscuro, y le favorecía mucho al tono de pelo y piel. Era un poco más escotado de lo que solía ponerse, pero no tanto como para sentir la necesidad de ponerse un pañuelo. Las mangas y los bajos estaban ribeteados con cinta de color melocotón y la tela flotaba a su alrededor. De repente, parecía recatada, digna y un poco provocativa.

—Madre mía —suspiró—. Tenía razón respecto al corsé. ¿Cuánto tardará en terminar este vestido para que pueda ponérmelo?

—Menos de una hora. —Encantada, la modista le quitó el vestido y se lo entregó a un par de ayudantes para que procedieran con los retoques—. ¿Le apetece una taza de té con galletas para sobrellevar la espera? Mientras tanto, podemos decidir las telas y los estilos de los demás vestidos. También tengo algunos accesorios que pueden gustarle.

—Un té, por favor. —Laurel levantó la voz—. Violet, necesito tu ayuda para elegir materiales y estilos.

—Mientras miramos muestras, su doncella puede peinarla. —La modista se volvió hacia Violet y dijo—: ¿Un recogido alto como el mío?

Violet asintió.

—A mi señora le quedará muy bien.

Enseguida la mesa redonda que estaba a un lado del salón estuvo llena de tazas de té, muestras de telas, platos de porcelana y muñecas vestidas al detalle para mostrar la última moda. A Laurel la sorprendió descubrir que le gustaba mucho comentar las opciones con dos expertas.

Cuando el vestido naranja estuvo listo, ya había encargado media docena más, numerosos accesorios, y se había gastado más dinero de Kirkland de lo que quería pensar. Tenía mala conciencia, aunque no tanta como esperaba.

Madame Hélier la ayudó a vestirse y, al final, le ató una cinta del mismo tono «capucine» alrededor del cuello. El broche final fue un

chal con un precioso estampado indio. El intenso colorido del chal era el complemento perfecto para el vestido.

—¡Ya está, milady! Mírese en ese espejo y luego vaya a enseñarle a su marido lo elegante que está.

Laurel se miró en un espejo de cuerpo entero. Parecía... una señora. Sofisticada, segura de sí misma e incluso, aunque pareciera mentira, elegante.

—Es usted una artista, madame.

Con la cabeza bien alta, salió del probador, cruzó la tienda y abrió la puerta del salón de caballeros.

Kirkland estaba leyendo un documento con el ceño fruncido, pero cuando Laurel entró levantó la cabeza... y se quedó de piedra. Sus ojos reflejaban sorpresa, aprobación, y deseo. Ella giró sobre sí misma para enseñarle el conjunto entero.

—Contempla el trabajo de madame Hélier.

Él se levantó y la miró fijamente.

—Estás... exactamente como deberías. Como una señora. Como una condesa. Como una mujer que ha conseguido cosas importantes y se merece un respeto. —Sonrió—. También pareces una niña con zapatos nuevos. ¿Te lo has pasado mejor de lo que esperabas?

—Pues sí. —También descubrió, algo incómoda, que había pasado de ser la esposa reacia a la mujer que quiere complacer a su marido. Apartó aquella idea para reflexionar más adelante—. Madame Hélier me lo ha puesto muy fácil y me hará los vestidos justos. Me ha prometido un vestido de día y uno de noche para mañana, así que estaré lista para cuando invites a tus amigos.

Los ojos de Kirkland brillaron con diversión.

—Igual que esto te ha gustado más de lo que esperabas, espero que mis amigos también te gusten más de lo que esperas.

Ella no lo tenía tan claro. Una modista dispuesta a complacer era muy distinto a unos buenos amigos que tendrían sus dudas sobre una esposa que llevaba diez años lejos de su casa. Pero, al menos, afrontaría el interrogatorio muy bien vestida.

Moody observó con satisfacción cómo los pasajeros del carruaje se apeaban frente a Kirkland House. El capitán Hardwick tenía razón: ese Kirkland era un conde. Ah, la esclava bajó del segundo carruaje. Era la chica más guapa que había visto jamás. Hasta la esposa de Kirkland, a la que recordaba como poca cosa, parecía preciosa.

El barco del capitán estaría en Londres dentro de poco. Entonces, sólo tendrían que atrapar a esa zorra y largarse con ella. Moody se relamió los labios. Cuando el capitán hubiera terminado con ella, quizá la compartiera con los demás.

25

Violet estaba terminando de desayunar cuando se acercó Jasper Rhodes. Había sido muy amable al presentarle a todo el personal de Kirkland House y ella sospechaba que le había allanado el camino.

No obstante, no habían vuelto a hablar desde el viaje a Londres. Como ayuda de cámara de lord Kirkland, Rhodes era uno de los miembros más importantes de la casa, y casi nunca comía en el comedor de los criados. Y, cuando lo hacía, era el centro de atención de dos jóvenes criadas. Unas criadas jóvenes, guapas y rubias. Violet sabía que esas chicas tenían casi su misma edad, pero ella se sentía mucho más mayor en experiencia y, por desgracia, nunca sería rubia.

Daba igual. Sí que había cosas que quería preguntarle, o explicarle historias que quizá le parecieran divertidas, pero ella estaba allí por trabajo, no para chismorrear, y sabía lo afortunada que era de tener ese puesto. Sin embargo, cuando el chico se sentó en la silla vacía que había a su lado, ella sonrió.

—Casi no te he visto, Violet. Los dos hemos estado muy ocupados —dijo él, con una sonrisa contagiosa—. Pero te veo muy bien. ¿Te gusta vivir en Kirkland House?

Había una taza limpia en la mesa, así que ella le sirvió té.

—Todo el mundo ha sido muy amable. Y creo que tú tienes que ver con eso, así que te doy las gracias.

Él se encogió de hombros y bebió un sorbo de té.

—Sólo dije que creía que encajarías muy bien y, por lo que he oído, así ha sido.

—Lady Kirkland es la mejor señora que he tenido en la vida. Haría cualquier cosa por ella. —Y, aunque era cierto, quizás había hablado

demasiado. En cualquier caso, continuó—: Yo tampoco te he visto mucho. ¿Comes en otro sitio?

—A veces. El señor me encarga algunos trabajos especiales. —Sin entrar en más detalles, Rhodes le preguntó—: ¿Qué es eso que he oído de una clase de defensa personal para mujeres que se realizará en el salón esta mañana?

—Ha sido idea de lord Kirkland. Conoce a una mujer que sabe luchar y ha aceptado darnos unas clases básicas —explicó ella—. Están invitadas todas las mujeres de la casa, desde la condesa hasta las criadas.

Rhodes arqueó las cejas.

—¿Debería darme miedo pedirte si quieres ir a dar un paseo conmigo esta tarde, que es tu día libre? ¡Quizá quieras practicar lo que hayas aprendido con algún hombre indigno!

A Violet se le aceleró el corazón.

—Siempre que te comportes como un caballero, estarás a salvo. Pero ¿tenemos permiso para salir juntos?

—Mientras cumplamos con nuestras obligaciones y seamos responsables, no habrá ningún problema —respondió Rhodes—. Kirkland trata a sus criados como adultos, no como niños. Y los que quieren aprender más y asumir más responsabilidad, tienen la oportunidad de hacerlo.

—Espero que esta idea se extienda. En la mayoría de las casas, tratan a los criados como una mezcla de niños y ladrones. —Y a los esclavos los trataban todavía peor—. Pero estoy segura de que no todos los criados de Kirkland House son responsables. Entonces, ¿qué pasa?

—Reciben un aviso y, si no mejoran, se van. —Rhodes se terminó el té—. Pero es muy raro que suceda. Todos los que trabajamos aquí sabemos la suerte que tenemos.

Igual que ella.

—Entonces, si no van a despedirme, me encantaría dar un paseo contigo. Con la señora he ido a algunas tiendas y cada día la acompaño a pasear por el parque que hay delante de la casa, pero no me he aventurado yo sola. No he tenido tiempo. —Suspiró—. Y, para ser sincera, me da miedo salir sola.

—Y haces bien. —Rhodes frunció el ceño—. Me he informado sobre ese tal capitán Hardwick. Es un pieza de cuidado, pero conmigo estarás a salvo.

Violet había visto con sus propios ojos lo peligroso que podía ser Kirkland, así que no era de extrañar que su hombre de confianza también tuviera sus propias habilidades. Sonrió.

—Esperemos que luzca el sol.

—Haré una petición especial —prometió Rhodes mientras se levantaba de la silla—. Hasta luego. Disfruta mucho aprendiendo a pegar a los hombres.

Aunque no sabía si le gustaría, Violet tenía la intención de aprender lo máximo posible. No obstante, no todos los hombres se merecían una paliza, y cada vez estaba más segura de que Jasper Rhodes era de los buenos.

¿Cómo ha ido la clase de autodefensa? —preguntó Rhodes cuando se encontraron en el salón de los criados para salir a dar un paseo.

Violet señaló a las criadas que entraban en el salón muy emocionadas.

—¡Ha sido maravilloso! Mira qué bien se lo han pasado todas.

—Me lo explicas mientras paseamos.

—Antes, me gustaría comer algo. —Violet miró una cesta de panecillos acabados de hacer que había en una repisa, listos para servir—. Aprender a defenderme de posibles asaltantes me ha abierto el apetito.

Rhodes cogió dos panecillos y le dio uno.

—Esto debería bastar hasta que lleguemos a Shepherd Market. Está muy cerca y hay todo tipo de comida. Como ves, he conseguido que luzca el sol, aunque no sé cuánto durará.

Violet añoraba el sol de Jamaica, pero prefería morir a volver a ser esclava allí. Se puso el sombrero y el chal y salieron por la puerta de atrás de Kirkland House, que daba a las callejuelas que había detrás de las grandes casas de Berkeley Square. Los opulentos carruajes y los caballos también se guardaban en aquellas callejuelas, y los mozos de cua-

dra y los conductores vivían en bloques de apartamentos. Era un lugar animado, aunque una chica siempre tenía que mirar dónde pisaba.

Mientras ella masticaba el pan fresco, Rhodes dijo:

—Háblame de la clase. —Él también dio un buen mordisco a su pan—. Quiero saber a qué atenerme.

—La profesora es Hazel Wilson. Creo que trabaja para el señor, pero no aquí.

Rhodes asintió.

—Sí, conozco a Hazel. Si te la cruzas por la calle, no darías dos peniques por ella, pero es una mujer con muchos recursos.

—¡Ya lo he visto! Ella y la señora Stratton han encontrado varios colchones de plumas en el desván y los han colocado en el suelo para amortiguar cualquier caída.

—¿Cuántas mujeres han asistido?

—¡Todas! —exclamó Violet—. Incluidas la señora Stratton y la condesa.

Rhodes arqueó las cejas.

—Es... preocupante que tantas mujeres sientan la necesidad de aprender a protegerse.

—Si fueras mujer lo entenderías —respondió Violet enseguida.

—Culpable, lo reconozco —dijo Rhodes, con una sonrisa—. ¿Y qué os ha podido enseñar Hazel en una mañana?

Violet pensó antes de hablar, porque quería explicarlo bien.

—Nos ha dicho que la defensa empieza en la mente. Si estás fuera, tienes que ser consciente de lo que te rodea. Si un hombre te pone nerviosa, tienes que reconocer el sentimiento y marcharte o prepararte si no existe la posibilidad de hacerlo. Si te atacan, reacciona de inmediato. No puedes quedarte pasiva como un ratón esperando que ese bruto no te haga daño. Grita, da patadas, muerde, empuja. La resistencia bastará para alejar a ciertos atacantes.

—Hazel tiene razón. ¿Qué más os ha enseñado? —preguntó Rhodes.

—Nos ha dicho que no tengamos miedo a hacernos daño, porque tenemos muchas posibilidades de que nuestro atacante nos lo haga des-

pués. Puesto que las mujeres soportan el dolor del parto, también pueden soportar cuatro moretones mientras luchan por salvar la vida.

—Es un buen consejo —dijo Rhodes—. Si te atacan, pelea todo lo que puedas porque, con la mezcla de miedo y nervios, seguramente no notes el dolor.

—¿Y después?

Él se rió.

—Después te dolerá todo el cuerpo, pero no pasa nada porque ya estarás a salvo. ¿Qué trucos os ha enseñado?

—Nos ha dicho que aprender a pelear bien requiere mucho tiempo, pero hay algunas cosas muy sencillas que cualquier mujer puede hacer. Clavar los dedos en los ojos del hombre, o en la garganta, o en otras partes blandas y vulnerables. —Violet dibujó una uve con los dedos índice y corazón y los clavó en el aire—. O doblar los dedos hacia atrás.

Agarró la mano de Rhodes y le retorció el dedo pequeño hasta que él la apartó y dijo:

—Muy astutra, y no tienes que ser muy fuerte para hacer estas cosas. ¿Cómo le ha ido la clase a lady Kirkland?

—Mal —admitió Violet—. No es que no sea valiente, porque ya te expliqué que me salvó de un comerciante de esclavos. Pero es que no puede pegar a otra persona.

Él hizo una mueca.

—La gente realmente buena no sabe luchar. ¿Y a ti cómo te ha ido?

Ella sonrió tanto que enseñó los dientes.

—Muy bien. Y tengo los moretones que lo demuestran.

—Me alegro. Tienes que cuidarte. —Rhodes señaló una calle estrecha a la izquierda—. Esto nos lleva a Shepherd Market. ¿Qué te apetece comer? El pastel de carne es uno de los mejores de la ciudad.

Rhodes tenía razón; el pastel estaba delicioso, igual que las patatas asadas rellenas de mantequilla y hierbas aromáticas. Para bajar toda la comida, fueron a otro puesto y compraron dos vasos de limonada. Shepherd Market era como una feria, con música y artistas callejeros ubicados entre los puestos donde se podía comprar comida, verdura fresca, utensilios de cocina y ropa de segunda mano.

Violet no recordaba la última vez que se había divertido tanto. Era precioso salir con un hombre que le gustaba y a quien ella también gustaba y la respetaba.

Estaba observando el puesto de pan de jengibre cuando Rhodes dijo:

—Tenemos que irnos. Hay otro lugar donde quiero llevarte de camino a casa. Una confitería que se llama Gunter y que está al otro lado de Berkeley Square. Hacen unos pasteles preciosos y muy buenos, pero la especialidad son los helados.

Mientras regresaban, paseando y disfrutando del sol, ella lo tomó del brazo, aunque le dio mucha vergüenza. Era la primera vez que se atrevía a hacer algo así con un hombre. Él sonrió, le acarició la mano y no hizo nada que provocara que ella se arrepintiera de haber dado ese paso.

Cuando se acercaron a su destino, Rhodes le explicó:

—Es una tienda muy elegante. ¿Ves todos esos carruajes aparcados en la plaza? Las señoras se comen su helado dentro, y los acompañantes se comen los suyos apoyados en la barandilla, mientras los camareros van de un lado a otro de la calle con los pedidos.

Rhodes llamó a un camarero que acababa de entregar unos helados y que corría otra vez hacia la confitería. Violet no oyó qué le dijo, pero el joven asintió y fue hacia la tienda.

—Los camareros van muy deprisa —comentó Violet mientras otro chico cruzaba la calle.

—Porque los helados se derriten muy deprisa. Por eso todo el mundo se los come aquí mismo. Si intentáramos llevárnoslos hasta Kirkland House, estarían líquidos.

Después de varios minutos de espera, el camarero regresó y Rhodes le pagó lo que a Violet le pareció una cantidad desorbitada. Entonces se volvió hacia ella, le entregó uno de los platillos y ella se quedó sin respiración cuando vio que el helado tenía la forma de una delicada flor rosa.

—¡Qué bonito! Vamos a sentarnos en aquel banco, detrás de aquellos árboles. Parece un rincón bastante escondido.

Rhodes asintió y, por supuesto, cuando llegaron al banco, los helados habían empezado a derretirse. Violet se sentó entre el crujir de la falda y probó el helado con la cucharilla. Se le llenó la boca de una delicia helada.

—¡Está delicioso! ¿Qué sabor es? No lo reconozco.

La miró con una sonrisa que le llegaba hasta los ojos.

—Es violeta. Tienen distintos sabores de flores, y esperaba que hoy tuvieran el de violeta.

Violet se mordió el labio y se le humedecieron los ojos.

Preocupado, Rhodes preguntó:

—¿No te gusta comerte un helado con tu nombre?

Ella contuvo las lágrimas.

—Es que... Ningún hombre ha intentado nunca complacerme de esta forma.

—Me alegro de ser el primero.

Llenó la cuchara de helado y se la ofreció.

Ella se inclinó hacia delante y lamió aquella fría dulzura, y luego hizo lo propio con él. Él aceptó la cuchara encantado.

Cuando terminaron, Rhodes recogió los platos y las cucharillas y los dejó en el suelo, debajo del banco. La miró a los ojos y, muy serio, dijo:

—Si fueras cualquier otra chica, intentaría robarte un beso. Pero siendo quien eres, voy a preguntarte si te importaría que te besara.

Ella contuvo el aliento.

—No soy una delicada chica inglesa.

—Ya lo sé —respondió él—. Y por eso me pareces tan intrigante.

Ella lo miró a la cara, una cara que le había parecido muy normal cuando lo conoció. Pero, cuanto más lo conocía, más atractivos le parecían sus inteligentes ojos grises, las arrugas de tanto sonreír y la discreta competencia que irradiaba.

Aquel rincón debajo de los árboles era muy íntimo. Lo suficiente para un beso. Sin decir nada, se inclinó hacia delante y le rozó los labios. Sabía a helado de violeta, a amabilidad y a deseo contenido.

Él contuvo el aliento y luego le devolvió el beso, y Violet supo que su vida se había abierto a nuevos caminos que jamás había soñado.

Adoraba los helados y había muchas posibilidades de que también acabara adorando a ese hombre.

La goleta del capitán Hardwick, el *Reina de Jamaica*, parecía un barco de carga como cualquier otro, amarrado en el puerto de Londres. Nada hacía sospechar que era un barco de tráfico de esclavos, pero cuando Moody subió a bordo, enseguida detectó el persistente olor a esclavos.

Esta vez, el capitán no lo hizo esperar demasiado. Giró la silla sobre el eje y vociferó:

—¿La has encontrado?

Moody asintió.

—Vive en Kirkland House, en Berkeley Square. Nunca la he visto salir sola, pero la esposa de Kirkland y ella salen a pasear casi a diario, a media tarde. Las acompaña un lacayo, pero como es el barrio de Mayfair, nadie espera que pase nada. Atraparla y traerla hasta aquí debería ser bastante fácil.

Hardwick apretó los labios.

—Deberíamos hacerlo cuando suba la marea, para poder zarpar enseguida. Además, después de todos los quebraderos de cabeza que me ha ocasionado, también quiero a lady Kirkland, así que necesitaré un carruaje grande. —Murmuró una grosería—. Violet se está convirtiendo en la esclava más cara que jamás he comprado.

—Es una chica muy guapa, pero cuando la haya disfrutado unos meses y vuelva a las Antillas, ya se habrá aburrido de ella y podrá venderla. Si no le hace daño, recuperará casi todo lo que pagó por ella.

El capitán gruñó:

—¡Pero es que quiero hacerle daño!

Moody se encogió de hombros. Le daba igual lo que Hardwick hiciera con sus esclavos.

—¿Qué quiere que haga?

—Sigue vigilándolas. Cuanto más sepamos de su rutina, más fácil será todo. Cuando el barco esté preparado y la marea suba, estaremos listos. —Se relamió los labios—. ¡Ya he esperado suficiente!

26

Aparte de la clase de defensa personal que acabó de convencer a Laurel que lo mejor era quedarse cerca de un hombre protector como Kirkland, pasó dos días de relajación después de visitar el taller de madame Hélier. Kirkland se pasaba gran parte del día fuera de casa, seguramente recuperando las horas de trabajo que había perdido persiguiendo a la esposa que lo había abandonado hacía diez años.

Así pues, tenía la libertad para levantarse tarde, leer, pasear por el parque que había delante de la casa, tocar el piano y echar alguna cabezadita. Su marido la acompañaba en las comidas y a veces tocaban el uno para el otro, aunque no volvieron a tocar a cuatro manos. Era la época más tranquila que había vivido en años.

No obstante, las vacaciones se habían terminado y había llegado el día de la temida cena con los amigos de James. Mientras ella miraba su reflejo en el espejo, Violet dijo:

—Este recogido alto le queda muy bien, señora.

Enrolló un tirabuzón de pelo para que le cayera justo encima del hombro.

Laurel asintió ante tanta perfección, pero comentó:

—Todo desaparecerá en cuanto salga por la puerta de la habitación.

Violet sonrió.

—Seguirá estando preciosa e impresionará a esas personas que tanto le preocupan. Y ahora no se mueva, que le pondré un poco de color en las mejillas.

—Me he convertido en una mujer pintada —dijo, muy seca, aunque tenía que admitir que estaba mucho mejor con un poco de colorete, y más cuando estaba pálida por los nervios.

Cuando Violet se apartó, Laurel se levantó y se miró en el espejo del tocador. El vestido de noche de madame Hélier era del mismo tono azul celeste que a Kirkland le gustaba, pero el corte y el estilo eran mucho más refinados que los del vestido que había regalado después de la sangrienta muerte en los jardines de Zion House. Estaba elegante y digna, y lo más cerca de la belleza de lo que lo estaría jamás.

—Tengo un regalo para ti, Violet. Una muestra de agradecimiento por tus esfuerzos por hacerme parecer una condesa como Dios manda. —Laurel había escondido la seda marrón Devonshire en el armario, así que sacó el paquete y lo entregó a la doncella—. Espero que te guste.

Violet lo desenvolvió con cuidado y luego se quedó mirando aquella preciosa tela.

—¡Oh, señorita Laurel! Nunca me habían hecho un regalo así. —Acarició la seda con los ojos humedecidos—. Y no es el regalo, sino... que pensara en tener un detalle conmigo.

—Estoy convencida de que convertirás esta tela en algo realmente espléndido —dijo Laurel.

—Espléndido y muy, muy especial —respondió Violet, en voz baja.

Alguien llamó a la puerta que separaba las dos habitaciones. Violet se secó las lágrimas con el puño y luego la abrió para que Kirkland pudiera entrar en la habitación.

—Como dijiste que irías de azul, tengo un pequeño regalo para ti. —Cuando Laurel se dio la vuelta, él se paró en seco—. Dios mío —suspiró—. Siempre estás preciosa, pero esta noche estás... espectacular.

Ella se sonrojó. Sí, le gustaba complacer a su marido.

—Tú también estás espectacular, milord.

—Ir por la ciudad aparentando ser un señor elegante es un disfraz muy útil —dijo y le ofreció una caja de joyería, muy tímido.

Laurel contuvo la respiración cuando la abrió. Dentro, había una elegante cruz de oro con zafiros incrustados, acompañada de dos pendientes de aro con más zafiros incrustados. No obstante, más importante que la belleza de la pieza era que fuera una cruz. Como había dicho Violet, lo más bonito era la intención de hacer un regalo porque, en este

caso, suponía el reconocimiento de su marido de que la fe era una parte vital de su vida.

—Es preciosa. —Sacó la cruz de la caja. La cadena de oro era elaborada y los zafiros lanzaban llamaradas de fuego azul—. Y perfecta para este vestido. Violet, quítame las perlas, por favor.

El collar doble de perlas había sido un regalo de sus padres para su decimosexto cumpleaños y eran bonitas, pero no particularmente interesantes. Esa noche, quería parecer interesante.

—Lo haré yo.

Kirkland le quitó las perlas y las deliciosas caricias de sus cálidos dedos le provocaron escalofríos.

Laurel tragó saliva, se quitó los pendientes de perlas y se puso los aros de zafiros. Luego, se quedó muy quieta mientras su marido le ponía el collar de la cruz. Entonces se dijo que no tenía que pensar en aquellos cálidos dedos que le calentaban la sangre...

La cadena era del largo perfecto; justa para que la cruz quedara por encima del escote del vestido.

—Perfecta. —Se volvió—. Siempre sabes lo que hay que hacer.

—Ah, ojalá fuera cierto —murmuró él—. ¿Bajamos? Los invitados deben estar a punto de llegar.

Ella aceptó el brazo que le ofrecía.

—Con valor y a la batalla, milord.

—A la batalla, no —protestó él—. Sólo es una cena tranquila con amigos que todavía no conoces.

—¡Ojalá tengas razón!

Cuando salieron de la habitación, Laurel dijo a Violet que ya no la necesitaría más. Suponía que la chica se pondría a esbozar diseños para el vestido de seda.

Al llegar al pasillo, oyeron unas conversaciones muy animadas que venían de la planta baja.

—Parece que varios invitados ya han llegado —comentó Kirkland mientras bajaban las escaleras—. Los Ashton y los Randall vendrán juntos, puesto que siempre que están en Londres, los Randall se alojan en Ashton House.

Laurel recordó que Ashton era un duque.

—¿Tan buenos amigos son Ashton y Randall?

—Sí. Ashton House es enorme y, mientras estuvo en el ejército, Randall no solía estar en Londres y, por lo tanto, no necesitaba una residencia aquí. Ashton le ofreció sus propias dependencias para cuando quiera utilizarlas.

El duque parecía un hombre generoso.

—¿Incluso ahora que los dos están casados?

—Sus esposas, Mariah y Julia, son muy buenas amigas. —Kirkland la miró y le sonrió—. Ya te irás aclarando.

Para Laurel, aquellas palabras encerraban la realidad de que aquellas personas se conocían muy bien y que ella era una extraña. Alzó la barbilla. Nadie había dicho que sería fácil, pero tendría que hacerlo si pretendía dividir su tiempo entre Londres y Bristol. No tenía que entablar una amistad íntima con ninguna de esas mujeres. Una actitud civilizada bastaría.

Cuando se acercaron a las escaleras, Kirkland dijo:

—Y ahora vamos a desvelar a mis amigos la sorpresa que les había prometido.

Laurel se detuvo y lo obligó a detenerse también.

—¿No les has explicado por qué los has invitado?

—No querías que se forjaran opiniones falsas sobre ti, así que una presentación sorpresa me pareció lo mejor.

Laurel entrecerró los ojos.

—Esta es una de esas excepcionales ocasiones en que entiendo los impulsos violentos. Un pequeño empujón hacia las escaleras y...

Él sonrió.

—De verdad que creo que es lo mejor, porque cuando te conozcan entenderán por qué me enamoré perdidamente de ti.

Ella puso los ojos en blanco, pero empezó a bajar las escaleras.

—Vamos a ver si tu teoría es cierta.

Mientras Laurel y Kirkland descendían las escaleras, él le acarició la mano en la parte interior del codo. A pesar de toda la tensión que los rodeaba, las caricias de su marido la seguían tranquilizando.

Aparecieron y vieron a los invitados que estaban en el vestíbulo. Cuatro de las cinco parejas invitadas habían llegado. Todos eran muy atractivos e iban tan bien vestidos que intimidaban. Eran la viva imagen de la clase alta de Londres.

La conversación se detuvo y Laurel notó ocho pares de ojos llenos de curiosidad puestos en ella.

—Buenas noches —dijo Kirkland, en un tono amistoso—. Gracias por venir esta noche a conocer a mi esposa, Laurel.

Todos contuvieron la respiración y las miradas se intensificaron. Varios hombres adoptaron una expresión fría, igual que una de las mujeres, una pelirroja muy elegante. Los demás invitados parecían básicamente sorprendidos.

Laurel y Kirkland llegaron al pie de las escaleras y un hombre rubio muy apuesto se adelantó con una sonrisa. Era el único de todos ellos que no se había quedado de piedra, con lo cual ella adivinó que no conocía la historia.

—¡Enhorabuena, Kirkland! No me lo esperaba. ¿Acabas de volver de Gretna Green* con tu preciosa esposa? —Realizó una reverencia—. Es un placer conocerla, lady Kirkland.

Esas personas eran los mejores amigos de Kirkland y algunos de ellos ya conocían parte de la historia, así que a Laurel no le quedaba otra que decir la verdad.

—El placer es mutuo, y será mucho mayor cuando sepa quién es, señor. —Sonrió con dulzura—. Kirkland y yo nos casamos hace once años, llevamos diez separados y hace poco que nos hemos reconciliado.

El hombre rubio se quedó desconcertado un instante, pero enseguida se repuso.

—¿Tardó un año entero en darse cuenta de que era imposible vivir con Kirkland? ¡Debe de ser muy resistente! —dijo, riéndose—. Y, por cierto, soy Wyndham.

---

* Gretna Green es un pueblo del sur de Escocia, famoso porque ofrecía la posibilidad de casarse a las parejas de menores de edad, sin el consentimiento de sus padres. *(N. de la T.)*

¿Ese era el hombre cuya presunta muerte había provocado, de forma indirecta, que ella abandonara a su marido? Wyndham parecía demasiado alegre para haber estado prisionero diez años.

—Me alegro mucho de verlo en tan buen estado —dijo ella, con sinceridad—. Es un milagro.

—Todo es gracias a mi increíblemente paciente esposa. —Ofreció el brazo y atrajo a la mujer pelirroja a su lado—. Lady Kirkland, le presento a mi esposa Cassie. Lady Wyndham.

La pelirroja murmuró un saludo educado. No parecía exactamente hostil, pero su mirada era tan fría que podía cortar el acero.

Kirkland apoyó la mano en la parte baja de la espalda de Laurel, en un gesto tan íntimo como tranquilizador.

—Vayamos al salón. Hay más espacio para las presentaciones, aparte de jerez, vino blanco y otros placeres.

Entre el desplazamiento y el momento de servir las bebidas, Laurel tuvo tiempo para recuperarse y observar a los invitados. Gracias a Dios que había ido a ver a madame Hélier. Si se hubiera puesto uno de sus vestidos viejos, se habría sentido como una doncella, y bastante atemorizada, seguro.

Ella no solía beber alcohol, pero pidió un jerez pequeño para tener algo en las manos. Kirkland le llevó una copa.

—Ha llegado la hora de las presentaciones. —Empezó por los Randall, el comandante rubio y reservado y su esposa menuda y morena, lady Julia. Lady Julia era la comadrona, así que Laurel esperaba que pudieran charlar más tarde.

Después, Kirkland la acompañó hasta un hombre esbelto y moreno de altura media, apacible y unos ojos verdes impresionantes.

—Laurel, ya me has oído hablar de Ashton.

Él le había dicho que el duque era la clase de amigo con quien podías hablar cuando tu mundo se derrumbaba y, a juzgar por la expresión de Ashton, estaba claro que no había olvidado el dolor de Kirkland. De momento, se estaba reservando su opinión, pero ella sospechaba que le costaría convencerlo de que no era la mala de la película.

Mientras intentaba recordar datos, dijo:

—Aparte de los años en la Academia Westerfield, fue a Balliol College con Kirkland, ¿verdad?

—Sí. —Ashton la observó detenidamente—. Se parece mucho a su hermano Daniel.

Oír el nombre de su hermano la tranquilizó. Al fin y al cabo, él también estudió en la Academia Westerfield. Ahora ya se sentía menos extraña.

—Siempre nos lo han dicho.

—Tiene que conocer a mi mujer.

Ashton llamó a una mujer menuda y rubia. Ella se colocó a su lado y lo agarró del brazo con la familiaridad que conceden los años de convivencia. Era muy guapa y percibió una calidez natural, pero igual que su marido, la duquesa tenía sus dudas respecto a ella.

Kirkland dijo:

—Ella es Mariah, también conocida como la duquesa dorada.

Otra mujer rubia que parecía igual que Mariah se colocó junto a ellos.

—Y yo soy Sarah, la pariente pobre —dijo, sonriendo—. Una simple condesa dorada.

Eran gemelas idénticas. Laurel miró a la duquesa, luego a la condesa, y luego otra vez a la duquesa.

—¿Las suelen confundir? Y, cuando sucede, ¿les divierte o les molesta?

Las gemelas se miraron y se rieron. La duquesa dijo:

—Depende de las circunstancias. Casi siempre me divierte.

—A mí no me importa, siempre que nadie intente separarme de Rob.

Sarah sonrió enamorada hacia el hombre alto de pelo castaño que estaba a su lado.

Las bellas facciones de su marido parecían severas excepto cuando miraba a su mujer. Entonces, suavizaba el gesto.

—Si alguien intentara separarnos, no lo conseguiría —dijo él. Luego, volvió a mirar a Laurel—. Soy Kellington, lady Kirkland. Aunque hace tanto tiempo que me llaman Rob Carmichael, que respondo mejor a ese nombre.

La miró detenidamente. Laurel recordó que Carmichael era otro de los que sabía de la existencia de una lady Kirkland que vivía lejos de su marido. Y también sospechaba que tenía buenos motivos para no enorgullecerse de su título. Un padre difícil, quizá.

—¿Qué prefiere, Rob, Carmichael o Kellington? —preguntó ella.

Él sonrió.

—Cualquiera de los tres, por ese orden de preferencia.

—De acuerdo, Rob. —Laurel volvió a centrarse en las gemelas—. Intentaré reconocer las diferencias entre la duquesa y la condesa.

Presa de la curiosidad, Mariah preguntó:

—Basándose en los menos de cinco minutos que hace que nos conocemos, ¿qué diferencias ve?

Durante los años que había trabajado en Bristol, Laurel había desarrollado unas buenas habilidades de observación, pero cinco minutos no era demasiado tiempo. Las observó de forma individual.

—Diría que usted es más extrovertida, duquesa —dijo, muy despacio—. Y su hermana es más reservada, aunque quizá más segura de sí misma. El rostro de lady Kellington es un poco más estrecho. —Observó a la duquesa y vio una sutil suavidad materna—. ¿Hace poco que ha sido madre?

Las hermanas volvieron a mirarse. Sarah dijo:

—Es muy observadora.

Mariah asintió.

—Mi querido hijo no tiene ni cuatro meses.

—En el futuro, intentaré reconocerlas de forma individual —prometió Laurel—. Pero seguro que me equivocaré cuando nos encontremos en un salón lleno de gente.

—Siempre que, como mínimo, lo intente —dijo Mariah—. Lo que más me molesta son aquellas personas que se acercan y me preguntan qué gemela soy.

Sarah hizo una mueca.

—Y luego se quedan decepcionados cuando descubren que soy yo y no la duquesa dorada.

—Es agotador —comentó Laurel—. Entonces, a veces mienten

porque, para qué complacer la curiosidad de alguien que es demasiado vago para esforzarse, ¿verdad?

Las gemelas volvieron a mirarse.

—Eso sería muy infantil —respondió Sarah.

—Y una duquesa jamás es infantil —añadió Mariah, con devoción—. Debe ser siempre un modelo de decoro.

Su hermana parpadeó con inocencia.

—Igual que las condesas.

Sus maridos se echaron a reír. Rob Carmichael meneó la cabeza.

—Como seguramente ha deducido, lady Kirkland, si junta a Mariah y a Sarah son más malas que dos gatos en un saco.

La llegada de la quinta pareja interrumpió la broma y dio pie a más saludos cariñosos. Sir Damian y lady Kiri Mackenzie. Él era un tipo alto y corpulento con una sonrisa contagiosa, mientras que su esposa, alta y morena, era increíblemente atractiva y tenía unos ojos verdes idénticos a los de Ashton. A juzgar por cómo se saludaron, estaba claro que eran hermanos. Más lazos familiares dentro del grupo.

Kirkland se colocó a su lado.

—Ha llegado la hora de más presentaciones. Aunque tenías dudas, lo estás haciendo muy bien, lady Kirkland.

—Todavía no me han arrancado los ojos. —Laurel sonrió mientras observaba el grupo—. Pero la noche todavía es joven.

27

Con Kirkland en un extremo de la mesa y Laurel en el otro, no podían hablar, pero él podía admirar su delicada elegancia como anfitriona. Sabía que, por naturaleza, era reservada y más bien tímida, y había admitido abiertamente que estaba nerviosa por tener que conocer a sus amigos. Sin embargo, la habían criado para ser una señora y, a lo largo de sus años en Bristol, había tratado con todo tipo de gente y en todo tipo de situaciones, incluso se había enfrentado a un traficante de esclavos. El resultado fue que gestionó la cena con aplomo.

Cuando terminaron de comer, él le hizo una señal para indicarle que había llegado el momento de que las señoras se retiraran y dejaran que los hombres se tomaran una copa de oporto. Sin embargo, Laurel llamó al lacayo que tenía más cerca para que hiciera venir a la señora Simond. Cuando la cocinera apareció, con cierta cautela, ella dijo:

—Creo que nunca había comido nada igual, señora Simond. Le doy las gracias a usted y a su equipo por su excepcional talento.

Mientras la señora Simond sonreía, los otros invitados también comentaron los platos que les habían gustado especialmente. Cuando salió del comedor, la cocinera casi flotaba.

¿Por qué a Kirkland nunca se le había ocurrido llamar a la señora Simond para darle las gracias? Se consideraba un jefe justo que pagaba buenos sueldos, pero el reconocimiento público de Laurel tenía una dimensión personal que iba más allá de ser un buen jefe.

Laurel también había recolocado las mesas del comedor principal para que no pareciera un campo de críquet. Pensaba en cosas que a él no se le ocurrían, y eso facilitaba la vida a todos los que convivían con ella.

Cuando la señora Simond regresó a la cocina, Laurel se levantó:

—Señoras, vayamos al salón para que los caballeros puedan solucionar los problemas de la nación con una copa de oporto en la mano.

Cuando las mujeres se hubieron marchado, en medio de un frufrú de sedas, y los hombres se hubieron sentado juntos, Mackenzie sonrió y dijo:

—Sospecho que la conversación de las mujeres será interesante. A ellas se les da mejor esto de hablar de los asuntos más personales de la vida.

—Seguramente su conversación ponga los pelos de punta. —Wyndham miró a Kirkland—. Te gustan los secretos, James.

—Hay secretos, y luego hay cosas de las que uno simplemente no habla. Tenía planeado gritar a los cuatro vientos nuestro matrimonio cuando volviéramos de nuestra larga luna de miel. —Kirkland se sirvió media copa de oporto, y luego pasó el decantador a Randall, que estaba a su izquierda—. Luego, ella se marchó y ya no hubo ningún motivo para comentar que tenía esposa.

Varias cejas arqueadas implicaban que a sus amigos no les había impresionado aquella explicación, pero, como amigos, no insistirían.

Amigos. Kirkland miró la cara de los hombres que lo rodeaban. Hacía más de veinte años que los conocía. Todos eran inteligentes, perspicaces, muy experimentados y habían superado algunas de las pruebas más duras de la vida; y todos estaban felizmente casados.

Teniendo en cuenta que él nunca había alcanzado aquel último estatus, quizá debería olvidarse del estoico código del caballero inglés e invitarlos a hacer comentarios.

—Supongo que todos os morís de ganas de chismorrear sobre mi situación, así que hacedlo con toda libertad.

Con un punto de humor en los ojos, Randall dijo:

—Los caballeros no chismorrean sobre los matrimonios de sus amigos. Analizan la situación de una forma madura y respetuosa.

Perspicaz como siempre, Ashton debía de haber notado que Kirkland esperaba sus comentarios.

—Tu esposa no es la mujer que hubiera creído que escogerías, pero es encantadora. Muy atractiva. Es agradable estar a su lado. —El duque

frunció el ceño—. Hay mucho más, pero me cuesta definir con palabras lo que la hace única.

A pesar de que Laurel había dejado claro que no necesitaba un marido en su vida, Kirkland disfrutaba estando con ella. Por desgracia, él tampoco era un experto en definir qué la hacía especial.

—¿Qué clase de mujer creías que iba a elegir?

—Yo me hubiera imaginado a alguien como Cassie —dijo Wyndham—. Una mujer que ha estado en el lado oscuro, igual que tú. Pero ahora ya no puedes tenerla. Es mía.

—Yo he llegado a la conclusión de que un hombre y una mujer pueden ser demasiado parecidos. —Rob Carmichael se sirvió oporto y pasó el decantador—. No creo que nadie pueda predecir con qué clase de persona acabaremos. Yo jamás me hubiera imaginado casado con Sarah. —Sonrió—. Mi imaginación no era, ni de lejos, tan buena.

—Estás atontado —dijo Ashton, con una sonrisa.

—Acabamos de casarnos. Tengo permiso para estar atontado —replicó Rob—. Aunque, sinceramente, no me imagino no estar atontado con Sarah. Su simple presencia hace que todo sea mejor.

—Para mí, Sarah y Mariah son las gemelas radiantes. Cuando una de ellas entra en una sala, todo se ilumina —afirmó Randall—. Cuando mi tío dijo que tenía que buscarme una esposa para garantizar la sucesión y todas esas bobadas, Mariah intentó convencerme de que tenía que ir a Hartley a conocer a su hermana.

—Menos mal que las dotes de celestina de Mariah no funcionaron —dijo Rob, muy animado—. Aunque no entiendo por qué, cuando Sarah es tan irresistible.

—Es encantadora, adorable e increíblemente intrépida —dijo Randall—. Pero en cuanto conocí a Julia, dejé de interesarme por cualquier otra mujer. Decidí ir a Hartley, pero no para conocer a Sarah y a sus padres, sino como excusa para ver a Julia, que también vivía allí.

—El amor tiene unos caminos misteriosos. —Ashton removió el oporto rojo en la copa mientras decía—: Mariah era perfecta para mí. Llenaba un agujero con forma de Mariah que yo ni siquiera sabía que existía.

Mackenzie se rió.

—En cambio, cuando descubrí que Kiri era tu hermana, supe inmediatamente que estaba perdido. Aunque no sirvió de mucho.

—Mi hermana desciende de una línea de reinas guerreras hindúes —comentó Ashton, con una nota de humor en la voz—. Jamás tuviste la ocasión de escapar, aunque tampoco lo intentaste demasiado.

—En realidad, sí que me resistí —dijo Mackenzie, muy serio—. Ella se merecía algo mejor que el propietario de una casa de juego que no nació en cuna noble. ¡Pero me alegro mucho de que mi resistencia fuera inútil!

Ashton miró a Kirkland.

—Aunque Laurel no sea lo que hubiera predicho para ti, parece que encajáis bien. Creo... Creo que es porque parece tener un fondo que no termina nunca. Como tú.

—En eso llevas razón. Visité la casa de Daniel Herbert, descubrí a su hermana pequeña tocando el piano y supe que estaba perdido.

Kirkland creía que Rob tenía razón cuando decía que un hombre y una mujer podían ser muy parecidos, pero también podían ser muy distintos, como Laurel y él.

—¿Es la hermana de Daniel Herbert? —preguntó Wyndham, atónito—. En el colegio, éramos buenos amigos, pero, por motivos obvios, le perdí el rastro. ¿Qué ha sido de él?

—Cuando terminó Oxford, se ordenó sacerdote —respondió Kirkland—. Sin embargo, no entró en la iglesia porque su auténtica pasión era la medicina. Estudiando muy duro y, seguramente, durmiendo muy pocas horas durante años, consiguió las cartas credenciales de médico y cirujano. Laurel y él tienen una enfermería en Bristol. De vez en cuando, para escapar de la rutina de salvar vidas, también predica.

A su alrededor, vio cejas arqueadas.

—Impresionante —dijo Wyndham—. Aunque no me sorprende del todo. ¿Qué función desarrolla tu mujer en la enfermería?

—La que sea. Gestiona el negocio, es una enfermera excelente y ha creado un proyecto personal: Zion House, una casa de acogida para mujeres y niños que huyen de maridos maltratadores.

—Me pregunto si Julia conoce Zion House —dijo Randall, pensativo.

—Está claro que tu mujer no se ha dormido en los laureles durante vuestro distanciamiento —comentó Ashton—. Aparte de profunda, es muy capaz.

—Parece que su ausencia será difícil de cubrir en Bristol —dijo Rob.

—Cierto, por eso el plan es que Laurel divida su tiempo entre Londres y Bristol —explicó Kirkland.

Aquello provocó un incómodo silencio. Ninguno de sus amigos aceptaría la idea de estar separados de sus esposas durante largos periodos de tiempo, pero eran demasiado educados para decirlo. Wyndham rompió el silencio y dijo:

—Tener esposa es maravilloso, pero te complicará la vida.

—Seguro. Ya lo ha hecho —asintió Kirkland. Y sonrió sin ganas.

Después de que los criados sirvieran el té en el salón, las señoras se sentaron en varios sofás y butacas para poder conversar de forma relajada mientras esperaban que los hombres se terminaran el oporto. Lady Julia, menuda, de pelo oscuro y serena estaba sentada a su derecha. Kirkland le había dicho que era comadrona, aunque no se parecía a ninguna de las comadronas que ella había conocido.

Las gemelas, también menudas aunque de pelo rubio y sonrientes, compartían un pequeño sofá a su izquierda. Lady Kiri, alta y con una belleza exótica distinta, pero igual que la de Violet, se sentó en una butaca frente a ella. Cuando lo hizo, intercambió varias bromas con lady Wyndham, pelirroja y más reservada, que estaba sentada en el sillón junto a lady Kiri.

Las mujeres eran tan impresionantes como sus maridos, que ya era decir mucho. Si los amigos de Kirkland, hombres y mujeres, tenían algo en común era su inteligencia. Y si ella los conociera un poco mejor, seguro que tendría que añadir la competencia a la lista.

El largo distanciamiento de ellos dos era el elefante que rondaba por el salón. Las parejas que habían venido a cenar eran los amigos más cercanos de Kirkland y, aunque supiera que siempre estaría fuera de su

círculo de larga amistad, tenía que establecer una relación cordial con ellos.

Nunca volvería a tener una oportunidad mejor de colocar al elefante en el centro del círculo. Respiró hondo y dejó el té, que ni siquiera había probado.

—Todas ustedes, esposas de antiguos alumnos de la Academia Westerfield son amigas de mi marido. Seguro que tienen preguntas sobre nuestra separación y posterior reconciliación, así que pregunten lo que quieran, por directo que sea. Prometo responder con sinceridad, siempre que lo que se diga aquí no salga de aquí.

Después de un momento de silencio atónito, lady Kiri habló con voz divertida:

—Empiezo a entender por qué Kirkland se casó contigo. Si vamos a ser directas, será mejor dejar a un lado las formalidades. Yo soy Kiri, esta pelirroja peligrosa es Cassie, el nombre de pila de lady Julia es obvio, y las gemelas son Mariah y Sarah. ¿Cuál es tu nombre de pila?

—Laurel. —A pesar de los nervios, consiguió sonreír—. Veo que lo de no andar con rodeos va contigo, Kiri.

—Es una característica que suelen destacar de mí, aunque no suele ser un cumplido —respondió ella, divertida. Adoptó un gesto serio y continuó—: Muy bien, explícanos por qué os separasteis. Pareces una mujer racional, así que imagino que tendrías buenos motivos.

Julia levantó la mano.

—Una historia empieza mucho antes que la crisis. Quizá sería más útil empezar por cómo os conocisteis y os casasteis. Y me gustaría saber qué has estado haciendo durante todos estos años que habéis estado separados, para conocerte mejor.

—Nos conocimos de la forma más habitual. Kirkland y mi hermano Daniel eran buenos amigos de la Academia Westerfield y de Oxford. Mi hermano trajo a Kirkland a casa para pasar unos días y él me vio tocando el piano, algo que le encantó porque su pasión es la música. —Laurel hizo una mueca—. Si hubiera estado haciendo cualquier otra cosa, como bordando o cuidando las flores, seguramente ni siquiera se habría fijado en mí.

Cassie arqueó las cejas.

—¿A Kirkland le gusta la música? No tenía ni idea y de la sala soy la que hace más tiempo que lo conoce.

Un poco sorprendida, Laurel continuó:

—La música es su mayor placer en la vida. Le encanta escucharme, y es un gran pianista. Solíamos tocar a cuatro manos.

—Os ha mantenido a la música y a ti en secreto. —Kiri entrecerró aquellos ojos verdes—. Ahora me pregunto qué otros grandes secretos guardará.

Cualquier cosa relacionada con su trabajo sería un secreto, pero Laurel no iba a hablar de eso puesto que no sabía hasta dónde sabían esas mujeres.

—Volviendo a la historia, le gustó cómo tocaba el piano, éramos jóvenes y fue… amor a primera vista.

—A menudo, eso suele traducirse como lujuria a primera vista —comentó Mariah—. Pero pueden acabar siendo lo mismo. ¿Cuántos años tenías?

—Diecisiete. Nos casamos pocas semanas después.

—¿Y tus padres no opinaron que deberías esperar un poco más? —preguntó Sarah, perpleja—. Admito que Rob y yo tuvimos un cortejo breve, pero yo tenía veintiséis años y él tiene treinta y uno, y el cortejo fue… intenso. Seguro que habría sido mejor tomaros el tiempo necesario para conoceros mejor, ¿no?

—Mis padres no estaban dispuestos a dejar escapar la ocasión de tener a un conde como yerno —respondió Laurel, muy seca. A juzgar por las expresiones en las caras de sus invitadas, vio que comprendían las implicaciones de aquel comentario—. Pero, para ser sincera, los dos estábamos locos por casarnos. Después de la boda, disfrutamos de una maravillosa y larga luna de miel en Escocia y las Antillas. Luego, vinimos a Londres para empezar con nuestra vida normal.

Cuando recordó lo que había pasado a continuación, tuvo que tragar saliva.

Al ver que Laurel estaba algo incómoda, Mariah dijo:

—Ya volveremos al motivo de la separación. ¿Qué has estado ha-

ciendo todos estos años? Y diría que no has estado bordando en el salón de tus padres.

La duquesa era muy perspicaz. Laurel respondió:

—He estado trabajando con mi hermano en la enfermería gratuita que creamos en Bristol. También he abierto una casa de acogida para mujeres y niños que han huido de maridos violentos. —Laurel miró a todas las mujeres con un aire de desafío—. No ha sido una vida ociosa.

Julia parpadeó.

—¿Eres la directora de Zion House?

—¿Has oído hablar de nosotros? —preguntó Laurel, sorprendida.

Julia dibujó una sonrisa.

—El año pasado recibiste la visita de dos mujeres que te pidieron analizar lo que habías conseguido porque querían abrir casas similares en otras ciudades.

—Sí, eran las directoras de la Fundación Hermanas y colaboraban con los metodistas —explicó Laurel—. Desde entonces, han abierto casas de acogida en tres ciudades y planean abrir más en el futuro. Me sorprende que hayas oído hablar de Zion House.

Julia se rió.

—Soy la fundadora de la Fundación Hermanas.

—Y yo soy la patrocinadora —añadió Mariah—. Escogimos trabajar con los metodistas porque ya estaban implicados en el bienestar social y en mejorar la situación de las mujeres.

—No tenía ni idea de que las fundadoras procedían de las clases altas de la sociedad —comentó Laurel, fascinada.

—Ser la hija de un duque no significa que estés a salvo de los hombres maltratadores —dijo Julia con un tono muy grave—. Las directoras de la fundación dijeron que te ofrecieron una subvención para ayudar a tu negocio, pero les dijiste que tenías fondos suficientes y que deberían utilizar el dinero para abrir nuevos centros de acogida.

A pesar de que Laurel hubiera encontrado un buen uso para las dos mil libras que le ofrecieron las directoras de la Fundación Hermanas, parecía que abrir una nueva casa de acogida daría un mejor servicio.

—Zion House se fundó con el dinero que Kirkland me dio cuando nos separamos —explicó—. Fue muy generoso. Con lo que me dio, pudimos pagar la enfermería de Daniel y Zion House.

Cassie se incorporó en la silla.

—Quiero contribuir a tu fundación, Julia. Es una causa que apoyo con toda mi alma.

Su tono de voz sugería que sabía algo de los abusos masculinos, pero también algo más. Laurel observó los rostros de las otras mujeres.

—Había asumido que todas os conocíais muy bien, igual que los amigos de Kirkland entre ellos, pero veo que no es así, ¿verdad?

—No —dijo Mariah—. Julia y yo hace tres años que nos conocemos, puesto que las dos vivíamos en la misma localidad, Hartley, pero a Kiri la conocí después de conocer a Adam. Y a Cassie apenas hace quince días. —Sonrió hacia su hermana—. Y a pesar de que Sarah y yo somos hermanas, no nos criamos juntas. Nos reencontramos hará cosa de un año.

—Por eso a veces nos permitimos divertirnos con nuestra identidad —dijo Sarah, con una sonrisa—. Tenemos que recuperar los muchos años que hemos estado separadas.

—Entonces, no soy tan intrusa como creía —dijo Laurel.

—Si creías que seríamos un grupo hermético que critica a todos los demás, te equivocas —dijo Kiri, riéndose—. Pero basta de rodeos. Si Kirkland y tú estabais tan enamorados, ¿por qué os separasteis?

—Acabábamos de regresar a Londres después de una larga luna de miel y Kirkland estaba a punto de enviar una nota a los periódicos para anunciar el matrimonio, puesto que poca gente lo sabía. —Laurel bajó la mirada hasta la taza de té, que se estaba quedando frío. A pesar de que las había animado a que le hicieran preguntas, abordar el tema de la separación era complicado—. Y entonces... un hombre entró en casa y vi cómo Kirkland lo mataba con sus propias manos. De una forma rápida, brutal y eficiente. Me... Me quedé horrorizada al descubrir que mi marido era un extraño muy peligroso. Me marché al día siguiente.

Después de un silencio bastante incómodo, Julia dijo:

—Seguro que te debió de afectar mucho. Pero entiendo que fue en defensa propia, ¿no?

Laurel suspiró.

—Entonces, el asesinato me pareció absolutamente innecesario. Cuando nos reconciliamos, Kirkland me explicó algunos factores atenuantes, pero aún así...

—A menudo, la violencia forma parte de la vida —dijo Cassie, muy despacio—. Para una esposa joven que nunca había salido de su casa, debió de ser horrible. Sólo los monstruos matan por placer, o sin ningún motivo en particular. Pero, a veces, es inevitable.

—Si ya lo sé, pero a mi corazón le cuesta aceptar la realidad tan letal. —Laurel tragó saliva—. La noche anterior de venir de Bristol, no hace ni una semana, volvió a matar a un hombre delante de mí. Fue una acción completamente justificada porque salvó la vida de una mujer a quien su marido estaba a punto de matar. Y, sin embargo... volver a presenciar un acto violento me perturbó mucho.

—¿A pesar de que sirviera para salvar una vida?

Kiri frunció el ceño, porque no lo entendía.

—Somos lo que somos —dijo Julia—. Para alguien que es una sanadora por naturaleza, la violencia es particularmente detestable. Como comadrona, lo entiendo. —Hizo una pausa, y luego confesó—: Una vez maté a un hombre. Fue un accidente, pero su muerte todavía me persigue.

Kiri abrió sus enormes ojos verdes.

—¡Qué horrible! ¿Qué pasó?

—Mi primer marido me pegaba —relató Julia, con la voz imperturbable—. Cuando intentaba escapar, lo empujé y se golpeó la cabeza contra la chimenea.

Aquellas palabras provocaron un horrorizado silencio hasta que Sarah dijo:

—Yo también he matado. No hace mucho y no fue un accidente.

—¿Qué pasó? —preguntó Julia, en tono dulce.

Sarah tragó saliva dos o tres veces de forma compulsiva.

—Unos hombres malvados pretendían matar brutalmente a un grupo de mujeres y niñas, incluida mi hijastra pequeña. Esos hombres merecían morir. No me arrepiento de nada, pero... ¡las pesadillas son horribles! —exclamó y se le humedecieron los ojos.

Mariah se deslizó hasta el otro lado del sofá y abrazó a su hermana.

—Gracias a Dios que Rob está a tu lado cuando tienes esas pesadillas —dijo, en voz baja.

—Sí, gracias a Dios —susurró Sarah.

Atónita, Laurel admitió:

—Sé que he vivido protegida por mis padres una gran parte de mi vida, pero ¿acaso la violencia mortal es algo habitual y he tenido la suerte de esquivarla?

Cassie suspiró.

—Por fortuna, no es algo habitual. Pero, puesto que estamos siendo absolutamente sinceras, yo también he matado, y más de una vez. Y no me arrepiento ni tengo pesadillas. —Se mordió el labio—. Los protagonistas de mis pesadillas son aquellos a los que no pude salvar. Pero mi vida tampoco es común. Durante muchos años, fui agente secreto y trabajaba entre Inglaterra y Francia. Fue una locura y me alegro de que todo haya terminado.

De modo que Cassie había sido agente. Uniendo las piezas del puzle, Laurel dijo:

—Kirkland dijo que tú eras la única de las mujeres que sabía que estaba casado. Siguiendo con la sinceridad, debo hacerte una pregunta. ¿Has sido una de sus amantes? ¿Te confesó que tenía esposa mientras estabais en la cama?

Cassie se quedó de piedra, pero luego dibujó una sonrisa.

—Fue en la cama, pero no como tú crees. Kirkland sufrió un brote de fiebre. Ya sabes cómo se pone.

Cuando Laurel asintió, Cassie continuó:

—Su estado era muy grave y no podíamos dejarlo solo. Tenían que cuidarlo personas de confianza por si en mitad de una de sus alucinaciones confesaba algún secreto. Una noche, delirando, habló de su esposa con palabras apasionadas pero muy halagadoras.

Cassie sonrió con picardía.

—No negaré que me parecía un hombre muy atractivo y, si él hubiera intentado algo, me lo habría planteado. Pero nunca hizo nada. Estoy segura de que creía que estaba mal iniciar una relación con una de sus agentes y, por supuesto, tenía razón. —Miró a Laurel a los ojos—. Juro que no fui su amante.

—No, no fuiste la amante del marido de Laurel —intervino Sarah, con frialdad—. Fuiste la amante del mío.

28

Sin mover ni un músculo, Cassie adoptó una postura de peligrosa alerta, como si no estuviera segura de si Sarah pensaba atacarla. Laurel se dio cuenta de que tenía la misma expresión que Kirkland cuando mató a Bailey. En el salón se respiraba la tensión mientras las demás mujeres miraban a Cassie y a Sarah. Mariah tenía el ceño totalmente fruncido.

Con la voz suave, Cassie dijo:

—Sí, fuimos amantes de forma intermitente durante años. Yo lo consideraba mi mejor amigo. No me di cuenta de que él me veía con otros ojos hasta que conocí a Grey y descubrí... la esperanza.

—¿Esperanza?

Sarah arqueó las cejas.

Cassie se levantó y empezó a ir de un lado a otro. Tenía el abdomen redondeado, señal de que estaba a mitad del embarazo.

—Rob y yo habíamos perdido tanto que no teníamos nada que ofrecernos excepto... un poco de cariño en las pocas ocasiones que nos veíamos. Entre su trabajo y el mío, los encuentros no eran frecuentes.

—Rob se refirió a ti como a una compañera que se había enfrentado al peligro, como él —dijo Sarah, siguiendo a Cassie con la mirada—. Creía que algún día podríais empezar una nueva vida juntos.

—En una casa junto al mar —murmuró Cassie—. Pero, como yo no esperaba sobrevivir a las guerras, nunca hice planes de futuro. —Se volvió hacia Sarah—. A pesar de todo lo que sufrió en la cárcel, Grey tiene... un espíritu resplandeciente que me cambió incluso cuando no creía que podíamos tener un futuro juntos. Y creo que tú haces lo mismo por Rob. Le ofreces la luz y la calidez que yo nunca conseguí darle.

—Sí, y él me aporta la estabilidad que yo necesito. —Sarah miró a la otra mujer a los ojos—. Gracias por el cariño que le diste a Rob cuando lo necesitaba, Cassie. —Sonrió—. ¡Y gracias por ser tan burra de dejarlo escapar!

Más relajada, Cassie volvió a sentarse.

—¡Me alegro que te lo tomes tan bien! Tenía miedo de que intentaras arrancarme los ojos.

Sarah se rió.

—Dudo que pudiera por mucho que lo intentara. Aunque no pienso intentarlo. Eres parte de lo que ha convertido a Rob en el hombre que es, y me encanta como es.

Laurel había estado observando a las dos mujeres con fascinación.

—A mí me daba mucho miedo conoceros, por mucho que Kirkland intentara tranquilizarme. Pero tenía razón. Todas sois mujeres extraordinarias. —Sonrió un poco—. Creía que me arrancaríais los ojos por haberlo abandonado.

—Nadie puede juzgar la realidad de otro matrimonio —dijo Kiri, muy seria—. Dicho esto, tú eres quien ha abierto la veda de la sinceridad, pero no has terminado de explicarnos tu historia. Sabemos por qué abandonaste a Kirkland, pero ¿qué ha vuelto a uniros?

Era cierto, Laurel había abierto la veda.

—Kirkland estaba en Bristol, porque se había reunido con el capitán de uno de sus barcos. Cuando salió del puerto, le dio un ataque de fiebre y dos ladrones lo asaltaron. Lo trajeron inconsciente a la enfermería. Mi hermano no estaba y yo era la única persona disponible para curarlo.

—¡Me imagino que te quedaste de piedra cuando descubriste la identidad de tu paciente! —exclamó Mariah.

—Y de piedra es quedarte corta —respondió Laurel—. Las heridas no eran graves, pero tenía mucha fiebre. Después de vendarle, le di corteza de jesuita para bajar la fiebre.

Entrelazó los dedos de las manos. La siguiente parte era la más complicada.

Cuando el silencio de Laurel se alargó, Kiri suplicó:

—¡Por favor, nos morimos de curiosidad! Aunque casi puedo adivinar lo que sucedió después.

Laurel se sonrojó y continuó:

—La atracción... nunca había sido un problema. Estaba delirando, lo agarré para que no cayera y... dejo el resto a vuestra imaginación.

—¡Pues todas tenemos mucha imaginación! —exclamó Sarah—. ¿Y decidisteis reconciliaros al día siguiente?

—Sobrevaloras mi sinceridad —replicó Laurel, un poco seca—. Kirkland había estado inconsciente y no recordaba nada. Yo estaba horrorizada por mi locura pasajera, así que por la mañana fingí que no había pasado nada. Nos despedimos con cordialidad y creí que allí había terminado todo. —Se colocó la mano encima del vientre—. Pero entonces descubrí que no podía fingir que no había pasado nada.

—¡Estás embarazada! —dijo Julia—. No estaba segura. Tienes el aspecto de una mujer embarazada. Es un motivo excelente para dejar atrás el pasado y construir un futuro juntos.

—¡Pero no sé cómo hacerlo! —Laurel miró a las demás mujeres casi suplicando ayuda—. Claro que tenía que explicárselo a Kirkland, pero yo quería criar a mi hijo en Bristol, tranquila. Con lo ocupado que siempre está, nunca creí que le interesara, y menos si es una niña, pero resulta que le interesa. Me convenció de que, aunque no se produzca una reconciliación absoluta entre nosotros, deberíamos volver a ser amigos. Lo suficiente para que nuestro hijo pueda tener la libertad de ir de una casa a otra. Comprendí que su propuesta tenía sentido, de modo que acepté venir a Londres de forma ocasional. Sé que quiere más, pero siempre que me lo planteo... —dijo, dejando la frase inacabada.

—Lo ves rompiéndole el cuello a un hombre —añadió Cassie.

Laurel tragó saliva.

—No puedo dejar de quererlo, pero no es el hombre con el que creí que me había casado. Somos demasiado distintos. Siempre lo seremos.

—Deberías preocuparte menos por la muerte de hombres malvados a manos de Kirkland y pensar más en los votos que juraste —dijo Julia, con una dureza inesperada—. En lo bueno y en lo malo, Laurel. Por supuesto que no lo sabías todo del hombre con quien te casabas. Nadie

lo sabe. El matrimonio es dar un salto al vacío de la mano de la persona con quien te has comprometido. Recuerda que él tampoco lo sabe todo de ti. El amor que sentíais os hizo hacer una promesa. Debes esforzarte más por mantener viva esa promesa.

Laurel retrocedió un poco ante aquellas palabras tan intransigentes. Antes de pensarse una respuesta, Sarah comentó:

—Me pregunto por qué no fue detrás de ti cuando te marchaste. No es un hombre que se rinda fácilmente.

—No se rinde nunca —corroboró Kiri—. Nunca. Y, sin embargo, te dejó marchar.

Con los labios algo tensos, Laurel admitió:

—De acuerdo, en la línea de sinceridad que hemos abierto, debo decir que... creí que me había dejado ir con tanta facilidad porque no me quería. La luna de miel fue gloriosa y había hablado de organizar una gran fiesta para anunciar el matrimonio a todo Londres. Pero creo que, cuando llegamos aquí, se dio cuenta de que sólo era una chica provinciana sin encanto, inteligencia ni belleza. Cuando me marché, creí que él sería libre para vivir como quisiera.

—Te infravaloras —dijo Mariah, con compasión—. Parece que te quiere mucho.

Laurel se encogió de hombros.

—Ahora que es mayor, debe estar preocupado por tener un heredero y, mientras yo viva, soy la única que puede darle uno. No puede pedir el divorcio por adulterio, puesto que no he estado con otro hombre, por eso quiere reconciliarse.

Cassie meneó la cabeza.

—También infravaloras la férrea consciencia presbiteriana de Kirkland. Apostaría la mitad de mi fortuna a que se sintió terriblemente culpable por haber matado, aunque el intruso fuera un hombre malvado. Debió de pensar que tu marcha era el castigo que se merecía. Ahora tiene una segunda oportunidad y está intentando reconstruir lo que se rompió. He visto cómo te mira. No hay duda de que quiere que seas su esposa.

—Aquí la cuestión es qué piensas hacer tú al respecto. —Julia se mordió el labio—. Hablo de los votos por experiencia. Mi antiguo sue-

gro me amenazó de muerte porque creía que había asesinado a su único hijo. A pesar de que Randall y yo apenas nos conocíamos, me propuso matrimonio como la mejor forma de protegerme. Yo me mostré reacia y, durante los primeros meses, siempre estaba pensando en huir. Hasta que no cerré la puerta a esa posibilidad y decidí respetar los votos que había hecho, nuestro matrimonio no fue real.

Laurel se quedó mirando sus dedos entrelazados, blancos por la presión.

—Tienes razón. Puede que el motivo por el que me fui sea comprensible, pero ahora ya soy adulta y he visto lo complicado que puede ser el mundo. Debo... Debo mejorar. Lo haré. Sólo tengo que descubrir cómo.

Sarah interrumpió el silencio posterior.

—No sé si debería intervenir cuando soy la que hace menos tiempo que está casada —dijo, algo dubitativa—. Pero yo creo que la intimidad física refuerza los demás vínculos del matrimonio. La intimidad emocional, la confianza, el compromiso. Sin la relación física, puede que te resulte imposible aceptar los aspectos de la naturaleza de Kirkland que más te horrorizan. Has dicho que tu cabeza acepta sus acciones, pero que el corazón no. A lo mejor deberías dar más motivos a tu corazón para que confiara en él.

Kiri no pudo reprimirse y dijo:

—En otras palabras, que vuelvas a la cama de tu marido y puede que todo se solucione solo.

Laurel notó una oleada de calor. Puede que Kirkland no recordara su apasionado encuentro en la enfermería, pero ella sí. Como sospechaba que debía de estar sonrojada, dijo:

—Tendré que mantener una conversación muy seria con mi conciencia. ¿Es correcto recurrir a algo tan placentero para disolver mis objeciones morales ante el asesinato?

—No te lo plantees así —dijo Cassie, muy seria—. Sí, aborreces de forma visceral la violencia, pero hay distintos tipos de violencia, y Kirkland se ha limitado a la más honorable. Si refuerzas tu vínculo con él, a lo mejor tu repulsa deja de gobernar tus acciones.

¿Era posible que recuperando la pasión que ella y Kirkland habían compartido cambiara hasta el punto de aceptar el lado oscuro de su marido? Laurel se mordió el labio. Seguro que la pasión cambiaría su matrimonio, y puede que para mejor.

—Tendré que pensarlo. Puede que tengas razón.

—O puede que no —dijo Mariah con una sonrisa—. Pero vale la pena intentarlo. Entregarse a la pareja en el sentido más pleno de la palabra lo cambia todo.

Laurel observó a sus compañeras.

—Pensaba que mi matrimonio distanciado era como un elefante que rondaba por aquí, así que he preferido enseñarlo para que pudiéramos hablar abiertamente de él. Que es lo que ha pasado.

—Creo que hemos cortado a ese elefante en pedacitos y lo hemos asado al fuego —se rió Kiri—. Yo que he montado elefantes, os aseguro que habéis conseguido un buen festín. Elogio tu valor, Laurel.

—Gracias —respondió ella, con timidez—. Me alegro de que hayamos... liquidado al elefante entre todas.

Mientras las miraba, se dio cuenta de que podrían ser amigas, y de que estaban en el camino correcto para conseguirlo.

La puerta del salón se abrió y los hombres entraron y se fueron acercando a sus respectivas esposas. Todos menos Kirkland, que entró el último y con una expresión inescrutable.

—¿Hemos interrumpido algo espeluznante? —preguntó Mackenzie con una sonrisa—. Cuando os he imaginado a las seis con una tetera, me he asustado ante las posibilidades.

Kiri lo agarró de la mano y lo atrajo hacia ella.

—¡Y has hecho bien! Hemos derrotado a un elefante. ¿Y de qué habéis hablado vosotros con una copa de oporto en la mano?

—De nada interesante —dijo enseguida su marido—. Asuntos de estado. Todo muy aburrido.

Wyndham se rió cuando se agachó para dar un beso a su mujer en la cabeza.

—No te creas ni una palabra de lo que dice.

Cassie levantó la cabeza y le sonrió, con el gesto iluminado.

—¿Sabías que Kirkland es un excelente pianista y un amante de la música? Yo no.

—Yo tampoco —respondió Wyndham, sorprendido.

Mariah escondió un bostezo con la mano.

—Quiero volver pronto a casa, pero ha sido una noche maravillosa. Gracias, lord y lady Kirkland.

—Yo también quiero volver a casa con mi hija —añadió Julia, pensativa—. Pero he pensado que quizá podríais ofrecernos un pequeño recital. Laurel también toca el piano, y sospecho que muy bien. Dice que solíais tocar a cuatro manos.

Laurel miró a Kirkland. Después de una mínima pausa, él dijo:

—Laurel es una pianista excepcional, por lo que no veo por qué no podríamos tocar. A menos que estés muy cansada, querida.

—Nunca estoy demasiado cansada para tocar.

Se levantó con una sonrisa y maldiciendo en silencio a Julia, que había provocado una situación para unirlos. No era una mala opción, ¡pero demasiado pronto! Ella tenía mucho en qué pensar.

No obstante, Kirkland estaba sonriendo y la estaba acompañando hacia las escaleras.

—¿Te apetece que toquemos algo de «Las cuatro estaciones» de Vivaldi? Siempre fue una de nuestras partituras preferidas.

—«Primavera» —dijo ella.

La estación del crecimiento y el renacimiento, y a lo mejor también simbolizaba lo que iba a intentar.

—Siempre ha sido mi concierto favorito —comentó él—. Un excelente broche a una noche excelente.

En la sala de música había asientos suficientes para todos los invitados, aunque no sobró ninguno. Mientras dos lacayos encendían las lámparas, Laurel se sentó en la banqueta, flexionó las manos y empezó a tocar una melodía que cantaba su niñera cuando era pequeña. Como siempre, la música la calmó.

La banqueta crujió cuando Kirkland se sentó a su izquierda. Notaba cómo el calor que desprendía su cuerpo ponía a prueba sus nervios.

«No lo veas como a un asesino, sino como un hombre valiente que

hace lo que sea necesario sin pensar en las consecuencias que tendrá para él. El hombre que prometiste querer y cuidar, en lo bueno y en lo malo.

»Porque el amor te llevó a hacer esa promesa. Debes esforzarte por mantenerla viva.

»Esforzarte más.»

Detuvo los dedos y miró a Kirkland mientras se preparaba y sus largos y elegantes dedos tocaban una serie de notas graves. A los diecisiete años, le pareció el chico más guapo que había visto jamás. Los años y el dolor le habían dado una delicada belleza de santo medieval.

Si se hubiera casado con una mujer que lo hubiera aceptado como era, su rostro reflejaría menos dolor. Si no la hubiera conocido nunca, sería un hombre más feliz.

¿Y si ella no lo hubiera conocido nunca? No se imaginaba cómo sería su vida. Más sencilla, pero más simple. Menos rica.

«Esforzarte más.»

Cuando estuvo preparado, asintió y empezaron a tocar unas deliciosas notas con los dedos. El primer movimiento vibró lleno de vida. Cuando ella realizó unas pequeñas improvisaciones de soprano con la mano derecha, Kirkland sonrió y realizó las pertinentes improvisaciones de bajo con la mano izquierda. A diferencia de cuando habían tocado a cuatro manos hacía unos días, Laurel no se resistió a lo bien que encajaban sus ritmos.

En un momento determinado, le rozó los dedos con el lateral de la mano izquierda y dio un respingo. Él no se dio cuenta, pero ella le había enseñado a ser cauto. A mantener las distancias.

«Esforzarte más.»

Laurel se entregó a la alegría y la plenitud de la música. Cuando terminaron el concierto, dejó que las notas murieran en el aire. Y entonces, de forma impulsiva, empezó a cantar una de las canciones que más les gustaba cantar mientras tocaba el acompañamiento al piano.

«Bébeme sólo con tus ojos, y yo te corresponderé con los míos.»

Después de un momento de sorpresa, Kirkland se unió a ella, mirándola a los ojos.

«O deja un beso en la taza y no te pediré vino.»

Al principio, su intensa voz de barítono sonó ronca, como si hiciera años que no cantaba, pero en la siguiente estrofa sus voces se empastaron como si nunca hubieran dejado de cantar juntas. Se olvidó del público y de la distancia que había entre ellos. Lo único que importaba era James y la fascinante pasión que siempre los había unido.

Cuando terminaron la canción, recordó dónde estaban y se sonrojó ante la intimidad que habían revelado. Miró a su público y vio que los amigos de Kirkland lo estaban mirando como si, de repente, le hubieran salido dos cabezas.

A continuación, todos empezaron a aplaudir. Parecía que había más de diez personas. Alguien, Wyndham o Mackenzie, gritó:

—¡Otra, otra!

Cuando los aplausos se apagaron, Ashton dijo:

—¡No nos habías dicho nada, Kirkland! No tenía ni idea de que eras tan buen músico.

Laurel y Kirkland se miraron y rieron.

—¡Hacemos una música preciosa, juntos! —exclamó ella.

—Exacto —añadió él, pero Laurel vio que se estaba separando. Estaba manteniendo la distancia que ella había marcado.

Cuando se levantaron de la banqueta, ella alargó la mano.

—¿Milord?

—Milady. —La agarró de la mano e hicieron una reverencia. Aquello parecía lo correcto. La mano de James era fuerte. Estable.

Mientras Laurel miraba a los invitados, vio que lady Julia Randall asentía encantada.

Los invitados se marcharon y la energía de Laurel se marchó con ellos. Agotada físicamente, aunque con la mente acelerada, se volvió hacia Kirkland y dijo:

—Tenías razón. Las esposas de tus amigos son un grupo extraordinario, y no han arrancado los ojos a nadie.

—Me alegro. —Kirkland ladeó la cabeza—. Pero ¿qué era eso del elefante?

Ella se rió y se tapó la boca con la mano al bostezar.

—Ya te lo explicaré otro día. Estoy agotada.

—Ahora que ya no tienes que preocuparte por conocer a mis amigos, supongo que dormirás plácidamente.

—Esa preocupación ha desaparecido —le aseguró ella.

Pero, mientras se dirigía a su habitación, dudaba que consiguiera dormirse con facilidad. Tenía demasiadas cosas en qué pensar.

Durante un buen rato, Laurel dio vueltas en la cama pensando en lo que habían dicho las esposas de los amigos de Kirkland. Era posible que volver a convertirse en la esposa de James en todos los aspectos la cambiara hasta el punto de aceptar mejor que sus habilidades letales no eran un crimen, sino un don peligroso.

Sin embargo, puede que no cambiara lo suficiente para poder aceptar su posible violencia y si, Dios no lo quiera, volvía a presenciar cómo mataba a una persona, puede que ya no hubiera marcha atrás. Seguro que eso sería mucho peor que la tregua actual.

Tampoco era fácil saber que la pasión era un cebo demasiado poderoso y que podía hacerla dudar de sus decisiones. Una mujer podía engañarse sobre cualquier cosa si eso significaba acostarse con un hombre como Kirkland...

Sin una decisión definitiva, Laurel al final consiguió quedarse dormida, aunque un grito ahogado y desesperado la despertó. Parpadeó, se despertó y tardó unos segundos en recordar que estaba en Kirkland House. Entonces, descubrió que el grito venía del otro lado de la puerta que conectaba su habitación con la de su marido.

Se incorporó y prestó atención. Otro grito, apenas audible, pero definitivamente desesperado. Bajó de la cama y se acercó a la puerta descalza. El pomo giró con facilidad y ella entró en silencio en la habitación. Kirkland estaba muy agitado en la cama, con los ojos cerrados. No llevaba camisa y tenía la cara y el pecho empapados de sudor.

Preocupada por si tenía otro episodio de fiebre, se acercó al lado de

la cama y le acarició la frente. A pesar de que el pecho subía y bajaba de forma acelerada, no tenía fiebre.

Él se apartó y farfulló algo incomprensible. Con la esperanza de que no recurriera a ningún truco letal, lo sacudió por el hombro para que regresara del pozo oscuro donde había caído.

—James, despierta. Estás teniendo una pesadilla —dijo, con voz suave, mientras se preguntaba qué oscuros sueños acechaban sus noches.

29

Es una pesadilla.

Aquella voz cálida y familiar lo rescató del horror de caer al oscuro vacío, angustiado y perdido para siempre. A su lado, Laurel era una figura pálida junto al cabezal de la cama, con la mano apoyada en su hombro.

—Laurel. —Movido por el instinto, rodó y se abrazó a su cintura, y la arrastró a la cama con él—. Laurel —repitió, con la voz ronca—. Siento mucho... haberte despertado.

Si hubiera sido más racional, habría imaginado que ella se apartaría, pero en lugar de eso se acomodó sobre las almohadas y lo abrazó, le tomó la cabeza, se la apoyó en el hombro y lo acarició. Él cerró los ojos, tembló, y se preguntó si aquel abrazo era un sueño cruel e irónico. Si era así, esperaba que no terminara nunca.

—Llevo tanto tiempo cuidando a gente que tengo un sueño muy ligero y me despierto enseguida —dijo Laurel, con la voz suave como el chocolate. Le acarició los músculos tensos de la espalda con las manos y consiguió relajarlo—. ¿Tienes pesadillas a menudo?

—No lo sé. Estoy dormido.

Su intento por restarle importancia quedó en nada, porque todavía estaba temblando. Enterró la cara entre el cuello y el hombro de ella y tuvo la sensación de que había subido desde el infierno hasta el cielo. Lavanda y ese aroma tan particular que reconocería en cualquier sitio.

Una de las manos fuertes y cálidas de Laurel le masajeó la nuca. Era maravilloso. Ella murmuró:

—¿Y recuerdas con qué sueñas?

Él no tenía palabras para describir la interminable caída hacia la desesperación más oscura y solitaria, que era la peor de sus pesadillas.

Incluso pensarlo lo hacía sentirse terriblemente vulnerable. Pero también había otras.

—Los errores que he cometido. Y las vidas que mis errores se han cobrado. —Tragó saliva de forma convulsiva e intentó relajar la respiración—. Ser consciente del descaro de haber tomado decisiones que han causado tanto daño.

—Lidiar con asuntos de vida o muerte nunca es fácil. —Ella le hablaba al oído—. Ya es difícil para un médico como Daniel, que cada día lucha contra heridas y enfermedades, aunque su oficio es relativamente claro y meridiano. Enviar a gente a lugares donde sabes que correrán peligro debe de ser infinitamente peor. Asumes esa responsabilidad porque alguien tiene que hacerlo. Al menos, eres consciente de ello. Si alguien tiene que dirimir asuntos de vida o muerte, me alegro de que sea alguien como tú.

Él suspiró contra la gruesa trenza de Laurel.

—Tienes razón, pero si no fuera consciente de ello sería mucho más fácil. O, todavía mejor, si siempre supiera cuál es la decisión correcta.

—Sólo Dios es infalible. —Laurel apoyó la mejilla encima de la cabeza de James—. Seguro que has cometido errores. ¿Y quién no? Pero también has hecho cosas buenas. Salvaste a la princesa Carlota de unos secuestradores y a la familia real y a más personas de la amenaza de unos asesinos. Rescataste a tu amigo Wyndham de su encarcelamiento mucho tiempo después de que todos los demás lo dieran por perdido. Eres el responsable de haber traído a la señora Simond y a sus hijos desde Francia. Seguro que todo eso compensa los errores.

Él se encogió de hombros.

—Casi todo el trabajo lo hicieron mis colegas. Son un grupo extraordinario, y todo el mérito es suyo.

—Es decir, tu consciencia presbiteriana dice que si algo sale mal es culpa tuya, y si algo sale bien es mérito de los demás, ¿no?

Él se rió.

—Así es como funciona.

Por voluntad propia su mano se deslizó por la cintura de Laurel y bajó por la cadera. La obligó a detenerse, pero no pudo retirarla.

Como necesitaba hablar para distraerse, dijo:

—En el caso de la señora Simond y sus dos hijos, la heroína fue Cassie, la lady Wyndham que has conocido esta noche. Durante años, fue una de mis mejores agentes y añoro mucho su buen hacer, aunque suelo dar gracias a Dios a menudo de que decidiera que había llegado la hora de retirarse del espionaje.

—¿Por qué decidió hacerlo, después de tantos años? —preguntó Laurel.

—Por Wyndham. Cada uno es la salvación del otro. —Kirkland sonrió en la oscuridad—. Fue un final que nunca habría predicho y, sin embargo, cuando los veo juntos está claro que no podían haber encontrado mejor pareja.

—Ahora tiene a alguien por quién vivir. Y si no me equivoco, a juzgar por su silueta, espera a otro alguien por quién vivir.

Laurel jugueteó con el pelo de Kirkland y le provocó una erección completa.

—No te equivocas. Wyndham está emocionado y asustado a partes iguales.

Cambió de postura para que ella no notara la erección porque, si lo hacía, se marcharía, y él no podría soportarlo. Abrazarla era un regalo demasiado precioso para ponerlo en riesgo. ¡Santo Dios, pero es que olía de maravilla!

Laurel se rió.

—Por lo que he visto, la felicidad y el miedo son emociones habituales en un hombre a punto de convertirse en padre. ¿A ti no te pasó?

—No —respondió él, muy tranquilo—. Cuando me enteré, la sensación de felicidad fue completa.

Después de un silencio demasiado largo, ella dijo:

—Supongo que el miedo ya lo tuve yo.

Kirkland ignoró el dolor que aquellas palabras le provocaron.

—¿No estabas feliz?

—Sí, por supuesto. Siempre había querido tener hijos y ya había perdido la esperanza de poder hacerlo. —Se rió nerviosa—. ¡Pero es que las circunstancias son bastante complicadas!

Kirkland no podía negarlo, pero no echaba de menos los años sombríos en que reprimía las emociones y concentraba todo su tiempo y energía en su trabajo secreto para el gobierno y en su función pública como conde, magnate de las navieras y todas las demás responsabilidades que había asumido para tener un motivo por el cual levantarse de la cama cada mañana.

Y hablando de complicaciones... Estaba apoyado sobre el costado derecho con la cabeza reposada en el hombro izquierdo de Laurel y, mientras su cabeza pensaba en sus cosas, la traicionera mano izquierda había ido ascendiendo por su torso y ahora estaba encima de su pecho. Ella siempre había tenido unos pechos preciosos que eran bastante voluminosos en comparación con su figura delgada. Y durante los últimos diez años, habían crecido un poco más.

Con cuidado, porque había oído que, durante el embarazo, los pechos de una mujer eran mucho más sensibles, acarició el pezón con el dedo pulgar. Enseguida se volvió rígido y ella jadeó.

Él se obligó a mantener la mano quieta.

—Ahora es cuando dices que no has venido por esto y, educadamente, te vuelves a tu habitación.

Ella colocó la mano encima de la de Kirkland, en el pecho.

—En realidad, sí... sí que he venido por esto, James, aunque de no haber sido por tu pesadilla nunca hubiera pasado.

Él se quedó inmóvil y se preguntó si volvía a alucinar.

—Quizá... ¿podrías aclararme qué quieres decir?

Como la noche era cálida, sólo llevaba unos pantalones, de modo que enseguida notó la calidez de su mano cuando empezó a deslizarla por su torso. A continuación, aquellos delicados dedos se metieron por debajo de la cintura de los pantalones y se aferraron a su miembro con fuerza. Kirkland notó un relámpago en las venas. Todo su cuerpo se encendió en llamas y casi se olvidó de respirar.

—¿Está claro? —preguntó ella con una mezcla de timidez y risa.

—¡Santo Dios, Laurel! —gruñó él, cuando recuperó el habla—. ¿Estás segura de lo que estás haciendo? Porque si no te marchas ahora mismo, no creo que pueda parar.

Aunque ni siquiera estaba seguro de poder parar ahora. No obstante, el último atisbo de honor necesitaba escuchar que ella no tenía dudas que más tarde podían convertirse en agónicos remordimientos.

Ella respiró profundamente.

—Sé que estoy abriendo la caja de Pandora, pero estoy segura de querer hacerlo. Mis miedos y reservas nos han mantenido en el limbo durante un tiempo. Va siendo hora de dar un paso adelante, aunque no sé si vamos a acabar en el cielo o en el infierno.

Le apretó el miembro con la mano y Kirkland estuvo perdido.

—A lo mejor mañana acabaré en el infierno, pero te aseguro que esto es el cielo —suspiró él.

Sabía que, si dejaba que lo siguiera acariciando, duraría pocos instantes, así que le apartó la mano, se colocó encima de ella y le sujetó las suyas por encima de la cabeza mientras se inclinaba para darle un beso.

La boca y los labios de Laurel le dieron la bienvenida y su lengua era como una serenata. Así es como se besaban cuando eran una pareja de recién casados y rebosantes de pasión. Estaba ebrio de su sabor, con aquella deliciosa piel de mujer debajo de él.

Es más, estaba ebrio de su calidez; aquella calidez interminable y llena de vida que es lo que lo había enamorado. A pesar de haberla convencido para intentar una reconciliación cívica por el bien de su hijo, ella se había escondido detrás de unos barrotes emocionales. Ahora esos barrotes ya no estaban y por fin había revelado la esencia de la mujer que él quería.

Kirkland se quitó los pantalones con impaciencia. Quería verla, tocarla y saborearla entera, así que se sentó sobre los talones y la miró bajo la tenue luz. Su noche de bodas había sido un viaje de descubrimiento. Hoy era la ocasión de redescubrir aquello que los años separados habían borrado. Laurel ya no era una joven inocente, sino una mujer que había visto el lado oscuro de la vida y que se había dedicado en cuerpo y alma a una misión vital e incluso, en ocasiones, peligrosa. Sin embargo, seguía siendo Laurel, con toda la calidez reflejada en la cara.

—¿Por qué no te acercas? —preguntó ella con una sonrisa burlona.

Con la voz grave, él respondió:

—Como no recuerdo nada de nuestro encuentro en la enfermería, esta vez no quiero perderme ni un solo instante.

Laurel seguía llevando el mismo estilo de camisón. Este era incluso más sencillo que el de la noche de bodas; una prenda de algodón austera con el cuello alto y las mangas largas sin ningún adorno. Merecía el mismo destino que el otro.

Agarró el cuello de la prenda y lo rasgó de arriba abajo. Fue más difícil de lo que parecía. La ferocidad controlada de aquella acción le ayudó a liberar tensiones. Y lo mejor de todo es que reveló las exuberantes curvas que el camisón ocultaba.

Ella sonrió como una diosa sensual.

—Eres muy despiadado con los camisones.

—Dos en once años no es para tirar cohetes —replicó él, sonriendo, aunque enseguida borró la sonrisa—. Eres tan preciosa. Tanto que casi duele.

—Esta noche no habrá dolor —dijo ella, con firmeza—. Sólo un placer sencillo y puro como cuando hicimos el amor en la cabina del capitán de tu barco en las aguas turquesas del océano.

—El *Lady Lavanda*. Es el mejor barco que he tenido.

La goleta era el primer barco que había encargado a la pequeña naviera que heredó de un tío escocés. Cuando se casó con Laurel, estaba casi terminada y lista para surcar los mares. Era impecable y preciosa como su esposa, así que le cambió el nombre e hizo que ella la bautizara.

Había planeado cambiar el mascarón de proa y encargar algo que se pareciera más a su esposa, pero ella se marchó antes de que pudiera hacerlo. Después, cambió el nombre del barco porque parecía un mal augurio que llevara el de una mujer que jamás volvería.

Aquello le provocó una punzada de dolor y ella había prohibido el dolor aquella noche. Se tendió encima de ella, piel con piel, y fue plenamente consciente de las diferencias a nivel de firmeza y textura de los cuerpos masculino y femenino. Apoyó gran parte de su peso en los codos y empezó a besarla y a descender.

Como Laurel era, por naturaleza, tan reservada y digna, después de la boda a James le sorprendió descubrir que también tenía una sensua-

lidad muy natural y desinhibida. Era una dama elegante y una ninfa terrenal envuelta en un paquete irresistible.

El pulso que se notaba en su delicado cuello empezó a acelerarse al ritmo de los besos que le daba. Él adoró sus magníficos senos con la boca y la lengua mientras ella jadeaba y arqueaba la espalda. Aquellos pechos eran tan atractivos que casi no podía dejar de besarlos, pero estaba impaciente por redescubrir las demás delicias que hacía tiempo que anhelaba. Su sabor, su textura y la intensa respuesta de su cuerpo lo volvían loco.

Cuando saboreó la dulce curva del vientre, dedicó un beso especial a la semilla de una vida nueva que estaba creciendo en su interior. Su hijo, concebido por azar y que, por lo tanto, era un milagro doble.

Cuando los labios de James llegaron al dulce calor y a la humedad entre los muslos, descubrió que todavía le gustaban los besos más íntimos. Mientras le lamía delicadamente los pliegues, ella empezó a perder el control.

—¡James! ¡James!

Le clavó las uñas en el pelo y apretó los muslos alrededor de su cabeza mientras gritaba en silencio. Cuando relajó los músculos y la respiración, él apoyó la cabeza en su estómago y el latido del corazón que escuchaba iba tan deprisa como el suyo.

Se sentía muy satisfecho consigo mismo. Dar placer a Laurel era casi tan intenso como recibirlo. Ella siempre había sido una amante muy generosa. Había tenido que enseñarle a aceptar lo mismo que daba.

—Madre mía... —jadeó ella, mientras le acariciaba el pelo—. Yo que pretendía compensarte por todo lo que te he estado negando, y vas tú y me llevas al éxtasis. Casi había olvidado lo maravilloso que es estar contigo.

Él sonrió y le colocó la mano encima del sexo.

—Si necesitas otro recordatorio...

Ella contuvo el aliento y se apartó.

—A lo mejor después, pero ahora, milord, es tu turno.

Lo obligó a tenderse boca arriba y, mientras tanto, lo acarició de mil formas terriblemente interesantes.

Cuando apoyó la cabeza en la almohada ya tenía la respiración entrecortada. Miró fijamente la preciosa y decidida expresión de su cara mientras ella se inclinaba sobre él y pensaba por dónde empezar. La trenza se había deshecho y la melena le caía por encima de los hombros y los pechos.

Con la voz ronca, Kirkland dijo:

—Es una idea muy pagana, pero pareces una Afrodita. Infinitamente deseable y que trae bendiciones a la humanidad que la adora.

Ella se rió y asomó entre unos mechones de color bronce.

—A la humanidad no. Sólo a ti, mi paciente esposo.

Agarró un mechón de pelo y lo acarició con las puntas, deslizando los dedos desde el torso hasta la entrepierna.

Él gruñó.

—¡Ahora no soy muy paciente!

Ella dibujó una sonrisa burlona antes de agacharse y dejar que su sensual y experta lengua siguiera el rastro del pelo. Cuando los labios rozaron la palpitante erección, Kirkland creyó que iba a volverse loco. Laurel no había perdido ni una milésima de la desinhibida pericia que él recordaba.

Ella se tomó su tiempo, lo llevó al límite y luego se detuvo para prolongar las llamas del deseo. Cuando él ya no podía aguantar más, jadeó:

—¡Basta!

En un movimiento rápido y ágil, la tendió bocarriba en la cama y se colocó entre sus piernas para que su verga erecta pudiera deslizarse por su sexo húmedo. Ella gimió y le clavó las uñas en la espalda en cuanto James volvió a despertarle el deseo.

Y cuando ya no podía más, se liberó en las embriagadoras profundidades de su cuerpo. La explosión de sensaciones le quemó los sentidos. ¿Cómo había podido vivir sin aquella intimidad tan feroz? ¿Podría sobrevivir sin ella si volvía a abandonarlo?

Con furia, borró todos los pensamientos del pasado y del futuro. Ahora sólo importaban su esposa y el glorioso presente.

El éxtasis estaba muy cerca. Mientras se sacudía, ella se convulsionó a su alrededor y se fundieron en un espíritu, una mente, una pasión.

Le vibraba todo el cuerpo mientras el ritmo sanguíneo desbocado recuperaba la normalidad. Se colocó de lado y pegó a Laurel contra él. Ahora estaba allí y era imposible imaginar que algún día volvieran a separarse. A pesar de que la pasión ya se hubiera consumido, de momento, la calidez de su espíritu lo seguía envolviendo. Cuando ella había decidido bajar las defensas, se había abierto a él por completo.

Él volvió a preguntarse cómo había podido vivir sin la calidez vital de Laurel y si podría sobrevivir si volvía a abandonarlo.

«No pienses esas cosas.»

Era su esposa y habían hecho una promesa, ahora y por siempre, amén.

Aunque, como no se lo acababa de creer, la abrazó con fuerza y se negó a pensar en el mañana.

30

Laurel estaba en los brazos de James, que la tenía rodeada por la cintura mientras ella apoyaba la cabeza en su hombro. Le encantaba su cuerpo bonito, fuerte y esbelto; le encantaba que hubieran recuperado la intimidad de estar tendidos desnudos de forma desinhibida. Todo parecía tan perfecto que era como si los diez años que habían pasado separados nunca hubieran existido. ¿Cómo había podido dejarlo? ¿Por qué?

Enseguida recuperó la horrible imagen de aquellas preciosas manos aferradas al cuello de un hombre y se le revolvió el estómago. Se había quedado tan horrorizada y tan angustiada que no podía permitir que la tocara, así que no le había quedado otra opción que marcharse. Incluso ahora, aquellos recuerdos le oprimían los pulmones.

Sin embargo, el tiempo difuminaba las emociones. Lo que sentía ahora era más bien el recuerdo del horror que el agónico dolor de la emoción original. Además, ahora también sabía que el intruso llevaba un puñal y que habría podido matar a James. Una muerte en legítima defensa no era un asesinato.

Y sin embargo...

—Hace diez años... ¿Por qué no intentaste evitar que me marchara?

Él detuvo la mano con la que la estaba acariciando.

—Porque maté a un hombre y no quería hacerlo —dijo, sin inmutarse—. Perder lo que más quería parecía un castigo justo a mis pecados.

Entonces, Cassie tenía razón. A pesar de que no habían sido amantes, la antigua agente lo conocía muy bien.

Su marido se merecía la misma sinceridad, así que se obligó a confesar:

—Yo creí que cuando llegamos a Londres te diste cuenta de que sería una condesa pésima y que por eso no intentaste convencerme para que me quedara, porque ya no me querías.

Él contuvo la respiración, atónito.

—¿Cómo pudiste pensar eso?

—Habíamos estado un año de luna de miel visitando todas tus propiedades y no habíamos conocido a ninguno de tus amigos. —Laurel se humedeció los labios—. Cuando nos separamos, me pregunté si alguna vez habías pensado que no encajaría en tu mundo.

Kirkland palideció.

—Era joven y egoísta. Eras lo mejor que me había pasado en la vida, y no quería compartirte con nadie ni con nada. Sabía que, cuando regresáramos a la vida normal, tendría que hacerlo, y por eso intenté que nos mantuviéramos lejos todo lo que pude.

Ella tragó saliva.

—Ojalá lo hubiera sabido.

—¿Habría cambiado algo? —Volvió a acariciarle la espalda—. ¿Te habrías quedado si te lo hubiera pedido? ¿Rogado? ¿Suplicado?

—No... lo sé. —Laurel se quedó pensativa—. Creo que la repulsa que sentía era demasiado fuerte. El tiempo ha borrado el horror. Además, en mi trabajo he visto la crudeza y la crueldad de la vida. Ahora soy menos impresionable. Pero entonces... —dijo y meneó la cabeza.

—Por lo tanto, seguramente todo habría ido igual aunque hubiera intentado convencerte. —Soltó el aire de los pulmones—. Me alegro de saberlo, porque a menudo me he preguntado si dejarte marchar fue lo correcto.

—Lo fue —respondió ella, con un sentimiento de arrepentimiento por el dolor que los dos habían sufrido—. Fue devastador, pero fue lo correcto.

—En ese caso, debo hacerte una pregunta, aunque seguramente no debería. Sin embargo, la necesidad de comprender es mi gran pecado. —Sonrió—. Bueno, uno de ellos. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión acerca de... la intimidad marital?

—Las mujeres de tus amigos —respondió ella, muy seca—. ¿Te

acuerdas de lo del elefante que te he comentado antes? Sabía que todas querrían saber los motivos de nuestra separación y la posterior reconciliación. Era como un elefante que estaba ahí en medio y del que nadie quería hablar. Así que cuando fuimos a tomar el té, les dije que podían preguntarme lo que quisieran. Ellas preguntaron y yo respondí. No comenté asuntos privados, por supuesto, pero sí lo suficiente para que pudieran comprender la situación.

—Santo Dios —dijo él, divertido—. Mackenzie tenía razón. Vuestra conversación era para poner los pelos de punta.

—¡Nunca había hecho nada parecido! Pero, mientras hablábamos, descubrí tantas cosas acerca de ellas como ellas acerca de mí. Entendieron por qué me marché y no condenaron a la niña que era en aquel entonces, me recordaron que ya no tengo dieciocho años y que ya es hora de que me tome mis votos en serio. —Tragó saliva—. Me considero una mujer de palabra, con lo cual me resultó muy duro que me recordaran lo mucho que he fracasado al no mantener esos votos. Lo siento, James. Estoy intentando mejorar.

—Y te estoy terriblemente agradecido —replicó él, con pasión—. Pero no seas demasiado dura contigo misma, Laurel. Tener objeciones morales estrictas hacia el asesinato es un valor legítimo que se contradice con esos votos.

—Eso creí hace diez años, pero una de las mujeres sugirió que al negarnos la intimidad física estaba... desequilibrando la balanza. Cuanto más profundo sea mi vínculo contigo, más capaz debería ser de aceptar los aspectos de tu carácter que son más opuestos al mío. —Hizo una pausa—. Es una buena teoría.

—La teoría está muy bien —comentó él, en un tono menos despreocupado del que pretendía—. Pero ¿crees que funcionará cuando la apliquemos a la práctica?

Ella lo abrazó con fuerza.

—¡Espero que sí! —exclamó, un poco seria—. Si puedes controlarte y no matas a nadie más delante de mí, todo irá bien.

Él suspiró.

—Haré lo que pueda.

—Y hay otra cosa —añadió Laurel, con un hilo de voz—. Comprendo que hayas tenido amantes. No puedo esperar otra cosa cuando he sido yo quien ha renunciado a mis obligaciones maritales, pero... espero que renuncies a quien sea que ocupe ese puesto en estos momentos.

—Lamento contradecirte, pero no hay, ni ha habido, ninguna amante —dijo él, con suavidad—. Desde que nos casamos, en mi vida sólo has estado tú.

Ella se incorporó, apoyó el peso del cuerpo en el codo y lo miró a la cara.

—¿Qué? ¿Por qué no? Nadie, ni siquiera yo, te habría echado la culpa por haber buscado satisfacciones en otro sitio cuando yo desaparecí y renuncié a mis obligaciones.

—¿Has tenido amantes? —respondió él.

—¡Por supuesto que no!

—¿Por qué no?

—Por los mismos votos que comentaba antes. Renuncié a todos los demás y me entregué sólo a ti —dijo ella, mientras intentaba adivinar la expresión de James en la oscuridad.

—¿Crees que un hombre es menos capaz de mantener sus votos que una mujer? —le preguntó él—. Eres una mujer muy apasionada, Laurel y, aún así, mantuviste los tuyos.

Ella se mordió el labio mientras lo pensaba.

—Creía que los hombres eran distintos. Que el celibato era casi imposible.

—Muchos hombres promueven esa creencia, pero no es cierta. ¡Aunque no ha sido fácil, te lo aseguro! —De repente, se echó a reír—. El celibato ha sido el aliado perfecto para mi trabajo.

—¡Para el mío también! —Laurel intentó digerir la enormidad de lo que acababa de decirle. No había tenido ninguna amante durante los años que habían estado separados. Había respetado los votos, igual que ella. Nunca se hubiera imaginado que lo hubiera hecho, pero saberlo le quitaba un peso de encima que ni siquiera era consciente de que llevaba—. Me alegro mucho de no tener que seguir fingiendo que no me

importa que te hayas acostado con otras mujeres. No creí que tuviera derecho a recriminarte nada, ¡pero detestaba la idea!

Él la abrazó con fuerza.

—Igual que yo detestaba la idea de que hubieras podido tener amantes. Imagino que esperar que si yo honraba nuestros votos tú también lo harías fue algo supersticioso.

—Me alegro mucho de que los dos lo hayamos hecho. —Aquella certeza los acercaba todavía más—. Creía que Cassie había sido tu amante. Me tranquilizó mucho cuando dijo que la única conversación que tuvisteis alrededor de una almohada fue durante un ataque de fiebre.

Él hizo una mueca.

—Créeme, la situación no fue precisamente romántica. Cassie y yo somos amigos con mucha historia en común y mucha confianza entre nosotros, pero nada más.

Después de un instante de duda, añadió:

—Y no es que no me pareciera atractiva, pero aunque hubiera tenido la costumbre de tener amantes, jamás me hubiera acostado con Cassie. Mis agentes están comprometidos con nuestro trabajo y conocen los riesgos que conlleva. Aún así, es muy difícil enviarlos a según qué peligro. Enviar allí a una mujer con la que me hubiera acostado sería... insoportable. Fue un motivo más para evitar cualquier tentación.

—Independientemente de los motivos, me alegro del resultado.

Cerró los ojos, más satisfecha que en cualquier otro momento de aquellos últimos diez años, y lanzó una plegaria silenciosa para dar las gracias.

Él empezó a masajearle la nuca con una mano y la relajó todavía más, si es que era posible.

—Cuando llegamos a Londres, dijiste que esperabas poder hacer alguna amiga aquí —dijo, pensativo—. ¿Crees que alguna de las mujeres que has conocido esta noche podría convertirse en amiga tuya?

—Son un grupo que intimida bastante —respondió ella—. Pero también son inteligentes y compasivas. Todas me han caído muy bien, especialmente lady Julia. ¿Crees que le importará si le hago una visita?

—Estoy seguro de que le encantará verte. Ashton House, donde Randall y ella viven cuando están en Londres, no queda demasiado lejos.

—Por la mañana le enviaré una nota para ver cuándo le va bien que vaya. —Chasqueó la lengua—. Intento acostumbrarme al hecho de tener lacayos a mi disposición.

—No los veas como un lujo, sino como hombres que necesitaban un trabajo y que ahora cobran un sueldo cada mes.

Ella, de repente, se tensó.

—Acabo de darme cuenta. Varios de tus criados son soldados que sufrieron heridas graves en el campo de batalla, ¿no? Aquí no tienes el grupo de lacayos perfectos que he oído que tienen las grandes casas.

—Sí, varios eran soldados, pero como tengo una naviera, también hay marineros. Es mejor que no los confundas —le aconsejó, entre risas.

Ella ya casi se había dormido cuando él, algo dubitativo, preguntó:

—¿Ahora te plantearás la opción de pasar más tiempo en Londres en lugar de hacerme una visita de vez en cuando? Sé que las raíces que tienes en Bristol son profundas, pero estoy seguro de que podemos encontrar el equilibrio para estar juntos casi siempre. Yo tengo que venir a Londres a menudo, pero podemos comprar una casa en Bristol. Llevo un tiempo preparando a Rhodes para que se encargue de todo el trabajo de espionaje, y eso significa que tendré menos obligaciones que antes, y más tiempo para estar contigo.

Ella parpadeó. Todavía no había pensado en eso, pero James tenía razón. Esta noche lo había cambiado todo. Ya no eran dos personas que resulta que estaban casadas pero que vivían separadas. Eran una pareja que debería estar, y quería estar, junta.

Cuando había llegado a Londres, se había mantenido firme en su intención de regresar a su hogar de Bristol al cabo de un mes, pero ahora la definición de «hogar» había cambiado. Ahora el hogar era donde estaba James y, por lo visto, él también quería estar con ella. Era el efecto de unas relaciones maritales increíblemente maravillosas.

—Si los dos estamos dispuestos a comprometernos, lo conseguiremos. Y creo que los dos lo estamos.

—Yo estoy más que dispuesto —murmuró él mientras deslizaba la mano por la espalda y la escondía debajo de las sábanas—. Esta noche me he acordado de Shakespeare.

Ella se rió.

—¡Espero que no sea: «Deseo que seamos unos mejores extraños»!

—No, ese era tu lema —respondió él, imperturbable—. Estaba pensando más en los versos: «Ella despierta el hambre cuanto más lo satisface».

Le cubrió el pecho con la mano y jugueteó con el pezón hasta que se endureció.

—En otras palabras, que vuelves a tener hambre.

Deslizó la mano por el torso y descubrió que, en efecto, volvía a estar hambriento.

—Llevo diez años pasando hambre —susurró él.

—Yo también. —Ella se colocó encima de él porque nunca se saciaba de sus caricias ni de su sabor—. «Él despierta el hambre cuanto más lo satisface» —susurró, y aquellas fueron las últimas palabras que se dijeron hasta que volvieron a estar satisfechos los dos.

31

Puede que Kirkland creyera que todo había sido un sueño muy real, pero cuando despertó al amanecer, Laurel estaba a su lado con la cara parcialmente cubierta por su sedoso pelo. Su mujer. La madre de su hijo. Su único amor. Estaba tan convencido de que aquel era su lugar que volvió a sentirse completo como únicamente se había sentido durante los meses inmediatamente posteriores a su boda.

De recién casados, su amor no había experimentado ningún bache. Habían disfrutado de la extensa luna de miel sin la más mínima discusión. Pensándolo bien, había sido como un dueto de piano muy largo y ejecutado a la perfección. A lo mejor, si hubieran aprendido a tener desencuentros en aquellos primeros meses, el matrimonio no habría terminado de aquella forma tan abrupta.

Ahora, la vida los había curtido a los dos. Habían recuperado sus votos para poder solucionar futuros desacuerdos sin separarse de forma definitiva. Él sólo tenía que controlarse y no matar a nadie delante de su mujer. Seguro que lo conseguiría.

Laurel se movió un poco entre los brazos de su marido y se apoyó en la espalda. Abrió los ojos muy despacio y le dedicó una sonrisa tan enamorada como cuando estaban de luna de miel.

—Me alegro mucho de estar aquí —murmuró.

—Donde tienes que estar. —Él le dio un beso en la sien—. Por desgracia, hoy no estaré en casa en todo el día. ¿Tienes algún plan o prefieres quedarte en la cama y buscar más formas de volverme loco?

—No es necesario —replicó ella con recato mientras deslizaba la mano por el cuerpo de James sin ningún reparo—. Volverte loco es muy fácil. No hay que planear nada de antemano.

Cuando la mano de Laurel llegó a su objetivo, él se excitó al instante.

—Es cierto. Los hombres somos criaturas muy simples.

—Sólo en esta zona —respondió ella, ásperamente—. Además, si fueras simple en todos los aspectos serías muy aburrido. —Entonces se apoyó en un codo y lo miró pensativa—. Creo que voy a salirme con la mía. Te recomiendo que te rindas.

—Me has conquistado, milady. —James se tendió bocarriba—. Haz conmigo lo que quieras.

Ella sonrió con picardía.

—Eso pretendo.

Cuando por fin se inclinó para darle un beso, él cerró los ojos para saborear mejor el placer de la rendición. Era una mujer a la que le encantaba dar, y a él no se le ocurría nada mejor que dejar que le diera lo que quisiera.

Cuando Kirkland salió de la cama a regañadientes para ir a atender sus asuntos, Laurel volvió a dormirse. En cuanto él se marchó, *Tejón* entró en la habitación, dio tres vueltas alrededor de la almohada de Laurel y, al final, apoyó la cabeza en su hombro. No era tan buen compañero de cama como Kirkland, pero, a su manera felina, estaba bastante bien.

Cuando al final se levantó, se aseó y desayunó, envió una nota a lady Julia para preguntar qué día le iría bien que la fuera a visitar. La respuesta no se hizo esperar. Mientras estaba tocando el piano recibió la invitación de lady Julia para ir a verla esa mañana y almorzar juntas. Ella le envió una nota aceptando enseguida y se dirigió al vestidor.

Violet estaba guardando los vestidos que acababan de llegar de la tienda de madame Hélier, así que le dijo:

—Necesito uno para una visita privada con la hija de un duque que es comadrona. ¿Qué me sugieres?

—Una dama de buena cuna que, a pesar de todo, tiene los pies en el suelo. —Violet arrugó el ceño un instante. Luego, asintió con decisión—. Este vestido de día, milady.

Sacó un vestido del armario. La tela era de un tono gris muy cálido, sutil e interesante.

—No es ostentoso, pero el corte es muy elegante y, si aparece el duque, no tiene que avergonzarse de su aspecto. Póngase el chal francés de tonos azules, grises y verdes, y el sombrero gris oscuro con la pluma de pavo real.

—¡Perfecto! —Laurel acarició la suave y delicada tela gris—. Sé que me volveré perezosa si dejo que siempre decidas por mí, pero es que lo haces mucho mejor que yo.

Violet se rió.

—Mi trabajo es que esté preciosa, como usted no se ha permitido estar nunca.

—Con ese talento para halagar, la tienda que algún día abrirás será todo un éxito. —Mientras Violet preparaba el vestido y los accesorios, Laurel añadió—: Esta mañana estás especialmente contenta. ¿Algún motivo en concreto?

Violet se sonrojó y su tez se oscureció un poco más.

—Después del desayuno, el señor Rhodes me ha pedido que vayamos a dar un paseo en mi próximo medio día libre. Ya lo hicimos la semana pasada y fue... muy agradable.

Laurel arqueó las cejas. Era la primera vez que oía a Violet hablar de una relación con un hombre, pero puesto que Kirkland confiaba y respetaba a Rhodes, Violet debería estar a salvo con él. El brillo que desprendía su mirada cuando hablaba de él demostraba que empezaba a superar sus miedos, al menos con Rhodes.

—Ahora que ya estoy instalada, yo también debería empezar a dar más paseos por el barrio —comentó Laurel—. ¿Qué te gustó especialmente, la semana pasada? Aparte de la compañía, claro.

Violet volvió a sonrojarse, pero lo disimuló entrando en el vestidor para buscar el sombrero gris que había mencionado.

—Shepherd Market está bastante cerca y es precioso, como una feria. Había música, malabaristas y una mujer que, según el señor Rhodes, prepara el mejor pastel de carne de Londres.

—Parece una excursión perfecta. Le pediré a Kirkland que me lleve. —Laurel levantó los brazos para que Violet pudiera ponerle el ves-

tido gris por la cabeza—. ¿Fuisteis a algún otro sitio? Sé que hay unas casas preciosas hacia el oeste y las tiendas más exclusivas quedan al este, pero he estado tan perezosa que no me he atrevido a aventurarme.

—Justo al otro lado de Berkeley Square hay una confitería que el señor Rhodes dijo que es muy conocida. Se llama Gunter y sirven los helados más deliciosos del mundo. El señor Rhodes me compró uno, pero a mí me parece que son demasiado bonitos para una pobre criada como yo —dijo, mientras agitaba las largas pestañas negras con inocencia.

Laurel se rió porque estaba feliz de ver que la chica era tan alegre. Cuando llegó a Zion House, Violet estaba muy callada y nerviosa.

—Es decir, que la próxima vez que vayamos a pasear por el parque, tu sufridora señora debería comprarte uno.

—Exacto. Y uno para usted, claro. No lo lamentará.

—Pues el próximo día que vayamos a pasear lo haremos.

Laurel observó su imagen en el espejo. Una vez más, Violet tenía razón. La combinación de azules y grises cálidos le quedaban muy bien y resaltaban los colores cambiantes de sus ojos.

Mientras se colocaba el chal alrededor de los hombros, le dijo:

—Y ahora vamos a Ashton House. Estaremos allí varias horas, así que quizá quieras llevarte algo para entretenerte. ¿Te gustan las labores?

—¿Los bordados? No mucho, y ya he terminado todos los arreglos. —Violet sonrió—. ¿Sabe que el señor tiene una colección de libros para los criados? Historias, aventuras de viajeros, sermones y textos de temáticas tan diversas como las finanzas. Si queremos uno, sólo tenemos que pedírselo a la señora Stratton, que lo anota en una libreta. Desde que llegamos a Londres, ya me he leído uno entero y voy por el segundo. ¿Le importa si leo mientras la espero?

—¡En absoluto! Soy una gran defensora de la lectura. ¿Qué libro estás leyendo?

—*Robinson Crusoe*. —Violet se rió—. Es un libro de aventuras en una isla tropical que no se parece demasiado a Jamaica, pero el autor tiene mucha imaginación. Es muy divertido.

Mientras se ponía los guantes, Laurel se dijo que podían crear una especie de biblioteca en Zion House con servicio de préstamo. Ya lo planificaría.

También le gustó descubrir que Kirkland compartía su deseo de ayudar a los demás a mejorar. Como había dicho, dedicaba gran parte de su tiempo a sus responsabilidades del trabajo de espía y sus negocios, pero aún así se había tomado un tiempo para crear un hogar ejemplar con costumbres respetuosas para todos sus ocupantes.

Si su marido conseguía no matar a nadie delante de ella, seguro que disfrutarían de un largo y feliz futuro juntos.

Cuando el carruaje de los Kirkland cruzó la verja de Ashton House, Violet se quedó boquiabierta.

—¡Es enorme! Como un palacio real.

Laurel también estaba impresionada.

—Kirkland me dijo que era la residencia privada más grande de Londres, pero ni aun sabiéndolo, estaba preparada para la realidad.

No le extrañaba que a Ashton no le importara acoger a los Randall. Seguramente, podría acoger a la Westerfiel Academy entera en un ala de la casa y ni se enteraría.

Por dentro, Ashton House era igualmente imponente, con grandes escalinatas, techos altos con molduras y un personal impecable. Acompañaron a Violet al salón de los criados mientras el mayordomo guió a Laurel por las escaleras.

Cuando lady Julia la recibió con una gran sonrisa en la puerta de los aposentos de los Randall, ella se relajó. Menuda, morena y serena, lady Julia era lo que uno esperaría de una mujer de la alta sociedad que se había convertido en una excelente y compasiva comadrona.

—¿Ya estás debidamente impresionada por Ashton House? —preguntó Julia, riéndose, mientras abría la puerta para que su invitada entrara.

Laurel se rió.

—Yo creía que Kirkland House era imponente, pero ahora me doy cuenta de que somos insignificantes.

—Ahora entiendes por qué Ashton accedió encantado a ofrecer a mi marido sus propios aposentos siempre que estuviera en la ciudad. —Con un gesto, Julia invitó a Laurel a sentarse en un cómodo conjunto de butacas y sofá—. Cuando Randall estaba en el ejército no solía pasar mucho tiempo en Londres, por lo cual no necesitaba una casa, y ahora nos hemos adaptado todos tan bien a la solución que ya nadie podría echarnos. —Sonrió—. Y más desde que nos casamos y tuvimos al bebé y Ashton nos cedió más espacio.

—Es agradable dar un uso a todo este espacio en lugar de que esté vacío —dijo Laurel mientras se sentaba en una butaca de orejas—. Cuando hemos cruzado la verja, he pensado: «¡Santo Dios!» Y después enseguida me he preguntado cuántas mujeres y niños podríamos acoger aquí si se convirtiera en un refugio como Zion House.

—¡Ja! ¡Eres una de las mías! —Julia se acomodó en el sofá, delante de Laurel, dobló las rodillas y se sentó sobre los talones—. Me parece que Ashton todavía no está preparado para ceder la casa entera, pero Mariah y él han sido muy generosos con la Fundación Hermanas. Tengo millones de preguntas. ¿Te importa si Mariah se une a nosotras después? A ella también le interesa.

—Por supuesto. También quiero conocerla mejor. Y me encantaría conocer a tu hija, y creo que Mariah también ha sido madre hace poco, ¿no es cierto?

—Sí, su hijo Richard es apenas cinco semanas mayor que mi hija, Anne-Marie. —Julia sonrió—. Nos encanta enseñar a nuestros hijos y lo único que tienes que hacer es decir que son preciosos.

—Será muy fácil. Todos los niños son preciosos. —Laurel se cubrió el vientre con una mano y se preguntó si se atrevería a comentar su miedo recurrente a que el embarazo no llegara a buen término. Sin embargo, no tenía sentido mencionarlo, puesto que si Laurel tenía razón, Julia tampoco podía hacer nada para evitarlo.

—¿Podrías recomendarme una buena comadrona? No estoy segura de si el bebé nacerá aquí o en Bristol, pero había pensado que podría

tener a una experta a mano en ambos sitios. Todavía no he hablado con ninguna, pero creo que debería hacerlo.

—Es conveniente ir preparando las cosas —dijo Julia—. Nosotros no estaremos en Londres el tiempo suficiente para que seas mi paciente, pero puedo recomendarte a varias personas. Si tienes alguna pregunta, adelante. No estás demasiado avanzada, ¿verdad?

—De casi dos meses. —Si era necesario, ella podía dar la fecha e incluso la hora exactas de la concepción—. Es tan pronto que tampoco he querido hablar mucho del embarazo.

—Imagino que has tenido síntomas. ¿Te importaría explicármelos?

—Algunas náuseas por la mañana. —Recordó la visita a sus padres—. No suelen ser fuertes a menos que durante el día tenga que hacer algo que no me apetece.

—Es normal —respondió Julia, sonriente—. ¿Qué más?

Encantada de poder hablar con alguien que entendía y que mostraba interés, le explicó qué estaba experimentando su cuerpo y recibió una información muy útil sobre lo que podía esperar durante los meses venideros. Ya estaban terminando la conversación cuando el mayor Randall y un chico de unos trece años entraron en el salón desde el otro lado de los aposentos privados.

El mayor vio a Laurel y sonrió.

—Bienvenida a mis humildes aposentos, lady Kirkland. Ya ves a qué nos vemos reducidos los antiguos militares en apuros económicos.

Con una mano, indicó el amplio salón y el lujoso mobiliario.

Laurel se rió.

—Tu situación me parte el corazón, Mayor.

Con una chispa de humor en los ojos, él dijo:

—Te agradezco la compasión. Te presento a Benjamin Thomas Randall. Benjamin, esta es lady Kirkland.

Benjamin ofreció una perfecta reverencia, pero su expresión curiosa delataba que le interesaba conocer a la mujer de lord Kirkland. Después de las presentaciones, Randall dijo:

—Nos vamos a disfrutar de placeres masculinos, como montar a caballo o quizás iremos al mercado de caballos Tattersall. —Dio un

delicado beso a su esposa en la cabeza antes de dirigirse hacia la puerta—. Supongo que, cuando volvamos, habréis solucionado la mitad de los problemas sociales de Gran Bretaña.

Julia se rió.

—Haremos lo que podamos. —Cuando Benjamin pasó por su lado, Julia lo agarró de la mano y se la apretó—. Por favor, no traigáis ningún poni de Tattersall. No creo que quepa.

—Supongo que no —dijo Benjamin con un arrepentimiento finjido.

Dio un beso a Julia en la mejilla y salió detrás del mayor Randall.

Cuando cerraron la puerta, Laurel dijo:

—¿El hijo de Randall? Es un chico muy apuesto.

—Benjamin es hijo del primo de Alex, pero ahora es nuestro. —Sonrió con orgullo—. Estudia en la Academia Westerfield.

—Espero conocer a lady Agnes Westerfield algún día. Debe de ser una mujer fascinante.

—Lo es, y estoy segura de que la conocerás muy pronto —dijo Mariah, que entró en el salón con una cálida sonrisa—. ¡Es un placer volver a verte ahora que ya hemos liquidado al elefante! —Les enseñó el lápiz y la libreta que traía—. Y ahora, a trabajar.

Cuando la duquesa se sentó en el sofá, Julia dijo:

—El día que las directoras de la fundación visitaron Zion House, estabas empezando una especie de programas de formación para los residentes. ¿Cómo lo habéis puesto en práctica y cuáles son los resultados?

—Nos hemos concentrado en habilidades prácticas como limpiar, cocinar, cuidar niños y, para las mujeres con mayor educación, llevar las cuentas. La mayoría de nuestro profesorado reside en Zion House, así que las clases varían, pero estamos desarrollando planes de estudios formales para asegurarnos de que nuestros estudiantes aprenden todo lo necesario —explicó Laurel—. Cuando acaban, realizan unas prácticas en casas locales de gente que apoya el programa.

Aquello supuso el inicio de una animada conversación que duró varias horas, incluyendo ideas comunes, risas y un almuerzo excelente. Cuando se marchó, Laurel sabía que tenía dos nuevas amigas con espíritus afines al suyo. Debería invitar a Anne Wilson para que viniera de

Bristol y reunirse las cuatro. Como supervisora de Zion House, Anne tenía experiencia práctica en los detalles del día a día. A lo mejor podía convencerla para que escribiera una guía para otras supervisoras de otros refugios.

Ah, y ni siquiera habían hablado del asunto de la seguridad ni de sus planes de impulsar pequeños negocios. Había conocido a los dos expertos que le había propuesto Kirkland y se había quedado impresionada. Ahora, ambos hombres estaban en Bristol, uno mejorando la seguridad de Zion House y el otro creando una carpintería.

Cuando Violet se colocó a su lado a esperar con ella el carruaje, le preguntó:

—¿Cómo os lo habéis pasado Robinson Crusoe y tú?

—He leído un poco, pero también he hablado con las doncellas de la duquesa y de lady Julia. Hemos intercambiado alguna receta. —Violet sonrió—. Y también me han dado de comer.

—Un día provechoso para las dos. —Laurel tuvo una idea—. Hace una tarde muy agradable, le diré al cochero que nos lleve a Gunter a comprar unos helados y luego podemos volver a casa cruzando el parque.

—Estaré encantada de ayudarla con los helados, milady.

Las palabras de Violet fueron decorosas, pero le brillaban los ojos.

Llegó el carruaje y un lacayo ayudó a Laurel a subir. Cuando se sentó, sonrió con satisfacción. No había nada como hacer amigas para reconciliarse con el hecho de vivir en un sitio nuevo.

Laurel había comido helado alguna vez, pero era un placer escaso y caro por la dificultad de obtener hielo suficiente y la complejidad de la producción. Entrar en Gunter supuso para ella un lujo casi tan grande como para Violet.

Cuando probó su helado de flor de azahar, suspiró de placer.

—Tenías razón, Violet. Es exquisito. Tenemos que convertir esto en el broche final de todos nuestros paseos.

Violet sonrió encantada con su helado de canela en la mano.

—Será un honor acompañarla en cada ocasión.

A pesar de tomar bocados pequeños, el helado de Laurel desapareció demasiado deprisa y hubiera quedado poco digno que una condesa relamiera el plato. ¿Podría una mujer embarazada justificar comerse uno o dos más? A pesar de que la idea era atractiva, le pareció que no podía permitirse ser tan poco disciplinada.

En cambio, sí que podía convertirse en cliente habitual, teniendo la tienda tan cerca.

—Tengo que proponer al señor Gunter la posibilidad de servir helados en Kirkland House cuando organicemos una fiesta. Podrían ponerlos en un baúl lleno de hielo y durarían horas.

—Seguro que, a un precio desorbitado, no le ponen ningún problema.

El dinero tenía sus ventajas. Y no sólo los helados, sino aquel precioso parque en la puerta de Kirkland House, donde ella podía salir a estirar las piernas y respirar aire fresco.

Cuando Violet y ella volvieron a la plaza, el lacayo de Kirkland bajó del carruaje para acompañarlas hasta la casa mientras el cochero se llevaba el carruaje a los establos. Laurel empezaba a acostumbrarse a tener tantos criados. Ahora que los conocía de forma individual, era más fácil.

Rodeó uno de los enormes plátanos de la plaza y pensó que estaba siendo un día fantástico y que lo mejor todavía estaba por llegar. Sonrió para sí misma y calculó las horas que faltaban para que su marido y ella pudieran irse a la cama.

32

Hacía una semana que Laurel y Kirkland habían pasado de compartir techo a compartir cama y, en ese tiempo, habían acomodado sus vidas a un ritmo que se adaptaba a los dos. Normalmente, desayunaban juntos, entre risas y comentando las noticias del periódico. Después, él se iba a trabajar, casi siempre fuera de casa, mientras ella se encargaba de los asuntos domésticos con la señora Stratton. El ama de llaves ya no se sentía amenazada por Laurel puesto que la señora de la casa pocas veces interfería en su trabajo.

Ahora ella tenía cosas mejores que hacer. En Bristol, trabajaba de sol a sol, pero aquí lo hacía a una escala mayor. Lady Julia la había añadido a la junta de la Fundación Hermanas y, junto con Mariah y Kiri, estaban desarrollando planes para expandir la red de refugios. Echaba de menos trabajar directamente con las mujeres y los niños, pero la tarea que le habían encargado podría beneficiar a mucha más gente.

Londres era cada vez más su casa. Según los términos de la reconciliación original, había planeado visitar la ciudad de forma esporádica y pasar la mayor parte de su tiempo en Bristol. Ahora era al revés. Iría a Bristol a visitar a sus amigos y a su hermano, y también para comprobar que la enfermería y Zion House funcionaban bien, pero su presencia sería cada vez menos necesaria.

Mientras ella y Violet se preparaban para su paseo de la tarde, se preguntó cuánto duraría aquella fase mágica de su matrimonio. Cuando el bebé naciera, habría muchos cambios. Sin embargo, los elementos básicos, como pasar tiempo con su marido y que ambos tuvieran un trabajo que les llenara, estaban cubiertos.

Cuando salieron a Berkeley Square, Violet miró hacia el cielo con ciertas dudas.

—Parece que pronto va a llover, milady.

—Cierto, pero estamos en Inglaterra. Si sólo saliéramos a la calle cuando hace sol, nunca saldríamos —replicó Laurel—. Y comeríamos muchos menos helados.

—Es verdad, y sería una lástima —comentó Violet.

—Martin, será mejor que traigas un paraguas —dijo Laurel al enjuto, fuerte y antiguo marinero que ahora era el lacayo que hoy las acompañaba a pasear.

Violet había comentado a Laurel que acompañar a la condesa en sus paseos diarios era una tarea tan codiciada que los hombres de la casa hacían turnos, seguramente porque ella siempre compraba helados para el cochero y el lacayo de turno, así como para sí misma y para su doncella.

Los helados eran caros, pero a ella le gustaba gastar el dinero de Kirkland en algo tan placentero. Él le había dado placer cada noche de aquella semana desde que volvían a ser amantes. Seguramente, sería más adecuado decir que habían retomado sus relaciones maritales, pero «ser amantes» reflejaba mejor el carácter apasionado de sus noches.

Aparte de crear más refugios, la Fundación Hermanas quería ampliar sus programas de formación. A menudo, una mujer permanecía junto a un hombre violento porque tenía miedo de que, si se marchaba, ella y sus hijos se morirían de hambre. Esas mujeres debían aprender algún oficio para sustentar a su familia.

Mientras diseñaba programas de formación, Laurel había tenido una idea. La doncella y ella paseaban por el parque, y le preguntó:

—Violet, ¿qué te parecería escribir un libro explicando las habilidades necesarias para ser doncella?

Violet se detuvo en seco y abrió los ojos:

—¡Yo no podría escribir un libro! —exclamó.

—Claro que sí. Sólo tendrías que definir lo que debe saber hacer una buena doncella y cómo debe hacerlo. Como las clases que dabas en Zion House. Vestidos, peinados, fabricar cremas, lociones y cosméticos, y todo lo demás. Me he dado cuenta de que tú has tardado años en

dominar todas estas habilidades, pero que se te daba muy bien explicarlas. El principal uso del libro sería como guía para mujeres que viven en refugios como Zion House, pero creo que podría llegar a un público más amplio.

Violet echó a caminar otra vez, pero se mordió el labio.

—He aprendido a hablar y a leer, pero no escribo demasiado bien.

—Eso no es ningún problema. Yo trabajaría contigo. Si te asusta menos, lo llamaremos panfleto. —Laurel sonrió—. ¿No sería maravilloso tener un libro con tu nombre en la portada? Puedes dedicármelo y así todo el mundo sabrá que eres la doncella de una condesa. ¡Una condesa que necesita mucha ayuda para tener un aspecto respetable!

Violet se rió y, mientras paseaban, la chica empezó a hacer una lista de los asuntos que aquel posible libro abordaría. A pesar de que el cielo había empezado a encapotarse, Laurel no tenía prisa por volver a casa, porque cuanto más hablaba Violet, y más explicaba sus ideas, más convencida estaba de que realmente podría escribir un libro.

Laurel, Violet y el paciente Martin caminaron alrededor y de un extremo al otro del parque ovalado. A consecuencia de la amenazadora lluvia, la plaza estaba casi vacía, pero daba igual. Violet tenía miles de ideas. Cuando se acercaron a Gunter para el regalo final del paseo, Laurel dijo:

—En cuanto a las recetas para cosméticos, ¿querrías compartirlas todas o casi todas?

Violet apretó los labios mientras pensaba.

—Casi todas. Algunas preferiría mantenerlas en secreto.

—Mira, ya tienes un buen título para el libro. *Secretos de una doncella* —sugirió Laurel, medio en broma, medio en serio—. ¡Siempre que la gente no espere historias subidas de tono!

Había varios carruajes frente a la confitería, entre ellos uno de viaje muy grande, pero ninguno estaba abierto y en la tienda había pocos clientes. Como siempre, Laurel y sus acompañantes se tomaron el helado fuera. Cuando terminaron, empezaron a caer las primeras gotas de lluvia y un viento muy frío azotó el parque.

—Vámonos a casa —dijo Laurel.

Seguramente, Kirkland ya estaría allí, porque había pensado invitar

a varios amigos para algún tipo de reunión. Ojalá fuera corta. Si sus amigos se iban, quizá pudiera convencerlo para echar una siesta. Estar embarazada ofrecía muchas excusas para ir a la cama.

El duque de Ashton fue el primero en llegar. Mientras daba la mano a Kirkland, dijo:

—Tienes un aspecto fantástico, e imagino que no es difícil adivinar el motivo.

Kirkland se rió.

—Ha sido la mejor semana de mi vida, Ash. Laurel y yo nos llevamos tan bien que me cuesta recordar todos esos años separados.

—Me alegro por ti —dijo Ashton, con sinceridad—. Mariah me ha dicho que te dé las gracias por presentarle a una nueva amiga. Y ahora dime, ¿a qué se debe esta misteriosa reunión que has convocado?

—También he invitado a Randall y a Carmichael, así que os lo explicaré a todos a la vez.

Con un brillo especial en los ojos, Ashton dijo:

—Puesto que ellos también vienen, esperaré un poco para explicarte cómo va mi última máquina infernal.

—¿Tu nuevo barco de vapor? Espero que no haya explotado.

Ashton sonrió.

—No seas injusto. La única vez que explotó uno fue un intento de asesinato.

Antes de que Kirkland pudiera formular otra pregunta, el mayordomo anunció a Randall. Mientras este le entregaba el sombrero sin mayor dilación, dijo:

—Tienes competencia para conseguir el afecto de tu esposa, Kirkland. Tocó el piano para nosotros y Benjamin se quedó prendado.

—No lo culpo. A mí me pasó lo mismo —respondió Kirkland, bromista.

Rob Carmichael llegó el último. Había sido marinero y tenía muy buen olfato para el clima, así que anunció:

—Se acerca una tempestad. Literalmente. Y, puesto que nos has pedido que nos reuniéramos contigo, Kirkland, quizá también se acerca otra tempestad metafórica.

—Sí —contestó él mientras se llevaba a sus amigos al despacho—. Os he pedido que vengáis porque hay un asunto importante al que no he prestado demasiada atención y me gustaría escuchar vuestras opiniones e incluso quizás aprovecharme de vuestras influencias si decidimos poner en marcha una estrategia para el futuro.

—¿De qué se trata? —preguntó Randall, mientras se sentaba en una cómoda butaca.

—Del comercio ilegal de esclavos. Ash, tú seguramente sabes más del asunto. En cuanto tomaste posesión de tu sillón en la Cámara de los Lores, te alineaste con los abolicionistas e hiciste pesar tu título para aprobar la legislación que prohibió el comercio de esclavos. De eso han pasado ya... ¿seis años?

Ashton asintió.

—Sí, y fue una victoria mayúscula, aunque no la solución definitiva, por supuesto. Todavía queda mucho trabajo por hacer. ¿Qué te ha hecho interesarte por este asunto? Habría jurado que con derrotar a Napoleón ya tenías trabajo suficiente.

Kirkland hizo una mueca.

—El cielo sabe que sí. Pero la doncella de Laurel me recordó que hay otros asuntos urgentes. Violet nació esclava en Jamaica y recibió formación para convertirse en doncella. Su señora se la trajo a Inglaterra de visita. Violet es una joven inteligente y terriblemente decente, muy preocupada por aprender y crecer, pero por desgracia, en Inglaterra la vendieron a un tal capitán Hardwick, que se obsesionó con ella.

—La he visto salir de Ashton House con tu esposa —dijo Ashton—. Por desgracia para ella, es muy guapa.

Carmichael frunció el ceño.

—Hardwick es un auténtico villano. ¿Lady Kirkland compró la libertad de la chica?

—No, Laurel se topó con Hardwick y un par de sus hombres en el puerto de Bristol cuando intentaban subir a la chica a la fuerza al barco

de Hardwick. Entonces le citó un precedente legal y rescató a Violet con la ayuda de varios estibadores.

Todos se quedaron en silencio hasta que Randall dijo:

—¿Y a tu esposa no se le ocurrió que robar una esclava a su despiadado amo podría ser peligroso?

—Seguramente, no. —Kirkland todavía se estremecía cuando pensaba en lo mal que habría podido terminar todo para Laurel—. Vio a una chica en una situación desesperada y no pudo ignorarla.

—Empiezo a entender mejor vuestra atracción mutua —dijo Randall, en tono mordaz—. Sois dos mártires locos que haréis lo correcto aunque os maten.

—Seguramente es cierto, aunque yo soy mucho más taimado que Laurel —respondió Kirkland, muy seco—. La historia de Violet no ha terminado. Hardwick hizo que uno de sus hombres la vigilara, seguramente con la esperanza de recuperarla. Ese es uno de los motivos por los que Laurel se trajo a Violet a Londres, para ponerla a salvo.

Randall intervino otra vez.

—Entonces, la situación de esta chica que conoces te ha hecho empezar a pensar en todos los menos afortunados que no conoces, ¿cierto?

—Sí. El nombre de Hardwick me sonaba, pero cuando supe que perseguía a Violet decidí investigarlo.

—Corren rumores bastante creíbles de que está implicado en el comercio ilegal de esclavos —dijo Rob Carmichael—. ¿Has podido confirmarlo?

Kirkland asintió.

—Mi ayudante, Rhodes, está al frente de la investigación. Llevo un tiempo preparándolo para que se haga cargo de parte de mi trabajo de inteligencia, y está demostrando un gran talento. Rob, ahora que te has casado y te has retirado, no puedo contar contigo para que te encargues de todo si yo muero.

Su amigo sonrió.

—Lo siento —dijo, sin ningún tipo de arrepentimiento—. Rhodes combina un aspecto bastante común con una mente brillante, y creció en la zona del puerto, ¿no?

—Sí. Se le da de maravilla conseguir información y encajar todas las piezas, que es lo que requiere este trabajo. Pronto tendré que buscarme un nuevo ayudante, y será un engorro, pero es más fácil encontrar un buen criado que un buen espía.

—¿Y qué pretendes? —preguntó Randall—. ¿Derrotar a Hardwick y, de paso, proteger a Violet y a otros que puedan estar amenazados por él?

—Eso sólo sería el principio —admitió Kirkland—. El mayor problema es aumentar los recursos de la Escuadra de África Occidental de la Marina Real para que puedan detener a los barcos de comercio ilegal de esclavos en el Paso Medio entre África y el nuevo mundo. No sé cómo se podría hacer. Seguramente, será necesaria una ley del Parlamento.

—El océano es muy grande y, actualmente, la escuadra está formada por tres o cuatro barcos, y hay quien cree que la Marina Real debería concentrarse en la guerra en Europa. —Ashton frunció el ceño—. Por no hablar de los hombres que siguen amasando una gran fortuna a costa de la esclavitud, y no querrán ver cómo se frena el comercio ilegal.

—Todo eso es cierto, y Hardwick es uno de esos hombres. Debe ser un proyecto a largo plazo. Las guerras en Europa habrán terminado en uno o dos años, y entonces habrá más recursos —respondió Kirkland—. Ahora es el momento de planear el futuro.

—Si en los próximos años el Parlamento se implica, Ash, Rob y tú tenéis un sillón en la Cámara de los Lores y podréis votar para recaudar fondos, pero en un futuro previsible yo sólo soy un ciudadano —dijo Randall—. No sé si podría hacer mucho para ayudaros.

—Lord Daventry es uno de los parlamentarios cuyo voto siempre es difícil de predecir. Como su presunto heredero, puedes influir en él, ¿no? ¿Crees que hay alguna posibilidad de que puedas convencerlo de que apoye un aumento de presupuesto y recursos para la Escuadra?

Randall se lo pensó un instante.

—A mi tío no le importa demasiado mi opinión, pero seguramente apoyará el proyecto si finalmente llega a la Cámara de los Lores. La mejor forma de influirlo sería que Julia hablara con lady Daventry. Desde que Julia la ayudó a traer a su hijo al mundo, son inseparables.

—¿Y Wyndham todavía se está planteando convertirse en miembro del Parlamento? —preguntó Ashton—. Creo que sería un gran defensor de las medidas antiesclavitud.

—Sí, y su padre también las apoyará en la Cámara de los Lores —replicó Kirkland—. Wyndham y Cassie han vuelto a Summerhill, pero antes de marcharse me dijo que ahora ya es capaz de volver a estar rodeado de muchas personas, aunque sean políticos, y que el año que viene tendrá su puesto, cuando uno de los parlamentarios de su padre se retire.

—Parece que vas a poder reunir muchos apoyos —comentó Rob—. ¿Le has preguntado a Violet qué sabe ella? Si pasó mucho tiempo con Hardwick, a lo mejor nos puede contar algo sobre sus actividades.

—Es una buena idea. Le pediré que baje ahora mismo, y a Laurel también. Puesto que Bristol es uno de los puertos principales en la ruta comercial a las Antillas, puede que tenga alguna información de valor.

El cielo se había encapotado y un lacayo había entrado a encender las lámparas, así que Kirkland le pidió que informara a lady Kirkland y a su doncella que quería hablar con ellas en el despacho.

—Ahora mismo, milord —dijo el lacayo—. Pero la señora y su doncella han salido a dar su paseo de la tarde por Berkeley Square y creo que todavía no han regresado.

—Ve a averiguarlo, por favor —dijo Kirkland, un poco tenso.

El lacayo salió del despacho acompañado por un relámpago y un potente trueno. Empezó a diluviar y se hizo de noche casi de repente.

—Has acertado con lo de la tempestad, Rob.

Inquieto, Kirkland se levantó y siguió encendiendo las lámparas él mismo. Tenía la sensación de que iba a suceder algo terrible, y con el tiempo había aprendido que aquella sensación no solía engañarlo. No obstante, era tan poco concreta, que normalmente sólo conseguía ponerlo de los nervios de forma indefinida.

Cuando hubo encendido todas las lámparas, el lacayo regresó.

—La señora y la doncella todavía no han vuelto, milord. Pero normalmente suelen ir a la confitería Gunter después del paseo, así que sin duda deben de estar allí esperando a que pase la tempestad.

—¿Las ha acompañado alguien? —preguntó Kirkland.

—Sí, señor. Hoy las ha acompañado Martin.

La inquietud de Kirkland aumentó, pero seguro que no tenía nada que ver con Laurel. El parque que había en el centro de la plaza no era tan grande como para perderse.

—No hay motivo para preocuparse —dijo Randall—. Gunter es un lugar magnífico para esperar hasta que pase la tempestad.

Incapaz de explicar qué le preocupaba, Kirkland dijo:

—Seguro que sí. Sólo espero que no se haya empapado. Tiene motivos para... cuidarse.

—Si eso significa lo que creo, ¡enhorabuena! —dijo Ashton con una amplia sonrisa.

—Todavía es pronto, así que no se lo hemos dicho a nadie.

El ruido de la lluvia y el viento era tan fuerte que tuvo que alzar la voz.

Los demás se sumaron a las felicitaciones y le transmitieron sus mejores deseos mientras él miraba por la ventana. Había enviado a Rhodes al puerto a recabar información y puede que fuera él quién se hubiera metido en un lío. Kirkland no quería que le pasara nada a Rhodes, pero, por Dios, mejor Rhodes que Laurel.

La lluvia había empezado a amainar cuando la puerta del despacho se abrió y entró Rhodes, empapado y mojando la exclusiva alfombra.

—Señor, lamento interrumpirlo, pero he descubierto que el buque insignia del capitán Hardwick está amarrado en el puerto de Londres.

Kirkland sintió una punzada interna que confirmaba que sus temores estaban relacionados con Hardwick.

—Creía que nunca venía a Londres. Su puerto base es Bristol.

—Y así es, pero ahora está en Londres. He oído que lo tiene todo listo para zarpar con la marea alta de esta noche. —Rhodes hizo una mueca—. Quizá cambie de idea por el tiempo. Pero hasta que no se haya ido, creo que es conveniente poner más medidas de seguridad para lady Kirkland y la señorita Violet.

Un relámpago iluminó el despacho y enseguida lo siguió un estruendoso trueno. Mientras la casa temblaba y las lámparas se tambaleaban, no pudo evitar pensar que aquel momento era un pésimo presagio.

Laurel y los criados habían empezado a cruzar el parque cuando cayó un relámpago muy grande y empezó a diluviar como si estuvieran debajo de una cascada.

—¡Es como la lluvia de Jamaica! —exclamó Violet.

Podían ver Kirkland House al otro lado del parque, pero la lluvia estaba enfangando todo el suelo y las ramas de los plátanos se sacudían con violencia.

—¡Volvamos a Gunter! —ordenó Laurel mientras el agua se le filtraba por el sombrero—. Está más cerca.

Mientras Martin abría el paraguas, sopló una ráfaga de viento muy fuerte que dobló las varillas y lo lanzó contra ella y Violet. El lacayo, entre disculpas, intentó controlarlo.

Laurel, que no veía nada, trató de apartar el paraguas y, justo en ese instante, notó cómo alguien la agarraba por la espalda. Primero, un instante de sorpresa y, después, los recuerdos de la clase de defensa personal. Intentó clavar el codo en el pecho de su atacante, pero no lo consiguió.

Violet gritó y Laurel vio que también la habían agarrado. Era un hombre con una cicatriz en la cara, como el que había visto en Bristol. Martin gritó pidiendo ayuda mientras intentaba golpear al atacante que tenía más cerca, pero luego un tercer hombre lo golpeó en la cabeza con una porra y cayó al suelo.

En un momento, Laurel comprendió que, con miedo, era más fácil atacar en una pelea real que en clase, pero nada de lo que hizo sirvió para liberarse y, entre los estruendos de la tormenta, nadie oyó sus gritos. A Violet y a ella las metieron en el carruaje de viaje y dentro, esperándolas, estaba el capitán Hardwick con una sonrisa diabólica.

33

Muy serio, Kirkland salió del despacho y se dirigió hacia el vestíbulo.

—Creo que iré a Gunter para asegurarme de que Laurel está bien.

—Te acompaño —dijo Rob, con el ceño fruncido.

Todavía llovía con fuerza y Soames, el mayordomo, apareció con el abrigo de Kirkland cuando vio que el señor iba a salir. Mientras él se lo ponía, alguien llamó a la puerta de forma muy débil.

Ya está, la mala noticia que estaba esperando. Abrió la puerta y un hombre cubierto de sangre entró tambaleándose antes de caer al suelo. Era Martin, el lacayo que había acompañado a Laurel y a Violet.

Kirkland adoptó una actitud de emergencia y se arrodilló junto al hombre mientras el agua y la sangre formaban un charco en el suelo de mármol blanco.

—¡Soames, trae a un médico!

Alguien le entregó un pañuelo y él lo apretó contra la herida de la cabeza del lacayo. Sangraba mucho, pero no parecía profunda.

«Si Laurel estuviera aquí, sabría cómo curarlo.»

Notó un latigazo de dolor que le dificultó la respiración.

«No pienses en Laurel. Todavía no.»

Con la voz calmada, dijo:

—Martin, ¿puedes explicarme qué ha pasado?

Martin abrió los ojos y parpadeó un poco desubicado.

—Lo... siento mucho, señor —dijo con voz áspera—. Delante de Gunter. Llovía a cántaros. Tres hombres han bajado de un carruaje de viaje muy grande. Se han llevado a la señora y a Violet. He intentado detenerlos, pero uno me ha golpeado... con una porra.

Era un milagro que no le hubieran abierto la cabeza.

—Has sido muy valiente al cruzar el parque después de eso. ¿Cuánto hace del ataque?

Martin frunció el ceño.

—No mucho... Estaba lloviendo con fuerza.

La tempestad había amainado, o sea, que no hacía demasiado. Diez o quince minutos, dependiendo del tiempo que hubiera tardado Martin en cruzar el parque. Acudir a Kirkland House había sido lo correcto, porque ahora podía hacer algo. Si hubiera regresado a Gunter, nadie habría podido ayudarlo.

—¿Te has fijado en el carruaje?

—Oscuro. Con seis caballos. No iban marcados, pero eras criaturas grandes. El último tenía las patas blancas. —Martin sollozó—. Le he fallado, señor. No... he mantenido a salvo a la señora.

—Siendo tres contra uno, has tenido suerte de salir con vida. —Soames, la señora Stratton y una doncella habían vuelto enseguida con mantas y toallas para acomodar mejor a Martin. Kirkland se levantó—. Ahora descansa, Martin. Has hecho un buen trabajo.

Kirkland se sentía culpable por no haber imaginado la magnitud de la amenaza que suponía Hardwick.

«Laurel. Secuestrada por un asesino. A lo mejor ya está muerta.»

Casi se desmaya por el miedo y la rabia que sentía consigo mismo por no haberla mantenido a salvo. ¿Cómo podría vivir en un mundo donde ella no estuviera por su culpa?

Ashton lo agarró por el hombro y, con calma, dijo:

—James. Respira.

Kirkland se rehízo y escondió el miedo en una caja que tenía al fondo del cerebro, donde ahora sólo era una pequeña angustia.

«No pienses en Laurel, sólo en el problema de detener a un hombre malvado.»

—Soames, que alguien vaya al otro lado del parque, a Gunter, a ver si hay alguna prueba en el suelo o si alguien ha visto algo que pueda ayudarnos.

—Iré yo —dijo Rob—. Si hay algo, será fácil localizarlo.

Kirkland asintió para darle las gracias. Después de varios años como Bow Street Runner,* Rob sería riguroso y rápido.

Respiró hondo. Y ahora, ¿qué?

—Creo que lo más probable es que Hardwick se las lleve a su barco, pero ahora mismo no sé si mi opinión es acertada. ¿Alguien cree que puede llevarlas a otro sitio?

Justo antes de salir, Rob se detuvo y se volvió.

—Es un hombre de mar. A juzgar por lo que ha dicho Rhodes, casi nunca amarra en Londres. Seguro que sólo ha venido a recuperar a Violet y a vengarse de lady Kirkland. Irá a su barco. —Dibujó una sonrisa peligrosa—. No vayáis tras él sin mí.

—Yo también me apunto —dijo Randall—. ¿Ashton?

El duque arqueó las cejas.

—Por supuesto.

Kirkland tragó saliva. Eran los mejores amigos del mundo. Miró a Rhodes.

—¿Tú también crees que se las habrá llevado al *Reina de Jamaica*?

—Sí, señor. Como ha dicho lord Kellington, Hardwick vive en el mar. Tiene una casa en Bristol, pero no está mucho por allí. En Londres, ha vivido en el barco. Por lo que he descubierto, está impaciente por volver a África, así que zarpará lo antes posible. —A Rhodes se le quebró la voz—. Y ese desgraciado tiene a Violet y a lady Kirkland.

—Puede que las tenga, pero no se las llevará —respondió Kirkland, muy serio—. Seguramente, ha planeado el secuestro para que coincidiera con la marea alta. ¿A qué hora subirá? —Como tenía una naviera, siempre estaba pendiente de los ritmos de la marea—. A las siete de la tarde, ¿no?

—Un poco antes, pero casi —respondió Ashton.

Kirkland volvió a mirar a Rhodes.

—¿Dónde está amarrado el barco?

---

* *Bow Street Runner* era el nombre por el cual se conoció popularmente al cuerpo de policía de Londres entre 1749 y 1838. *(N. de la T.)*

—En Billingsgate, al este del puente de Londres. Le haré un mapa.

Sacó un papel y un lápiz del bolsillo interior de la chaqueta. Estaba escrito, pero le dio la vuelta, lo aplanó encima de una mesa y empezó a dibujar el puerto al este del puente.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Randall—. Si estamos en lo cierto respecto a su destino, deberíamos atraparlo en el río, o quizás antes.

—Tengo cinco buenos caballos en los establos, así que iremos tras ellos. Hay varias rutas, pero estas dos son las más probables —dijo Kirkland—. Si nos dividimos en dos grupos, puede que uno atrape al carruaje, pero no podemos contar con ello.

—Yo también voy —dijo Rhodes, con el gesto severo.

Kirkland recordó que Laurel le había dicho que entre Rhodes y Violet había algo. Por suerte, era un jinete decente.

—Claro. ¿Alguien ha venido a caballo?

—Yo —respondió Randall—. Mi caballo está fresco y listo para una persecución.

—Yo he venido en carruaje —dijo Ashton—. Supongo que querrás que algunos de los veteranos que trabajan para ti nos sigan, ¿no?

Kirkland asintió.

—Exacto. Casi ninguno sabe montar bien, así que igualmente necesitaríamos los carruajes, pero Jones, el encargado de los establos, es soldado de caballería. Puede venir con Rob y conmigo. Randall, Ashton y Rhodes, vosotros iréis juntos. Nos seguirán dos carruajes llenos de hombres. Soames, organízalo mientras voy a por las armas.

La actitud de elegante mayordomo de Soames desapareció e irguió la espalda como el sargento mayor que había sido.

—¡Sí, señor!

Rob regresó un cuarto de hora después sin ninguna información útil. Para entonces, Kirkland tenía a las tropas organizadas y armadas. Todos los hombres de la casa se habían ofrecido voluntarios para rescatar a lady Kirkland. Martin también quería ir, pero ni siquiera podía ponerse de pie.

Se reunieron en la callejuela de detrás de la casa. Kirkland se subió

a su caballo muy serio. Laurel no quería ver cómo su marido mataba a otro hombre delante de ella, pero cuando atrapara a Hardwick, el marinero sería hombre muerto.

Deslizó la mirada hacia la veintena de hombres que se habían reunido allí. Los criados no habían tenido tiempo para cambiarse, con lo cual formaban un grupo variopinto. Ashton, tranquilamente letal a caballo, con unas botas de montar que le había prestado Kirkland. Alex Randall, un veterano de incontables batallas y refriegas de mirada penetrante. Rob Carmichael, que había luchado en los lugares más oscuros y peligrosos. Sus criados, todos veteranos y acostumbrados a la disciplina. Servirían para una misión como la que les había encomendado. Tendrían que servir.

—Todos sabemos lo que hay que hacer —dijo Kirkland, muy tenso—. Lo primero y más importante es recuperar a las mujeres sanas y salvas, y espero que lo hagáis sin que os maten. Buena suerte a todos. Si alguno de los grupos atrapa a Hardwick primero, nos encontraremos en la orilla de Billingsgate.

Sujetó las riendas con fuerzas y añadió:

—No gastéis la pólvora en salvas y cabalgad.

El carruaje de Hardwick estaba lleno. Cuatro hombres corpulentos y las dos mujeres. Se había puesto en marcha en cuanto habían cerrado la puerta, provocando que los ocupantes perdieran el equilibrio y se tambalearan. Violet había conseguido dar una patada en la rodilla a uno de los hombres, que gritó de dolor, pero los secuestradores enseguida las ataron. Las maniataron, y luego les ataron los tobillos para que, si conseguían escapar, no pudieran correr.

Violet había intentado gritar para pedir ayuda y Hardwick le tapó la boca con una enorme mano.

—Guárdate los gritos para después —gruñó—. Cuando zarpemos, podrás gritar todo lo que quieras. Moody, dame una mordaza.

El hombre de la cicatriz en la cara le dio un pañuelo viejo, pero Hardwick necesitó su ayuda para amordazar a Violet. Laurel ya hacía rato que

se había rendido, puesto que no sabía cómo defenderse, y comprendió que, ante aquellos hombres forzudos, cualquier esfuerzo era inútil.

El carruaje se ladeaba de forma peligrosa mientras avanzaba a toda prisa por las calles de Londres, salpicando agua por todas partes. El movimiento, añadido al hecho de que sus secuestradores apestaban, hizo que Laurel tuviera náuseas. Cuando Moody intentó amordazarla, ella le mordió los dedos. Él maldijo y apartó la mano.

El carruaje giró otra esquina y se inclinó tanto hacia la derecha que Laurel creyó que iban a volcar. El conductor consiguió evitar el accidente, pero las náuseas pudieron más y al final vomitó en las piernas de Moody.

—¡Puta asquerosa! —gruñó él, mientras echaba la mano hacia atrás para pegarle.

—No le hagas daño, Moody —le espetó Hardwick—. Amordázala, y hazlo con más cuidado.

Cuando este intentó amordazarla otra vez, ella apartó la cabeza.

—Mi marido vendrá a por vosotros —dijo—. Y, cuando lo haga, lo lamentaréis, y mucho.

Hardwick se rió de ella.

—Quizá, si alguna vez descubre qué ha pasado, aunque no creo que lo haga. El lacayo está muerto bajo la lluvia y nadie ha visto lo que ha pasado. Habremos zarpado antes de que tu estúpido marido descubra que has desaparecido. Seguramente creerá que te has fugado con un amante.

Por desgracia, tenía razón, aunque sólo a medias. Kirkland no era el estúpido conde de la alta sociedad que Hardwick creía, pero tardarían un poco en notar la ausencia de las dos mujeres, y más tiempo aún en comprender que había sido un secuestro. Todos sabían que, en Bristol, Hardwick había supuesto una amenaza para ellas, pero ¿cuánto tiempo tardaría James en comprender que ese tipo había seguido a Violet hasta Londres?

Se estremeció al recordar lo que le había sucedido a Martin. No había tenido ninguna opción frente a Hardwick y sus esbirros, pero lo había intentado y eso le había costado la vida.

Moody ordenó a uno de los hombres que sujetara la cabeza de Laurel y, esta vez, consiguió amordazarla a pesar de sus intentos por impedirlo. Todavía tenía el gusto ácido a vómito en la boca y le costaba respirar.

Intentó reprimir el pánico creciente cerrando los ojos y respirando cada vez más despacio.

«¡Respira!»

Su marido era el hombre con más recursos que conocía y tenía habilidades y contactos más allá de lo que Hardwick pudiera imaginarse.

Ahora sólo podía rezar. Tenía experiencia con las plegarias de gratitud y agradecimiento, plegarias pidiendo ayuda y curación. Durante la última semana, como había estado tan ocupada y feliz, había rezado menos que de costumbre, aunque había ofrecido una sentida plegaria de agradecimiento cuando habían ido a misa juntos el domingo.

Ahora pedía fuerza, resistencia y tranquilidad. Sucumbir al terror no la ayudaría en nada.

Con Laurel encajonada entre Moody y otro de los hombres de Hardwick en el asiento delantero, el capitán pudo colocar a Violet en su regazo. Ella se resistió y emitió sonidos ahogados a través de la mordaza, pero no le sirvió de nada.

Hardwick se rió ante la resistencia de la chica.

—Si el carruaje no estuviera tan abarrotado, te desnudaría aquí mismo, pero no tendrás que esperar demasiado. Ponte cómoda.

La rodeó con los brazos y, de paso, le manoseó los pechos.

Ella se quedó rígida y sus ojos oscuros eran una mezcla de angustia, rabia y desesperación por encima de la mordaza. Laurel la miró e intentó mandarle todo el apoyo que pudo.

«Sé fuerte. Ten fe. Mientras hay vida, hay esperanza.»

Era imposible que Violet supiera lo que Laurel estaba pensando, pero su expresión se calmó. Mientras estuvieran vivas, había esperanza.

Entonces cerró los ojos y rezó para que se produjera un milagro.

34

Laurel no llevaba en Londres el tiempo suficiente para haberse aventurado más allá del West End, pero sabía que el puerto y los muelles estaban bastante al este. Al otro lado de Londres. Cada vez tenía más náuseas aunque, por suerte, ya no le quedaba nada en el estómago.

A Violet le colgaban los brazos, como si fuera una muñeca de trapo. Al final, Hardwick se cansó de tenerla en el regazo y la dejó en el pequeño espacio que quedaba entre él mismo y uno de sus rufianes. Laurel supuso que la chica había hecho un ejercicio mental para alejarse lo máximo posible de sus circunstancias actuales.

Había dejado de llover, el cielo estaba gris, y la ciudad llena de charcos. El carruaje redujo la velocidad cuando empezó a encontrarse con el tráfico del puerto y, en un momento dado, tuvieron que quedarse parados unos minutos por un accidente. El capitán maldijo y repiqueteó con los dedos sobre el muslo mientras miraba por la ventana. Puesto que no esperaba que los persiguieran, su impaciencia tenía que responder a otra cosa. A la marea, ¿quizás?

Al final, el carruaje se detuvo. Laurel oyó los gritos de las gaviotas y olió el aroma típico de cuando la tierra y el mar se encuentran. Una vez más, el miedo amenazó con apoderarse de ella, porque si zarpaban en ese barco y salían al mar, estarían perdidas.

Hardwick abrió la puerta del carruaje y bajó. Fuera, Laurel vio el río, y estaba lleno de barcos. Algunos estaban amarrados a los muelles, otros en mitad del río y, por todas partes, pequeñas barcas iban y venían.

—Envolvedlas y llevadlas al bote —ordenó.

Sus hombres sacaron dos sacos ásperos y arrugados y un par de mantas viejas. Colocaron uno de los sacos en la cabeza de Laurel, la envolvieron con una de las mantas y la ataron. La manta no estaba demasiado apretada, pero las manos le quedaban justo delante de la garganta. Hardwick no quería que fuera obvio que llevaba un par de cautivas hacia su barco.

Entonces notó que la cargaban a hombros de alguien y la sacaban fuera del carruaje. Era terriblemente incómodo y, por Dios, ¡rezaba para que los calambres que notaba en el vientre no significaran lo que se temía!

La lanzaron sin miramientos a una superficie curvada de madera con agua a su alrededor. Un bote. Violet cayó a su lado. Laurel deseaba poder abrazar a la chica, pero apenas podía respirar, así que mucho menos dar un cariñoso abrazo.

Entonces se dio cuenta de que tenía las manos lo suficientemente altas como para quitarse la mordaza sin que nadie se diera cuenta, puesto que llevaba el saco en la cabeza. Se la quitó y respiró varias bocanadas de aire. Había tanto ruido a su alrededor que no tenía sentido gritar para pedir ayuda, pero, al menos, podía respirar.

Y después tuvo otra idea. Debajo del vestido llevaba la cruz de zafiros que Kirkland le había regalado y que no se había vuelto a quitar. Hoy la había tapado bajo la camisola, y a pesar de que no tenía ningún extremo afilado, era de metal y dura. Quizá podría usarla como herramienta en algún momento.

Debajo del saco consiguió agarrar la cruz y tirar hasta que rompió la cadena. La tranquilizaba sujetar el símbolo de su fe y también saber que había sido un regalo del marido al que quería.

Una voz rasposa gritó:

—¡Capitán, se acercan media docena de hombres a caballo! ¡Vienen directos hacia nosotros!

—¡Larguémonos! —gritó Hardwick, y luego dijo varias cosas tan malsonantes que Laurel ni siquiera las comprendió. Aunque sí que entendió algo más—. ¿Cómo ha llegado aquí tan deprisa ese cabrón?

«¡Kirkland!» Estaba convencida.

El bote se alejó de la orilla y se balanceó de forma nauseabunda. Notó que el agua que levantaban los remos para avanzar lo más rápido posible la salpicaba.

Se aferró a la esperanza con la misma fuerza que se aferraba a la cruz. Aunque Hardwick llevaba ventaja, todavía tenía que navegar todo el río hasta el Mar del Norte. Kirkland tenía una oportunidad para atraparlo y, teniendo en cuenta que hasta ahora había superado todos los obstáculos, Laurel quería creer que esta vez también lo conseguiría.

Sin embargo, tragó saliva cuando se dio cuenta de que asaltar un barco en alta mar sería mucho más difícil que un carruaje. James y sus hombres se arriesgaban a morir si lo intentaban. Y, si ganaban, Hardwick seguramente las mataría antes de entregarlas.

«¡Dios mío, por favor, no dejes que James muera mientras intenta rescatarme!»

Para ahogar aquel terrible pensamiento, comprobó las cuerdas que le sujetaban las manos. No eran gruesas y habían cedido un poco, seguramente porque se habían mojado con el agua del fondo del bote.

Giró la cruz y empezó a serrar con el extremo largo. Era muy incómodo, y realmente no tenía ninguna posibilidad de cortar la cuerda, pero, con el roce del metal, parecía que estaba cediendo.

El bote llegó al barco demasiado pronto y la madera chirrió mientras lo ataban.

—¡Coge a esta! —gruñó una voz.

Unas manos muy grandes agarraron a Laurel y la lanzaron por el aire. Por un instante, quedó flotando con la certeza de que, si caía al agua, se ahogaría. Y entonces cayó en otras manos que la sujetaron por los brazos y la arrastraron por el suelo como a un pez recién pescado.

Mientras estaba en el suelo, magullada, mojada y temblando de frío, alguien dejó a Violet a su lado. Oyó a Hardwick vociferar:

—Encerrad a esas dos zorras en mi cabina mientras zarpamos. La marea está a punto de bajar.

Y otra voz, ¿quizá la de Moody?, dijo:

—Al menos, los tipos que nos perseguían se quedarán atrapados en tierra varias horas hasta que vuelva a subir.

Laurel no sabía demasiado de navegación, pero aquello no pintaba bien. Depositó toda su fe en Dios y en Kirkland, y siguió serrando las cuerdas de las manos con la cruz. Como mínimo, aquella actividad la distraía de lo aterrada que estaba.

Varios minutos después, alguien volvió a levantarla en brazos y se encontró encima del hombro de un marinero. Mientras la cargaba, le clavaba el hombro en el vientre y aumentó todavía más su preocupación.

Bajaron unas escaleras, pasó de unas manos a otras, la llevaron por un pasillo estrecho, donde golpeó las paredes con la cabeza y los pies, y cruzaron una puerta hasta un espacio más amplio. El hombre que la llevaba preguntó:

—¿Dónde las pongo?

Otro hombre se rió.

—En la cama, por supuesto. Seguramente querrá follárselas a las dos de inmediato. Después, ¿quién sabe? Creo que quiere a la negra para él, pero a lo mejor deja que los demás compartamos a la rubia.

—¿En serio que es una condesa? —preguntó el que llevaba a Laurel.

—Eso dicen. Pero da lo mismo. Debajo de la falda, todas tienen lo mismo. —soltó y se oyeron más risas.

Con un golpe suave la dejaron en la cama con Violet entre ella y la pared. Los hombres se marcharon. Entonces oyó que cerraban la puerta. Durante un buen rato, se quedó quieta, agradecida por la comodidad de la cama y el calor que desprendía el cuerpo de Violet, a pesar de que era imposible ignorar todos los dolores y las magulladuras, y la sensación general de malestar.

En la cubierta, se oían órdenes a gritos, cómo crujía la madera y cómo se desplegaban las velas. Imaginó que todavía tenían un poco de tiempo antes de que Hardwick regresara a la cabina. Muy flojo, dijo:

—Violet, como tenía las manos muy cerca de la cara, he podido quitarme la mordaza. ¿Tú también?

Violet se movió y parecía que se estaba peleando con la mordaza hasta que, al final, exclamó:

—¡Hardwick la ha apretado mucho! —Soltó el aire—. Pero ahora ya puedo respirar.

Laurel dio gracias porque Moody no la hubiera apretado más. No la había considerado una amenaza, y con motivo.

—Antes de que el bote empezara a moverse, ¿has oído que los perseguían unos hombres? Era Kirkland, estoy segura.

—Pero se ha quedado en la orilla y nosotros ya hemos zarpado. —La voz de Violet era casi un sollozo—. Es demasiado tarde. Ya no puede hacer nada.

—Parece que iba con varios amigos y, créeme, puede hacer muchas cosas.

—No lo suficiente —replicó la doncella, muy triste.

—No infravalores a mi marido.

El saco que llevaba en la cabeza era grande y la cuerda que ataba la manta no estaba muy fuerte, porque sólo habían querido mantener la manta en su sitio. Consiguió sacar los brazos por la parte de arriba y se quitó el saco de la cabeza. Soltó el aire, satisfecha. No había nada como estar ciego durante un rato para apreciar todavía más el sentido de la vista.

A pesar de que tenía las muñecas atadas, fue capaz de arrastrarse hasta el borde de la cama y sentarse. Miró a su alrededor. Hardwick no se privaba de nada. Los muebles eran de caoba pulida y el suelo estaba cubierto de preciosas alfombras turcas. A los pies de la cama, había un tubo de latón encima de un trípode, con una portilla en el extremo más ancho. Un telescopio.

—¿Se ha sentado? —preguntó Violet.

—Sí, me he podido sacar el saco de la cabeza. Estoy buscando por si hay algo que nos pueda ayudar a liberarnos.

Por desgracia, como era la cabina de un barco, todo estaba bien guardado. No había ningún abrecartas en la mesa.

Sin embargo, la cuerda de las manos parecía que había cedido lo suficiente. El roce de la cruz había funcionado. Relajó la mano izquier-

da todo lo que pudo e intentó liberarla. Le costó tiempo, rasguños en la piel y varias palabras que casi nunca usaba, pero, al final, la soltó.

Mientras deshacía los demás nudos, dijo:

—¡Aleluya! Me he soltado las manos, Violet. Ahora voy a quitarte el saco de la cabeza y te desataré.

Kirkland frenó a su caballo sudado y observó el bote atado al *Reina de Jamaica*. Santo Dios, aquellos dos bultos que subían a bordo debían de ser Laurel y Violet, y él no podía hacer nada.

—Por Jesucristo y todos los ángeles —suspiró, sin saber si era una plegaria o una maldición—. Me pregunto cuál de todos estos barcos podré alquilar antes para poder ir detrás de Hardwick.

—La marea se nos girará en contra dentro de poco —dijo Rob, con un tono neutro que no consiguió disimular su furia reprimida—. Hasta que la marea vuelva a subir, no podremos perseguirlos.

—No necesariamente —replicó Ashton, con la voz fría como el acero—. Kirkland, ¿recuerdas que justo antes de que llegaran los demás te he comentado algo acerca de mi última máquina infernal? No he tenido tiempo de decirte que mi último barco de vapor, el *Britannia*, acaba de llegar de Glasgow después de haber superado todas las pruebas en mar abierto. Está amarrado a menos de medio kilómetro al sur y el casco es lo suficientemente plano como para navegar el Támesis incluso con la marea baja. Pensaba invitaros a todos a dar una vuelta esta semana.

¡Un barco de vapor! Kirkland volvió la cabeza.

—¿Y puede ir deprisa?

—Sí. Y lo hará. —Ashton sujetó las riendas de su agotado caballo. Tras ellos, uno de los carruajes que los seguía se detuvo, con el segundo pisándole los talones—. La tripulación es escasa, pero con los voluntarios que hemos reunido podemos atrapar a esos cabrones.

Kirkland no recordaba si alguna vez había oído maldecir a Ashton. Él también lo haría si conociera palabrotas más gruesas.

—Guíanos, Ashton, y gracias a Dios por las máquinas infernales.

—Por cierto —añadió Ashton—. Quizá creáis que conocéis al capitán del *Britannia*, pero no es así.

Kirkland arqueó las cejas mientras se preguntaba cuál sería el misterio. Pero daba igual. Mientras Ashton confiara en el capitán de su barco, todo estaba bien.

El *Britannia* parecía desproporcionadamente bajo y extraño entre los demás barcos de alargados mástiles, con el perfil achaparrado y la rueda en la popa, pero a ojos de Kirkland era el barco más bonito que había visto en la vida. El barco de vapor estaba amarrado a un muelle en lugar de tener el ancla bajada, y la tripulación bajó una plancha cuando vieron que Ashton se acercaba.

El duque fue el primero en subir a bordo. Iba empapado y embarrado como los demás, pero su voz de mando resonó cuando dijo:

—Gordon, vamos a iniciar la persecución de un secuestrador ahora mismo. Las calderas están en marcha, ¿verdad?

—Sí —respondió el capitán, un poco tenso. Era un hombre delgado con el pelo albino y la piel morena que se quedó de piedra cuando vio quién aparecía detrás de Ashton.

Kirkland también lo reconoció, y estaba seguro de que Rob y Randall también lo conocían. El capitán, que entonces no se llamaba Gordon, era probablemente el único estudiante de la Academia Westerfield a quien lady Agnes Westerfield consideraría un fracaso. A él le hubiera encantado saber cómo «Gordon» había acabado trabajando para Ashton, pero por ahora era irrelevante. Lo único que importaba era que fuera competente.

—Una de las dos mujeres secuestradas es mi esposa, capitán Gordon —dijo Kirkland—. Si nos ayuda a llevarla a casa sana y salva, le estaré eternamente agradecido.

Gordon se relajó cuando vio que todos aceptaban su nueva identidad.

—Podemos zarpar dentro de veinte minutos.

—Que sean diez —respondió Ashton—. ¿McCarran está a bordo?

—No, está de permiso en tierra firme.

—Entonces, yo seré el ingeniero jefe. —Ashton se quitó el exquisito abrigo hecho a medida—. Los hombres que me acompañan pueden

ocuparse del trabajo que se les asigne. Unos cuantos han sido marineros y la mayoría tiene experiencia en combate. Si podemos alcanzar al *Reina de Jamaica* antes de que salga a mar abierto, tenemos una opción de salvar a lady Kirkland y a su doncella.

—Si los motores nos proporcionan la velocidad suficiente, atraparemos a esos desgraciados —dijo Gordon con brusquedad—. En cuanto zarpemos, prepararé los rezones.

El capitán se volvió hacia los hombres de Kirkland mientras la escasa tripulación del *Britannia* preparaba la nave para zarpar.

—¿Quién tiene experiencia navegando? —Unos cinco o seis hombres, entre ellos Rob Carmichael, levantaron la mano—. Entonces, ¡en marcha!

Mientras Gordon daba órdenes, Kirkland se volvió hacia Randall y dijo:

—Puesto que esto se está convirtiendo en una operación militar, tú te encargarás de liderar el asalto cuando llegue el momento. Supongo que el plan es navegar por el Támesis a toda velocidad, colocarnos a la altura del *Reina de Jamaica*, unir los dos barcos con los rezones y subir a bordo antes de que sepan lo que está pasando, ¿no?

Randall asintió.

—Es imposible que no vean que se les acerca un barco a vapor, pero ya se han producido carreras entre este tipo de barcos antes. Seguramente, será algo habitual dentro de unos años. Hardwick no tendrá ningún motivo para sospechar que somos nosotros hasta que nos peguemos a ellos y los asaltemos.

—No creo que puedan cargar y disparar los cañones tan deprisa, pero seguro que van armados.

—Sí, pero las armas estarán guardadas. A la mayoría de los capitanes de barco no les gusta que la tripulación tenga acceso libre a las armas —dijo Rob Carmichael cuando se unió a ellos—. Gordon no me necesita como marinero de cubierta, puesto que tiene hombres con experiencia de sobra, así que puedo ayudar en la estrategia.

Los motores de vapor empezaron a funcionar y el *Britannia* se separó del muelle y empezó a avanzar río abajo. La enorme rueda de popa

empezó a girar con fuerza y a palear en las oscuras aguas del Támesis mientras el capitán maniobraba para salir del puerto de Londres.

Kirkland dijo:

—¿Qué te parecería liderar un escuadrón de asalto cuando atrapemos al *Reina de Jamaica*, Rob?

—Me parece un maravilloso antídoto a la vida tranquila de hombre de campo empobrecido —contestó su amigo, con un pícaro brillo en los ojos.

—¿Creía que estabas intentando recuperarte de la herencia perdida? —dijo Randall.

—En realidad, nos va muy bien —dijo Rob, para tranquilizarlos—. Las hipotecas están controladas, Ashton me dejó varios de los mejores ejemplares de ganado de cría de Inglaterra y algunas inversiones que hice en la India están dando un resultado mejor del que esperaba. —Sonrió—. Sólo me siento pobre si me comparo con Ashton o con Kirkland.

—Si la vida de hombre de campo te resulta demasiado tediosa, puedes volver a trabajar para mí —propuso Kirkland.

—¡No, gracias! Resulta que la agricultura está siendo más interesante de lo que esperaba. —Rob siguió con un tono más grave—. Pero estoy dispuesto a impartir justicia. Los hombres como Hardwick merecen que los exterminen.

—Y lo haremos —añadió Kirkland.

El *Britannia* había salido del puerto y ahora ya se movía con más tranquilidad hacia el este, la desembocadura del Támesis. Si podían mantener aquella velocidad, atraparían al *Reina de Jamaica* antes de que llegara al Mar del Norte.

—Randall, ¿es correcto suponer que los hombres de Hardwick no habrán tenido tiempo de armarse y estar listos para disparar cuando los asaltemos?

—Seguramente, aunque nunca te juegues la vida en lo que es correcto suponer —advirtió Randall—. Lo que sabemos seguro es que nuestros hombres van armados y estarán listos, así que tenemos ventaja. Ahora es el momento de preparar los rezones y las armas.

Kirkland y Rob Carmichael lo acompañaron. James nunca había participado en una batalla campal, pero no necesitaba la experiencia para saber que siempre es mejor estar preparado para el mayor número de contingencias posibles.

«¡Sé fuerte, Laurel! Voy a buscarte para llevarte a casa.»

35

Cada crujido del barco provocaba que Laurel mirara temerosa la puerta de la cabina para ver si el capitán Hardwick había decidido regresar a la cabina, pero por ahora no había ni rastro de él. La cantidad de barcos presentes en el río debía de requerir la presencia del capitán en la cubierta.

Mientras Laurel soltaba a Violet, le preguntó:

—¿Estás herida? Tienes sangre en el pelo.

—Estoy magullada, pero no tengo nada roto, creo —susurró Violet—. Sobre todo, me duele la cabeza y el tobillo.

—Tiéndete mientras te lo miro.

—Tenderme en lo que puedo hacer mejor —respondió Violet, en un noble intento por relativizar la situación.

Se relajó y cerró los ojos mientras Laurel le repasaba las heridas.

A pesar de que había recibido más golpes que ella, ninguna herida parecía grave. Se había torcido el tobillo, pero no estaba roto y, aunque no podría moverse demasiado rápido si tenían ocasión de escapar, un vendaje ayudaría.

Mientras buscaba algo con qué vendarla, encontró un cajón donde había sábanas muy caras y muy bien dobladas. Varios pañuelos con las iniciales bordadas sirvieron para detener la hemorragia del golpe en la cabeza de Violet, y dos pañuelos de cuello para reforzar el tobillo, que estaba muy hinchado.

—Ahora descansa —le dijo Laurel cuando hubo atado los pañuelos—. Voy a intentar bloquear la puerta para que Hardwick no pueda entrar. Si Kirkland viene a por nosotras, todo el tiempo que podamos ganar aumentará nuestras posibilidades de escapar con vida.

Violet abrió los ojos y Laurel vio el esfuerzo que había hecho por no llorar mientras le vendaba el tobillo.

—A ver si encuentra alguna arma.

—No sé cargar ni disparar una pistola —advirtió Laurel.

Violet dibujó una sonrisa con la que enseñó todos los dientes.

—Yo sí. Y también sé usar un puñal. Sé destripar a un cerdo, y Hardwich es un puerco.

Laurel reprimió la aprensión con firmeza.

—A ver qué encuentro.

Casi todo el mobiliario estaba fijo al suelo, con lo que no podía bloquear la puerta con nada. Intentó buscar algo en la mesa, pero casi todos los cajones estaban cerrados con llave. En el primero había papel y lápiz, así que decidió meter el lápiz en la cerradura para dificultar la tarea de abrir la puerta.

En el armario encontró una bata de lana que la ayudó a entrar en calor. Aunque detestaba la idea de ponerse una prenda del capitán, la cuestión era calentarse. Cubrió a Violet con varias mantas. La chica, muy pálida, se había dormido.

Laurel estaba agotada y también le habría gustado dormir un poco, pero no soportaba la idea de mostrarse vulnerable cuando Hardwick regresara. Se guardó la cruz de zafiros en el canesú para mantenerla a salvo y empezó a ir de un lado a otro de la cabina, buscando cualquier cosa que se pudiera utilizar como arma.

¿El telescopio? Lo levantó del trípode, pero pesaba demasiado para considerarlo una posibilidad de golpear al capitán. Los únicos objetos que no estaban fijados al suelo eran demasiado ligeros para hacer daño a nadie. Hasta la silla estaba sujeta.

¿Cuánto tardaría Kirkland en conseguir un barco para perseguir al *Reina de Jamaica*? Al menos, un par de horas, y luego estaba la cuestión de las mareas. No estaba segura de cuánto tardarían en llegar al mar, pero tenía la triste sensación de que ya sería demasiado tarde para Violet y para ella.

Y, por eso, se paseó por la cabina y rezó.

Ya era de noche, aunque la luz de las estrellas y de la luna llena iluminaba el río y permitían ver las demás embarcaciones. De noche, había muchos menos barcos navegando.

Kirkland estaba en la proa del *Britannia*, con los ojos entrecerrados buscando algún rastro del *Reina de Jamaica*. Rhodes estaba a su izquierda, muy callado. Rob Carmichael y Randall a su derecha, también vigilantes, pero más relajados. Randall, en especial, tenía el aspecto propio antes de la batalla. Calmado, concentrado y listo para cualquier cosa.

Ashton seguía en la sala de máquinas, donde estaba intentando sacar el máximo partido a los motores sin provocar una explosión. Kirkland había bajado un momento a ver a su amigo en aquella diminuta sala, que parecía un hervidero. Ash se lo estaba pasando de maravilla. Siempre había tenido una pasión muy poco ducal por los aparatos mecánicos, y hoy se lo veía disfrutar como un niño.

—Ahí está nuestra presa —dijo Rob—. Justo antes de la curva. Es rápido, pero nosotros más.

—Mucho más. —Randall se separó de la barandilla—. Ha llegado la hora de reunir a nuestras tropas para que estén armadas y preparadas. El capitán Gordon hará sonar la bocina como si quisiéramos avisar al *Reina de Jamaica* de que estamos pasando por su lado. Entonces, los embestiremos con el espolón, los fijaremos con los rezones y los asaltaremos. Nuestra cubierta es ligeramente más alta que la suya, y eso es una ventaja. Siempre es mejor atacar desde arriba.

—Yo bajaré a buscar a las prisioneras lo más rápido que pueda —dijo Kirkland—. Supongo que estarán en una de las cabinas, seguramente en la de Hardwick.

—Yo iré con usted —contestó Rhodes, muy decidido.

—Yo bajaré en cuanto la cubierta esté bajo control —dijo Rob—. Con suerte, podemos hacerlo lo suficientemente deprisa para que no se derrame demasiada sangre.

—¡Me da igual si los matamos a todos! —le espetó Rhodes—. Esos desgraciados son traficantes y secuestradores.

—Nunca has matado a nadie, ¿verdad, Rhodes? —preguntó Randall, con la voz neutra.

—No —admitió este—. Pero esta noche estoy dispuesto a hacerlo.

—Matar es más difícil de lo que crees —continuó Randall, en el mismo tono neutro—. Así que concentra tus impulsos asesinos en los que más se lo merezcan.

A pesar del tono, había algo en aquellas palabras que intimidaba. Rhodes respiró hondo.

—Sé que tiene razón, señor. Pero si consigo arrinconar a Hardwick o al tipo de la cicatriz que ha estado persiguiendo a Violet, le aseguro que les haré pagar por lo que han hecho.

—A lo mejor tienes que pelearte con Kirkland por ese honor —dijo Randall—. Pero créeme cuando te digo que es mejor concentrarte en cumplir la misión que buscar venganza. Demasiada emoción puede ser peligrosa en la batalla.

Se alejó para preparar a las tropas, con Rob Carmichael a su lado.

—Empiezo a entender mejor lo que se necesita para ser soldado —dijo Rhodes a Kirkland.

—Te aseguro que va a ser una noche muy educativa —asintió este.

—Señor, lleva años haciendo este tipo de cosas, ¿verdad?

—Asaltos como este, no, pero sí que ha habido varias situaciones de peligro. —dijo y apretó los labios, pues nunca había sido un asunto tan personal.

Rhodes miró el *Reina de Jamaica*, al que estaban alcanzando.

—Muy educativa. Al amanecer, seré más listo o estaré muerto.

Kirkland esperaba que ninguno de ellos estuviera muerto, aunque la muerte era una posibilidad muy real. Lo incuestionable era que estaba dispuesto a sacrificar su vida para salvar a Laurel. Sólo esperaba no tener que hacerlo.

El capitán Gordon hizo un trabajo impecable al situar al *Britannia* en paralelo con el *Reina de Jamaica*, y luego pegarse a él. Chocaron

con un impacto que seguramente tiró al suelo a media docena de hombres, pero no provocó daños graves que pudieran acabar en hundimiento.

Kirkland y sus hombres estaban esperando y preparados para el golpe. El estruendo todavía resonaba cuando Randall gritó:

—¡Ahora!

Los rezones salieron volando por los aires, lanzados por los hombres con experiencia en la navegación. Rob Carmichael estaba entre ellos, y alcanzó el aparejo del otro barco en el primer lanzamiento.

En pocos segundos, había los rezones suficientes para fijar las dos naves juntas. Soames, que era un mayordomo muy digno, había explicado que gritar ponía nervioso al enemigo, así que la tropa de asalto se lanzó por encima de la barandilla con gritos que helarían la sangre a cualquiera.

A pesar de que Kirkland era conocido por su carácter reservado, empezó a gritar «¡Por Laurel!» como un desquiciado mientras saltaba hasta la cubierta del *Reina de Jamaica* junto a Randall. Matar no era la primera opción, pero llevaba una pistola en una mano y un puñal en la otra, aparte de los conocimientos para quitar una vida con las manos, si era necesario.

Pillaron al *Reina de Jamaica* totalmente desprevenido. Los marineros salían de las escotillas a cubierta y los hombres de Kirkland, armados con armas capaces de agujerear a cualquier que se resistiera, los iban rodeando.

Algunos se resistieron, y con fuerza. Randall se abalanzó sobre un grupo y mató a dos hombres mientras Rob le cubría la espalda y mató a otro que pretendía atacar a Randall con un puñal.

Kirkland maldijo la oscuridad y miró a su alrededor. ¿Dónde diantre estaba Hardwick? ¿No debería estar ahí arriba, dando órdenes a sus hombres? A lo mejor estaba y él no lo veía.

«¡El hombre de la cicatriz!»

Kirkland lo localizó en medio del barco. Seguramente sería un oficial, puesto que estaba gritando órdenes e intentando infundir valor a sus marineros. Seguro que sabía dónde estaban las mujeres.

Kirkland cruzó la cubierta corriendo y apartó a los marineros que estaban en plena pelea hasta que alcanzó al hombre de la cicatriz, que estaba dando la espalda al mástil principal y gritando órdenes. Entonces utilizó el único disparo de la pistola para atravesarle el hombro.

El tipo se volvió y cayó sobre la cubierta, gritando de dolor. Kirkland le colocó la suela de la bota en el pecho y le pegó la punta del puñal al cuello.

—¡Las mujeres! ¿Dónde están?

El tipo de la cicatriz escupió. Él le hizo un corte en el cuello.

—¿Dónde están? Dímelo o no te mataré, todavía.

Con la cara pálida en contraste con el rojo de la sangre, el tipo de la cicatriz jadeó:

—En la cabina del capitán, en la popa.

Kirkland se estaba preparando para golpearle la cabeza con la culata de la pistola vacía cuando apareció Rhodes, con la frente ensangrentada.

—¡Cabrón! —exclamó—. Esto es por lo que le has hecho a Violet.

Sujetó la pistola con ambas manos y le disparó a bocajarro en la cara.

—Enhorabuena —dijo Kirkland, muy serio, mientras cargaba la pistola—. Ahora ya puedes decir que has matado a un hombre.

Rhodes se quedó mirando el cadáver de su víctima, la sangre y la cara deformada. La ira se había convertido en horror repugnante. Ciertamente, la noche estaba siendo muy educativa.

Rhodes se recuperaría dentro de poco, pero Kirkland no tenía tiempo para esperarlo. Con la pistola cargada en la mano, se volvió hacia la escotilla de popa que lo llevaría hasta la cabina del capitán y, de repente, se encontró con uno de los hombres de Hardwick apuntándolo a la cabeza a apenas un metro de distancia.

Estaba a punto de apartarse y esperar que la bala no alcanzara ninguna zona vital de su cuerpo cuando oyó un disparo y su atacante cayó al suelo. La sangre le salía a borbotones de la sien y estaba muerto antes incluso de caer al suelo.

Kirkland había oído el sólido crujido de un rifle, así que se volvió

para ver quién había disparado. En capitán Gordon estaba en la cubierta del *Britannia*, casi escondido detrás de la nube de humo que había provocado el rifle. Ahora tenía el arma entre las rodillas mientras la cargaba a toda prisa.

Cuando la nube de humo se aclaró, sus miradas se encontraron. Kirkland asintió para darle las gracias. Gordon inclinó la cabeza con ironía. Todo lo que había sucedido en el pasado se desvaneció, ya no tenía importancia.

Y entonces se dirigió hacia la escotilla para bajar a la cabina del capitán y rezó para que su mujer estuviera viva.

Cuando había oscurecido, Laurel había encendido una lámpara. También había encontrado una petaca con un brandy excelente. Se lo ofreció casi todo a Violet para combatir el dolor, pero ella bebió un par de sorbos. Por primera vez, entendía a los hombres que bebían demasiado.

Estaba paseando por la cabina cuando el barco chocó contra algo y ella cayó al suelo. Mientras la lámpara dibujaba unas sombras alargadas en las paredes, se asomó a las portillas. Santo Dios, ¡había otro barco pegado al *Reina de Jamaica*! Y las maderas crujían con fuerza.

«Kirkland.» No sabía cómo lo había hecho, pero había conseguido un barco y los había perseguido más deprisa de lo que era humanamente posible.

Cuando empezaron a oír gritos y disparos, Violet se despertó. Más fresca después de haber descansado un poco, se incorporó.

—¿Qué pasa?

—Kirkland nos ha atrapado y están asaltando el barco como piratas. —Más crujidos de las maderas de los cascos—. No tengo ni idea de cómo lo ha hecho, pero está aquí.

A Violet le brillaron los ojos con una satisfacción salvaje.

—Usted les avisó de que vendría. Y estoy segura de que mi Jasper está con él.

Laurel asintió.

—Hardwick no suele escuchar a las mujeres. Peor para él.

Cuando Violet bajó las piernas al suelo y, con mucho cuidado, se puso de pie, apretó tanto las manos contra las sábanas que los nudillos se le pusieron blancos.

—El tobillo está... mejor. Si tenemos que correr, podré hacerlo.

—Si Dios quiere, podemos quedarnos aquí a salvo hasta que la pelea termine.

Los gritos y los disparos en cubierta eran cada vez más escasos. Debía de estar terminando. Y entonces alguien golpeó la puerta e intentó girar, sin éxito, una llave en la cerradura. Hardwick estaba intentando entrar. Laurel se quedó inmóvil, con la mirada fija en la puerta.

¡El lápiz había funcionado! Al otro lado de la puerta, el capitán blasfemó con todas sus fuerzas. Ella contuvo la respiración. La cerradura sólo tenía que aguantar un poco más...

¡Pum! La puerta se tambaleó por culpa de una violenta patada. ¡Pum! ¡Pum! ¡PUM! La cerradura saltó por los aires y la puerta se abrió hacia dentro. Hardwick entró en la cabina como un toro enfurecido y la cerró tras él.

Se quedó mirando a las cautivas un segundo.

—¡Estúpidos marineros! Les dije que os encerraran, no que os desataran. Pero da igual. Como podéis andar, eso que me ahorro para preparar mi fuga.

Cruzó la cabina con tres zancadas y se acercó a la mesa.

Apretó alguna clavija mágica y los cajones se desbloquearon. Del último, sacó un par de pistolas.

Laurel se mordió el labio mientras pensaba que ojalá hubiera podido desbloquearlos ella. No sabía si habría sido capaz de disparar a alguien, pero Violet no habría tenido tantos remilgos.

Mientras Hardwick comprobaba si las armas estaban cargadas, gruñó:

—Vosotras, zorras, seréis mis rehenes para conseguir escapar. Si os apunto a la cabeza, me dejarán huir en un bote.

Desvió la mirada hacia Violet.

—No he tenido tiempo de follarte, pero no me voy a quedar con las ganas. —Dejó una pistola en la mesa, se acercó a la cama y agarró la mano de Violet—. ¡Mira lo que te espera, puta!

Se estaba acercando la mano de la chica a la entrepierna cuando ella se soltó y le agarró el dedo pequeño. Con los ojos enfurecidos, se lo dobló hacia atrás con mucha violencia.

Hardwick se soltó y gritó de dolor y sorpresa.

—¡Maldita seas!

Con el gesto preso de la ira, Violet dijo entre dientes:

—¡Eres tú quien se pudrirá en el infierno hasta la eternidad, cerdo asqueroso!

Mientras Hardwick le pegaba con todas sus fuerzas en la cara, la puerta se abrió y golpeó las paredes de la cabina.

—¡Todo ha terminado, Hardwick!

La voz de Kirkland era fría como el acero mientras entraba por la puerta y recorría la cabina con la mirada. Cuando vio a Laurel, su mirada reflejó un gran alivio.

En aquel instante en que la atención de Kirkland estaba centrada en Laurel, Hardwick se volvió, levantó la pistola y apuntó al conde.

«¡Nooo!» Mientras Laurel gritaba por dentro de pánico, la acción avanzó a cámara lenta. Movida por el instinto, levantó el enorme telescopio del trípode y, como si no pesara nada, lo balanceó y lo clavó en la cabeza de Hardwick con todas sus fuerzas.

Notó cómo se le rompían los huesos debajo del metal. Hardwick emitió un sonido ahogado antes caer de lado. La bala que disparó se clavó en el techo con un estruendo ensordecedor.

Y después, silencio, a excepción del crujir de las maderas. Laurel miró a Hardwick horrorizada y fue consciente de que nadie podía sobrevivir con la cabeza torcida en ese ángulo.

Había matado a un hombre. Laurel Herbert, famosa por su amabilidad, su cariño y su incapacidad para retorcer el cuello de un pollo, que había roto sus votos matrimoniales cuando había visto cómo su marido mataba a un hombre, era una asesina.

Empezó a temblar y se le doblaron las piernas. Y justo entonces, unos brazos fuertes y cálidos la sujetaron y la abrazaron.

—¡Gracias a Dios, Laurel! —suspiró Kirkland—. ¡Tenía miedo de haberte perdido para siempre!

Ella hundió la cara en su cuello sin dejar de temblar. Como si estuvieran muy lejos, oyó entrar a otro hombre. Rhodes exclamó:

—¡Violet!

Y ella gritó:

—¡Jasper!

Laurel oyó el sonido de dos personas que se abrazaban, oyó sollozos y acaloradas plegarias de agradecimiento, pero ella no habría podido moverse ni siquiera aunque le fuera la vida.

Había salvado la vida de su marido, y había incinerado su propia alma.

36

Como Kirkland y sus amigos habían contemplado todas las posibilidades, todos sabían qué hacer después de haber capturado el *Reina de Jamaica*. Había conseguido el objetivo de la mejor forma posible. Las dos mujeres estaban a salvo y no habían sufrido ninguna herida grave. Kirkland estaba seguro de que había algún daño mental y emocional, pero Laurel y Violet eran mujeres fuertes. Habían sobrevivido y se recuperarían.

Varios hombres del *Britannia* estaban heridos, pero ninguno de gravedad. El *Reina de Jamaica* había sufrido muchas más bajas: Hardwick; el tipo de la cicatriz, que resultó ser el segundo oficial, llamado Moody; el marinero que había matado el capitán Gordon; y un marinero muy bruto que había cometido el error fatal de querer atravesar el pecho de Rob Carmichael con un merlín.

El primer oficial de Hardwick dijo que no sabía nada del secuestro. Que le había sorprendido mucho descubrir que dos mujeres, una de ellas de la nobleza, habían sido secuestradas y que había planeado ayudarlas a escapar en un bote antes de que el río llegara al mar. Kirkland dijo que era un mentiroso muy astuto, pero su deseo de cambiar de bando sirvió de algo.

Rob Carmichael y Randall se quedaron a bordo del *Reina de Jamaica* con suficientes hombres de Kirkland como para asegurarse de que los miembros de la tripulación de Hardwick se comportaban. Devolverían el barco al puerto de Londres.

Kirkland, Rhodes, sus mujeres y los criados que estaban heridos regresaron a Londres a bordo del *Britannia*. Con Ashton en la sala de máquinas y el capitán Gordon al timón, regresaron a la ciudad casi a la

misma velocidad a la que se había producido la persecución. Ashton estaba encantado con el rendimiento de su nuevo barco de vapor.

Pero James se pasó gran parte del viaje con Laurel en el regazo, abrazándola, en una cabina. Ella parecía en estado de shock y no lo miró. Él no solía rezar, pero ahora lanzó varias plegarias para que su mujer se recuperara de todo lo que había sufrido.

Sin embargo, los desastres no habían terminado. Cuando Kirkland y Laurel llegaron a casa, a media mañana, ella cerró los ojos, se colocó la mano encima del vientre y torció el gesto ante un fuerte espasmo de dolor.

—Por favor —susurró—. Di a lady Julia que venga lo antes posible.

Santo Dios, ¿y si estaba sufriendo un aborto? Aquella idea lo puso malo, pero supuso que, después de todo lo sucedido aquellas últimas horas, no era una sorpresa.

—La traeré enseguida —le prometió—. Pero antes tengo que llevarte a la cama.

Cuando la levantó en brazos, vio dos o tres gotas de rojo escarlata en el suelo de mármol blanco del recibidor. Se le encogió el corazón.

Como la mayoría de los criados masculinos todavía no habían regresado, cuando tocó la campana apareció una doncella. Muy tenso, dijo:

—Que la señora Stratton suba a la habitación de lady Kirkland de inmediato.

Y entonces se llevó a su mujer en brazos hacia arriba, mientras cada paso era un peso de plomo más sobre su conciencia.

Odiaba tener que dejarla, pero si iba personalmente a casa de lady Julia, la traería antes. Además, tenía que tranquilizar a Mariah y a lady Julia y decirles que sus maridos estaban bien.

Cuando dejó a Laurel en la cama, llegó la señora Stratton, con expresión de horror.

—¡Pobre señora! La cuidaremos.

Kirkland dio un beso en la mejilla pálida a Laurel, salió al callejón trasero a buscar un caballo y ni siquiera se molestó en quitarse la ropa embarrada. Habría preparado el carro él mismo, pero el único mozo de cuadra que no había ido con ellos a buscar a Laurel porque había per-

dido una pierna en la guerra, insistió en hacerlo él. Entonces se apoyó en la pared del establo; estaba tan cansado que le sobrevino la fase de paralización posterior al agotamiento.

Por suerte, el camino hasta Ashton House era corto. En cuanto lo anunciaron, Mariah, Julia y Sarah bajaron corriendo las escaleras con el hijo de acogida de Randall, Benjamin, y la hija de Rob, Bree.

—La misión ha sido un éxito —dijo Kirkland enseguida, que debería haber supuesto que las familias de sus amigos se reunirían allí para apoyarse mutuamente—. Vuestros familiares no están heridos, y han hecho posible que rescatáramos a Laurel y a Violet.

Mientras Benjamin silbaba aliviado y Bree abrazaba a Sarah, Mariah dijo fervientemente:

—¡Gracias a Dios! ¿Qué ha pasado?

—El secuestrador, Hardwick, las había subido a su barco e iba Támesis abajo —explicó Kirkland—. Pero el barco de vapor de Ashton, el *Britannia*, estaba amarrado cerca y los hemos perseguido. Ashton se ha dejado el alma en el cuarto de máquinas y hemos alcanzado una velocidad récord. Hemos podido asaltar el barco de los secuestradores, liderados eficientemente por Rob y Randall. En nuestro bando no ha habido heridos graves.

—¿Cuándo volverán a casa? —preguntó Mariah.

—Ashton volverá enseguida. Nos ha devuelto al puerto con el *Britannia*, pero tenía que enfriar las calderas antes de poder dejar el barco. —Miró a Julia y añadió—: Randall regresará más tarde, seguramente por la noche. Rob y él están volviendo con el barco de los secuestradores y los prisioneros. Soy muy afortunado por tener estos amigos.

—Te lo has ganado, James —dijo Julia mientras rodeaba a Benjamin por los hombros—. Después de todo lo que Alex ha superado, no debería de haberme preocupado, pero es imposible no hacerlo. ¿Cómo está Laurel?

Kirkland tensó todos los músculos de su cuerpo.

—Creo... Creo que ha tenido un aborto. Me ha enviado a buscarte. ¿Tengo que avisar a un médico, también?

Con el gesto compasivo, lady Julia dijo:

—Si no hay complicaciones, algo poco probable a estas alturas del embarazo, no. Subiré a buscar mi maletín y nos iremos enseguida.

Mientras lady Julia subía las escaleras deprisa, Sarah dijo:

—Lo siento mucho, Kirkland. Si hay algo que pueda hacer...

Él cerró los ojos porque sabía que no se podía hacer nada por el hijo que nunca nacería.

—Gracias. Mientras Laurel esté bien...

Se le rompió la voz.

—No le pasará nada —dijo Mariah muy firme—. Seguramente, Julia es la mejor comadrona de Inglaterra. Me salvó la vida cuando nació Richard. Pero tú también tienes que cuidarte. Al menos, tienes que descansar. —Arrugó la nariz—. ¡Y bañarte!

Él sonrió. Mariah era una experta en sacarle la nota de humor a un día oscuro.

—Cuando sepa que Laurel está bien, dormiré todo el día.

—Hazlo —ordenó ella.

Lady Julia ya estaba bajando por las escaleras con una mano en la barandilla y el maletín de tela en la otra. Kirkland le tomó el maletín y la acompañó hasta el carruaje.

Cuando llegaron a Kirkland House, él fue a los establos mientras lady Julia entraba inmediatamente. Pero en cuanto volvió junto a Laurel, lady Julia salió a recibirlo a la puerta de la habitación.

—Es lo que esperábamos —dijo, muy despacio—. Era muy pronto para saber si era niño o niña. Si te tranquiliza, ha sido un aborto físicamente muy fácil. Laurel está bien, pero muy, muy cansada. Sólo quiere dormir. Dijo que tú también te acostaras.

—¿Puedo dormir con ella? Sólo... para abrazarla.

Julia meneó la cabeza.

—Ambos necesitáis un buen descanso reparador. Alguien se quedará con ella. Estará cansada varios días, pero debería volver a su estado normal en un par de semanas. —Julia dudó un instante, y luego añadió—: Bueno, al menos a nivel físico. Ha pasado un mal trago. Sé que no tengo que decirte que debes ser paciente con ella.

Él hizo una mueca.

—Haré lo que masculinamente pueda. Supongo que no hay ningún motivo por el que no pueda verla, ¿verdad? Para saber que está bien.

—Claro, entra. Pero no hagas ruido. Se ha dormido.

Kirkland abrió la puerta y vio que, sorprendentemente, la persona que estaba sentada junto a ella era la señora Simond. Se habían hecho amigas, y *Tejón* estaba con ellas. El gato estaba dormido junto a Laurel. Cuando se despertara, se alegraría de verlo.

Se acercó en silencio hasta la cama y vio que la habían aseado, le habían puesto un camisón limpio y le habían recogido el pelo color bronce en una trenza. Estaba relajada y parecía muy joven. Le dio un beso en el pelo con suma delicadeza.

—Descansa, amor mío.

Mientras caminaba hacia su habitación, se dio cuenta de que no recordaba la última vez que había comido. Sin embargo, la parálisis que le había atrapado el cuerpo y el alma también había silenciado el apetito. Lo primero era dormir. Ya tendría tiempo para comer cuando se despertara.

Casi no tuvo fuerzas ni para quitarse las botas. Rhodes, el ayuda de cámara, seguramente se habría enfurecido al verlas tan sucias, pero ahora seguro que sólo estaba pensando en que había recuperado a Violet sana y salva.

Se quitó la chaqueta, que estaba hecha un desastre, y la corbata, cuyo estado no le interesaba en lo más mínimo. Y se metió en la cama, se agarró a una almohada para imaginar que era Laurel, y se quedó dormido, a pesar de que tuvo varias pesadillas en las que perdía a su esposa para siempre.

Apenas había amanecido cuando Laurel despertó al día siguiente. Estaba en la cama y, a medida que fue abriendo los ojos, fue distinguiendo la forma de la cama con dosel bajo la tenue luz del sol. Físicamente, se encontraba bastante bien. Ya no tenía calambres y, a pesar de estar llena de moretones, cuando pensó en cuál sería su situación si todavía estuviera en el *Reina de Jamaica*, se sintió estupenda.

Excepto... Colocó la mano encima del vientre, de donde había desaparecido la reluciente chispa de la posibilidad. Se sentía vacía. Sin ningún valor. Había fallado a su marido y a ella misma.

Y había matado a un hombre. No había sido a sangre fría ni sin ningún motivo. Pero toda su vida recordaría el crujido de los huesos cuando el telescopio rompió la cabeza de su víctima.

Con el deseo de borrar aquel recuerdo, se incorporó en la cama y miró a su alrededor. La señora Stratton estaba sentada en la silla más cómoda. Todos la habían cuidado mucho y, aún así...

Con una repentina desesperación, quería irse a casa. Y no a aquella casa grandiosa que pertenecía a lady Kirkland, sino a su casa de Bristol con su hermano, sus amigos y su ropa sencilla y práctica. Al fin y al cabo, lady Kirkland había fallado en la principal función de una condesa, que era ofrecer un heredero. No se merecía aquella casa grandiosa.

En silencio, para no despertar al ama de llaves, se levantó y fue de puntillas hasta el vestidor. Apenas tardó unos minutos en ponerse uno de sus antiguos vestidos y meter varias cosas en una bolsa. Casi toda su vida estaba en Bristol.

Se colgó la bolsa del hombro y bajó las escaleras hacia los establos. La casa se despertaría dentro de poco y los establos ya estaban en marcha, con los mozos despiertos, con una taza de té en la mano, limpiando los caballos e intercambiando historias del rescate de la señora y de la doncella.

Cuando la vieron acercarse, se callaron. Ella sonrió, aunque sabía que era un gesto fingido.

—Les debo más de lo que puedo expresar con palabras. Gracias.

Todos sonrieron, se movieron nerviosos y se sintieron muy orgullosos. Y tenían motivos. Laurel se volvió hacia el mozo jefe y dijo:

—¿Podría preparar el carruaje de viaje? Vuelvo a casa. A Bristol.

—¿El señor la acompañará, señora? —preguntó el mozo, con dudas.

Ella meneó la cabeza.

—No, tiene mucho trabajo que hacer aquí antes de poder ir a ningún sitio. Tendrá que dar muchas explicaciones por hacer de pirata en el Támesis.

Los mozos se rieron y luego se pusieron a preparar el carruaje. Aquí, como en todas partes, Kirkland siempre se lo había puesto muy fácil.

Lástima que ella no hubiera hecho lo mismo por él.

37

Cuando Kirkland despertó después de haber dormido más horas seguidas que en toda su vida, descubrió que su breve carrera como marinero asaltante de un barco enemigo implicaba muchos más golpes y magulladuras de los que esperaba. Pidió agua caliente para bañarse al tiempo que se preguntaba quién se la traería. Había dado una semana libre a Rhodes y a Violet para recuperarse. Rhodes quería llevar a Violet a conocer a su madre y a su hermana, y luego a enseñarle Londres, puesto que ella no había podido salir demasiado por la ciudad.

Mientras esperaba el agua caliente, y se decidía a mejorar la fontanería de la casa, porque quería copiar el sistema que había visto en casa de Rob Carmichael, fue a la habitación de Laurel. La cama estaba hecha, así que supuso que ya debía de estar despierta y en marcha. Seguro que se encontraba mejor.

Cuando dio media vuelta para marcharse, vio la cruz de zafiros en la mesa del cambiador. Le faltaba la cadena. Se preguntó qué le habría pasado, pero tampoco importaba. Ya pondrían otra.

Se llevó la cruz a su habitación, donde estaba llegando el agua caliente y Yarrow, uno de los lacayos que aspiraba a ser ayuda de cámara, que lo estaba esperando para afeitarlo. Sería una buena ocasión para comprobar sus habilidades, puesto que Rhodes se incorporaría al despacho de inteligencia dentro de poco. Aparte del estado de choque inicial después de matar a Moody, se había comportado muy bien en circunstancias peligrosas.

Una vez aseado, afeitado y con ropa limpia, Kirkland se sentía, si no un hombre nuevo, al menos un hombre en buenas condiciones. Y tam-

bién descubrió que estaba hambriento, y la forma más rápida de ponerle remedio era ir directamente a la fuente.

Cuando entró en la cocina, la señora Simond levantó la cabeza y sonrió. Si no hubiera sido su patrón, lo habría abrazado.

—¡Aquí está, y con hambre, seguro! ¿Quiere que le prepare un plato de huevos, salchichas y patatas, como a usted le gusta?

—Magnífico, con tostadas, mermelada y algo caliente para comer.

Mientras la cocinera encargaba a una de sus ayudantes que preparara el té y las tostadas, él se sentó en una silla Windsor a la cabecera de la mesa de pino y se sintió muy satisfecho.

Tejón le saltó a las piernas y se acomodó entre ronroneos, mientras dejaba pelo blanco en la chaqueta negra de Kirkland, y pelo negro en la camisa blanca. Mientras acariciaba la cabeza del felino, preguntó:

—¿Sabe dónde está lady Kirkland?

—Bueno, a estas alturas ya debe de estar a mitad de camino de Bristol —respondió la cocinera, muy alegre—. Ha dormido mucho, milord, y no me extraña. ¡Es un héroe! ¡Los hombres de la casa han vuelto con mil historias de cómo rescataron a la señora y a la joven Violet!

Kirkland se quedó inmóvil. Laurel se había ido. Lo había vuelto a abandonar y él sabía que no se trataba de una simple visita a su hermano. Su matrimonio se había roto, una vez más.

No, Laurel se había roto. Mientras la angustia se apoderaba de su cuerpo, él también se sentía roto.

«¡Respira!»

Suerte que al final el cuerpo siempre se acordaba de hacerlo. Con retraso, respondió a la señora Simond:

—Conté con gran ayuda por parte de mis amigos.

—Sí, son todos unos héroes. —Le dejó una taza de té humeante delante, junto con un plato de tostadas recién hechas, varias mermeladas y miel—. Con un poco de intervención divina, quizá.

Bebió un sorbo de té y notó cómo lo llenaba de calor y energía.

—Quizá tenga razón. El duque de Ashton lleva años mejorando sus barcos de vapor, pero que tuviera uno amarrado allí cerca y preparado ciertamente fue un milagro.

Y ahora necesitaba otro milagro. Mientras devoraba el desayuno caliente y contundente de la señora Simond, empezó a aclararse las ideas. Una vez ya había dejado que Laurel se fuera y no había ido tras ella, pero esta vez no. Entonces, había sido demasiado consciente de sus errores. No había creído que mereciera amor y felicidad.

Y, a pesar de que los errores seguían presentes, había acabado dándose cuenta de que si sólo merecían la felicidad las personas sin defectos, el mundo sería un lugar muy desdichado. Pensó en sus amigos y en las maravillosas mujeres con quién se habían casado. En ningún caso, construir un matrimonio duradero había sido fácil, pero habían demostrado que era posible.

Laurel había cambiado, él había cambiado, y la situación también. No tenían que volver a cometer los mismos errores.

No era demasiado tarde para partir hacia Bristol, pero, antes de marcharse, haría una visita a lady Julia Randall.

Para Laurel resultó muy reconfortante volver a dormir en su cama con *Sombra* a su lado. Y más reconfortante había sido el abrazo de bienvenida de su hermano. Cuando se habían abrazado, lo primero que le había preguntado había sido:

—¿Qué ha hecho Kirkland?

—Nada —susurró ella—. Te lo prometo.

Con la voz temblorosa, le explicó a su hermano toda la historia. Notó su dolor cuando le dijo lo del aborto, pero, con la sabiduría que daban los años de práctica médica, no le ofreció frases tópicas. En lugar de eso, invitó a Anne Wilson a acostar a Laurel y luego le ofreció la soledad que tanto deseaba.

Durmió por puro agotamiento toda la noche y parte del día siguiente. Ahora ya volvía a ser de noche y ya no podía dormir más. Imaginó que debería de tener hambre, pero no le apetecía nada.

Imaginó que debería llorar, pero ya no le quedaban lágrimas.

La música. Únicamente la música podía expresar la inexpresable angustia de su alma.

«La música, con repentinos encantos, envuelve al errante y calma la mente perturbada.»

Eso creía que era de William Congreve. Ella era una errática y, sin duda, tenía una mente perturbada. Encendió una lámpara y se dirigió hacia la sala de música.

Aunque se temía que, esa noche, ni siquiera la música serviría para calmar su mente perturbada.

38

Kirkland llegó a Bristol al anochecer. Era casi demasiado tarde para llamar a cualquier casa, incluso a la de un familiar. Pero, al demonio con los modales. No iba a esperar un momento más de lo necesario para ver a Laurel.

Esperó tanto después de tocar la aldaba de Herbert House que casi se había dado por vencido. Y entonces Daniel abrió la puerta, con cara de cansado y la camisa salpicada de sangre seca.

Arqueó las cejas cuando vio quién había llamado.

—Me preguntaba si vendrías.

Se apartó para que pudiera entrar al pequeño recibidor.

—No voy a cometer el mismo error que en el pasado. —Kirkland entró, muy cansado—. ¿Vas a reprobarme que haya causado dolor y problemas a la mente de tu hermana?

—Imagino que ya te lo habrás reprobado tú sin mi ayuda —respondió Daniel, muy serio—. Lamento mucho tu pérdida, James.

—Es una pérdida para todos. —A Daniel siempre le habían gustado los niños y le habría encantado tener un sobrino o una sobrina. Él se obligó a no pensar en eso—. ¿Vas a comportarte como un hermano mayor protector y no me dejarás ver a Laurel? No te lo aconsejo.

—No me corresponde interferir en tu matrimonio. —Daniel dudó y, con una dolorosa honestidad, añadió—: He acabado reconociendo que mis motivos han sido de todo menos puros. Sí, eres un demonio complicado y no necesariamente la persona que yo habría escogido para ser el marido de mi hermana, pero ella te eligió a ti, y es lo único que importa.

—Y nunca he dejado de dar gracias a Dios por ello. Laurel ha sido la mayor bendición de mi vida.

Kirkland pensó que ojalá Laurel pudiera decir lo mismo de él, pero no era la bendición de nadie.

—Cuando se marchó a Londres contigo, su ausencia dejó un hueco muy grande en mi vida. —Daniel torció la boca—. Durante años, ha sido mi mejor amiga y mi socia, pero no es justo para ella. Merece mucho más que un hermano ausente y con demasiado trabajo.

Kirkland meneó la cabeza.

—No te arrepientas de lo que habéis construido juntos aquí. Laurel no lo hace. Le diste amor y apoyo cuando vuestros padres la echaron, por no hablar de la oportunidad de poner en práctica sus habilidades como pocas mujeres tienen.

—Sí, pero creo que su hogar está contigo. —Daniel sonrió burlón—. Tengo que buscar el tiempo para hacer nuevos amigos.

—Antes éramos buenos amigos, Daniel —dijo Kirkland, muy despacio—. Cuando Laurel me dejó, el dolor fue doble porque también te perdí a ti. ¿Hay alguna posibilidad de que volvamos a ser amigos?

Daniel se quedó inmóvil.

—Nunca he encontrado a nadie tan bueno a la hora de hablar de teología y filosofía.

—Y que no estuviera de acuerdo contigo casi nunca. —Entonces sonrió y le ofreció la mano—. Creo que todavía te debo una carta rebatiendo tus estúpidas opiniones sobre Adam Smith y su *La riqueza de las naciones*.

Daniel dibujó una sonrisa sincera y le estrechó la mano de Kirkland.

—Te sigues equivocando, y lo sabes.

—¡Demuéstralo!

Daniel se rió y le soltó la mano.

—Voy a empezar a acumular argumentos, pero, de momento... sigue la música.

Abrió la puerta que accedía a la casa y a donde llegaba una triste melodía desde la sala de música.

Kirkland respiró hondo.

—Deséame suerte.

—Os deseo suerte a los dos. O, para ser exacto, rezaré por vosotros.

Daniel inclinó la cabeza y regresó a lo que fuera que estuviera haciendo.

Kirkland subió las escaleras y, muy despacio, abrió la puerta de la sala de música. Laurel estaba sentada en la banqueta con la falda colocada a su alrededor y una temblorosa lámpara encima del Broadwood. Levantó la cara con el gesto inexpresivo. Sin ningún interés ni ninguna sorpresa por su llegada, volvió a concentrarse en el instrumento.

Él se sentó a su lado, pero como parecía que no quería que la tocaran, mantuvo cierta distancia. Parecía realmente encerrada en sí misma y él no sabía cómo hacerla salir.

Empezó por la música, porque era una parte fundamental de su matrimonio.

—Me encanta el canto gregoriano y lo tocas de maravilla, pero es muy melancólico.

—Me siento melancólica.

Sus alargados dedos tocaron una evocadora melodía de pérdida.

Puesto que no iba a conseguir nada, hizo la pregunta que más importaba.

—¿Tienes pensado regresar a Londres o el cambio de residencia va a ser permanente?

—No lo sé —respondió ella—. Lo único que sé es que he fracasado como esposa y como mujer. He abortado mi salvación.

El dolor palpable de sus palabras lo atravesaron como una espada. A pesar de que dudaba que las palabras pudieran curar tanto dolor, tenía que intentarlo.

—Hablé con lady Julia antes de salir de Londres. Dice que muchos embarazos, tantos como uno de cada cuatro o cinco, terminan en aborto durante los primeros meses. A lo mejor incluso más. El nuestro no ha sido especial. Julia cree que quizá también habría sucedido si Hardwick no te hubiera secuestrado.

—No lo sabe. Nadie lo sabe.

Laurel terminó el canto que había estado tocando y deslizó los dedos arriba y abajo por el teclado. El resultado no fue música. Sólo unas notas tristes y solitarias.

Kirkland lo volvió a intentar y dijo:

—Julia cree que no hay ningún motivo para pensar que no puedas tener más hijos en el futuro.

—A mí me dijo lo mismo —replicó Laurel, con la voz apagada—. Pero teniendo en cuenta que no concebí durante el primer año de nuestro matrimonio y que ahora he perdido a nuestro hijo, parece que no tengo madera de madre.

Más notas solitarias.

Él tragó saliva.

—Un matrimonio es más que procrear.

—Sí, también está la herencia. —Dejó las manos quietas sobre el teclado—. He estado pensando. No sería difícil hacer un montaje para fingir un adulterio por mi parte para que pudiéramos divorciarnos y pudieras encontrar una esposa más fértil.

Él se la quedó mirando.

—¡Es una idea horrible! El divorcio es... impensable. ¿Te acuerdas de esos votos que tantas veces hemos comentado? En lo bueno y en lo malo, hasta que la muerte nos separe.

Con la voz muy triste, ella preguntó:

—¿Incluso si no puedo darte un heredero?

—¡Me da igual tener un heredero al título! —estalló él—. ¡El título no me importa! Sólo me importas tú. ¿Quieres criar un hijo? ¿Varios? Siempre hay niños que necesitan un hogar. Cualquier niño que criemos será nuestro en todos los sentidos.

Al final, ella lo miró.

—¿No te importaría?

—Para nada. —Colocó la mano encima de la suya, en el teclado, y tocó una nota grave—. Mientras te tenga a ti. Como mi esposa en todos los sentidos. Hemos trabajado para recomponer nuestro matrimonio y creo que lo hemos hecho bastante bien. No te rindas ahora.

Ella tragó saliva de forma compulsiva.

—No... No sé cómo seguir.

—Pues hora a hora. Día a día. Con el tiempo, cuesta menos. —Con tono irónico, añadió—: ¡Te aseguro que no me pasé diez años de celibato para buscarme a otra mujer! La noche que nos conocimos supe que te querría toda la vida. Me dije que era una idea absurda, pero era la verdad de Dios. Eres mi alma, Laurel. Sin ti, soy un hombre vacío que sólo tiene responsabilidades. —Le apretó la mano—. Y quiero algo más que eso.

El distanciamiento impuesto por Laurel se tambaleó y ella apartó la mano.

—¡Soy una asesina, James! Maté a Hardwick sin pensármelo dos veces. —Se ahogó—. Siento como... como si perder el bebé fuera el castigo por mis pecados.

Ah, el poder de la culpa; James lo conocía bien.

—Eso son bobadas —dijo, impertérrito—. ¿Hubieras preferido que Hardwick me matara? Soy lo bastante vanidoso para creer que mi vida vale más que la suya. Al menos, espero que pienses igual.

—¡Claro que me alegro de haberte salvado! Pero ¿eso me convierte en menos pecadora? «No matarás». —Escondió la cara tras las manos y sacudió los hombros—. A lo mejor habría podido detenerlo sin utilizar tanta fuerza.

Él suavizó la voz.

—Cuando los hombres malvados tienen una pistola en la mano, siempre es mejor excederse por el lado de la fuerza. Confía en tus instintos, milady. Hiciste lo que fue necesario.

—No es sólo que haya matado a un hombre, que ya es bastante malo —susurró ella—. Os puse a ti y a tus amigos en una situación de peligro mortal. No sé cómo puedo vivir con mi conciencia.

—Conseguimos rescataros a Violet y a ti sin heridos graves —dijo Kirkland—. Pero, si no hubiéramos tenido tanta suerte, todos los que se ofrecieron voluntarios conocían los posibles riesgos. Actuar es aceptar las consecuencias de dicha acción, y todos lo hicieron. A menudo, hacer lo correcto significa arriesgar.

Ella tragó saliva.

—Me alegro de que no hubiera bajas, pero soy responsable por la muerte de Martin. Sólo estaba haciendo su trabajo, ¡y lo mataron delante de mí! No tuvo ninguna opción. —Cerró los ojos un instante—. ¿Sabías que iba a casarse con una de las doncellas? Y ahora está muerto.

Kirkland se alegró de poder darle buenas noticias.

—En realidad, Martin está vivo y está razonablemente bien. Cuando Hardwick se marchó con vosotras, Martin consiguió cruzar el parque tambaleándose y cayó a mis pies ensangrentado y con la historia del secuestro. Tuvo un comportamiento admirable y pretendo recompensarlo, igual que a los demás criados que aceptaron voluntariamente hacer algo que excede los deberes y obligaciones de su trabajo.

Laurel levantó la cabeza.

—¿Martin está vivo? ¡Gracias a Dios!

—Tienes que hacer más que darle las gracias, Laurel. —Kirkland sacó la cruz de zafiros. Tenía una cadena de oro nueva. Se la dejó en la mano y luego la rodeó con el brazo y la pegó a él—. Tienes que pedirle que te perdone. Es su trabajo, ¿no? Perdonar a la humanidad imperfecta. Siempre estás dispuesta a perdonar a los demás y ofrecerles amabilidad. Haz lo mismo contigo misma. —No pudo evitar una nota de urgencia en la voz—. Por favor. Porque no puedo soportar perderte otra vez.

Durante un segundo, ella se tensó y él se temió que la había perdido. Entonces, Laurel abrió la mano y miró la cruz. Los zafiros brillaban bajo la luz de la lámpara con un azul muy propio de la madre de Dios.

Se volvió hacia él, apoyó la cara en su hombro y empezó a llorar, a derramar lágrimas de pérdida y de angustia. Él la abrazó con el otro brazo y la acercó más a su corazón.

Aquellas lágrimas habrían sido insoportables si, al final, ella no se hubiera apoyado en él.

Laurel sentía que el dolor estaba a punto de partirla por la mitad. Con una intensa claridad, comprendió que nunca había aceptado del todo que James podía quererla porque ella nunca se había querido. Por

mucho que lo intentara, nunca había sido suficientemente buena para sus padres, y aquella profunda creencia de que no valía nada había estructurado su vida. En su comunidad, siempre habían considerado a Laurel Herbert, la hermana santa del médico, un ejemplo de fe. Nunca le había costado dar amor, así que lo daba a todos los que la rodeaban, tanto por el placer de dar como para compensar su indignidad.

Y, sin embargo, nunca había sido plenamente capaz de aceptar el amor, excepto quizás el de su hermano, que se había criado bajo el mismo techo que ella. Había querido dar a James un hijo como el regalo más valioso, porque únicamente algo tan importante compensaría todo lo que él le había dado. Esperar un hijo y luego perderlo era devastador.

Al saberse indigna, nunca se había atrevido a pedir perdón. La fe que había intentado mantener en el centro de su vida era tan débil y defectuosa como el resto de su ser.

Y, a pesar de todo, James la seguía queriendo. Sus palabras, su voz, la ternura de su abrazo hacían imposible no creer. Descubrió que más allá de la pasión y la música que compartían, a un nivel muy profundo más allá de las palabras, eran iguales: seres con defectos e imperfectos que buscaban el amor y dudaban de si lo merecían.

Donde había amor, había gracia, compasión y perdón. Empapándole la camisa con las lágrimas, empezó a rezar para aprender a perdonarse. Para aceptar sus fracasos, para tener fuerzas para mejorar, y para tener la capacidad de ofrecerle la felicidad que se merecía.

En el centro de la desesperación que la envolvía se formó un grano de luz. Cuando Laurel lo vio entre la oscuridad, contuvo la respiración. Cuando buscó la luz con el corazón, la luz se extendió por su cuerpo y se convirtió en una reluciente corriente de calidez y perdón que iluminaba cada esquina oscura de su alma deslustrada.

Las lágrimas desaparecieron mientras ella contemplaba aquel paisaje interior nuevo. Sí, había perdido el hijo que tanto deseaba y el dolor era muy grande, pero era un dolor que las mujeres habían sufrido y superado desde tiempos inmemoriales.

Había matado a un hombre y era algo que nunca olvidaría, pero recurrir a una violencia letal había sido la decisión correcta cuando la

alternativa era ver cómo mataban a su adorado marido delante de sus ojos. Había puesto a su marido y sus amigos en peligro, pero no habría podido ignorar la situación desesperada de Violet el día que se la encontró en Bristol.

«Actuar es aceptar las consecuencias de nuestros actos.» Había hecho lo correcto al rescatar a Violet y, a pesar de que las consecuencias hubieran sido terribles, al final se había impuesto el bien. Y por eso estaba profundamente agradecida.

Levantó la cara cubierta de lágrimas y se perdió en las profundidades azules de los ojos de su marido, que habían visto tanto.

—¿Te he dicho que te quiero? No sólo eres más fuerte, más rico y más guapo que yo, sino que también eres más listo. No sé si alguna vez llegaré a entender por qué me quieres, pero, a partir de hoy, prometo no volver a cuestionarlo. Simplemente, aceptaré tu amor como el mayor regalo de mi vida.

—¿No sabes por qué te quiero? Por tu calidez, milady —dijo, mientras una magnífica sonrisa le iluminaba la cara, disolviendo cualquier dolor—. La infinita y bendita calidez que te rodea allí donde vayas. Tu presencia hace que los que te rodean se sientan mejor y sean más felices. —La sonrisa adquirió una nota triste—. La intensidad de mi amor es una prueba de lo mucho que mi alma fría y oscura necesita esa calidez.

—Entonces, será un placer calentar tus días y tus noches. —La nueva ligereza que sentía le permitió añadir, en tono bromista—: Aunque tendrás que esperar un poco para que te caliente las noches. Pero no demasiado, te lo prometo.

Inclinó la cabeza y le dio un beso que era una promesa eterna.

—Juntos crearemos suficiente calidez para iluminar todas las noches de nuestra vida.

Él le devolvió el beso y la abrazó con sus fuertes brazos.

—En lo bueno y en lo malo, hasta que la muerte nos separe. Eres lo que siempre he querido, mi amor.

Y eso bastaba. Él bastaba. Para siempre.

Epílogo

Londres

La casa estaba llena de música. Kirkland sonrió cuando entró, porque la dulce melodía que Laurel estaba tocando llegaba hasta la puerta. Como a los criados les encantaba escucharla, se había acostumbrado a dejar la puerta de la sala de música abierta para que el sonido llegara a cualquier rincón de la casa.

Lo primero que hizo fue entregar el sombrero a Soames, que volvía a ejercer de mayordomo, a pesar de que el hombre había admitido abiertamente que había disfrutado de su breve regreso a los días de militar. Después, siguió la música.

Se detuvo en la puerta de la sala de música. Siempre le había gustado observar a Laurel, y más cuando estaba creando magia al piano. Hoy llevaba un vestido alegre en tonos morados y rosas, y la seda brillaba en la falda que se arremolinaba a su alrededor. Era, sin duda, la criatura más preciosa que Dios había creado.

Al percibir su presencia, Laurel levantó la cabeza y le dedicó la sonrisa que era especial para él, la que iba cargada de calidez, amor y comprensión infinitos.

Ya hacía un mes que habían regresado de Bristol y, desde entonces, su matrimonio había entrado en una nueva fase. No obstante, la pasión tendría que esperar, puesto que todavía no habían retomado sus relaciones íntimas. Ambos, pero sobre todo ella, querían dejar pasar un poco de tiempo entre los desastres que casi habían acabado con su matrimonio y el futuro que estaban construyendo. Por la noche, dormían en la misma cama y hablaban, se daban las manos y llevaban puesto el camisón, porque la piel desnuda resultaba demasiado tentadora.

Aquellas conversaciones habían profundizado el entendimiento mutuo. Él hablaba de los errores que había cometido, los éxitos y las terribles ocasiones en que no había ninguna solución buena.

Laurel, vacilante, reveló cómo se había pasado la vida entera siendo buena y, sin embargo, con el sentimiento de que nunca sería lo suficientemente buena. Y, cuando se quedaban sin palabras, se dormían, aunque siempre se tocaban, incluso cuando se movían durante la noche.

Ella estaba tan preciosa que Kirkland sólo podía esperar que pronto habría espacio suficiente entre el pasado y el futuro para poder volver a compartir intimidad física. Pero, lógicamente, esperaría el tiempo que fuera necesario para que su mujer estuviera recuperada y lista. Al fin y al cabo, había esperado diez años.

Sonrió mientras caminaba hacia ella.

—Tu *allegro* de Mozart preferido, e incluso *vivace*. Debes de estar muy feliz, milady.

—¡Mucho! —Lo tomó de la mano y lo hizo sentarse a su lado—. Muy feliz, James. Siéntate y toquemos juntos.

Y tocaron, y la magia de compartir teclado era una metáfora perfecta de todo lo demás que compartían ahora que ella había abierto de par en par las puertas de su corazón. Cuando terminaron una pieza de Vivaldi que les gustaba mucho, Laurel se volvió hacia él con los ojos brillantes.

—Lady Julia ha venido esta mañana y hemos tenido una conversación de lo más interesante —dijo, algo tímida—. Le expliqué que, a pesar del aborto, todavía me notaba embarazada, y que no lo entendía. Y que había empezado a engordar. Seguro que tú también lo has notado.

Él arqueó las cejas.

—No he tenido la ocasión de verte desnuda para juzgar.

Laurel se sonrojó.

—Como no hemos tenido una relación plenamente... marital este último mes, parecía imposible que pudiera volver a estar embarazada y cualquier otra posibilidad era más bien alarmante. Así que me ha examinado y me ha dicho que no es que vuelva a estar embarazada, es que todavía lo estoy.

Él la miró.

—¿No fue un aborto?

—Sí, pero Julia dice que ha oído hablar de casos como el mío, en el que se produce un aborto al principio del embarazo y que éste continúa con su curso normal. —Laurel le tomó la mano y se la colocó encima del vientre, que James notó más voluminoso—. Su teoría es que, posiblemente estuviéramos esperando gemelos, pero que uno no era demasiado fuerte y no ha sobrevivido. Y lo perdimos. En un caso así, el bebé más fuerte sobrevive y nace normal y sano. ¡Julia dice que es exactamente lo que ha debido de pasarme!

Él se la quedó mirando, incapaz de creerla. Y, sin embargo, parecía muy cierto y real.

—Creía que ya habíamos agotado nuestra dosis de milagros.

Ella cerró los ojos mientras mantuvo la mano de su marido en su vientre.

—Al principio, cuando descubrí que estaba embarazada, me quedé sorprendida, maravillada, encantada, pero... a la vez no estaba segura. Como si algo no estuviera bien. Cuando sufrí el aborto, parecía casi inevitable. —Abrió los ojos—. Pero ahora todo está perfecto. Todavía lloro por el hijo que hemos perdido, pero el hecho de que haya otro más fuerte es realmente un milagro.

Él la abrazó y notó la calidez y la fuerza femenina que daba sentido a su vida.

—Bendito sea —susurró—. Tengo ganas de levantarte en brazos y dar vueltas, pero no me atrevo porque no quiero arriesgarme a hacerte daño. Entonces, te besaré.

Y lo hizo. Con pasión, conciencia y felicidad.

Cuando interrumpieron el beso para poder respirar, Laurel se levantó y lo tomó de la mano mientras cantaba como ya había hecho una vez.

«O dejas un beso en la taza y no te pediré vino.»

Él se levantó y cantó con ella sin dejar de mirarla ni un segundo. Esta vez, ya no cantó con la voz ronca y su tono acompañó a la perfección al precioso contralto de Laurel.

«Bébeme sólo con tus ojos, y yo te corresponderé con los míos.

La sed que nace del alma exige una bebida divina;

Pero aunque bebiera del néctar de Júpiter, no lo cambiaría por el tuyo.»

Cuando terminaron el segundo verso, Laurel añadió, con timidez:

—He hecho más preguntas a Julia. No me romperé, amor mío. ¿Y acaso no tenemos algo magnífico que celebrar?

Kirkland se agarró a una cuerda de esperanza y preguntó:

—¿Seguro que no te romperás?

Su sonrisa se volvió pícara y lo estiró hacia la habitación.

—Julia dice que, generalmente, cuando las mujeres están embarazadas actúan de una de estas dos formas: no quieren que las toquen o quieren que las toquen constantemente. ¡Adivina a qué grupo pertenezco yo!

Kirkland se rió, dejó de resistirse y la dejó que lo llevara a la habitación.

—¿Te he dicho lo mucho que te quiero?

—No desde que te fuiste esta mañana. —Ella volvió la cabeza por encima del hombro con una sonrisa que podría iluminar Londres en el día de invierno más oscuro—. Yo también te quiero, James. Más que ayer, pero menos que mañana.

Ahora ya estaban en la habitación, así que James cerró la puerta y la tomó en brazos. El futuro depararía lágrimas y sonrisas, porque las lágrimas formaban parte de la vida. Pero sabía que nada, absolutamente nada, podría volver a separarlos. Los vínculos que los unían se habían forjado a fuego para toda la eternidad.

Y hoy... Hoy habría sonrisas.

Notas de la autora:

Para que conste, no me inventé el Síndrome del Gemelo Evanescente con fines literarios. Me lo comentó una amiga escritora, que también es enfermera con muchos años de experiencia. Empecé a investigar y encontré una página web con testimonios de mujeres que habían tenido un aborto en los primeros meses del embarazo y que luego habían tenido un bebé sano. La tecnología moderna permite comprender mejor el proceso, pero creo que una buena comadrona había podido deducir lo que había pasado incluso antes de la aparición de las ecografías.

En 1807, el parlamento inglés y el congreso de Estados Unidos prohibieron el comercio de esclavos. En 1808, la Marina Real creó la Escuadra de África Occidental para detener a los traficantes ilegales patrullando la costa occidental del continente africano. A pesar de que, en un inicio, la escuadra la formaban dos barcos pequeños, en los momentos álgidos de actividad llegó a emplear a seis barcos navales.

Desde 1820, la Marina de Estados Unidos se unió a los ingleses para combatir el comercio de esclavos. La Escuadra de África Occidental capturó unos 1.600 barcos de esclavos y liberó a unos 150.000 africanos entre 1808 y 1860, con lo cual seguro que había personas como Kirkland que apoyaban sus esfuerzos.

Los servicios de barcos de vapor regulares se empezaron a ofrecer en el Támesis en 1815, de modo que Ashton no era el único que probaba dichas naves en aquella época.

Y, por último, estoy segura de que Violet Herbert Rhodes terminó su libro, *Secretos de una doncella*, ¡y que se convirtió en todo un éxito de ventas!

ECOSISTEMA DIGITAL

NUESTRO PUNTO DE ENCUENTRO

www.edicionesurano.com

2 **AMABOOK**
Disfruta de tu rincón de lectura y accede a todas nuestras **novedades** en modo compra.
www.amabook.com

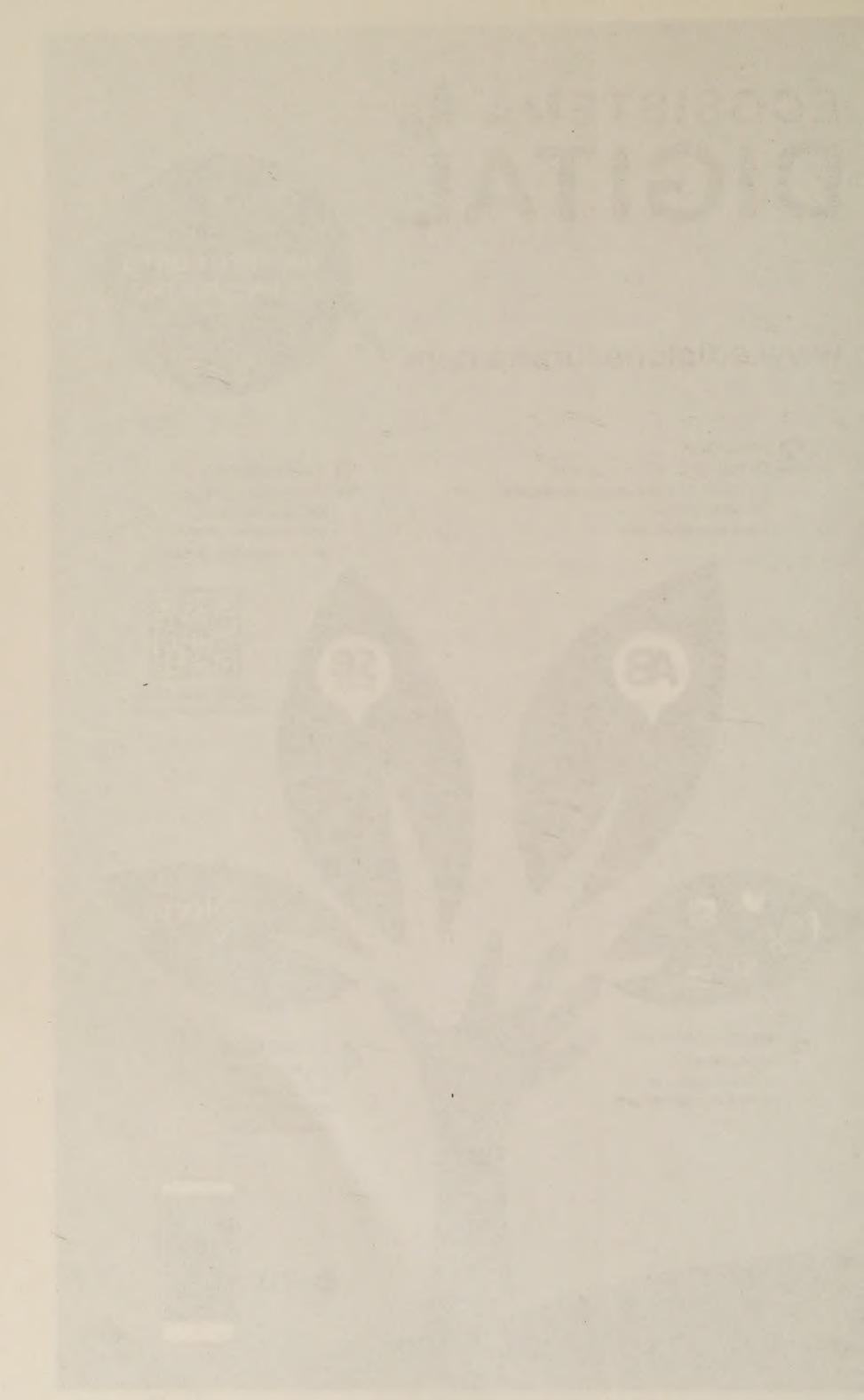
3 **SUSCRIBOOKS**
El límite lo pones tú, **lectura sin freno**, en modo suscripción.
www.suscribooks.com

DISFRUTA DE 1 MES DE LECTURA GRATIS

1 **REDES SOCIALES:**
Amplio abanico de redes para que **participes activamente**.

4 **QUIERO LEER**
Una App que te permitirá leer e **interactuar con otros lectores**.

iOS



«De todos los héroes de Putney, los de la colección de los Lores Perdidos son los más irresistibles; esos chicos malos que son tan buenos.»

RT Book Reviews

«Los entrañables personajes y las deliciosas historias de Putney siempre consiguen inspirar y deleitar.»

Sabrina Jeffries

«Nadie escribe mejor la novela romántica histórica.»

Cathy Maxwell

Nube de tags

Histórica | Regencia | Romance

Código BIC: FRH | **Código BISAC:** FIC027050

Diseño de cubierta: **Luis Tinoco**

DISPONIBLE EN EBOOK

quieroleer

www.quieroleer.com

MARY JO PUTNEY

Una esposa singular

Cásate deprisa, arrepiéntete cuando quieras

James, lord Kirkland, es dueño de una flota naval y de la mitad de una casa de juegos de Londres, pero también es un espía tremendamente despiadado. No suele permitirse excesos, excepto cuando se trata de la amable e indomable belleza de la que un día fue su mujer.

Laurel Herbert entregó su corazón a James desde muy jovencita... hasta que lo vio cometer un acto muy violento delante de ella. Esa misma noche abandonó a su marido, y él la dejó marchar sin protestar.

Diez años después, un encuentro fortuito desatará la pasión de ambos, con consecuencias que ninguno podrá ignorar. No obstante, mientras ellos intentan reconstruir lo que estaba roto, deberán enfrentarse a enemigos comunes y a un amor muy poco común.

ISBN: 978-84-92916-85-6

W8-ADR-289

Época